

VIVIR ZAPOPAN

Relatos y vivencias de sus pobladores

Coordinadores

Cristina Alvizo Carranza

Isabel Juárez Becerra

Julián Darío Nuño Ramírez

El Colegio de Jalisco ■ Gobierno de Guadalajara ■ Gobierno de Zapopan

VIVIR ZAPOPAN

Relatos y vivencias de sus pobladores

DIVULGACIÓN

ASOCIADOS NUMERARIOS DE EL COLEGIO DE JALISCO

Ayuntamiento de Guadalajara

Ayuntamiento de Zapopan

El Colegio de México, A.C.

El Colegio Mexiquense, A.C.

El Colegio de Michoacán, A.C.

Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación

Gobierno del Estado de Jalisco

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Subsecretaría de Educación Superior-SEP

Universidad de Guadalajara

Roberto Arias de la Mora

Presidente

Ixchel Nacdul Ruiz Anguiano

Secretario General

VIVIR ZAPOPAN

Relatos y vivencias de sus pobladores

Coordinadores

Cristina Alvizo Carranza

Isabel Juárez Becerra

Julián Darío Nuño Ramírez



Esta publicación cuenta con una lectura de pertinencia. Fue recibida por el Consejo Editorial de El Colegio de Jalisco el 29 de abril de 2025 y aceptada para su publicación el 12 de septiembre de 2025.

972.3521 V862

Vivir Zapopan : relatos y vivencias de sus pobladores / coordinadores Cristina Alvizo Carranza, Isabel Juárez Becerra, Julián Darío Nuño Ramírez ; presentación Roberto Arias de la Mora -- 1ª ed. -- Zapopan, Jalisco : El Colegio de Jalisco, 2025

[287] páginas : fotografías ; 23 cm. -- (Divulgación)

ISBN: 978-968-9732-04-4

1. Ciudades y pueblos - Zapopan, Jalisco (México) - Historia. 2. Zapopan, Jalisco (México) - Vida social y costumbres. 3. Zapopan, Jalisco (México) - Descripción y viajes. 4. Folklore zapopano - Anécdotas. 5. Zapopan, Jalisco (México) - Población.

I. Alvizo Carranza, Cristina, coordinadora e introducción. II. Juárez Becerra, Isabel, coordinadora e introducción. III. Nuño Ramírez, Julián Darío, colaboración e introducción. IV. Arias de la Mora, Roberto, presentación.

Clasificación THEMA: NHK

© D.R. 2025, El Colegio de Jalisco, A. C.
5 de Mayo 321
45100, Zapopan, Jalisco

Fotografía de portada: Christian Cantero

Primera edición, 2025

ISBN: 978-968-9732-04-4

Hecho e impreso en México/*Made and printed in Mexico*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
Roberto Arias de la Mora	

INTRODUCCIÓN	13
Cristina Alvizo Carranza, Isabel Juárez Becerra, Julián Darío Nuño Ramírez	

PARTE 1. Infancias zapopanas

MI NIÑEZ EN LA GUARACHA Y MIS CORRERÍAS EN LA VILLA DE ZAPOPAN, 1960-1970	23
Elías Amézquita Castellanos	

OLOR A TIERRA MOJADA	35
Alma Angélica Pasillas Rendón	

ZAPOPAN, AÑOS 70-80. RECUERDOS DE COLONIAS DONDE YO VIVÍ: SEATTLE, CONSTI, MAESTROS	47
Manuel Sánchez Guerrero	

LOS PUEBLITOS	55
Cecilia Becerra Tostado	

MI NIÑEZ EN LA VILLA DE ZAPOPAN	63
Jaime Urbina Bravo	

POR CAUSAS DE FUERZA MAYOR	75
Félix Lamas Guzmán	

SOY ZAPOPAN	87
David Pérez Sánchez	

SI ES PASIÓN, QUE SE TE BORRE	91
Leticia Nieves Delgado	

PARTE 2. Festividades y danzas

LOS VIERNES DE DOLORES EN MI CASA	105
Alma Angélica Pasillas Rendón	
LAS COMPOSTURAS Y LA ROMERÍA	115
Alma Angelica Pasillas Rendón	
MI PRIMERA ROMERÍA	125
Arturo Mercado Padilla	
UN BAILE EXCEPCIONAL	137
Jorge Eduardo Pérez Macías	
ORIUNDOS DE SAN JUAN DE OCOTÁN	145
Ángeles Carrillo Alvarín	
DÍAS DE FIESTA Y ROPA NUEVA	153
Leticia Nieves Delgado	

PARTE 3. Mi colonia, mi barrio, mi delegación

ATEMAJAC DEL VALLE SOY YO Y YO SOY ATEMAJAC DEL VALLE	163
Oscar Ramón López Carillo	
UN HITO A LA ORILLA DEL PERIFÉRICO	173
Hugo Alejandro Ramírez Graciano	
LA INDÍGENA DE MEZQUITÁN	183
Elisa Maldonado Rodríguez	
MI HISTORIA VIVIDA COMO ZAPOPANO	185
David Aréchiga Landeros	
LA LEJANA INDÍGENA DE MEZQUITÁN	199
Elizabeth Ruiz Maldonado	
ZAPOPAN Y UNA DE SUS ENCANTADORAS	
DELEGACIONES: SAN ESTEBAN	201
Orlando Osmar Vázquez	

RECUERDOS DE LA COLONIA SANTA FE EN ZAPOPAN, JALISCO	209
Inosencio Venegas Reynoso	
LA COLONIA FANTASMA. AUNQUE USTED NO LO CREA, DE QUE LAS HAY, ¡LAS HAY! EL ORIGEN DE LA COLONIA COLEGIO DEL AIRE, SECCIÓN SUR	221
Alma Francisca Martínez Orozco	
YO SOY ZAPOPAN	237
Naomi Yanette Baltazar Ramírez	
MI ZAPOPAN, MI PUEBLITO	247
Mónica Citlali Miramontes Rojas	
RANAS Y SAPOS MUSICALIZANDO PARQUES DE ZAPOPAN	255
Jonathan Ernesto Bañuelos Cortés	

PARTE 4. Leyendas, tradiciones y personajes

HISTORIAS DEL SALVAJE OESTE ZAPOPAN RECOGIDAS DE <i>EL INFORMADOR</i>	265
Gustavo Siboldi Estrada Mendoza	
LOS CHANES	277
Venur González López	
DE PANDILLAS Y LA LLORONA EN LA INDÍGENA DE MEZQUITÁN	279
Dulce María Antonio Hernández	
MONTÍCULO AISLADO	281
Delia Susana Preciado Hernández	

PRESENTACIÓN

Con el ánimo de atender a la amable invitación que me hicieron las coordinadoras de esta obra colectiva para escribir esta presentación, les solicité que me hicieran llegar una versión integrada con los diversos escritos compilados a través de una innovadora iniciativa enmarcada en el proyecto “Vivir Zapopan” auspiciado por El Colegio de Jalisco y que se materializó con la convocatoria ¡Zapopan@ cuéntanos tu historia!

Debo admitir que, al formular tal petición, jamás imaginé que la lectura de estas historias se convertiría en una de las experiencias más estimulantes que se entrelazaron con mis propios recuerdos de infancia. Me ocurrió tal y como se advierte en la introducción de esta misma obra: “las memorias de otras personas construyen una realidad que, ante la ausencia de registros audiovisuales, se presentan en nuestra mente según se nos describen; en una especie de transferencia adquirimos los recuerdos de los demás a través de sus palabras, y, al ser transmitidas, también pasan a formar parte de nosotros.”

Fue así como la experiencia de lectura se convirtió simultáneamente en un tarea que me llevó a registrar mis propios recuerdos. Parte de esta riqueza memorística recién desempolvada la he ido seleccionando con el ánimo de compartirla en este breve espacio que me fue concedido y que tanto agradezco a Cristina Alvizo Carranza, Isabel Juárez Becerra y Julián Nuño, coordinadores de este libro titulado “Vivir Zapopan. Relatos y vivencias de sus pobladores”.

Comienzo con el que constituye el más antiguo de los recuerdos que conservo y que no es precisamente mío sino de mi padre y lo que me motivó a compartir este recuerdo es porque transcurrió precisamente en la vieja casona de Don Constancio Hernández Allende, cuyo casco antiguo ahora forma parte de las instalaciones de El Colegio de Jalisco: contaba mi padre que Don Constancio solía invitar a un grupo de jóvenes zapopanos, para reunirse con él y sostener largas charlas aderezadas de lecturas

seleccionadas y piezas de música. Se trataban de jornadas vespertinas que asemejaban -decía mi padre- al emblemático “Ateneo de la Juventud” que impulsó José Vasconcelos en la capital de la República, y por el tono de voz que empleaba, siempre me pareció que fue algo que disfrutó mucho y por lo que quedó siempre agradecido con Don Constancio.

Mis siguientes recuerdos dan un salto de los primeros años de la década de los sesenta hasta bien comenzados los años setenta y se mueven entre la calle Juárez frente al mercado municipal y la avenida 20 de noviembre por la que por aquellos años aún transitaban automóviles. Así, mi niñez transcurrió entre el despacho de pan de la esquina que era de mi abuelo materno, Fernando, y la tortillería, el local de futbolitos y maquinitas que mantuvieron por muchos años mis Ninos Sara y José. Tampoco me olvido del Villar propiedad de mi Nino José al que, de cuando en cuando, nos llegamos a colar mis hermanos y yo, quienes siempre aprovechábamos la oportunidad cada vez que mi madre se distraía.

En la esquina de la avenida 20 de noviembre y la calle 28 de enero se localizaba la casa de mis abuelos maternos, Consuelo y Fernando, donde vivimos muchas travesuras con mis primos y – ahora caigo en cuenta- de una u otra forma eran alentadas por mis tíos, Oscar y Edmundo, quienes al parecer las disfrutaban mucho. Son demasiados los recuerdos que conservo de esa casa que sería imposible narrar en tan breve espacio: desde aquel Palomar que mi tío Oscar tenía en la azotea y que pronto convertimos en nuestro Club de Juegos, pasando por aquella niña de la que me enamore, una vecinita cuyo nombre no recuerdo y las no pocas “romerías” que disfrutamos desde el balcón de la casa cada 12 de octubre, hasta aquella visita que realizó el Papa Juan Pablo II a la Basílica de Zapopan, ocasión en la que el interior de la casa se convirtió en una auténtica algarabía, por todas los familiares y amigos a quienes se les abrieron las puertas con el ánimo de ver pasar a Nuestra Santidad desde la azotea de la casa.

Sirvan pues de muestra estos recuerdos compartidos a manera de presentación de esta magnífica obra editada por El Colegio de Jalisco, a la que invito a leer para que juntos continuemos recuperando parte de nuestra memoria colectiva como zapopanos. ¡Enhorabuena por esta valiosa iniciativa!

ROBERTO ARIAS DE LA MORA

INTRODUCCIÓN

Zapopan es uno de los municipios de mayor dimensión territorial del estado de Jalisco; destaca por su riqueza cultural al ser sede de una de las fiestas religiosas más importantes del estado: la Romería de la Virgen de Zapopan. Este municipio ha transitado de lo rural a lo urbano. En 1991 se le otorgó el título de ciudad, pero no por ello dejó de ser la Villa Maicera, título que ostentó orgullosamente desde la década de 1950, cuando tras varios estudios se encontró que por las cualidades de la tierra, en específico, Tesistán, contaba con condiciones idóneas para la siembra, pues sus constantes lluvias generaban de manera natural ambientes similares a las que se obtenían por medio del sistema de riego por aspersión. Por tanto, Zapopan se convirtió en el principal proveedor a nivel nacional de este alimento.*

Hoy en día podemos decir que Zapopan sigue transitando entre lo rural y lo urbano. Muchos la denominan Villa Exmaicera, otros prefieren llamarle ciudad, pero conserva la esencia de ambas partes. La bonanza de su tierra ha favorecido que el municipio resalte en su desarrollo económico y en sus cultivos. La cabecera es una de las más notables y modernas del Área Metropolitana de Guadalajara. Sus delegaciones conservan una tradición agrícola y, en gran medida, maicera, en especial en Tesistán, en donde cada agosto se celebra la Feria del Elote, que reúne a miles de personas que buscan disfrutar de la gastronomía a base de maíz, además de los bailes folclóricos, los juegos mecánicos y la música popular. Baste decir que en su 27ª edición, en 2024, las autoridades zapopanas auguraron una afluencia de 120 mil personas, lo que nos demuestra el arraigo y relevancia para la comunidad.**

* Fernando Martínez Réding. “Zapopan ¿villa maicera o centro urbano?”. *Estudios Jaliscienses*, núm. 41, agosto de 2000, p. 39.

** “Zapopan listo para celebrar la edición 27 de la Feria del Elote”, *Gobierno de Zapopan*, 7 de agosto de 2024, <https://www.zapopan.gob.mx/v3/noticias/zapopan-listo-para-celebrar-la-edicion-27-de-la-feria-del-elote>.

En Zapopan podemos atestiguar los contrastes entre lo moderno y lo tradicional. En el casco que comprende el centro se conservan edificios antiguos, como la Basílica, vocera de una de las tradiciones más antiguas de la entidad, como lo es la devoción y Romería de la Virgen de Zapopan. Esta expresión de fe reúne la presencia masiva de danzantes, la mayoría proveniente de las comunidades indígenas, miles de peregrinos y la comunidad franciscana que resguarda la venerada imagen. Debido a ello, en 2018 fue reconocida por la Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. Por otra parte, en la zona poniente, la ciudad cuenta con desarrollos inmobiliarios de alto nivel, en donde las plazas comerciales lujosas han marcado pauta para el crecimiento habitacional, como en su momento lo fue la innovadora Plaza del Sol inaugurada en 1969 o, más recientemente, Andares, que detonó la expansión vertical de la ciudad. Más allá, en el norte y sur del municipio, en sus delegaciones se conservan las actividades agrícolas, las plazas cívicas, los mercados, los centros culturales y los templos antiguos, sobre los que giran sus prácticas cotidianas.

Los contrastes nos llevaron a preguntarnos cómo es que los zapopanos o los que radican en Zapopan viven su municipio, qué tradiciones se conservan, cómo la gente recuerda el Zapopan de antaño, qué añoran, cómo habitaron estos escenarios desde las experiencias cotidianas. Para lograr tal objetivo se apostó por rescatar la memoria de los habitantes, es decir, una historia viva, contada en primera persona por medio de relatos orales y escritos. El pasado es memoria, personal y colectiva; es el espacio donde se alberga la identidad, la historia, la cultura y el territorio; es un elemento de cohesión y de diálogo intergeneracional.

Las memorias de otras personas construyen una realidad que ante la ausencia de registros audiovisuales, se presentan en nuestra mente según se nos describen; en una especie de transferencia adquirimos los recuerdos de los demás a través de sus palabras, y al ser transmitidas, también pasan a formar parte de nosotros. Las historias contadas por abuelos o conocidos pintan una imagen de una realidad caprichosa que discurre entre lo que se quiere recordar, lo que se desea compartir y lo

que se olvida. Nos remontan a aquello que ya no podemos visualizar, pero que recreamos desde la imaginación y la experimentamos de una forma u otra, al interpretar las narraciones y llenar los vacíos con el conocimiento propio. Recurrir a la memoria es asomarnos a una ventana al pasado, a la historia inmediata, solo basta con escuchar para comenzar a entender lo que nos rodea y que no todos vivimos. Los relatos se desprenden de la subjetividad del interlocutor, de las emociones que bordean las vivencias, la neblina que acompaña ciertos sucesos, la falta de precisión, la exaltación de lo que más se aprecia. En el transcurso de una conversación nos transportamos a otro mundo, y así escuchamos y sentimos lo que ellos en su momento. Pasamos directamente a sus memorias, y como si fuese una película o similar, tenemos la capacidad de ver con otros ojos, conocer una perspectiva que puede ser muy distinta.

La cotidianidad tiene un gran encanto que quizás solemos ignorar, por el peso de la rutina, pero al describir y compartir nuestro día a día, con todo lo que involucra, personas ajenas al mismo escenario pueden apreciar los visos de la cultura, la sociedad, las estructuras políticas y económicas que se disponen como telón de fondo de cada historia. Al transmitir nuestros recuerdos, a través de palabras, ya sea habladas, escritas o mimetizadas, dejamos un vestigio de nuestras huellas, de la historia que hacemos y de la que somos parte. Al retratar el pasado, quizá la narrativa escapa de los grandes sucesos que influyeron en el curso de países enteros, pero que, a la vez, se inscribe en una realidad municipal, estatal y nacional. El derecho a la memoria implica realizar lo necesario para capturar y transmitir información de las sociedades del pasado. Por más pequeño que sea, todos tenemos un rol en la sociedad, formamos parte de ella y, por ende, tenemos no solo la capacidad, sino también el derecho de hablar sobre nuestros recuerdos para ofrecer un vistazo al pasado, por más reciente que sea.

No hay que olvidar que a partir de los sucesos más pequeños se construye una realidad más compleja, que nos involucra a todos y cada uno, ya sea desde el barrio, unas canchas de fútbol, el campo, la escuela, el templo. Aunque haya un sinfín de fotografías y metrajes que nos permitan conocer a Zapopan a través del tiempo, ninguno de esos registros audiovisuales mostrará cómo fue vivir y sentir esos instantes.

Serán las memorias de quienes si estuvieron ahí lo que nos ayudará a saber cómo era vivir Zapopan.

Aquí están escritas las vivencias de numerosas personas, de zapopanos que animosos nos compartieron una ventana a la realidad que les tocó vivir y que nos permiten darnos una idea de cómo era la vida en aquellos tiempos, en lo individual y lo colectivo. A través de los relatos, los participantes tejieron un archivo, con valiosa información, que al ponerse a disposición del público, deja un tesoro para el disfrute de las nuevas generaciones, curiosas por conocer la vida de sus antepasados, de los habitantes de la Villa Maicera. En este sentido, los relatos que conforman este libro son una muestra de la identidad cultural zapopana, misma que tiene sus características según cada delegación, colonia o personaje; es decir, Zapopan también es un mosaico de historias, tradiciones e identidades culturales.

Para recabar los relatos que conforman este libro llevamos a cabo el proyecto Vivir Zapopan, encaminado a reencontrarnos con nuestra identidad como zapopanos. Es un esfuerzo por no perdernos en la mancha urbana de la zona metropolitana; es reivindicar a nuestra tierra, sus festividades y sus tradiciones; es enaltecer el recuerdo de la Villa Maicera y reconocernos en las memorias de sus habitantes. La convocatoria ¡Zapopan@ cuéntanos tu historia! fue una invitación abierta para adentrarnos a los recuerdos de sus pobladores, para que nos compartieran un poco de aquella Zapopan que se nos quedó con el tiempo, de los escenarios y las costumbres que sólo a través de sus relatos podremos conocer; del centro de Zapopan, a los barrios de las fábricas, Atemajac del Valle y La Experiencia, las comunidades indígenas y las danzas de San Juan de Ocotán, Nextipac y Santa Ana Tepetitlán, las tierras fértiles donde se sigue cultivando, San Esteban, Ixcatán, y Tesistán, donde se ha concentrado el alma maicera de la villa, a La Primavera y la Venta del Astillero. En cada colonia, en cada barrio, en cada delegación son perceptibles los vertiginosos cambios en los que se ha sumergido la ciudad. El pasado nos es más cercano y se vuelve más necesario preservar un registro de las transformaciones que ha experimentado nuestro municipio y nosotros con él.

La propuesta del concurso partió de una premisa que se convirtió en nuestro mantra: “todos tenemos algo que contar, aunque la Historia,

esa que se escribe con mayúscula, parece detenerse sólo en aquellos personajes pródigos, ‘los que hicieron algo’”. Nuestra apuesta fue salir a buscar las historias de la gente menuda, convencidas de lo valioso de sus aportes, de que sus relatos eran testimonios invaluable de los escenarios que vieron y vivieron, de aquel Zapopan que ya no volveremos a ver y que no apreciarán las nuevas generaciones. El reto no era cosa menor. El primer obstáculo a vencer fue cambiar la percepción del público, que consideraba que las vivencias personales eran de poca trascendencia o que no habían hecho algo digno por relatar. Por eso planeamos la impartición de talleres de la memoria con la guía de Abigail López Díaz, historiadora, gestora cultural y cronista de la comunidad de San Juan de Ocotán, y la participación de un equipo de historiadores: Erick González Rizo, Janet Ruiz Maldonado, Erika Peña Flores, Mario Sepúlveda, la misma Abigail e Isabel Juárez.

De esta manera no sólo incentivamos la participación, despertando recuerdos, sino que en la medida de lo posible, nos acercamos directamente a las comunidades, en particular en Paraísos del Colli, Atemajac del Valle, la Indígena de Mezquitán, Los Guayabos, San Juan de Ocotán, Miramar y Zapopan centro. Este acercamiento contribuyó a incluir a habitantes de distintos contextos, lo que nos mostró que no todas las personas estaban familiarizadas con la escritura, por lo que también se les invitó a participar con sus testimonios orales, esto también con la intención de ser más equitativos y sumar a más personas al proyecto.

Con los talleres, basados en incentivar la memoria a través del registro sensorial, quisimos rescatar los olores, los sonidos, los sabores, los paisajes y las andanzas de la Villa Maicera. Así nos encontramos con las huertas, las barranquitas y los olores de sus frutos, los veneros y la frescura del agua, los bosques del Nixticuil, el Centinela y las comunidades que vivían de la venta de leña, los mercados con sus marchantes y canastas, los pasos de los caballos por las calles adoquinadas, los árboles de zapote y su generosa sombra, las cantinas y los pleitos que se suscitaban en sus alrededores, los campos y los quelites, verdolagas y hongos que se podían recolectar en ellos, los bailes y las composiciones de papel para decorar las fiestas, los colores, sabores y sonidos de la Romería y los Viernes de Dolores, entre otras

vivencias que podrán disfrutar en este libro. En cada página hay un tanto de añoranza, de alegría, de misterio, de penurias.

Todas estas emociones envuelven las experiencias de los habitantes de Zapopan, de la misma tierra, pero desde distintos ángulos. Algunas diferencias enriquecen el texto, pero otras evidencian las desigualdades económicas y sociales que han enfrentado los zapopanos. Son historias cotidianas, del día a día, narradas directamente de la memoria del escritor, una que otra se leerá académica, producto de un trabajo investigativo, pero esto es evidencia del interés que la convocatoria despertó en los distintos sectores que se involucraron en este ejercicio enfocado en recolectar memorias. La prosa y los recursos estilísticos utilizados para la escritura variarán de autor en autor, lo cual hace de este libro una compilación ecléctica, ya que no se impuso un formato rígido que gobernara de qué forma tendría que presentarse lo que cada escritor quisiese compartir. Cada autor tiene un estilo particular, en cuanto que es poseedor de su propia historia y de la manera en que desea contarla.

Las historias aquí reunidas involucran costumbres familiares, entretejidas con las expresiones de la comunidad. Algunas llegan a alcanzar reconocimiento en toda la entidad, y quizás a una mayor escala, como el caso de la Romería. Somos afortunados de que ciertas celebraciones se mantengan vivas y que podamos participar de ellas; sin embargo, otras tantas están por perderse, por ejemplo, la danza de la Conquista de Atemajac del Valle, que ha visto cómo se reduce el número de danzantes. Hay festividades que simplemente ya no se pueden encontrar o no de la misma forma en que las vivían nuestros antepasados, por lo que esta obra contribuye a resguardar el registro de esas tradiciones.

En las siguientes páginas el lector encontrará la nostalgia de la niñez, las fiestas, las calles, los negocios y lugares que han cambiado con el tiempo, pero que se preservan en la memoria de los autores y ahora también en este libro. Gracias a la nutrida participación, se observarán diversas miradas del pasado zapopano, del mismo espacio, aunque en distintos tiempos. En conjunto, estas historias están llenas de cariño, añoranza y aprecio por su tierra, lo que ha configurado la identidad de sus habitantes y que, latente, se mantiene vivo y vigente en su gente, en

sus narraciones, en sus costumbres. Las historias de aquellos dispuestas a contarlas se disponen aquí para quienes, gustosos de leer y escuchar, disfruten de diversos retratos zapopanos, de sus barrios, colonias y delegaciones. Si se ha vivido en Zapopan, adentrarse en la lectura de la obra, significará reencontrarse con las reminiscencias de su propia identidad, de las pláticas de los abuelos, de los padres o familiares; si se es fuereño, se conocerá cómo se vivió en la Villa Maicera. Al juntarse todas estas piezas es posible construir múltiples imágenes de esta ciudad. Como si fuese un rompecabezas, las acomodaremos para obtener un vistazo general al pasado que vivieron estos escritores

Con la convocatoria y la materialización del libro, gracias al respaldo de El Colegio de Jalisco, a su presidente, el doctor Roberto Arias de la Mora y a su Secretario General, Mtra. Ixchel Ruiz Anguiano, cumplimos con el objetivo imperativo de recuperar las historias de los zapopanos, para que no pasen desapercibidas ni sean olvidadas. Quizá no todas las memorias pueden plasmarse en un libro, pero todas permiten preservar el pasado. Sin importar cuántos años pasen, lo que han vivido los autores de este libro permanecerá con nosotros como una herencia para las siguientes generaciones, porque hay que saber de dónde venimos para saber a dónde vamos.

Los escritos que se comparten son fruto de la memoria, pero sobre todo de la generosidad de los participantes, que abrieron su corazón de maíz y compartieron sus recuerdos. Cada uno creció y forjó esta tierra de amistad, trabajo y respeto.

CRISTINA ALVIZO CARRANZA
ISABEL JUÁREZ BECERRA
JULIÁN DARÍO NUÑO RAMÍREZ



PARTE 1
Infancias zapopanas

► PÁGINA ANTERIOR

Plaza del Sol

(Serie Sedes comerciales)

Bibliotecas de El Colegio de Jalisco

Fondo fotográfico Colección Fernando Martínez Reding

MI NIÑEZ EN LA GUARACHA Y MIS CORRERÍAS EN LA VILLA DE ZAPOPAN, 1960-1970*

Elías Amézquita Castellanos

Mucho he presumido, como una visión de mis orígenes, no obstante ser alteño, el hecho de haber vivido en el medio rural hasta los siete años y complementar mi niñez en la nostálgica Villa de Zapopan, a la que llegué en 1958 como miembro de una familia campesina que, como muchas, arribaban a la ciudad en busca de prosperidad y mejores condiciones de vida, aunque siempre suspirándole a las bondades del campo. Mi relato intenta dar una visión muy general de algunos aspectos socioculturales, experiencias anecdóticas, personajes y lugares de Zapopan, pero siempre partiendo de la gran familiaridad que yo sentía por mi barrio y comunidad más inmediata.

Debo aclarar respecto al nombre de mi barrio que ignoro la ortografía correcta del término, que puede ser “Huaracha” o “Guaracha”. Sin embargo, en un intento de ser original y en apego a la manera como la gente lo pronunciaba y lo sigue pronunciando, lo llamaré Barrio de la Guaracha. Fue un barrio que en los años sesenta estaba circunscrito entre las calles Pino Suárez, la parte oriente de la calle Libertad, Privada Pino Suárez, Independencia, Industria y López Cotilla, y que tiene como núcleo la calle de Sarcófago, que fue la calle en la que viví.

Al hablar de la Guaracha hago referencia a un barrio muy populoso, con la particularidad de tener varias vecindades en donde coexistían muchas familias comúnmente numerosas y con ese sabor tan especial de gente trabajadora: albañiles, carpinteros, ladrilleros, artesanos, boleros, matanceros lecheros y varios oficios más. La gente desde temprano empezaba sus actividades. Las mujeres cargando sus cubetas o baldes con nixtamal se dirigían al molino de doña Elisa Ayala (que se ubicaba en la esquina de Pino Suárez y Colón) para que se lo transformaran en masa para hacer las tortillas y el atole blanco que de

* Este relato obtuvo el tercer lugar en el concurso Zapopan@ cuéntanos tu historia.

manera cotidiana eran cocinados en un fogón con leña, o bien, en algunos casos, en estufas que utilizaban petróleo. Mientras tanto, los maridos se preparaban para ir a laborar, y los niños, a la escuela.

Durante el día, cuando los varones permanecían en el trabajo, en muchas casas (por cierto la mayoría de puertas abiertas), se podía ver a las señoras, o bien, a las hijas mayores con gran alegría barrer y trapear los pisos de los zaguanes (que normalmente los tenían muy aseados y brillantes), y al mismo tiempo se escuchaba en su interior música variada de estaciones de radio como la XEHK, la XEHL o la XEBA, que se anunciaban como estaciones de Las Cinco Ondas de la Alegría. En las estaciones mencionadas la gente escuchaba a Mike Laure, Rigo Tovar, las Hermanas Huerta, Pedro Yereña, los Alegres de Terán, las Hermanas Lima, las Jilguerillas y un sinnúmero de cantantes y artistas de los más variados ritmos. Sin embargo, en la XEBA, que se especializaba en tocar música ranchera, también se escuchaban frecuentemente avisos. Ante la carencia de otros medios de comunicación, se mandaban mensajes como “Favor de decirle al señor Estanislao Castro del rancho de Los Arroyitos que baje del cerro el ganado que vendió, ya que iremos por él el próximo jueves temprano”. La eficiencia de estos mensajes contrastaba con el tortuguismo y la lentitud de cartas escritas que tardaban muchos días, ya que el correo siempre fue muy lento.

En los frecuentes bailes y fiestas predominaban las cumbias, las polkas, los danzones y el rock and roll. Lo anterior nos puede dar una idea del ambiente alegre y bullanguero de este barrio. Para organizar un baile era necesario tramitar un permiso en la presidencia y contratar a Secundino, que con su carrito y auxiliado por su inseparable ayudante, Cuco, trasladaba su tocadiscos, sus bocinas y la caja de discos y con ello amenizaba los jolgorios. Cobraba hasta siete pesos la hora, dependiendo de la lejanía del lugar y de cuántas horas lo requirieran.

Para los niños que vivíamos en la Guaracha era más común que transitaran por las calles bicicletas, caballos y ganado que vehículos, los cuales en realidad eran muy contados. En cambio, dada la cercanía del rastro donde sacrificaban animales para el consumo humano, continuamente pasaban vaqueros con pequeños hatos de ganado bajando por la calle de Sarcófago, dando vuelta hacia el Sur, por lo que hoy es la calle López Cotilla, ya que la Villa era tan modesta en sus

dimensiones que el mencionado rastro se encontraba a escasas tres cuadras de la plaza principal. Debo compartirles que en repetidas ocasiones, el ganado que se trasladaba al mencionado rastro era ganado bravo, lo cual representaba un peligro para quienes lo arriaban y para quienes en ese momento permanecíamos en la calle aun cuando los hubieran prevenido los vaqueros, con gritos despavoridos, que nos metiéramos a nuestras casas. En más de una ocasión, no faltó la imprudente valentía de algún mozalbete que se quitó la camisa para intentar darle un pase de chicuelina a dicha bestia, sin el más mínimo temor.

Por las tardes, para los niños, luego de comer y hacer la tarea, el barrio se transformaba en un gran abanico de diversiones. Para quienes gustábamos del futbol, de inmediato ocurríamos al Corralón, lugar al que elegantemente, quienes practicábamos el balompié le denominamos El Maracaná (aunque en realidad era solo un terreno baldío lleno en sus orillas de quelites espinosos). Ahí jugábamos partiditos en ocasiones de toda la tarde y los sábados hasta con apuestas de dinero; sin embargo, también contábamos con otra magnífica opción que era el Campo Zapopan (propiedad de doña Margarita Camacho), que se encontraba ubicado entre las actuales calles Pino Suárez, Santa Lucía y Jesús García.

Al oscurecer, los niños podíamos continuar jugando en la calle, o bien, asistir con doña María a ver la televisión por veinte centavos, o con doña Esperanza, que cobraba treinta centavos porque su televisión tenía pantalla más grande, ambas por supuesto en blanco y negro, y que se apagaban comúnmente a las diez de la noche, hora en la que coincidentemente muchos de nuestros padres cerraban la puerta de la casa, apoderándose de la única llave que tenían normalmente las puertas, que en su mayoría eran de madera.

En la Guaracha, como en otros barrios zapopanos, coexistíamos con personajes de la calle, siempre llamativos por sus atuendos, que sin duda, eran una parte pintoresca de la convivencia diaria. Mención especial en este rubro merecen Sebastián “El Batán”, que al vivir en el Corralón, en un *agachadito* construido de cartones, era siempre nuestro anfitrión. Sin embargo, el Coqueno, La señora de los perros y El Tocho Morocho convivían con nosotros a su manera y casi siempre viviendo de la ayuda que recibían de las personas bondadosas.

Otra opción para la diversión de los niños y jóvenes de Zapopan era asistir a alguna función vespertina en el Cine Moctezuma (que luego se cambió el nombre por el de Cine Mayté). Este cine, que había sido con anterioridad construido exprofeso, era una finca que se ubicaba al lado norte adjunta a la Basílica de Zapopan, espacio en el que después se construyó la avenida Hidalgo. En esta sala de grandes dimensiones y con abundantes bancas de madera, recuerdo haber visto películas como *Los Cinco Halcones*, *Clavillazo contra los monstruos*, *El Santo contra las momias*, etcétera. Quienes asistimos algunas veces a gozar de una película, comprobamos que iba en ello un doble disfrute, ya que junto con lo emocionante del filme también empezaba una verdadera cacería de ratas y roedores que aprovechando la oscuridad, salían a merodear por el suelo, pasando por encima de nuestros pies. En respuesta a los gritos de terror tanto de las pocas damas que acostumbraban asistir como de algunos varones, se organizaba una verdadera guerra de pisotones y chanclos que le impregnaba a dichos momentos una incomparable vivencia. Derivado de ello se hizo muy popular la frase: “Voy al cine. A ver cuántas ratas piso”.

El gran foco de atracción y uno de los lugares más conocidos de la Guaracha para los zapopanos que gustaban de la vida parrandera y de las bebidas etílicas y emborrachadoras, era la cantina el Infierno, nombre con el cual era conocido por el común de la gente, aunque en su elegante letrero luminoso se podía leer Salón Tanager. Al pasar en la noche por frente a dicho lugar, en su interior se podía escuchar música, gritos de júbilo y alegría, murmullos y mucha bulla, pero también de repente se escuchaban gritos de mujeres horrorizadas que salían corriendo para huir de los frecuentes pleitos, ya que pillaban con engaños a don Toño, el portero, que estaba encargado de desarmar a los clientes que ingresaban, y se metían todo género de pendencieros con armas, dagas y objetos punzocortantes, que en ocasiones transformaban el lugar en un taller de problemas.

A un costado de la cantina el Infierno estacionaba su camión de altas redilas don Cristóbal Pineda, persona muy madrugadora, quien desde las cinco de la mañana despertaba a buena parte del vecindario con sus ruidosas y escandalosas flemas, cuyo sonido rebotaba en los tímpanos de quienes a esa hora pretendíamos culminar nuestro sueño. Esta

persona se dedicaba a traer fruta de la zona de San Cristóbal de la Barranca para comercializarla, y aprovechando el viaje, a muchas personas les servía de medio de transporte para venir a la ciudad con objeto de hacer sus compras y adquisiciones. Ese viaje se aprovechaba dado el efímero servicio de camiones a la zona de la Barranca, que solo iban cada tres o cuatro días. Al llegar a Zapopan algunas personas dormían con familiares y otras se hospedaban en el Mesón de don Anatolio Ramírez, que les resultaba muy bien ubicado por estar en el centro de la villa. En la actualidad dicho edificio continúa ofreciendo hospedaje a viajeros y turistas.

Los sábados en la mañana muchos niños participaban en la carga; es decir, eran ocupados por doña Margarita Camacho y su hijo don Miguel Delgado, al que el común de la gente llamaba el Gachi, para ir a determinadas ladrilleras y entre todos llenar el camión de ladrillos. Ese trabajo terminaba más o menos a la una de la tarde, hora en la que los niños llegaban a sus casas transformados en auténticos monstruos, porque el sudor había provocado que el polvo de los ladrillos se les fijara en el rostro y en todo su cuerpo. Al finalizar dichas jornadas sabatinas, al más puro estilo de algunas haciendas porfiristas, el pírrico pago podía ser con moneda o bien invitándoles a los niños trabajadores un Jumbo (refresco de moda en aquel tiempo) y una sema rasposa de canela.

Debo complementar esta parte de mi relato haciendo referencia a la gran influencia y liderazgo que siempre ejerció don Miguel Delgado Camacho (El Gachi) en el barrio de la Guaracha, quien con el modelo de las múltiples organizaciones priístas llegó a formar la Asociación de Ladrilleros y Similares de Zapopan (perteneciente a la Confederación Regional de Obreros y Campesinos [CROC] y ésta a su vez perteneciente a la Confederación de Trabajadores de México [CTM]), lo que le permitió tener predominio y participación tanto en las elecciones como en los gobiernos de la Villa Zapopana.

Los sábados en la tarde, luego de recibir muchos trabajadores el pago por su labor semanal, llegaban al Callejón, ubicado entre la entonces modesta Presidencia Municipal y el Mercado de Zapopan. Allí Doña Chalana y sus meseras servían cervezas frías, bebidas etílicas, botanas y comida mexicana. Las rocolas, que funcionaban con monedas,

amenizaban el ambiente. O bien, ya “entrados en chupes”, le pedían canciones al conjunto norteño dirigido por el famosísimo Metate. Se podían ver a las afueras del Callejón varias bicicletas estacionadas, algunas de ellas todavía con el cajón mezclero y la cuchara, con la finalidad de pasarla bien con los amigos, lo cual desencadenó que en incontables casos se les pasaran las cucharadas y terminaran bastante ebrios.

Por ser día de ralla, el sábado se prestaba para que algunos padres de familia de mi barrio invitaran a su esposa e hijos a cenar con las Chicas (Jovita y Chica), muy conocidas en la Guaracha porque ofrecían los platillos más tradicionales, como pozole, sopes, enchiladas, tacos, tostadas y para el desempance, un buen tarro de sabroso tepache con su respectivo carbonato, que comúnmente provocaba ruidosos eructos.

Otra buena opción para cenar frente a la Basílica en plena Plaza de la Villa Maicera era cenar con el Peludo, un afamado taquero de gran estatura que con grandes brazos muy velludos preparaba sabrosísimos y muy calientes tacos de cabeza. Los preparaba de la manera más peculiar, ya que luego de empalmar las tortillas captaba rápidamente la carne sosteniendo el taco en su mano izquierda; incluía la cebolla y el cilantro, y acto seguido, imprimía con su mano derecha una ligera presión a la cuchara de la salsa, que suspendida materialmente en el viento, era captada por el taco, que a manera de guante había colocado en su mano izquierda, todo con una rapidez llena de destreza, lo cual independientemente de disfrutar de su exquisita cena, representaba un agradable espectáculo.

Las actividades dominicales para algunas familias católicas (como la de un servidor) iniciaban a las 4:30 de la mañana, con objeto de asistir a la misa de cinco de la mañana impartida normalmente por el muy conocido Sr. cura Rositas, quien siempre andaba de prisa y comúnmente decía la misa en media hora o a veces hasta en veinte minutos, siendo él mismo quien en repetidas ocasiones recolectaba la limosna como parte de su estilo personal que incluía la estrategia de exigirle discretamente y en corto a los hombres ricos, y no siempre con buenas palabras, que le echaran billetes más grandes al canasto, tildándolos de tacaños y con voz tenue adjudicándoles todo género de maldiciones. Era común y hasta parte del folklore zapopano, observar la manera

como cada fin de mes el mencionado cura Rositas recorría buena parte de la Villa pidiendo ayuda económica para sufragar los gastos de la misa para la Divina Providencia, que tradicionalmente se celebraba los días primero de cada mes, todo ello acompañado por un séquito de chiquillos que le ayudaban a tocar puerta por puerta.

Entre las variadas opciones que había, ciertos domingos en la mañana estaba la de asistir a escuchar artistas y cantantes en una estación de radio local que se hacía llamar La Charrita del 70. En una especie de toldo gigantesco que colocaban al pie de un barranco, ubicado más o menos donde hoy se encuentra el Sanatorio San Juan de Dios, presentaban un espectáculo al cual podían las personas asistir como espectadores. En más de una ocasión, ahí pudimos escuchar grandes duetos como Las Jilguerillas, Los dos Oros, David Zaizar, Los Alegres de Terán, entre otros. Durante la semana, en la mencionada Charrita del 70 había un programa en el que damas y caballeros, de diferentes edades y condiciones sociales, buscaban pareja a través de cartas escritas a mano, que enviaban a la radiodifusora y eran leídas al aire, con objeto de que el público radioescucha diera cabal cuenta de ellas.

Contaré como anécdota y vivencia que por travesura, entre un grupo de amigos y un servidor, haciéndonos pasar por un amigo llamado Ángel Palomino, cuya enfermedad de polio le había dejado un pie más grande que otro, motivo por el cual le decíamos el Teizesana, escribimos una carta que personalmente el que escribe llevó a la estación. En ella hacíamos hincapié en la necesidad que tenía de conocer a alguna mujer que lo quisiera aún con su anomalía al caminar. Lo sorprendente de lo que relato a ustedes es que luego de ser leída la carta al aire, al día siguiente ya le estaban contestando varias damas interesadas en conocerlo. Lo cautivador de esta historia es que en un principio le causó un gran malestar, principalmente con un servidor, por el atrevimiento de haber redactado y enviado la carta, pero después la idea fue más que bienvenida, ya que tal acontecimiento tuvo un final feliz y se casó con una de ellas.

En la noche, los domingos se podía asistir a lo que la gente llamaba La Serenata, que consistía en caminar lentamente alrededor de la plaza, los varones con sus compañeros dirigiéndose en un sentido y las mujeres

con sus amigas caminando en sentido contrario. Esto les permitía, tanto a ellos como a ellas, interactuar y poder conocerse. Tenían como instrumento un piropo, una gardenia o un cascarón de huevo con confeti, que era estrellado en el mejor de los casos suavemente en la cabeza de alguna chica. Era del dominio público que en la serenata se podía conseguir novia. Por lo tanto, había que asistir aunque fuera un rato los domingos.

Por supuesto, ya estando en la serenata, los domingos y los días festivos, no podía uno abstenerse de echarle una mirada a la singular señora que vendía turrónes junto al kiosco (un caramelo chicloso y altamente pegajoso de una sola pieza). Se trataba de una dama cuya ronca y aguardientosa voz contrastaba con su diminuta estatura de apenas poquito más de un metro y de cuerpo de un llenito parejo. Dicha señora lanzaba con su ronca voz el grito: “¡Turrón, joven!”, y acto seguido tomaba un machete de grandes dimensiones que le servía para cortar los trozos de caramelo y lo frotaba contra el piso, en un acto francamente retador, formando un perfecto arcoiris de chispas incandescentes que causaban una gran admiración a quienes pasábamos por enfrente. Puedo asegurarles que dicha metodología para vender motivaba a muchos curiosos a comprar y, por ende, probar su trozo de turrón que al final se servía con un chorro de limón.

Renglón aparte merece mi recuerdo sobre la fiesta máxima para Zapopan, que era el 12 de octubre, fecha en la que la Virgen de Zapopan (María de la Expectación) regresaba a su aposento original, que era y sigue siendo la Basílica de Zapopan. Por supuesto, la religiosidad de la Guaracha se ponía de manifiesto al partir un sin número de familias la noche anterior (11 de octubre) a la catedral tapatía para acompañar a la sagrada imagen en su regreso triunfal a Zapopan. En algunos casos, dicha participación era formando parte de grupos de danzantes, que con sus prehispánicos atuendos y sus pesados guaraches con suela de madera multiplicaban el esfuerzo del recorrido. Otras personas lo hacían con sus cotidianas vestimentas y cumpliendo las reglas de devotos peregrinos marianos. El recorrido de la Generala iniciaba en la Catedral de Guadalajara a las cinco de la mañana y concluía alrededor de las 10:30 horas, y culminaba con una misa solemne que coronaba su peregrinar en la Basílica de Zapopan.

La fiesta en cuestión, amén de atraer previamente a muchísimas personas, era un gran foco de atracción de juegos mecánicos, espectáculos muy variados y comerciantes de todo tipo que se concentraban principalmente en la plaza de la villa zapopana. Por supuesto, en esta fecha el Barrio de la Guaracha se vestía de gala con calles y casas pletóricas de composturas de colores azul cielo y blanco, matices con los que se identificaba la sagrada imagen, al tiempo que arribaban de múltiples lugares y regiones familias que se hospedaban con sus parientes, incrementando con ello el carácter popular de la mencionada fiesta religiosa.

En lo relacionado al aspecto económico, el comercio que provocaba dicha fiesta rememoraba la gran actividad que se desarrolló durante la época colonial, tanto en general en la Nueva España como en el Reino de Nueva Galicia, en torno a las festividades religiosas, razón por la cual las llamadas ferias se fueron paulatinamente adecuando y adaptando al calendario religioso, que motivado por la profunda religiosidad de clases sociales y *castas* y dados los grandes conglomerados de asistentes, dejó magnas utilidades tanto a la Iglesia como a los comerciantes. Con el tiempo y aprovechando el gran impacto de esta celebración, tanto los comerciantes tapatíos como los grandes empresarios fueron creando lo que dio en llamarse Fiestas de Octubre en Guadalajara.

Entre los múltiples juegos mecánicos que ocupaban los espacios de la plaza de la Villa Zapopana estaban las Sillas voladoras, el Pulpo, la Rueda de la Fortuna, el Remolino, el Martillo, el Trenecito, así como varios volantines para niños de diferentes edades, todos estos juegos por supuesto movidos por grandes máquinas y energía eléctrica, aunque ninguno tan atractivo como el volantín de los payasos, que no funcionaba con electricidad ni motores, y se ubicaba normalmente frente a la entonces Escuela Franklin D. Roosevelt, que posteriormente fuera convertida en Presidencia Municipal. Pocos juegos y espectáculos concentraban tanta gente como este volantín al que hacían girar varios niños, que eran elegidos bajo el lema “una recia y luego se suben”.

La atracción principal de este volantín era la actuación cómica de payasos como Rabanito, El Caracol y sus compañeros, quienes en un pequeño y sencillo escenario bailaban y actuaban chistosamente,

vistiéndose de aquellos personajes de los que hablaban las canciones y corridos que ellos mismos elegían para tocarlos en un tocadiscos, de tal manera que la gente se divertía y a carcajadas celebraba dicha charlotada. Tengo muy gravado en mi mente la actuación que realizaban dichos payasos cuando tocaban el corrido de Rosita Alvirez, en el cual Rabanito se ponía una arrugada falda, unos calzones de holanes, medias de popotillo, una peluca y una blusa femenina con senos fatalmente simulados, y al sonar los balazos (ruidos que se hacían en una hojalata), caía con los pies totalmente hacia arriba, mostrando el montón de *garras* que se había puesto. Realmente era aquello un auténtico espectáculo pueblerino muy sano y hartamente divertido.

Entre nuestras tradiciones, que eran muchas y muy variadas, las posadas celebradas y organizadas durante diciembre en la Guaracha representaban para los niños una muy esperada opción para participar, y mediante ellas se preparaban para la llegada del Niño Dios. En algunas casas se organizaban humildes posadas a las cuales asistían un gran número de infantes. Sin embargo, en mis recuerdos ninguna con la magnificencia de las organizadas por el Dr. Alfredo Fernández Barba y su familia, en su casa ubicada en lo que hoy es Pino Suárez no. 203, en su cruce con Independencia. Recuerdo que se formaban verdaderas multitudes de niños, que participaban en todas las etapas de la posada: el rezo del rosario, los cánticos y la petición de posada, la quiebra de piñatas y el disfrute de los tradicionales bolos, que no solo eran ricos en golosinas, sino que había para todos y en grandes cantidades. Recuerdo como sello distintivo de dichas posadas organizadas por el Dr. Alfredo que niño que mañosamente llegara hasta el final sin haber rezado, no se le daba bolo como pregón y muestra de enseñanza para los niños de las fundamentales cualidades, que son la rectitud y la honestidad.

Otro de los grandes atractivos durante diciembre para las familias, los niños de la Guaracha y para los zapopanos eran los nacimientos que casi en cada casa se conformaban, todos ellos plenos de la creatividad e idiosincrasia de los habitantes de la villa. Los nacimientos comúnmente se diseñaban y construían en los zaguanes o pasillos, con objeto de ser vistos y admirados por los transeúntes, y gracias a la cotidiana costumbre de tener las puertas abiertas, se podían admirar las cualidades y características de ellos.

Tanto los nacimientos como los arreglos y la decoración navideña en cada hogar conformaban un ambiente muy peculiar para quienes vivíamos ahí. En este rubro de los nacimientos es punto y aparte referirme al que, para un servidor, fue el mejor y el más grandioso. Me refiero al que cada año se diseñaba en el antiguo gran edificio del Sanatorio San Juan de Dios, originalmente construido por la orden de los juaninos, ubicado en la que era llamada por los oriundos de Zapopan la Calle Ancha, que hoy ocupan las fincas que se ubican al lado norte del arco de entrada a la Exvilla Maicera.

Era un nacimiento único en su estilo y originalidad, ya que mientras otros se construían en dos o tres metros cuadrados y ya que su elaboración se constituía con figurillas diminutas, el nacimiento de referencia se conformaba en 10 o 15 metros cuadrados y con figuras, personajes y animales de por lo menos 30 o 35 centímetros de altura, con riachuelos, fuentes y lagos artificiales que les daban frente a los visitantes una imagen muy real, atractiva y novedosa. Esto, aunado a un grandioso y muy bello edificio estilo neoclásico, que solo en muy contadas ocasiones permanecía abierto al público, le imprimía una gran suntuosidad y magnificencia a todo el panorama.

Los recuerdos que tengo de mis vivencias en el inolvidable barrio de la Guaracha, así como de la añorada Villa de Zapopan, indudablemente, tanto a quien escribe como a muchos niños y jóvenes de mi generación nos marcaron en nuestra formación, idiosincrasia y filosofía de vida, ya que a la par de la estricta educación que nos dieron nuestros padres, las personas de nuestro barrio y nuestra comunidad también contribuyeron a forjarnos como personas de bien, guardando un gran respeto a nuestros mayores y pugnando por una convivencia muy sana entre nuestros iguales.

Muy para mi fortuna, aprendí a convivir con personas que supieron transmitirme sus conocimientos y sus habilidades en una etapa en la que la información mayoritariamente se transmitía de los que poseían más experiencia a quienes estábamos en proceso formativo, y el impacto de los medios masivos de comunicación no era tan aplastante. Por ello, nos afloraba esa capacidad de observar, escuchar y practicar buenos hábitos y ser receptivos.

Deseo agradecer a El Colegio de Jalisco, a mi *alma mater* la Universidad de Guadalajara y al H. Ayuntamiento de Zapopan, quienes

a través de Cultura Zapopan, al lanzar esta convocatoria, me motivaron a llevar a cabo esta excelente terapia que en su recorrido, me quitó de encima unos cuantos años y dos que tres canas de la cabeza que me empezaban a estorbar. Muchas gracias.

OLOR A TIERRA MOJADA

Alma Angélica Pasillas Rendón

Cuando pienso en Zapopan, lo primero que se me viene en mente en el recuerdo de mi infancia es ese olor a tierra mojada...ese Zapopan, empedrado, en el que temprano salían las mamás a barrer y regar las calles, calles limpias frescas con olor a tierra mojada.

Las vacaciones iniciaban en junio, julio y agosto, en el tiempo del verano, con las lluvias. Como decía mi mamá: “¡Por eso eran las vacaciones, por tiempo de lluvias!”, “¡Ya este gobierno cambia todo sin ton ni son! No saben el porqué de las cosas, pero bueno, ya no escuchan consejos: ‘¡Mas sabe el diablo por viejo, que por diablo!’”.

Algo que me llama la atención es que las personas mayores sabían muchos dichos, y era su forma de comunicarse. Te daban la explicación del porqué y para qué y, al final, la moraleja. Recuerdo en mi infancia que empezaban las vacaciones largas –así les llamábamos– y empezaba la lluvia. Además, cuando íbamos al mercado con mi mamá, ya había en los locales juguetes para el chiquillero, entre ellos, muchas loterías, sogas o cuerdas, trastecitos de barro, escobas chiquitas, trapeadores, braceritos de lámina, una infinidad de juguetes.

Había una lotería que recuerdo de mi infancia, y era la de las vacaciones largas, una que traía las cartas del molcajete, la granada, la burrita. Esa lotería era muy típica mexicana. Traía la muñeca... y la imagen era una muñeca de trapo. En la actualidad ya no hay esa lotería. La he buscado y no. Solo me ofrecen la tradicional, la que todos conocemos, esa que trae la dama, el catrín, la muerte, la rosa, la campana, el borracho, el barril, esa que todos al menos una vez en nuestra vida hemos jugado.

Ahora comprendo, después de tanto tiempo, por qué nos compraban loterías en tiempos de las vacaciones: para mantenernos entretenidos jugando. Durante la lluvia, empezando la lluvia, mi mamá sacaba la lotería con maíces para apuntar y nos decía “¿Quién quiere jugar

lotería?”. ¡Nombre! el chiquillero. Mis amigas y yo corríamos a escoger cartas, y empezaba el juego. Yo solo aguantaba máximo tres juegos. Me enfadaba. Me distraía viendo caer las gotas de la lluvia en la ventana, y dejaba de jugar y ansiaba que terminara no la lluvia sino el encierro que mi mamá nos marcaba y nos entretenía para que no saliéramos a mojarnos.

Cada que llovía, las corrientes de agua corrían por las calles empedradas. Estábamos impacientes en las ventanas viendo llover, esperando que se descuidaran las mamás para salirnos todos los niños a jugar descalzos bajo las gotas de lluvia. Por la calle de Independencia, toda empedrada, el agua corría hacia la avenida Laureles (actualmente así llamada). Nosotros jugábamos y buscábamos qué sé yo... buscábamos cuentitas, monedas y vidrios de colores que traían consigo las corrientes de agua. Era un triunfo atrapar cuentitas y, sobre todo, los fierritos de la agencia de bicicletas de Don José Ríos. Nos poníamos afuera de su local a ver qué podíamos recolectar. Ahí como imanes, todos los chiquillos nos dábamos cita para ver quién atrapaba más fierritos, fierritos que después los transformábamos disque en carritos, muebles pequeños, y con alambritos hacíamos lo más parecido a monitos para emprender la aventura de la magia, la transformación de la realidad en una vida interna pero a la vez comunitaria del juego. Apenas íbamos a jugar todos mojados y descalzos cuando se escuchaban los gritos de las mamás: “Fulano, sutano, mangano, vengan a bañarse. Están todos empapados. Se van a enfermar”.

¡A enfermar...! Que yo recuerde nunca nos enfermamos. Creo que la mejor medicina era jugar al aire libre, bajo la lluvia. Hasta eso sí éramos obedientes. Nos metíamos a bañar, dejando en el pasillo de una de las casas todos los tesoros encontrados en las corrientes de agua, sucia y enterregada, pero nosotros en la infancia la veíamos como un río de agua limpia y cristalina. No es que no tuviéramos juguetes. Claro que teníamos muchísimos juguetes. Éramos niños muy afortunados y queridos por nuestros papás, pero el inventar y echar a volar la imaginación nos gustaba. Después de un rato, ya que la lluvia pasaba, ya no había corrientes. Se iba rápido el agua y quedaba la piedra de castilla lavada, bonita... deslumbraba.

Poco a poco volvía a salir el sol, como llamándonos a todos los niños

a salir a jugar bajo su protección, y sí... a la calle, de nuevo cita de reunión. Ya salíamos bañados y cambiados, a regañadientes con zapatos, porque quién en esa edad no es feliz al estar descalzo. Con el pretexto de que íbamos a jugar en el pasillo, porque nos raspábamos los zapatos, nos los volvíamos a quitar y empezábamos a jugar, pero ya no con los fierritos y cuentitas que habíamos recolectado de la corriente de la lluvia no, ahora como ya las piedras estaban lavaditas y se veía bonita la calle, no faltaba quién dijera “¿Y si jugamos changay?”. Por supuesto, teníamos una piedra que poníamos y quitábamos para hacer el agujerito y jugar al changay. Alguien alguna vez nos preguntó que qué era el changay, ¿se jugaba o se juega? Sí, todavía se juega. Yo conozco a una mamá que les ha enseñado a sus hijos jugar changay, pero los hijos no le pueden ganar a la mamá. La mamá, campeona invicta, tiene ventaja por tener toda una vida de jugarlo. Hoy solo lo juegan en su rancho.

Hoy en día es imposible jugarlo en la calle, porque en primer lugar ya no está empedrado, y en segundo lugar así nos va dónde quitáramos un adoquín para esto, además de quebrar vidrios en las ventanas. Llevábamos palos de escoba, que le quitábamos a las mamás, con el carpintero para que nos cortara un palo grande como de 30 centímetros y otro más chico como de 10 o 12 centímetros. Para empezar el juego, el palo chico lo colocábamos cruzado en el agujero para impulsarlo con el palo grande, cuidando que te cacharan porque “*pelas*”, la expresión que utilizábamos para decir que perdías. Luego, el jugador contrario, ya con el palo en el suelo, le aventaba el palo chico. Si pegaba en el palo, también perdía, y si teníamos suerte de que no le atinaran, se seguía con el batazo, que era pegar con el palo grande el chico a ver hasta donde caía, y si al aventarlo quedaba muy retirado del agujero, empezábamos a contar con el palo grande, uno como midiendo con una regla dos, tres, y dependiendo de la distancia era los puntos a favor del que tiraba el batazo.

Tercer suerte: automáticamente se pasa a la palomita. Ponías en el agujero inclinado el palo chico, le pegabas con el palo grande y se levantaba como volando el palo chico. De ahí el nombre de la palomita. Para rematarlo, en el aire le dabas otro palazo para impulsarlo a que avanzara lo más que se podía, porque entre más grande la distancia más puntos se hacían, cuidado que el contrario no lo atrapara en el aire,

porque “*pelas*”. Además, se podían salvar vidas ya quemadas. ¡Ay aquellos tiempos no tan remotos!

Cuando ya empezaba a oscurecer, como a eso de las seis y media o siete, salían las mamás a comprar el pan y la leche para cenar. A las que les llevaban la leche de vaca y tenían pedidos, a esa hora ya tenían la leche hervida y con la nata sacada para evitar pleitos y se la comieran. Esa se iba guardando para hacer gorditas de maíz con nata, ricos panes, mmmm...

Cada quien corría con sus respectivas mamás, y nos les colgábamos del brazo para acompañarlas al pan, ya sea con los Mora o con doña Félix Valdivia, la abuelita del barrio. Ella tenía una tienda en la esquina de mi casa. Estaba casada con don Manuel Cerda. Doña Félix era una abuelita con cara tierna, cariñosa con todo mundo, de físico gordita y un poco chaparrita. A mí de chica se me hacía muy alta, y don Manuel, muy muy alto, delgado, con cara larga y diario enojado, muy corajudo, pero aparentemente porque en realidad tenía un corazón muy noble. Los dos eran unos viejitos cariñosos. Utilizo la expresión *viejitos* de cariño, no despectivamente.

Un dato muy importante que casi omito decir es que ese caudal de piedritas y vidrios multicolor que agarrábamos de las corrientes de lluvia se las debíamos a don Manuel, ya que una vez que la botella de refresco de vidrio se quebraba, las agarraba y molía el vidrio y los regaba a las cuatro esquinas. Doña Félix, muy molesta, le gritaba: “¡Manuel, otra vez tirando vidrio. No los riegues entre las piedras. Los niños se van a cortar!”. Eso se oía cuando menos dos veces por semana. En las noches le agradecíamos a don Manuel que regara esos vidrios. Se nos hacía la calle más bonita y elegante porque brillaba en la oscuridad con la luz de la luna.

Qué tiempos tan bonitos eran aquellos. Las puertas de las casas estaban abiertas de par en par. Siempre uno podía entrar y salir sin tocar las puertas de los vecinos. En vez de tocar era el llamado “Chayo”, “doña Luidis”, etcétera...

En vacaciones las mamás salían en las noches a platicar a las puertas de sus casas, y nosotros, todos infantes y algunos ya adolescentes, salíamos felices a jugar en la calle, ya sea a la sogá, el famoso bebe leche, changay, futbol, las famosas cascaritas, los quemados, boli-bol, María

Blanca, el famoso chicotillo, a brincar la cuerda y el resorte, y las mamás al pendiente de nosotros.

Se podía jugar en la calle. Casi no pasaban carros. Ah, eso sí, prohibidísimo ir al Vigía, un casco de hacienda abandonada, ubicada al final de la calle de Libertad, a un costado de lo que hoy es el Colegio Isabel la Católica. Adentro de la hacienda se encontraba un lienzo, en el que de vez en cuando había charreadas. Recuerdo que en poco tiempo el lienzo quedó abandonado, y todo el chiquillero íbamos, a pesar de las prohibiciones de las mamás, pero como ustedes saben lo prohibido es lo más llamativo. Íbamos a escondidas, y para nosotros era una alberca grande cuando llovía. Ahí había hasta ranitas y sapos, y ¿por qué no? buscábamos al charro sin cabeza que se aparecía, ese que contaban las mamás.

Construyeron el primer supermercado en Zapopan centro, ya ni tan en el centro, sino donde actualmente se ubican las oficinas de Reglamentos del H. Ayuntamiento de Zapopan. Ese edificio alguna vez fue supermercado, una famosa CONASUPO. Pasando la carretera las mamás nos llevaron a conocer la obra para saber dónde iba a estar el nuevo supermercado. Qué novedad, otro mercado. Pasamos por la alberca y les dijimos “Miren. Vamos a ver la alberca”. Las mamás muy sorprendidas contestaron: “¿Cuál alberca?” “Pues vengan”, les dijimos. “¿Ustedes cómo saben de esa alberca, eh? ¡Díganos!”. ¡Nombre, recuerdo el bombardeo de preguntas inquisitivas de las mamás! Al final, terminaron diciendo que no era una alberca, sino que había sido un lienzo charro. “Cuando ustedes estaban más chicos, aquí había charreadas. ¿Sí recuerdan que pasaban muchos charros con sus esbeltos caballos al final del desfile del 16 de septiembre y la Romería?, que nos decían: ‘Miren, ahí viene el desfile. Va a pasar por la casa’, pues el desfile era de los charros, porque al final había torneos de charros, que cabalgaban con las escaramuzas jovencitas, muy guapas y valientes. No tenían miedo de montar a caballo, y eso que era algo impresionante montar a caballo en esos tiempos porque las calles estaban empedradas y con las herraduras, al golpear en la piedra, aventaban chispas o se resbalaban; hacían unos ruidos impresionantes como chasquidos que al oírlo te daba entre miedo y emoción de ver un caballo tan bello y bailando bajo las piedras de castilla e ir aventando luces”.

Aun así, cada amazona de escaramuzas y charros montaba muy firme y elegantemente, seguros de dirigir ellos a los caballos, dejando por el camino chispas y chispas que alumbraban su caminar. Ellos iban rumbo a aquí a iniciar la fiesta charra. Recuerdo que mi mamá traía un vestido blanco de algodón con falda amplia y tenis blancos muy limpios, peinada con su chongo que se hacía y su pañoleta puesta para atrás del chongo y sus coquetas doradas. Se paró en una grada y suspiró con nostalgia y vio el lienzo lleno de agua estancada ya verde, y dijo “Tan bello lugar. En lo que se ha convertido”.

“¡Aquí venía Jesús, mi hermano. Quería ser torero! Venía a practicar con las vaquillas, pero mi madre no lo dejó. Mi hermano murió frustrado. En su vida creo que no encontró una ilusión, una motivación. Estuvo en el convento de fraile franciscano aquí en la Basílica, el cual tuvo que abandonar cuando murió mi papá. Nos decían los demás frailes que cuando Jesús mi hermano se quitó el hábito, ya para irse a la casa y abandonar el convento, lloró”. Al final, trabajaba en la Comisión Federal de Electricidad y murió electrocutado. Un cable se le pegó en el estómago y se le abrió. Yo pensé en ese momento “¡Ay, mi madre no le dejó ser torero porque podría morir de una cornada, pero el destino lo alcanzó con una muerte similar! Y sin haber hecho lo que él quería”.

Porque eso sí, antes sí obedecíamos a los padres, lo que ellos dijeran. “¡Pero ahora, aquí parada viendo el lienzo también en ruinas, creo que uno de padre a veces se equivoca! Es de humanos, y sacar experiencia de lo vivido”. “¡Niños, sigan sus sueños, que nadie los pare. Al final todo se acaba! Miren este lugar tan bello que era. Qué tristeza me da verlo en ruina”. “¡Ya, anden vámonos! ¡Vamos a ver el mercado nuevo! Veán. Esto es la vida: ya en ruinas el lienzo, su albercota, y vamos rumbo a ver una obra nueva para Zapopan, un supermercado nuevo”.

No pasó mucho tiempo que la tribu de niños y niñas nos organizamos para ir solos al mercado. Uy, atravesar la avenida era “tan peligroso” (ja, ja, ja...). Solo pasaban cada cinco minutos uno o dos carros rumbo a Tesislán. Eso sí, íbamos todos en bicicleta, porque la novedad era que pusieron unas rampas que actualmente siguen. Esas subidas y bajadas para nosotros eran unas súper grandes rampas, y para andar en bicicleta era lo máximo. Siempre salíamos con raspones, pero nunca con fractura de huesos. Era fascinante ir en bicicleta.

El paso del general Ramon Corona en Zapopan

Hablando de la Hacienda el Vigía, recuerda mi madre que cuando ella estaba chica Zapopan centro estaba constituida aproximadamente de 15 manzanas, en terracería, entre las calles principales solo cuatro, que era la calle ancha, hoy andador, antes 20 de noviembre; la famosa calle del Aguacate, esquina del convento de las madres, hoy calle Guadalupe Victoria y avenida Hidalgo; la calle 16 de septiembre, y Ramón Corona.

Aquí quiero y necesito hacer un paréntesis sobre lo que platicaba mi abuelo Eulogio Rendón, padre de mi mamá. Él no fue de las familias ricas de Zapopan; fue un simple empleado honrado que trabajó en diversas haciendas. Le tocó vivir la Revolución y al final de ella se tenían que enlistar para que les repartieran las tierras producto de la revolución, de las que fueron despojadas muchos ricos.

A mi abuelo lo invitaban para que le dieran tierras en reparto agrario, pero lo rechazó y dijo: “Esas tierras son producto de robo también. Lo que repudian están haciendo”. La Biblia dice: ‘Restituir o condenar’. A él jamás le gustó el pote de agrarista. Por ello no tuvo extensiones de tierras en su lugar de origen, Zapopan.

Yo no tuve la fortuna de conocer a mi abuelo, pero como les digo, las historias en Zapopan se contaban y transmitían de generación en generación. Los señores que se juntaban con mi abuelo nos decían lo que mi abuelo en sus tiempos les platicaba, que a mi abuelo le iba bien en el estudio, le gustaba mucho documentarse y cerciorarse de las cosas. Mi madre también decía que la gente lo seguía para platicar, que era buen orador, y entre una de sus anécdotas manifestaba que en la calle Ramón Corona, a la que antes llamaban camino de Ramón Corona, en 1873 transitó el general Ramón Corona Madrigal con sus tropas triunfantes después de la batalla en la Mojonera, en la que habían derrotado al Tigre de Álica, al cual hizo retroceder a su lugar de origen, a Nayarit. Decía mi abuelo que recuerden que en 1800 Jalisco estaba conformado por los estados de Sinaloa y Nayarit. Por eso era la batalla. El Tigre de Álica quería más extensiones de las tierras de Jalisco, antes llamado Guadalajara.

Cuando ganó la batalla, triunfante se dirigió por el camino en terracería, que hoy se conoce de la mojonera calle Ramón Corona, y

parte del camino que tomó el general Corona fue esa mismísima calle actual Ramón Corona aquí en Zapopan centro, desviando las tropas por la calle Vigía ahora Nicolás Bravo, hacia la hacienda el Vigía para descansar a los caballos y darles de comer. Cuenta la leyenda que en cada entrada de la Hacienda el Vigía había cuatro piedras grandes, en la cual Ramón Corona se sentó a descansar. La piedra la señalaba mi abuelo, que es la ubicada en la casa enfrente del Colegio Isabel la Católica, que actualmente cruza con la calle Nicolás Bravo y Libertad. Contaba mi abuelo que él con su papá fueron a servirles. Mi abuelo estaba chico y recuerda que corrían todas las señoras para un lado y otro felices por el triunfo y no hallaban cómo halagar. Llevaron jarras con agua y pulque, baldes con agua y pasturas para los caballos. Hicieron café para toda la tropa. Se organizó la gente del Vigía, muy hospitalarios. Las mujeres para pronto se pusieron a tortear y calentar en los fogones con leña las ollas de barro con frijoles de la olla, para servirles a los triunfantes.

En dicha calle del Vigía aún existe una casa histórica que también era de los jornaleros que trabajaban en la hacienda el Vigía, y esa casa en la cual vivió el Batán, ese personaje zapopano del cual hablaré más adelante. En la misma calle antes Vigía ahora Nicolás Bravo vivió el Batán en su infancia. Quién no conoce a ese personaje de Zapopan: el Batán. Contaba mi madre que esa casa era muy peculiar, ya que la única ventana que tenía hacia la calle se encontraba bloqueada. Como quien dice, le quitaron las ventanitas de madera y la reja para cancelarla con el objetivo de evitar un impuesto, porque contaba mi abuelo Eulogio que en el tiempo del presidente Porfirio Díaz habían inventado un impuesto que cobraban alto por cada puerta y ventana que diera a la calle, motivo por el cual esa ventana fue clausurada. Por ello, esa casa es de las pocas que quedan en México del tiempo del Porfirismo, como vestigio del aumento de impuestos a ventanas y puertas que daban a la calle.

Diferentes eran las casas de 16 de septiembre, que todavía se conservan bellas construcciones de esos años, conformadas con recamaras a la calle, pasillo o zaguán, corredores, con sala, recamaras, patio central y patio trasero, con sótanos. Decía mi mamá que no había vecindades o los clásicos departamentos. Zapopan solo estaba habitado por casas. Aunque fueran chicas, pero eran casas.

Las vecindades empezaron a surgir en los años 40 o 50, cuando llegó mucha población de varios lugares. Había crisis económica, y como les dije antes, llegaron familias de otros estados comprando casas y tierras. Personas ricas, viendo la necesidad de vivienda, en las mismas casas grandes antiguas empezaron a rentar cuartos, con lo que formaron así las vecindades. Cabe destacar que cada vecindad solo tenía un baño comunitario.

Mi abuelo decía que empezó a llegar gente de todos lados a partir de 1920. Después de la revolución, por la repartición de las tierras agrarias, mucha gente llegó de Zacatecas, Cuquío. Él, después de su adolescencia, llegó a su lugar de origen ya viudo y se volvió a casar con mi abuela, María Guadalupe Martínez. Mi abuelo llegó ya para nunca abandonar su lugar de origen.

Llegaron de Zacatecas don Vicente Romo, con toda su familia, y los Ayón a comprar tierras para establecerse. Los Morales venían de Tesistán. Las familias ya aquí establecidas que él recordaba eran los Fernández, los Orozco, los García, los Cardiel, los González, los Lozano, Mariscal, Velarde, los Vázquez, los Martínez. Decía mi abuelo que con la llegada de los de los Altos de Jalisco, Zapopan resultó con más auge económico, que trajeron el progreso cuando fueron poblando Zapopan al establecerse con sus negocios. Recuerda mi mamá que don Vicente Romo llegó y estableció una tienda en la esquina de 16 de septiembre y la calle del Aguacate, que vendían de todo, y decía la gente “Bendita tienda”. Ya no tenían que ir al centro de Guadalajara a surtirse. Aquí se casaron entre sí los hijos, y formaron poco a poco una sociedad zapopana.

En la famosa calle ancha había casas de las principales familias pudientes de Guadalajara, las casas llamadas *de la temporada*, porque eran habitadas solo en tiempos de lluvia, ya que Zapopan geográficamente como se sabe está en alto, y estaba Zapopan en aquellos tiempos en terracería y solo las calles principales empedradas. Al llover era un paisaje tan bonito. Conforme llovía, el agua corría rumbo a los campitos, hoy actualmente Plaza Patria. Había un caudal de río. Hoy por hoy cada que llueve reconoce su cauce el agua y va a parar ahí, lo que provoca inundaciones y caos, porque el hombre no está respetando la naturaleza.

El cine en Zapopan

Recordaba mi madre que en su infancia le gustaba ir a la calle ancha después del catecismo que era impartido en la casa del señor cura. Había un señor al que le decían don Policarpo. Nunca se supo si era su nombre o si así le decían. Pasaba función de cine para niños a través de la ventana de rejas, puertas de madera que abría de par en par. Todo el chiquillero estaba sentado en el suelo, viendo la película. De hecho, decía mi mamá que fue el primer cine aquí en Zapopan. No se conocía nada de eso ni en Guadalajara, y cuando se atoraba la cinta les pedía un aplauso para que siguiera la función. “Un aplauso a Don Policarpo para que siga la función”. Y el gritadero de los chiquillos y aplausos retumbaban en toda la calle ancha.

Ahí muchos se enveciaron del cine. No había salas de cine. Ya que abrieron la primera, cuando ella ya era toda una señorita, contaba mi madre que eran muy elegantes con cortinas rojas; era todo un escenario y una gran experiencia. Ella recordaba que la primer película que fue a ver en una sala de cine en Guadalajara fue con sus amigas las Cardiel, acompañadas de su mamá porque solas no las dejaban salir y mucho menos al cine, y fue la película *Lo que el viento se llevó*. Fue un gran estreno.

Antes de haber salas, había un señor que cada mes llegaba al centro de Zapopan, con carro de caballos y todo su equipo, como don Policarpo, para pasar funciones de cine mudo. Ponía tipo sábana blanca, traía banquitos y cobraba la función de cine. Mi mamá ya no recordaba el costo, pero era en centavos. Decía que era la gran diversión de Zapopan centro, que acudían las familias con sus hijos a ver el cine vestidos con sus ropas de domingo, todos ataviados, sencillos pero elegantes.

Después de la función del cine se encaminaban rumbo a la Basílica, ya que solo había una nevería, lugar de reunión de las familias zapopanas. Antes no había misas en la noche en la Basílica. La última misa los domingos era de 12:00 del día. Misas de matrimonio en la noche tampoco había, recuerda mi mamá que la primera misa de ocho de la noche fue un matrimonio de las familias Fernández del Valle, y se acuerda porque ella fue la segunda a la semana siguiente, en junio de

1961. Como quien dice, fue la primer zapopana que se casó en la Basílica en misa de ocho de la noche, misa celebrada por el padre Romero.

Hablando de un día cotidiano de una familia zapopana, de un pueblo aislado, con poca población, que en todas las mujeres, como es de costumbre, recaía toda la responsabilidad familiar, ya que debía vestir y actuar acorde a su sexo. En las épocas de juventud de mi madre y sus amigas, vestían con faldas anchas con pliegues y vuelos, acinturados y talle ajustado. No por ser un pueblo relativamente aislado vestían mal, no, siempre bien presentadas, aunque no tuvieran que ir a ningún lado, así se quedó acostumbrada mi madre, que en parte se me hacía como esclavitud del qué dirán, pero hoy comprendo que eran señoras que se querían mucho y no se permitían verse mal ante el mundo. Así recuerdo a señoras zapopanas, guapas y elegantes. Aunque omitieran hacer uso del maquillaje y tacón alto, se veían bonitas bien peinadas y bien vestidas, con ropas 100 % de algodón, linos, zapatos en piel. No importa el nivel económico, porque el saber vestir no está en quien gaste más, si no en quién sabe vestir y escoger sus prendas bien.

Mi madre y mi tío Jesús, al ser los más chicos de una la familia de cinco hermanos, siempre crecieron a la par. Mi madre era la menor de la familia; nació en 1924. De niña jugó con mi tío como chiquillo y viceversa. Decía que mi tío le hacía casas de muñecas de ladrillos y jugaban a la comidita. Ya de grandes, adolescentes, mi mamá se ponía los pantalones caqui de mi tío, y la gente que la veía hacían un escándalo. “¡Ay. Chayo Rendón con pantalones!”.

Después de muchos años mi mamá los siguió usando, y decía que qué comodidad. El cronista zapopano, Salvador Silva, que vivió enfrente de la Parroquia de San Pedro Apóstol en Zapopan, por la calle de Juárez, misma de 16 de septiembre, cruza con la calle de Emiliano Zapata, decía: “¡La primera mujer zapopana que usó pantalones fue Chayo Rendón!”. A mi mamá le dio risa, y le contestó: “¡Ah sí, Salvador, así me recuerdas!”, y soltó la carcajada y añadió: “Vieras qué a gusto ando. ¿Por qué han de ser de hombres nomás los que traigan los pantalones?”.

¡Híjoles! Eso se me quedó muy marcado. Mi mamá: ícono de la moda zapopana. Bueno, fue parte de la personalidad de Chayito

Rendón, así como sus aretes largos, sus coquetas, su chongo y sus pañoletas: la mujer que se pintaba con una raya debajo de los ojos, cuya herencia nos ha dejado a nosotros y otras sobrinas y primas.

Rosario Rendón, maestra de cordijeros... Mucha gente me pregunta qué son los cordijeros: eran o son niños y adolescentes que estaban estudiando el catecismo y las reglas de San Francisco de Asís, para hacerse miembro activo de la Tercera Orden Seglar, en la Basílica de Zapopan. Ella antes de ser de la Tercera Orden, fue maestra de Cordijeros, y a la par estudió y dio clases de catecismo, y fue parte de la Primera Orden Franciscana en la Basílica de Zapopan. Fue del coro de la Basílica durante 28 años, de los años 30 a los 50.

Mi mamá fue la quinta hija del matrimonio de Eulogio Rendón Ledesma y María Guadalupe Martín del Campo Vallarta. Mi abuelo, jornalero y obrero, un hombre de consciencia, después de la revolución, se puso a prueba su honestidad y principios. Él jamás quiso salir a los caminos a robar como muchos hombres en ese tiempo lo hacían en las familias que vivían en Zapopan. Era un secreto a voces, y las mamás daban la bendición a los hombres justificando su actuar, y por ello salían a los cuatro caminos a asaltar, para salir adelante. Después de la revolución, mi abuelo se negó a ser cuatrero.

ZAPOPAN, AÑOS 70-80. RECUERDOS DE COLONIAS DONDE YO VIVÍ: SEATTLE, CONSTI, MAESTROS

Manuel Sánchez Guerrero

A la entrada a la Consti, por la Seattle, había paredes y columnas antiguas de adobe de lo que tal vez un día fue alguna hacienda; más adelante, un viejo mezquite y otro más como a cien metros del primero. A la derecha, un campo de cultivo donde sembraban jícama y cacahuete; a la izquierda, la histórica y recordada huerta de las flores, donde a una orilla también sembraban zanahorias. El fraccionamiento La Aurora no existía. Ahí había un gran espacio donde hacían su servicio militar los jóvenes de 18 años cumplidos. Por Manuel M. Diéguez y Epigmenio Preciado estaba el huesario de carros; un establo enfrente, hacia la colonia GUSA (Grasas Vegetales Sociedad Anónima). En lugar de los edificios de Rayón y Manuel Aguirre estaba otro establo. ¡Cuánto movimiento! Pasaba un señor vendiendo calabaza y camote, el de los cacahuates, elotes y guasanas, el de las donas —3 por \$1—, el de 25 naranjas por \$10, algunos negocios que aún existen y muchos otros que son solo un recuerdo. Novedades Paloma frente al templo... ahí varios señores lustraban zapatos, y para todos había clientes, super carnicería La Paloma, La Mexicana, y una carnicería más en Luis G. Monzón y V. Carranza, además de la palettería La Campesina, en Alfonso Herrera y la avenida. Enfrente vendían hielo. Además de la conocida hielera, los deliciosos tejuinos, hoy en día El Milpín.

La llantera estaba por la avenida cerca de la carnicería de Luis G. Monzón. Teníamos la Dalton, los famosos barrios que fueron una gran moda: Doors, El Ranchito, Led Zeppelin, Kiss, La Bambi, Indio y tantos más. Rentaban bicis por Alfonso Herrera, entre Alberto Román y Enrique Recio; por cierto, qué hermosa era la calle Alberto Román, con sus árboles de jacaranda. Se usaba el petróleo para cocinar, lo vendían en La Seattle, por la avenida C y calle 8, en la Gusa y por Luis G. Monzón. El carbón lo vendían cerca del Bola y en el ranchito. Arreglaban bicis en el ranchito, cerca de la tienda de don Simón Hueso,

también en Manuel Amaya y Pastor Rouaix, además de bicicletas Ramón. El cartón lo vendíamos creo que por la privada Manuel Aguirre o tal vez Agustín Olachea (?). Teníamos la liga de fútbol de Manuel Nevárez Hernández y los campos donde terminaba Venustiano Carranza, por Francisco Mújica, además del cerrito. Había mínimo tres molinos de tortillas. Yo iba más a menudo al de Mancilla. La fruta de temporada de don José estaba afuera del Molino. Tiendas había varias: la de doña Anita, en Priv. A. Herrera y Rayón; la de Priv. A. Herrera y Priv. Victorio Góngora, la de Manuel Aguirre y la avenida, hoy pastelería (?), la de la avenida junto a los campos de fútbol. También estaba el bar El tenampa.

Estaba la farmacia de Dios, en A. Herrera y la avenida, la farmacia Paty y una más junto al templo. Había delegación de policía. Se ponían los volantines frente al histórico mercado Bola –“una recia y luego se suben”–. Estaban las históricas, también: la tlapalería Martínez y el Pino; los materiales para construcción de don Narciso y don Jesús Plascencia; el tianguis de los jueves, por Manuel M. Diéguez; tres o cuatro puestos de tacos; la mueblería Cortés; zapaterías Andan frente al templo, y la zapatería que tenía el caballito eléctrico afuera; Foto Estudio Texas y Rima; peluquerías en A. Herrera y la avenida, otra en Priv. Saúl Rodiles y la avenida; Deportes Central; La mercería Fito; la frutería de Zeny y Chava; nuestro templo de la Consti.

Había personas conocidas por mucha gente, como el padre Martínez, el padre Chuy, don Máximo el de la abarrotera, todo un gran señor. Dos rutas de camiones nos daban abasto: la 123 y la 126. Había una disquera en la avenida y Pastor Rouaix y otra en la avenida y A. Herrera, junto a la tienda de pasturas. Estaban las ladrilleras por Francisco Mújica, pegado a los campos de fútbol. También ahí estaba una capillita donde oficiaba la santa misa el padre Chuy. Había grupos musicales como los Cuervos de Jalisco del gran amigo de todos David, el rebaño sagrado, Abismo 77. Estaban los Mariscos Pelayo, y los de la familia de Víctor y Beto, también los del Chato en Saúl Rodiles y la avenida.

Estaba la herrería y cervecería de don Juan el Mochito, en Rayón y A. Herrera. Don Juan siempre iba acompañado por Guillermo al volante de su camioneta. Además, tenía un hermoso perro de nombre Lucas. También recuerdo el pozole del gran Carlitos y los de la señora

de Alfonso Herrera y la avenida. Todas las mañanas disfrutábamos de tacos dorados y más ricas comidas justo al frente de la cremería de Juan. Nos visitaba muy seguido el control remoto de la cotorra de tu radio con José Luis Ortiz, cabeza de lombriz. No había celulares, ni siquiera videocaseteras. Jugábamos en la calle, libres como el viento. Muchos iban a la Atala Apodaca y muchos otros a la Miguel Hidalgo, y al pasar por la huerta, bebíamos rica agua fresca y limpia de los surcos.

¿Se acuerdan del señor de la burra? Era de Jorge o Carlos Villaseñor. Vendía además combustibles para boiler. Por ahí mismo estaba la fábrica de muebles de ratán. ¿Se acuerdan de la estética Tauro del gran Pedro, por Victorio Góngora? ¿Qué tal la papelería El bachiller, los alambrados California de la familia Nolasco por Natividad Macias? Los carritos de caballo de don Cocos (Socorro Lozano Velázquez), don Camilo Sánchez, don Juan Torres y más. La señora de “la lechii” primero en un triciclo y luego en una camioneta. Una de las primeras licorerías del barrio estaba en Manuel Aguirre, cerca de Rayón.

Allá por Mutualismo, en la Gusa, había una pescadería. Vendían pescado frito delicioso. No existían aún los biónicos ni salchipulpos. Tiempo después llegó la veterinaria, la tienda de piñatas y artículos de barro de Toño Saucedo Oropeza, frente al Bola. También estaban el grupo Whisky de los jóvenes de la tlapalería Martínez, Tony Quintero y su Tormenta Tropical o Flamingo Show. Las tostaderías más populares eran unas en el ranchito y la de la familia Barajas Villagrana en la Seattle. ¡Todavía estamos hablando de antes de las combis peceras! Recuerdo la eterna funeraria junto al Bola... ¡A cuántos nos daba miedo pasar por ahí! Teníamos, como hoy, panaderías con su rico birote calentito y nieve de garrafa. Por M. Diéguez y Aurelio Ortega, cerca de Yermo y Parres, sembraban maíz. Qué tardes aquellas mirando pasar parvadas de pájaros. ¿Queríamos comer pollo? En el mercado estaba la familia González Alemán, además de un par de puestos más. Qué tal la glorieta del DIF [Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de las Familias] y a un costado los materiales para construcción del Ing. Lozano y el señor de las tostadas con col y crema, que vestía generalmente de color verde. Además de los tacos de ilusión, estaban los de cabeza afuera de la tienda de la Ave y Manuel Aguirre, hacia el mercado, unos más ya con surtido incluyendo chorizo y papa.

Leíamos a los tradicionales Memin, Kaliman, Disney, Vaquero, Capulinita, Simón Simonazo Chiss, y otras revistas. Había variedad de música: Ríos de Babilonia, Morena al teléfono, El cobarde del condado, El jugador, Toca madera, El ojo del tigre, Tápame, tápame, Una moneda, Persistencia, y más. Muy populares eran las velas, ya que muy seguido nos dejaban sin energía eléctrica. Don Santiago Martínez inició con su tienda de abarrotes y luego con tacos por las noches. También abrieron su tienda la joven pareja José Chávez y Consuelo Hurtado, por Priv. A. Herrera. Además de la tortillería, por la misma calle, contábamos con un rastro de aves. Había un taller de fundición de hierro allá por el carrizal, donde en el pequeño arroyo jugábamos de niños. Tomábamos camino por Constituyentes para ir a Río Blanco, el Centinela o hasta San Esteban. No había nada fincado en el cerro. En 1977 al Auditorio fue nada menos que Nadia Comaneci. En lo que era el canal de diagonal Saúl Rodiles solo había un frágil puente para cruzarlo. Cerca del templo teníamos un auto eléctrico (Javier). En el puesto de revistas de Ramón, leíamos el Ocho columnas. Los jóvenes se iban a bailar al 57. Tuvieron éxito La Sole, Trans-Am, Toncho y otros más. Los fines de año, Abismo 77 tocaba su hermosa música para los vecinos del barrio, cerrando la calle. Había equipos de buen béisbol como el Arandas y Aguascalientes (bicicletas Ramón). De fútbol estaban El Central, Santos, México, Restos del Barrio, Rodan y muchos más. Dos chicas muy populares de El tenampa eran la Cuata y la Fanny.

En la arena Constitución fui a ver al Rayo de Jalisco, a Los canguros y más. Teníamos la comandancia de policía. Pasaban las patrullas R13. Nos pasábamos por debajo de la glorieta del mercado Bola. Por abajo corrían los grandes tubos del drenaje. ¿Fuiste a la escuela Aurelia L. de Guevara o a la escuela Medina de la Torre? También estaban los famosos baños San Nicolás. ¿Quién no recuerda sus calendarios cortesía de don Filemón Bobadilla, el billar, la zapatería El montón y la Conasupo?... las hamburguesas y hotdogs en la esquina de la Dalton, Venustiano Carranza y Pastor Rouaix, los tacos Don Concho. Por el barrio 15 estaban las donas, y la fábrica de tubos, por la calle General Juan Domínguez.

Recuerdo al adorado y gran cuate Juan Santillán, mejor conocido como amor diiviiiino; la escuela de doña Tomasita por Manuel M.

Diéguez, la fábrica de mosaicos de don José, la de mi amigo Alfredo Aldapa, la de Camarena, por Salvador González; los baños Margarita, que estaban en Obreros de Cananea, a un lado de la tortillería El Chato. Ahí también estaba una peluquería, el salón Gusa, el cine Indio de California o Constitución; el consultorio del doctor Pacheco; el cerrito ahora llamado el Grillo; la hacienda del general Manzano; la bomba de agua, el internado. Abrieron materiales Plascencia y los de José González Camarena (Glez-Cam), en Obreros de Cananea.

Estuvieron de moda las grabadoras. Muchos queríamos una Sanyo 3500. Pasaban los que afilaban cuchillos con su “silbato” muy original. Estaba la vidriera Lomelí. Por Constituyentes estaba Jorge el de la botánica. Una cohetería explotó a principios de los 80. Tanta gente se fue a vivir a Lomas de Tabachines, El Colli, a Miramar, El Sauz. Cuentan que había un barranco a un lado del huesario. Era un banco de arena para las construcciones.

Ese viejo mezquite, que nos miraba entrar desde la Seattle o salir desde La Consti es un árbol de leyenda, de leyendas, sí. Cuántas historias contadas, vividas e inventadas también, ¿por qué no? Era paso casi obligado para los que teníamos la necesidad de andar esos caminos o el gusto de respirar aire puro del de antes, del que olía a fresca hierba de campo o a tierra mojada después de la lluvia, de la intensa lluvia con sus respectivos y potentes truenos.

Sus viejas norias, pozos artesanales que cavaron nuestros antiguos vecinos, los que habitaron la antigua hacienda que seguramente ahí existió y de la que ojalá algún vecino actual de nuestras colonias pudiera proporcionarnos datos para complementar nuestras historias, nuestros recuerdos. Ese pequeño espacio de tierra, ese popular árbol, donde muchos tenemos recuerdos o que escuchamos que ahí asustaban, en ese espacio yo miraba los cientos de pajaritos bajar y luego emprender el vuelo. Ahí mismo atrapaba luciérnagas. Era también tiradero de arenas, amarilla, de río, grava y jal, don Juan Torre y don Socorro Lozano. En el espacio donde aseguramos que asustaban, ahí mismo se edificó nuestro sagrado templo, Santa Emerenciana.

Por ahí entre 1972 o 1973 caminaba yo por la hermosa empedrada avenida B, su piedra de castilla brillante, limpia de recibir el flujo del agua de lluvia que desembocaba en la calle 10, donde estaba un túnel

el cual despedía las aguas de la colonia para luego ingresar a tierras o canal de Zoquiapan. Nos dirigíamos a La Consti, a visitar a mi recordado tío Guadalupe Guerrero Alvizo y a mi tía Margarita. Ese tío un día que alquilé una revista de Walt Disney me hizo saber que le faltaban hojas, ya que no llegaba a la página 32, y como la revista contenía varias minihistorias, no me había percatado de las hojas faltantes.

Atrás habíamos dejado los verdes baldíos. El agua de la lluvia había hecho su labor de embellecer la hierba, que aún tenía las gotas de rocío de la madrugada. Ahí crecían verdolagas, quelites, aceitilla y más variedades de plantas, además del tupido pasto donde don Camilo Sánchez López (mi abuelo) “barría” las tunas con un manojo de alfalfa para quitarles los ahuates o espinas.

Pasábamos por las viejas pilastras que aún quedaban, y se resistían a morir, algunas de adobe y otras de ladrillo; a la izquierda del camino se miraba la huerta de las flores; a la derecha, el viejo mezquite, y más allá el sembradío de don Evaristo Rodríguez, surcos largos y bien cuidados.

Caminábamos por la Privada Alfonso Herrera o por Manuel Aguirre, donde a estas fechas están los edificios habitacionales de cuatro pisos, mismos que fueron construidos por los ya lejanos 1977-1979, más o menos, pero en ese gran terreno había un establo de vacas lecheras y a un ladito el huesario de carros, y por ahí por Rayón, don José tenía su taller de reparación de radios y televisores, además de su tololoche.

Ya con los muchos minutos recorridos, llegábamos a casa de mis tíos. Según mis recuerdos, ellos vivían por la calle Victorio Góngora, entre Manuel Aguirre y Agustín Olachea, vecindario que años después dio origen a uno de los múltiples barrios con nombre de alguna banda de rock, de metal o de alguna característica propia de la cuadra: el barrio Kiss, así como existieron los barrios ya mencionados, además del vgv, la mayoría en la Consti, al que también agregaría el barrio más popular de La Seattle, el Barrio de la 82.

Eran años de convivir con gente que los pequeños pensábamos que jamás se irían de nuestras colonias, pero pasados los años nos dimos cuenta de que la realidad sería otra. Los primeros vecinos emigraron con rumbos de Lomas de Tabachines, Arroyo Hondo, Martinica, luego El Sauz, El Colli y otros destinos. Al día de hoy es más complicado conocer tanta gente de nuestras queridas colonias como lo era antes.

Yo, siendo adolescente, recuerdo que tenía amigos o conocidos casi en cada calle de la Consti, los Maestros y la Seattle; desde Obreros de Cananea hasta avenida Zoquipan (avenida D) y desde Natividad Macías hasta Francisco Mújica, sin incluir los campos de fútbol de la liga que organizaba don Manuel Nevárez Hernández, campos donde nos reuníamos los sábados y domingos sin falta y más gente desde el miércoles, ya que se reunían ahí para entrenar.

Veía a integrantes de los equipos Rodan y Seattle Diesel pasar por Alfonso Herrera, viniendo de La Seattle rumbo a los campos. ¡Ah! También pasaba el Lobo gitano, quien se dirigía a entrenar a la Arena Constitución, en la calle Saúl Rodiles, donde se llevaban a cabo funciones de lucha libre.

Cuántos recuerdos de nuestras queridas colonias zapopanas.

LOS PUEBLITOS*

Cecilia Becerra Tostado

Mi nombre es Cecilia Becerra Tostado. Crecí y actualmente sigo viviendo en Zapopan. No sé dónde nací, pero sigo conservando mis raíces zapopanas. No recuerdo exactamente mi edad cuando llegué a Santa María del Pueblito, mejor conocido como Jocotán. Mi casa era una pequeña vivienda comunitaria ya que vivíamos en una vecindad; mi padre era albañil y mi madre era empleada doméstica. Me gustaría tener una varita mágica y volver el tiempo atrás, cuando mi abuela paterna, mi abuelita Rosa, nos mandaba a todos los nietos a recoger hongos, mejor conocidos como champiñones. Cómo olvidar esos recuerdos tan maravillosos. Gracias a mi abuela desde muy niña supe cómo buscar y reconocer las verdolagas, los quelites, los árboles de moras, zapotes, mezquites. ¡Que época tan hermosa!

De niña y hasta la fecha me encanta ver llover, quizá porque me remonta a mi niñez. Recuerdo que por la calle Ramón Corona, en Los Pueblitos, corría un arroyo de agua limpia. Ver correr su agua cristalina me trasportaba. No sé ni puedo explicar, pues era una pequeña niña de 6 o 7 años, pero recuerdo que a las orillas del arroyo crecían los jarales y muchas plantitas muy bonitas. En ese tiempo no había alumbrado público. En la casa nuestra luz eran veladoras y lámparas de petróleo. Aun así, éramos unos niños felices que jugábamos encantados, changay, bote pateado, bebe leche y espejos con vecinos y primos que vivían en la misma vecindad, misma vecindad que era de mis abuelos paternos. Aunque vivíamos en el mismo lugar que ellos y los veíamos a diario, los domingos era de fiesta para nosotros, ya que siempre nos recibían con chocolate caliente y bolillito. Nadie se perdía un domingo con los abuelos. Es un recuerdo muy cálido y dulce que tengo en mi memoria.

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

¡Imagínense platicar con un abuelo que nació en 1901! Todo lo que nos contaba, como que no había luz. Siempre por las noches tenía una historia diferente que contarnos.

Recuerdo que en Los Pueblitos pasaba una troquita con su bocina anunciando una venta de pollitos. Cada uno costaba un peso. También había una familia que tenía un sonido y cobraba \$10 la hora de música; anunciaban felicitaciones o algún producto en venta. Los Pueblitos, como yo los conocí, en esos tiempos era un lugar mágico para una niña de seis años. Su parroquia tenía cementerio. Ahora ya no hay. El arroyo hace años desapareció, y ya no hay dónde recolectar hongos, quelites o verdolagas. También había un lugar que se llamaba la Tapatía donde hacían vino; otro lugar al que le decíamos el puente, porque eso era: un puente donde vivía una persona muy adulta que vendía petróleo. En casa sólo había estufas de petróleo. En Los Pueblitos sólo había agua cada tercer día, o sea un día sí y un día no. Recuerdo que los días que teníamos agua nos tocaba baño y era día de lavar la ropa. Mi apá Lucio tenía un cazo para hacer chicharrones, el cual los nietos usábamos como alberca. Era una maravilla meterte a bañar en un cazo enorme y correr y disfrutar con los primos.

Recuerdo que los viernes nos llevaban al catecismo a Chapalita. ¡Cómo esperábamos con ansias que llegara el viernes! Recuerdo que nos bañábamos todos porque el catecismo iniciaba a las 5:00; por lo tanto, teníamos que tomar el camión a las 4:00. Por cierto, en ese tiempo sólo había dos rutas: la 130 y la 119. Recuerdo que la primera se iba por avenida Vallarta, López Mateos, División del Norte hasta llegar a Santa Cecilia, en Guadalajara, y la 119 llegaba al centro de Guadalajara. Regreso al catecismo... Ya les conté que era los viernes en Chapalita, en el Colegio Veracruz. Era impartido por las religiosas. La verdad no sé de qué congregación eran. Para nosotros más que doctrina era una fiesta. El solo hecho de subir al camión era fascinante. Recuerdo que nos bajábamos en la refresquera La Favorita, que aún existe. Ahí nos bajábamos y caminábamos varias cuadas hasta llegar a nuestro lugar del catecismo. La clase duraba una hora, y a la salida había un señor que vendía fruta. Ahí conocí y probé los mangos agogo. No sé si ahora alguien los conozca y los haya probado.

Mi abuelo sabía muchos oficios; uno de ellos era de mariachero. También hacía adobes, figuritas de barro y era albañil. Mi abuelito fue

sietemesino. Era bajito, pero tenía el corazón más noble que he conocido. Es un orgullo poder contar sobre mi abuelo. Recuerdo que mi apá Lucio, porque así le gustaba que le dijéramos, compró dos becerritas: una era Mariposa y la otra era Reina. El apá Lucio tenía un puestecito de dulces, y en Los Pueblitos sus dulces y su fruta eran la sensación, sobre todo el rico y delicioso chilito preparado por él mismo. La casa donde vivía en esa época era muy grande; tenía unos patios enormes. Por lo mismo de tener patios grandes, tenía muchos árboles. Tenía dos guajes, y con sus vainas o semillas nos preparaban unos riquísimos platillos. Aquí les cuento de algunos: huevito con salsa de guaje, molcajete de chilito de guajes, costillitas en salsa de guajes o qué decir de una tortilla calentita con semillitas de guaje.

Había muchas parcelas y nos tocaba ir a pepenar maíz. Mi abuela Rosa hacía nixtamal, e íbamos al molino para hacer unas deliciosas y calentitas tortillas. También íbamos a las barranquitas, que tristemente ya no existen. Íbamos a juntar leña. Había un señor de edad muy avanzada que vendía el tercio de leña en diez pesos. También había un señor que tenía vacas y chivas y nos vendía leche. Regreso a los árboles que teníamos... Me quedé en los dos guajes... También teníamos un mango, un guayabo, un granado, vástagos, limón, una bugambilia enorme que para nosotros los niños era como una casita, un columpio o un buen escondite. Teníamos también un pozo de agua potable. Recuerdo que en esos tiempos el agua potable era tan limpia y pura que la tomábamos directo de la llave.

En Los Pueblitos nos íbamos todos los primos, los abuelos y nuestros padres a las barranquitas. Ahí por primera vez vi y conocí un ojo de agua, pero de agua zarca. Creo que los niños de mi época fuimos privilegiados, pues los niños de ahora ya no conocerán estas maravillas. Es una tristeza que cosas tan bonitas ya no estén. Estoy escribiendo estas líneas con alegría y a la vez con tristeza y nostalgia, pues son tiempos y cosas que ya no volverán. Ahora soy una adulta con 56 años y me siento muy orgullosa y bendecida de haber convivido con mis abuelos. También mis hijos tuvieron la dicha de conocer a los bisabuelos.

De regreso a Los Pueblitos... Qué les puedo platicar o contar de su tradicional fiesta de toda la vida: la famosa fiesta de Santo Santiago. Es la primera vez que escribo para contar mis recuerdos o historia, y les

contaré cómo fue que llegué a vivir a Los Pueblitos, porque antes vivíamos en Talpita, en una vecindad, pero en algún momento mi papá decidió ir a vivir con los abuelos y ahí empezó todo. Cambiamos de un lugar con calles de pavimento a un lugar con sus calles de empedrado ecológico y otras de tierra. Había un lugar muy bonito a las orillas de Los Pueblitos llamado la Gigantera. Recuerdo que nos gustaba ir de día de campo con los abuelitos. Mi abuelita era muy alegre y le gustaba jugar con nosotros a la traís o encantados. También jugábamos escondidas. Otras veces nos hacía un columpio. En ese lugar llamado la Gigantera, mi primo me enseñó a andar en bicicleta. Recuerdo cómo me estrellaba en los árboles gigantes, las tremendas caídas que me daba o los raspones que a veces traía, pero aprendí a usar la bici. Me enseñé a usarla muy bien, pero yo nunca tuve una, pues en nuestra economía no alcanzaba. Aun así, mi infancia fue muy bonita, con carencias el mayor tiempo, pero con alegría y diversión.

Recuerdo que Los Pueblitos era eso: un pueblito de tres calles, como por cuatro calles más. Todos sus alrededores eran bosques; uno de ellos era la Gigantera y otro los Pinitos. Así los conocí yo. Como ya les platiqué, antes no había luz, tampoco servicios de camión. Cuando yo llegué siendo una niña no había kínder. Sólo había y hasta hoy, una escuela y sólo una iglesia, que por cierto, me he enterado que es patrimonio cultural; bueno, eso sí no estoy muy segura. No teníamos servicios médicos. Recuerdo que mi abuela en varias ocasiones la hizo de doctora, pues le llevaban niños o adultos para curarlos de empacho, o decían también que de mollera caída. De lo que sí me acuerdo muy bien es que ella era partera. Me acuerdo que mis tíos, en este casos sus hijos, le decían: “Amá, ya tiene dolores, pero no quiere ir al hospital”, y mi abuela Rosa les decía: “Pues nomás tenme agua tibia”, y nos decía la abuela a los niños: “Ya váyanse a dormir”, y cuando amanecía ya teníamos primito nuevo. En ese tiempo todavía existían las cigüeñas. Le preguntábamos cómo es que hay un niño nuevo, y ella nos decía que lo trajo la cigüeña. Y nosotros los nietos le preguntábamos cómo es que llegó o cómo lo trajo, y nos decía que la cigüeña vino en la noche e hizo un agujero en las tejas y por ahí lo metió.

¡Ah, tengo que contarles que nuestra casa era con techo de tejas! También del techo de tejas tengo cosas que contarles. Ya antes les conté

que en Los Pueblitos teníamos agua un día sí y un día no. Ya se imaginarán cómo se cuidaba el agua. No se desperdiciaba ni una sola gota, pues las mamás se encargaban de su buen aprovechamiento. Bueno, pero volviendo a los techos de tejas... Me acuerdo que en tiempos de lluvias nosotros disfrutábamos al máximo de un día lluvioso, pues era como estar bañándote bajo una cascada cristalina, fría, pero hermosa. Eso sí, llovía y todos los primos corríamos por todo el pasillo como retando a las nubes: ¡A ver, aquí estoy, mójame! Una vez que arreciaba la lluvia, buscábamos el mejor y más grande chorro. Después de jugar por un rato bajo la lluvia, agarrábamos nuestro jabón y estropajo y nos bañábamos en el patio, pero no sólo los niños aprovechábamos la lluvia para bañarnos: recuerdo que mis tíos o tías ponían tambos en los chorros que caían de las tejas y recolectábamos el agua de lluvia, algo que ahora tristemente ya nadie hace, pues no existen los techos de teja. Ahora el agua de lluvia se va al drenaje. Ya no hay niños bañándose o jugando bajo la lluvia...

Bueno, ya les conté de los techos de teja y de la cigüeña, de que mi abuela era la mejor partera de Los Pueblitos. Yo ahora creo que era un don o talento que Dios le había regalado, porque con sólo mirar a los ojos decía: “Esa muchacha está embarazada”. Ahora les contaré de las terribles noches de calor. De repente me salto algunas cosas, pero espero que me comprendan. La que escribe en estos momentos sus memorias era una niña de seis a catorce años, ahora en un cuerpo de 56. Bueno, no les dije que mis abuelos tuvieron quince hijos. Ya se imaginaran la cantidad de nietos que éramos. El abuelo le decía: “Rosa –porque así se llamaba mi abuela–, hoy está haciendo mucho calor. Voy a dormir en el patio”. Ah, pues no lo decía dos veces; luego, luego todos los nietos e hijos sacábamos nuestras cobijas para dormir todos en el patio. ¡Qué maravilla! Fueron de las únicas veces que pude ver lo hermoso que es el cielo en sus noches, lleno de hermosas estrellas. Mi abuelo era una sabia persona que nunca fue a la escuela. De noche, todos acostados en el patio, nos ponía a ver las estrellas y hasta se sabía los nombres de algunas estrellas. Nos decía: “Miren, esas son los tres reyes magos; esa es la osa mayor; esas otras son un arado”. Cosas de mi abuelo... Para dormir en el patio mi abuelo preparaba un cordoncito y hacía una oración: “San Jorge bendito, amarra a tus animalitos”.

Ya les conté mucho de mis recuerdos de cuando fui niña, cuando tenía a mis abuelos y a mi papá aún con vida. Si pudiera volver el tiempo atrás no cambiaría nada de lo que he vivido, pues aunque hubo sufrimiento, creo que también del sufrimiento sacamos cosas buenas. Siempre he pensado que todo lo que nos pasa en la vida nos deja algún aprendizaje para seguir adelante. Se preguntarán por qué sólo menciono a mi papá... pues mi mamá murió cuando yo sólo tenía seis años. Soy la número dos de cinco hermanos. Recuerdo que también mi papá nos llevaba a la Romería, a la Arena Coliseo y a la Plaza de Toros. Creo que por eso me gustan esas cosas, ese tipo de entretenimiento. En las luchas conocí al Perro Aguayo, al Rayo de Jalisco y muchos luchadores más. Era tan divertido y emocionante ir a ver a los luchadores. De camino a las luchas mi papá siempre nos compraba un delicioso lonche de pierna, un rico elote o cacahuates. Es una época que jamás regresará, pero que estoy feliz de haber vivido. Me siento privilegiada y bendecida.

¡Qué maravilloso es recordar! Gracias a Dios que me permite recordar esos bellos momentos. Gracias a Dios por darme una memoria única, pues recuerdo mi vida pasada como si hubiese sido ayer. Escribiendo estos renglones o memorias me vino a la mente una época que siempre las adolescentes esperamos con entusiasmo: los famosos y esperados con tanta ilusión y angustia y alegría, los famosísimos xv años. En esos tiempos nunca me pasó por la mente que mi padre me hiciera mi fiesta de xv años. Yo recuerdo cómo les festejaron sus xv años a dos tías mayores, una de nombre Leonor... Se veía muy bonita con su hermoso vestido y sus chambelanes. Unos años después fueron los xv años de otra tía, mi tía Carmen. Yo seguí igual, sin pensar o imaginar que yo, Cecilia, algún día tendría una fiesta de xv años. En esos tiempos yo tendría 12 o 13 años, pues pasaron los años y un día sin esperarlo mi papá me dijo: "Hija, te voy a hacer tus xv años". No sabía qué decir, pues no me lo esperaba. Ese día fue increíble. Nunca me imaginé que mi papá me diera esa alegría que sólo las quinceañeras sienten y anhelamos tanto. Bueno, pues empezamos los preparativos, a organizar la fiesta. Un día mi papá me llevó al centro de Guadalajara a elegir mi vestido. Me sentía tan feliz e importante. Creo que fuimos como cuatro veces a ver los vestidos hasta que por fin encontré el vestido que en esa época era el mejor, el más bonito, el que nadie, hasta

ese día, ninguna persona había comprado. ¡Eso pensé en ese momento! Era blanco con adornos en color rojo; tenía una pequeña capita, que a mis ojos, lo hacía ver elegante; sus adornos como ya les dije eran en color rojo; tenía unas pequeñas rosas rojas.

¡Gracias por invitarme a escribir estos maravillosos momentos que sólo guardaba para mí! Me siento un poco triste, pues ha pasado mucho tiempo, mejor dicho, muchos años, 41 para ser exactos. Ahora los recuerdo con alegría y tristeza a la vez, pues mis abuelos y mi papá ya no están conmigo, pero bueno... Volvamos a los preparativos de mi fiesta de xv años. Mi vestido también tenía un sombrerito que asemejaba una tejana, pero hecha con la tela del mismo vestido, con unas pequeñas rositas en color rojo. Recuerdo que mi papá me dijo que de comida sería birria y sopita de arroz. También me dijo que yo buscara o eligiera a mis padrinos. Yo elegí a una linda pareja. Ella se llamaba Trinidad y él Guadalupe. Para ser honesta, los que se llevan los aplausos fueron mis queridos padrinos, pues en la familia, tan numerosos que fuimos, soy la única que tuvo una fiesta así. Estoy escribiendo y tiemblo de felicidad al recordar esos momentos tan pero tan maravillosos, pues en la familia fui la única quinceañera a la que le pusieron música en vivo. Yo tuve por primera vez un grupo norteño. Para mí eso era demasiado bueno. Mis padrinos de honor o velación me pusieron la música y pagaron la misa. Tuve otra madrina que fue la que me regaló el pastel. Tengo que decir que no he vuelto a probar un pastel igual. Se llama Mireya. Espero que aún esté con vida.

Sólo tuve un chambelán y cinco damas, pues algunas personas me decían que no llevara tantas damas y chambelanes, pues la que tenía que lucir era yo. No recuerdo que alguien me hubiera ayudado a ensayar para el vals, pero el vals que era en ese tiempo el único que yo conocía, porque creo que era el que todas las quinceañeras querían bailar; era ese de los Bosques de Viena. Sólo fue ese vals. No había tantas canciones como se usan hoy, que las quinceañeras se llevan sus 40 minutos bailando tantas bonitas coreografías. Yo sólo bailé una pieza. Recuerdo que inicié con mi chambelán; por cierto, olvidé decirles que su nombre es José Luis y que mis damas fueron Angelica, Bertha, Blanca, Mercedes y Guadalupe. Ellas llevaban un vestido rosa, y el chambelán, un traje negro, camisa blanca y una corbata en color rojo. Inicié el vals con José

Luis y continué con mi papá, mis padrinos y mi abuelo. Tal vez no fue la mejor fiesta para las personas, pero para mí fue, es y será la mejor, pues mi papá la hizo con mucho sacrificio, pues éramos muy humildes. Es por eso que les comento que nunca pasó por mi mente ni en mis sueños tener una fiesta de xv años. Mi papá lo hizo con mucho sacrificio, pero sobre todo con mucho amor. No saben lo feliz que me hizo mi papá al regalarme esa gran alegría por tener fiesta de xv años.

Bueno, yo viví en Los Pueblitos hasta que cumplí 15 años. Ahora vivo en Miramar, Zapopan. Llegué a Miramar cuando tenía 19 años y 2 hijos. Igual llegamos a empezar de cero, pues no teníamos agua, luz ni drenaje. Aun así, vivíamos muy felices. En ese tiempo estaban aquí unas canchas de futbol con un espacio muy grande que pertenecía a la CTM [Confederación de Trabajadores de México]. Los niños hacían deporte. Tristemente, también desapareció. Nos quitaron esa área verde. Ahora está convertida en Bodega Aurrera. Cuando llegamos no había carnicerías ni dónde hacer compras, como frutas o verduras; nos tocaba ir a otras colonias como el Colli o Paseos del Sol, y nos tocó ir en multitud a la cabecera municipal a pedir servicios, como agua, luz, drenaje, escuelas, kínder, parroquias o iglesias. En esta colonia nacieron y crecieron mis hijos. Ya son todos adultos; son personas con valores y respetuosos y orgullosos de sus raíces.

Ahora ya no es el apá' Lucio el que cuenta sus hermosas historias a sus más de 50 nietos. Ahora soy yo quien tiene esa dicha de contar a mis amados nietos lo bonito que fue mi infancia: alegre, maravillosa, llena de colores, sabores, olores, pero sobre todo, llena de magia. A mí, Cecilia, me encantaría si pudiera volver el tiempo, si pudiera en esta hoja plasmar todo lo que he vivido. Sería y me sentiría espectacular. Aun así, me siento muy contenta de poder compartir con alguien que algún día quiera o pueda leer ésta feliz o nostálgica narración. Yo me sentí feliz de recordar mi niñez. Creo que soy bendecida por tener buena memoria, o eso creo. Si recuerdo algo más, por aquí nos veremos nuevamente escribiendo y contándoles alguna otra cosa que aconteció en el pueblo de Jocotán, Zapopan.

MI NIÑEZ EN LA VILLA DE ZAPOPAN

Jaime Urbina Bravo

Mi abuela se llamaba Teresa Alonso Orozco y mi abuelo José Urbina Flores, jornalero de raza indígena, según consta en el acta de nacimiento de mi padre Santiago Urbina Alonso. Ella atendía una fonda de nombre Los Arcos, frente a la plaza donde llegaban los camiones amarillos de las líneas sección 1 y sección 4. Había un gran camellón que dividía la calle frente a la plaza. Por donde ingresaban era la calle 20 de Noviembre, y salían por la calle Hidalgo. Pasaban frente a la Basílica por la calle Eva Briseño y giraban a la derecha por la calle Hidalgo hasta salir de nuevo al cruce de 4 caminos, carretera a Tesislán y Norte del estado, carretera vieja a Zapopan, ahora avenida Américas y avenida Ávila Camacho, con su fuente como glorieta, que era la entrada a Zapopan. Esta última avenida se le ocurrió a algún político de la época que se dedicó a colocar, a todo lo largo hasta el límite con el municipio de Guadalajara, bustos de expresidentes del país para congraciarse con alguien y cambiar el nombre por calzada de los expresidentes, propuesta que no prosperó, por fortuna.

Madre, como le decíamos a mi abuela, vendía nieves raspadas en copas, con cucharas de mango largo, de vistosos colores, además de comida de comal y pozole. Tenía una rockola que funcionaba con monedas. No recuerdo si eran de un peso o 20 centavos. Yo la veía maravillado por cómo giraba el paquete de discos y el seleccionador se recorría de un extremo a otro hasta encontrar la melodía seleccionada; luego capturaba el disco y lo ponía en el tocadiscos e iniciaba la música. Escuchaba a Javier Solís con su canción “Las rejas no matan”. Trataba de imaginar las imágenes de lo que cantaba, pero me parecía algo nebuloso porque lo asociaba con la enorme ventana enrejada que tenía la fonda, al lado izquierdo de la puerta, y era donde nos sentaban a ver la llevada de la virgen.

En febrero de 1969 murió mi abuela, y desde entonces habitamos en la casa de su propiedad, en Guadalupe Victoria 32, hoy 64, a un

lado del lugar donde se encontraban las oficinas de la CFE [Comisión Federal de Electricidad]. Nuestros vecinos, en la esquina de la casa hacia 16 de Septiembre, fueron Vicente Romo, y en frente de su casa estaba la tienda de don Ricardo; por esta misma calle y hacia el mercado, la farmacia de las señoritas Díaz, que iban con su cajita de metal y su jeringa dentro para inyectar a quien se lo solicitaba. Por el lado izquierdo, por la calle de Ramón Corona, en la esquina, estaba la tienda de Nacho; a media cuadra por la otra acera, El mesón, desde donde salían los camiones para San Cristóbal de la Barranca, Florencia, en el vecino estado de Zacatecas. Por la calle de Eva Briseño se encontraba la panadería La Imperial de don José –creo así se llamaba el dueño–, donde por las tardes hacíamos fila para comprar el birote calentito y las bolas dulces. Por esta misma calle, casi frente a la panadería, estaba el establecimiento de Las González, lugar donde uno encontraba de todo: telas, mercería. La tienda de abarrotes de... –no recuerdo su nombre– la atendían todos sus hijos que eran varones, y por esa cuadra la única papelería del pueblo. A la cuadra siguiente encontraba uno la birriería de don Ramón, y los vinos y licores de don Chema. Esa era la calle por donde entraban los camiones amarillos que daban vuelta por 16 de Septiembre hasta la terminal, y el Escobedo, que daba vuelta por Guadalupe Victoria, que se hace Melchor Ocampo hasta la de Independencia, y tenía su terminal cerca de la escuela Ignacio Zaragoza.

Ahí inicié mi vida como habitante de Zapopan. La casa era enorme, con altos techos, corredores con tejas, en aquel tiempo, con un enorme corral y al fondo unos corrales para criar y engordar puercos y pollos. Había un árbol de guayabas. Todas las mañanas tenía que recoger las frutas que habían caído y dar a los puercos como comida, además de las sobras de la fonda. A mi mamá le recomendaron que nos inscribiera a mis hermanas y a mí con la señorita Josefina para cursar parvulitos. Su escuelita estaba en la calle de 28 de enero, casi esquina con Benito Juárez. Donde está actualmente la presidencia estaba la escuela Benjamín Franklin. En parvulitos nos enseñaban a leer. Yo recuerdo que repetían las *ma*, *mu*, *mi*, pero yo ya sabía leer porque había unos libros de fabulas y yo los leía mientras los demás repasaban el abecedario.

Al año siguiente nos inscribieron en la primaria con la seño Toña, Antonia Morales Acosta, mujer menudita y llenita, pero con un

vozarrón fuerte. Nuestra escuela era un viejo salón de reuniones del PRI [Partido Revolucionario Institucional], en la calle Ayuntamiento. Los salones se distribuían de la siguiente manera: a la entrada había un pasillo y varias oficinas del lado izquierdo y derecho. Ahí se ubicaban la dirección, los salones de sexto, quinto y cuarto grado; en el foro, al lado izquierdo y derecho de él, los grupos de segundo y tercer grado, y el de primer grado estaba atrás del foro: salíamos por una puerta lateral del lado derecho del salón de actos y recorriamos un estrecho pasillo, que nos llevaba a la parte posterior del salón de actos; era un pequeño salón. Yo siempre veía a los niños de segundo y tercero formados al iniciar las clases, con cuaderno en mano, memorizando las tablas de multiplicar para recitarlas al maestro o contestar al azar sus preguntas sobre ellas. Era algo incomprensible para mí.

En el recreo nuestro patio era la enorme manzana, polvosa y llena de tierra. Corríamos por todo ese espacio, y la calle de Ayuntamiento se convertía en parte de la escuela. Jugábamos canicas, traís y otros juegos. Al terminar el recreo, con “La Marcha de Zacatecas” en el altoparlante, nos formábamos y veía a mis enormes compañeros por su estatura de sexto grado, con su uniforme caqui y su gorra militar tipo plátano, tomando distancia, y a la directora, la señor Toña, como la conocíamos, hablarles por su nombre a cada uno, e incluso iba y los acomodaba en orden, ella menudita y los enormes compañeros de gran estatura, que fácilmente doblaban la de ella, que se comportaban como corderos cuando les dirigía las órdenes. Al lado izquierdo de este terreno había unas cuantas casas, por el lado derecho de la calle 16 de Septiembre, donde ahora se encuentra el edificio de la preparatoria CUP [Centro Universitario Patria]. Era un enorme estacionamiento empedrado, donde se estableció la terminal de los camiones de servicios y transportes. Los llamados camiones amarillos el sección 4, sección 8 y sección 1 llegaban por esta calle y salían unos por la calle Hidalgo, que entonces era de un solo sentido, rodeando por atrás al salón del PRI y otros por la calle Constitución, y daban vuelta a la derecha por la calle Ramón Corona. Por ahí estaba la llamada bola, un enorme tinaco de color blanco para contener agua para la unidad República. Una vez, Crispín, condiscípulo del salón, se salió de la escuela y trepó dicha estructura hasta la parte más alta. Los vehículos que se iban por atrás del salón

tomaban lo que era un fragmento de la avenida, la parte izquierda de empedrado y la derecha pavimentada, que terminaba metros delante de la calle Aldama, frente a los baños República, porque ahí estaba el paredón de la Huerta y se convertía en una calle más, que estaba flanqueada por un lado por las altas y gruesas paredes de este lugar. En lo alto de ellas se veían solo las copas de los grandes árboles frutales y, por el otro, las casas de los vecinos, entre ellos don Teodoro, un vendedor de pollos que ahí tenía su expendio y lugar de sacrificio de las aves. En invierno criaba guajolotes para la cena de navidad. A un lado de la Basílica, por el lado del Museo de Arte Huichol estaba el Cine Moctezuma, con sus carteleras y fotogramas en blanco y negro de películas que proyectaban. Nunca entré a ese lugar. Decían que había que entrar con un palo y un ladrillo: el palo para matar las ratas y el ladrillo para sentarse.

En tercer año de primaria, había de camino a la escuela, entre las calles Abasolo y Allende, una plazoleta con una fuente en medio. A un lado, empezaron a construir la escuela República Mexicana, ya muy formal. Retiraron la fuente y pusieron mucho tiempo una Conasupo construida con láminas. Cuando la escuela estuvo terminada, migramos del salón del PRI a la escuela que estaba ya ocupada por el turno matutino, y nos cambiaron al turno vespertino. Nos olvidamos del viejo salón del PRI, donde una vez proyectaron la película de Chabelo y el Piporro contra los mounstros. En la nueva escuela terminé mi primaria con diferentes maestros y los mismos condiscípulos. Algunos llevaban su material escolar y sus libros en mochilas de cuero, muy elegantes; otros, entre ellos yo, en una bolsa de malla plástica. Durante el transcurso del sexto grado, estábamos en el aula del segundo nivel, sobre los baños, y empezamos a sentir un ligero movimiento del edificio. Fue un ligero temblor que nos hizo salir y bajar por las escaleras a toda velocidad hacia el patio. Afortunadamente solo fue el susto, porque no sucedió nada grave. En esa época no había protección civil ni alarmas sísmicas. Todo era a la buena de Dios. La escuela tenía bardas perimetrales muy bajas y rejas en los jardines. Los salones no tenían protecciones porque ni había quién se metiera a hurtar al edificio. Además, ¿qué podían robar?, solo el equipo de sonido de las direcciones y los discos que usaban para los distintos toques de entrada salida del recreo.

Cuando terminé la primaria, la directora continuaba siendo la maestra Antonia Morales Acosta. En esos finales de ciclo escolar, a un maestro de primero o segundo, de muy mal carácter porque regañaba a propios alumnos y a los de otro salón, que siempre vestía con traje y corbata, por su aspecto físico de tez morena oscura y de baja estatura, le apodamos Benito Juárez; en una ocasión, a la salida del turno, lo encontramos en la esquina de la escuela, en la calle 16 de Septiembre y Abasolo, que en ese entonces estaba en construcción, sobre un montículo de arena, rodeado de envases de cerveza vacíos y otros llenos, embriagado y tratando de sonreír a los niños que pasábamos a su lado y extendiendo su mano de amistosa manera. Al verlo sentí pena por él. Pensé en las esculturas de la fuente de entrada a la villa que sostienen sobre sus espaldas la loza circular por donde cae el agua del surtidor, atados de las manos sin poderse mover, obligados a cargar el pesado objeto. Sentía pena por ellos e imaginé que el maestro estaba pasando una situación de parecida magnitud, que lo obligó a realizar tan temerario acto: embriagarse cerca de la escuela y frente a sus alumnos. No me enteré cuál fue el destino de esta persona después de esa bochornosa situación. Terminé mi primaria con los libros de texto donde leí pequeños fragmentos de Arreola, Bradbury, García Márquez y otros, que después, en edad más madura, volví a encontrar y disfrutar en textos completos.

Una de las diversiones en esa época era ir a la huerta a nadar. Esta se ubicaba donde ahora está la Casa de la Cultura de Zapopan y el andador María Cristina Peña, que era el callejón por donde se accedía a las albercas situadas al fondo. Aún hay algunos árboles en pie de esa época. Había una puerta, donde ahora se ubica la calle Mariano Matamoros, y otra que daba a la calle Gómez Farías. En el medio de esa huerta estaba el mencionado callejón bordeado de árboles frutales, que terminaba en una escalera y una alberca de grandes dimensiones. La honda, le llamábamos, y otras tres que estaban hacia el lado izquierdo de esta, con piso de mosaico, cada una más profunda que la anterior. La grande tenía piso de cemento. Cada viernes la llenaban. Frente a la alberca estaba un pasillo y alineados sobre la pared, donde termina la calle de Allende de la unidad República, se ubicaban los vestidores, diminutos cuartitos malolientes a humedad y humor humano, donde

nos cambiábamos con celeridad para ir a nadar. Al lado izquierdo de los vestidores estaban los baños y unas regaderas. Los más valerosos y temerarios se subían a la azotea de este lugar para aventarse a la grande. Se llenaba el lugar porque los sábados era el día en que acudíamos en tropel los niños a nadar en las albercas de heladas aguas. Por solo un peso teníamos asegurada la diversión de todo un día.

A la izquierda de la alberca grande había un espacio donde los adultos acudían a tomar, escuchar música de tríos nortños y comer, pero para nosotros nuestra diversión era el agua helada, sin llevar toalla, pues nos secábamos al calor del sol. No se podía acceder a la huerta, a pesar de ver los apetitosos mangos colgando en racimos o los solitarios aguacates que esperaban que una mano los cortara. Otras calles que limitaban con la alta pared del lugar son las de Galeana y Corregidora.

Las puertas del lugar las cerraban por la noche, una por el lado de Hidalgo y otra por el lado de Gómez Farías. Cerca de ahí, pasando la calle Esther Tapia Castellanos, caminando hacia la calle Eva Briseño, estaba otro lugar de esparcimiento llamado el Profundo, donde sí había música con grupos y cuyos acordes se escuchaban hasta la calle. Era un lugar de baile y bebidas embriagantes, además de que había albercas. En algunas ocasiones hubo accidentes con ahogados. Esa era una de las razones por las que tenía prohibido acudir, además de que decían que era un lupanar.

En otras ocasiones, salíamos por la calle Esther Tapia Castellanos, cruzábamos el terreno que eran barrancas hasta llegar a Eva Briseño, por lo que hoy es el coto Cañada San Fernando, y descendíamos por la calle Eva Briseño hasta Santa Fe, para llegar al arroyo de Atemajac, que era un inmenso desierto de jal, donde hoy es la avenida Patria. Caminábamos hasta ubicarnos por donde ahora se encuentra el bosque urbano Extra A. C. y recorriamos un camino bordeado de árboles hasta llegar al castillo de los Colomos, donde rentaban caballos. Ahí, frente al castillo, estaba una pileta con entradas a los túneles y una puerta oxidada permanentemente cerrada. De ahí salía un arroyo con pequeños pececillos que pescábamos para llevar a casa. Entre la maleza, frente al arroyo, encontramos dos túneles, uno muy corto y otro más extenso, que pasan bajo el castillo y salían al otro lado, por el jardín japonés. En ese tiempo solo había barrancas. No había caminos como hoy.

Llegábamos temprano a pescar y nos regresábamos al medio día por el mismo camino.

Otra de las cosas que hacíamos era ir a jugar a los jueguitos de la unidad República. Les decíamos las casitas nuevas. Estaban por la calle Galeana. Eran de cemento: una serpiente, un caracol de ladrillo, un barco de cemento y no recuerdo qué otra figura estaba. A menudo nos íbamos a las barranquitas por la calle prolongación Miguel Hidalgo, por donde vivía Jesús Herrera, un condiscípulo. Por ahí descendíamos y recorríamos los laberintos de las barrancas en busca de pepinitos silvestres. Una vez cruzamos todas las barrancas hasta llegar a San Juan de Ocotán para ver los tastoanes, y de regreso recorrimos el mismo camino. Bueno, no había un sendero trazado, pero cruzamos las barrancas intentando salir por el mismo lugar.

Nuestras diversiones eran, además de ir a pescar a los Colomos, caminar al río Blanco. Caminábamos por una brecha que hoy es la calle prolongación Pino Suárez, cruzábamos periférico y seguíamos por la carretera a Bosques de San Isidro, en lo que hoy es plaza San Isidro, que era un lugar donde la familia Díaz Romo criaba vacas. Seguíamos derecho hasta lo que hoy es prolongación Av. Río Blanco, llegando hasta el poblado del mismo nombre. Girábamos hacia la derecha por una vereda y descendíamos a lo profundo de la barranca. Con el sonido de la caída del agua, buscábamos un lugar para poder meternos al río, donde hubiera alguna poza lo bastante profunda para nadar rodeados de árboles de mangos. En otras ocasiones nos íbamos hasta el cerro del Diente y ascendíamos a él. Algunas veces cruzamos los cerros y llegamos a salir a San Esteban, de donde regresábamos en camión. También nos íbamos a La Primavera a acampar en las orillas del Río Caliente. No había incendios ni tanta devastación como ahora.

Con los patines del diablo éramos unos ases. Nos deslizábamos por la pendiente de la avenida Hidalgo, desde su inicio en la calle Allende, porque ahí había pavimento. Cuando esta hacia cerrada con la huerta, nos íbamos a la avenida Jacarandas y por su pendiente nos deslizábamos a toda velocidad hasta la avenida Obelisco. Después de esta inyección de velocidad y adrenalina, regresábamos ascendiendo la avenida para repetir la misma rutina, hasta quedar agotados y regresar a casa, por la ahora pendiente de la avenida Ávila Camacho.

Como la televisión no era muy común en las casas, la forma de verla era en la mueblería de Salinas y Rocha, en la esquina de la calle Eva Briseño y 16 de Septiembre, donde hacia las ocho de la noche, los martes, se congregaba una pequeña multitud para ver *Combate*, con Vic Morrow, o rentábamos las revistas de comics en el puesto de periódicos de la esquina. Cuando se acercaba el 12 de octubre llegaban los juegos, y esa era otra diversión. Al salir de la escuela íbamos a ver cómo los instalaban y después observábamos su funcionamiento, porque no teníamos dinero para poder abordarlos. También era una delicia escuchar las explicaciones que daban desde los puestos donde exhibían las víboras, la mujer lagarto, araña o alguna otra alimaña, con una pregunta clásica: “¿Por qué se convirtió en... (el bicho de la ocasión)?”, y la respuesta: “¡Porque me castigó mi madre!”. Recuerdo el espectáculo de la mujer que a la que le cortaban la cabeza y la exhibían en una charola, además de los infaltables vendedores de cobijas y trastes: “¿Van a querer esta cobija? Mira, para que se animen dales esta y esta y esta otra, y además dales unas sábanas... ¿No las quieren?... Guárdalas... y ahora...”, y así continuaban ofreciendo su mercancía frente a un público hipnotizado por su extenso manejo del lenguaje. No faltaba el local donde estaban los enanitos vaciladores en su teatro de cámara negra, y frente a la Basílica, los puestos de vendedores de comida, que desde temprano, exhibían los platillos del día.

Frente a la plaza, a un lado de la casa donde vivía una familia de un compañero de la escuela, Rafael Casillas, estaba la casa de la señorita Zunny, una casa enorme con enormes ventanales hacia la plaza, con un pasillo en la entrada de esos que le llamaban zaguán, con una reja intermedia, donde se abría un corredor interior y, a su alrededor, se distribuían las habitaciones, y al fondo del jardín, en forma de triángulos, estaba una especie de kiosco, el comedor y la cocina, que no tuve oportunidad de recorrer. Hacia el lado derecho de la entrada, por el pasillo, había una capilla con su coro, a la cual nos subimos por una estrecha escalera de caracol, de madera apolillada. Por “limpiar” esa parte nos pagó \$2.50, que era ya una cantidad irrisoria en ese tiempo, pero el haber tenido el privilegio de conocer parte de su casa lo valió. Tiempo después murió asesinada cuando intentaron robar su casa. No recuerdo el año.

Y la modernidad nos alcanzó... tumbaron las altas bardas de la huerta, de paso se llevaron el cine Moctezuma y se abrió la avenida Hidalgo. Tiempo después, las construcciones frente a la plaza, por la avenida Hidalgo y Emiliano Zapata, donde estaba, entre otros lugares, la nevería El Kilimanjaro, y en la esquina, el club Zapopan, lugar donde cada viernes y sábado había celebraciones de quince años y bodas. Nos reuníamos un primo de mi inseparable amigo Fernando y otros amigos más para colarnos sin ser invitados y recibir una botella de brandy Presidente, entonces una bebida de lujo. También asistíamos a los conciertos que daban en la presidencia municipal, chiquillos con pantalones de mezclilla parchados y descoloridos, en ocasiones con zapatos con la suela abierta o descosidos al frente, “con hambre”, por la forma en que se abría la perforación, pero muy formales y serios, rozándonos con las refinadas señoras con altos peinados y valiosas joyas, muy perfumadas, y hombres de selectos trajes y corbata. Ahí escuché las “Cuatro Estaciones” de Vivaldi en vivo, a las mesosopranos y tenores. Nuestra intención era acudir para saborear los canapés y el vino tinto que obsequiaban al final de la actividad, pero después iba para escuchar las melodías completas, porque en casa solo escuchaba partes en las radionovelas.

No podían faltar los llamados lupanares, lugares prohibidos para los púberes e infantes pobladores de esta parte de Zapopan, que entonces limitaba con la calle Libertad, por la capilla del Sagrado Corazón y el Vigía, con su enorme portón por la calle Libertad, que hacía cerrada a la calle Nicolás Bravo. La carretera a Tesistán, ahora avenida Juan Pablo II, era un lugar lejano y poco explorado para nosotros. Estaba fuera de nuestros dominios. La calle Javier Mina, una de las últimas calles, la Consta, como la llamábamos a colonia Constitución, era un lugar lejano. Esos lugares eran el Night Club Tanger, más conocido como el Infiernito, cerca del panteón municipal y los Pinos, en el barrio del mismo nombre, cerca de la escuela Primaria Ignacio Zaragoza. Además, estaba la cantina El barrilito, lugar donde algunas veces, por algún desacuerdo, terminaban a balazos, y ahí quedaba el cuerpo del infortunado, tirado a medio local entre los tragos a medio consumir.

Llegó el tiempo de cambiar los patines por bicicletas. Ahora nos aventurábamos más lejos recorriendo por la carretera Tesistán hasta

Nuevo México, y ahí nos internábamos por caminos de terracería pasando por la hacienda de La Escoba, Copalita, El Quemado, buscando arroyos y charcas, las llamadas tinajas que se llenaban por el tiempo de lluvias para meternos a bañar. De ahí descendíamos al Río Blanco para retornar por la carretera a Bosques de San Isidro. En otras ocasiones salíamos a El Centinela. Recorriamos el bosque hasta llegar a la construcción cilíndrica de cemento que colinda con Bosques de San Isidro.

Remodelaron el mercado municipal y en el entretanto establecieron los puestos sobre la calle 16 de Septiembre. Mientras duró la construcción hicieron una gran excavación y saltábamos desde la orilla de la calle, por 16 de Septiembre esquina con Eva Briseño, hacia un montículo de arena en el interior de la excavación, mientras colaban las bardas perimetrales. Eran tiempos de guayabas y salía con mis amigos con baldes llenos de fruta a vender a los albañiles que laboraban ahí.

Había varios personajes en aquellos tiempos: uno era un hombre mayor de un grupo de varios bohemios que dormían en la plaza o a un lado de la Basílica, por la avenida Hidalgo. Ahora tiene bardas, pero antes solo tenía rejas y un amplio espacio para cubrirse de las inclemencias del tiempo. Este personaje siempre trataba de traer saco y corbata. Incluso, ocasionalmente se colocaba una flor en el ojal. Cuando una banda de música tocaba en la plaza o en el atrio de la Basílica, él se acercaba y con un periódico o revista enrollado a modo de batuta “dirigía” la melodía. Le decíamos el Galán por su “refinado” atuendo. Decían que había sido dueño de un circo y que lo había perdido. Por eso se dedicaba a tomar alcohol con refresco, junto con otras personas. También, ocasionalmente, llegaba el Batán, un hombre fornido, con una soga atada a su ruinoso pantalón, camisa rota que solo cubría su espalda, pero no su abultado y sudoroso vientre, una barba espesa y una gran sonrisa; jugaba “volados” de a dinero y siempre ganaba o también jugaba con el balero. Era excelente jugador, siempre apostando, y obvio siempre ganaba. Con ese físico imponía a cualquiera. Nunca supe dónde vivía. No hablaba. Bueno, yo nunca lo escuché.

Había una mujer a la que nombraban Carmela, que se ponía por la entrada principal de la Basílica, ya fuera dentro del atrio o por la plaza, y pedía su “domingo” o el día que corriera de la semana. Su cuerpo

todo se movía de manera constante, como si tuviera un tic generalizado. No podía articular una oración larga, solo pronunciaba el día de la semana, y también cuando la molestábamos nos correteaba profiriendo algunas floridas groserías. Siempre estaba desaseada y vivía en la calle, aunque no supe exactamente dónde.

Cuando había celebración religiosa en la Basílica en septiembre y había *castillo* durante el novenario, los más valientes y osados se metían a brincar debajo de unas chispas blancas que brotaban de los fuegos artificiales, cubiertos solo con suéteres para no quemarse, mientras la banda de música de San Juan de Ocotán tocaba alegremente fanfarrias al encargado de los fuegos o se escuchaba la rechifla del público porque no había encendido como estaba planeado.

Cuando era tiempo de álbumes de colección, vendían estampas en el puestos de periódicos, y la diversión era jugar volados por las estampas más difíciles o las repetidas. Las barajeábamos reconociendo las imágenes –“Ya, ya, repetida, repetida”– hasta que encontrábamos la faltante y se jugaban volados, de una contra varias o de un conjunto de ellas que llamábamos paquita. Lo hacíamos en la calle a contraesquina del mercado, donde estaba el puesto de periódicos y la mueblería Salinas y Rocha, que después se convirtió en farmacia.

Aquellos niños que construíamos carretas con tablas, llantas de diablito incrustadas en varillas para lanzarnos de manera temeraria por la pavimentada parte de la avenida Hidalgo, porque la otra estaba empedrada. “Algún día –decíamos– va a ser una avenida formalmente, cuando ya las bardas de la huerta hayan desaparecido”. Una vez recogimos un puesto de periódicos amarillo y lo llevamos a casa. Fuimos creciendo juntos, con los cambios de la villa, dejando de ser un pueblo pequeño, donde al menos en esa parte del lugar muchos nos conocíamos de la unidad República y de calles aledañas a la escuela. Coincidíamos ahí o en grupos como el catecismo o los cordigeros, que nos reuníamos en la casa del terciario por la calle Bellavista, cerca de donde vivía mi tía Chepa, hermana de mi papá y mi tío Chabelo. El fotógrafo del pueblo, el tío Luis, el taxista, siempre invitaba al Pájaro a desayunar, un hombre de toscas facciones con cierto parecido a un tucán y que se dedicaba a lavar los taxis que se estacionaban frente a la Basílica, por la calle Eva Briseño. Algunas de estas personas teníamos

un parentesco con la casa donde está el Instituto Zapopan, que fue propiedad de mi tía Chepa, Josefina Alonso, hermana de mi abuela Teresa. Ahí vivía con toda su enorme familia de hijos y nietos. A la casa le decían el pueblito. También, el tío Luis Camacho, no recuerdo cuál era el parentesco por la calle de Vicente Guerrero cerca de El barrilito.

Ahora todos esos lugares han cambiado de ser un pueblito, la cabecera municipal, que se podía recorrer a pie en unos minutos, sin tráfico intenso ni semáforos. Ahora es una pequeña urbe donde aún viven algunas personas que conocí en mi niñez, cuyos ascendientes eran comerciantes, por lo que ahora tienen un local comercial propio o no han cambiado de dueño.

La panadería La Imperial, la papelería Orozco de Zapopan, la birriería que era de don Ramón, los hijos de don Teodoro que aún siguen vendiendo pollo en el mercado, los descendientes de las González y otros que han desaparecido, como la tienda nueva de don Rigoberto por 16 de Septiembre o El barrilito que continua en la misma esquina y el mesón que continua con su oficio de ser hospedaje familiar.

Algunas veces recuerdo la llegada a casa de Guadalupe Victoria, a la puerta de su cocina, siempre atenta, la sonrisa de mi mamá esperando la llegada de su hijo, su nuera y sus pequeñas nietas.

POR CAUSAS DE FUERZA MAYOR

Félix Lamas Guzmán

Como sucede en la mayoría de los pueblos de México, nosotros nos vimos obligados a emigrar de la Estanzuela, Zacatecas, porque no existía ninguna fuente de trabajo. En mi familia fuimos nueve hermanos: Aurelio, Javier, Ramon, Refugio, Félix, María de Jesús, Bertha, Saúl y Héctor, pero fuimos nada más nueve, porque mi mamá y mi papá toda la vida se la pasaron de la greña.

Nosotros llegamos a Zapopan en septiembre de 1966. No se me olvida la fecha, porque llegamos buscando escuela primaria para Refugio, María de Jesús y para mí, aunque al Batán, ya solo llegamos ocho hermanos, ya que mi hermanita Bertha de cuatro años ya había fallecido en el pueblo. Para esas fechas en el pueblo no teníamos ni para comer. Los únicos días del año que podías trabajar en el pueblo era en levantamiento de las cosechas, ya que la gente pudiente te contrataba, y esto no duraba más de un mes, y párale de contar. No había otra forma decente de hacerte de ingresos. Por suerte contamos con los Estados Unidos aquí al lado. Prácticamente 99.9 % de los habitantes de cualquier pueblo de México que apuntan a los Estados Unidos de forma automática. Quizás el porcentaje sea elevado, pero en todo México difícilmente este porcentaje baje de 90 %. Lo que es peor, sucede cuando los críos todavía no terminaban el quinto o sexto año de primaria, y ya arrancaban para los Estados Unidos. La mayoría de los pueblos de México se están convirtiendo en pueblos fantasma por la inminente migración consanguínea de sus habitantes hacia los Estados Unidos, ya que se ha dado desde tiempos ancestrales.

La gente amolada por razones obvias no contrata gente para levantar sus cosechas, pero si se juntan cuatro o cinco personas de distintas familias y empiezan a levantar las cosechas, de estas cinco familias, primero levantan la cosecha de uno de estos cinco, y así sucesivamente van levantando la cosecha de los cinco integrantes del grupo. De lo

contrario, se tardarían bastante tiempo. El tema de las idas al norte de los hijos es de toda la vida; está latente en la mente de cualquier habitante de nuestros pueblos. En una ocasión, antes de entrar a una junta de padres de familia, un padre de familia le dice a otro: “Don Toño, ¿no le da pendiente que su hijo se vaya al norte sin terminar la primaria con el riesgo de que pierda la vida en su intento?”, y el otro señor le contestó: “Para eso tuve once hijos. Si uno se atora o le pasa algo en su intento de cruzar la frontera hacia los Estados Unidos caminando, envío a otro, y como dice la canción de Juan Manuel Serrat: ‘Otro, otro y otro’”. Con esto queda claro que la mayoría de los padres de familia ven a los hijos como un cheque en blanco. Otro ejemplo, tristemente dentro de mi familia, fue que en una ocasión fui de visita con una familia en la parte norte del estado de Jalisco. No hay necesidad de mencionar que era una familia amolada. Se armó una plática en el centro de su patio y un integrante de la familia llegó a la reunión presumiendo una fotografía donde estaba su hermano alegremente en un parque de Estados Unidos. El papá interrumpió la plática de manera intempestiva y le dijo: “Tírenle mordidas a la fotografía. A ver si con eso tragan”.

Cuando llegas del rancho a la ciudad, la gente de entrada no te ve con buena cara, porque estas invadiendo el territorio que “les pertenece”, y en parte tienen algo de razón, pero nosotros no llegamos a Zapopan porque así lo hayamos decidido. Estábamos ahí porque no teníamos ninguna otra alternativa, pero con trabajo, honestidad y estudio, logramos cambiar esta situación del cielo a la tierra. Cuando nosotros llegamos del rancho para vivir en Zapopan, de verdad fue un choque cultural violento. Todo mundo te pendejea porque de la ciudad no sabes nada, y tienes que luchar contra todo, empezando por la idiosincrasia de la gente. No te perdonan que no sepas leer, que no conozcas las reglas de urbanidad básica, que mastiques con la boca abierta, el timbre de voz a la hora de hablar y un sinnúmero de etcéteras más.

Con el tiempo me di cuenta que Dios sí era verdaderamente grande, ya que nunca supe cómo se consiguió la lana para viajar en troca de mi pueblo a Zapopan, ya que no teníamos ni para los frijoles. En aquel tiempo este viaje en tiempos de lluvia podía durar hasta tres o cuatro

días por la crecida de arroyos, ríos. La carretera no llegaba ni a terracería; era una mezcla rara de terracería, camino sinuoso y un surtido de todas las piedras silvestres que abundan por toda la Sierra Madre Occidental de nuestro país acomodadas sobre la “carretera”. Las torrenciales lluvias las convertían en “intransitables”. Qué esperanzas que en estos tiempos pudiera entrar un automóvil al pueblo. Hasta a los caballos se les complicaba transitar por estas rutas, porque no eran caminos ni terracerías ni carreteras.

Para este viaje apenas contaba con escasos ocho años, y a pesar de mi corta edad, recuerdo como si fuera ayer el día que llegó por nosotros la troca que nos llevaría a nuestro nuevo destino, pero sin nunca más regresar. Llegó completamente cargada de costales de frijol, maíz y garbanzo y un sinnúmero de cajas de cartón, pero aparte traía como tres alteros de cueros recién curtidos para ser vendidos en Zapopan, pero todavía con el buqué que genera la curtida, el olor pasa a ser casi insoportable.

El día de la partida para Zapopan, en la casa, desde muy temprano ya había varias personas que estaban ahí para despedirnos: había tíos, tías, sobrinos y un buen número de familiares, vecinos y los mitoteros que nunca faltan. Para este viaje éramos solo como la mitad de la familia. Los otros ya habían emigrado en busca de nuevos horizontes. En el pueblo existe una ley no escrita que dice: “Toda persona que se suba a una troca o autobús para un viaje, antes de tres o cuatro kilómetros de iniciado este, tendrá que vomitar”. Mi mamá sabía de esta ley y tomó precauciones que le habían recomendado los parientes. Para tal efecto, entre las principales estaban las siguientes:

- Llevar uno un limón en cada una de las manos e ir oliéndolos todo el camino
- Llevar una moneda de 20 centavos (de los grandotes que tenían la pirámide de Teotihuacán, por un lado) y llevarla en la mano durante todo el viaje
- Ir rezando rosarios todo el camino

Mi mamá, por si las dudas, utilizó las tres, pero ninguna evita la vomitada, así que fuimos dejando el desayuno por todo el camino hasta

llegar a Zapopan, porque no todos vomitábamos al mismo tiempo, ya que había cierta alternancia. A Zapopan llegamos como entre las cinco y seis de la tarde, después de haber salido como a las nueve de la mañana del pueblo. Entre los que nos despidieron también estaban mis abuelitos maternos, ya que los paternos ya se nos habían adelantado en el camino. Nos empezamos a subir a la troca. Cada quien lo hizo como pudo por lo cargada que ya iba la troca. La mayoría se acomodó encima de los costales de frijol, maíz y garbanzo. Los tres alteros de cueros fueron acomodados estratégicamente por el chofer mero atrás de toda la carga, recargados en las redilas traseras, porque la pestilencia no era fácil de soportar, ya cada quien se acomodó lo más lejos de esta. Ya que estuvimos todos arriba de la troca, la santa de mi abuelita nos echó la bendición. La troca empezó a caminar despacio, y un buen puño de amiguitos se fueron siguiendo la troca por un tramo hasta salir del pueblo. Este tramo no era tan largo, ya que la orilla del pueblo estaba como a una cuadra y media de la casa, el cual, por cierto, en 60 años, no ha crecido más de dos cuadradas a la redonda.

En el pueblo y en mi familia se presenta un fenómeno curioso: abunda la gente que sale de La Estanzuela y jamás quiere regresar. Mi papá fue uno de ellos, y yo un día le pregunté a qué se debía que no quería ir al pueblo, y me contestó: “Yo no regreso al pueblo porque buen tiempo del que vivimos allá yo era don Cuco, ya que tenía una de las tres mejores tiendas del pueblo. En tiempo de cosechas yo contrataba mínimo diez trabajadores para que levantaran mis cosechas y para llevar la cosecha hasta mi casa. También rentaba la mejor y más grande troca que había en el pueblo, y regresar ahora al pueblo siendo un don nadie...”. Ante esto, me quedó muy claro por qué no quería regresar al pueblo.

Los hermanos de mi mamá fueron diez. De estos diez solo uno regresaba con gran alegría y júbilo a nuestro pueblo. Los otros nueve ni de chiste se paraban por ahí, y eso que varios lograron acomodarse bien económicamente. Ni siquiera habíamos salido del pueblo cuando se me vinieron a mi mente un tsunami de recuerdos, principalmente con la tristeza de ya no volver a ver a todos mis amiguitos, y un sinnúmero de vivencias sucedidas en mi terruño, con o sin resortera en la mano, y el gran número de maldituras cometidas a lo largo y ancho del pueblo.

Pasaban muchas cercas de piedra que están alrededor del pueblo, y uno que otro árbol, el cerro del tepeguaje con sus espesas nopaleras. Sin contar la vomitadera por todo el camino, el viaje a Zapopan transcurrió sin mayores contratiempos.

Llegando a Zapopan

La entrada a Zapopan en aquellos tiempos viniendo de mi pueblo era por la carretera a Colotlán, y al llegar a la avenida Juan Gil Preciado o Carretera a Tesistán dabas vuelta a la izquierda, y en 10 o 15 minutos ya estabas entrando a Zapopan por el lado del panteón municipal. Continuabas por esta misma avenida hasta llegar a la calle Hidalgo. Ahí dimos vuelta a la izquierda hasta llegar a Atemajac, cruzamos la calle de Granaditos, hoy avenida Federalismo, que en aquel tiempo era una avenida ancha y estaba tapizada de puestos de frutas, verduras, vasijas de barro, hierberos, puestos de venta de artículos de plástico y también trabajos de madera, entre otros. Los puestos empezaban como a la altura de la calle Ramon Corona, rumbo al centro, y terminaban llegando al río, que corre por toda la avenida Patria, que en aquel entonces no era de aguas negras. La siguiente colonia era El Batán, el destino a donde íbamos a llegar. Para esto, todo lo que veíamos era asombroso para nosotros. Para empezar, nunca había visto ningún automóvil, ya que ningún carro podía entrar a nuestro pueblo. Es más, cuando vimos un camión chato, nos asustamos; creíamos que era un autobús incompleto o le faltaba un pedazo.

Invadir territorio ajeno no era tan fácil. Llegar a la calle Abasolo 18, que era al domicilio a donde íbamos, no fue complicado, ya que entramos al Batán, por la calle que lleva a la colonia la Experiencia. Entrando luego se veía la parroquia el Refugio del Batán, la santa patrona de los habitantes de esta colonia, y siguiendo derecho por la calle Experiencia, a cuatro cuerdas, estaba la calle Abasolo, y la casa a donde íbamos estaba como a 70 metros. Nosotros llegamos al Batán en la tercera semana de septiembre. No se me olvida la fecha, ya que eran casi inscripciones a la escuela primaria, pero fue imposible encontrar lugar en la del Batán. Por más lucha que hicimos, nos tuvimos que ir a hacer la lucha a la escuela del Atemajac. Ahí sí encontramos lugar para

Cuco, María de Jesús y para mí. Empezamos a asistir a clases en Atemajac del Valle, y no sé cómo estuvo, pero mi papá logró encontrar espacio para nosotros tres en la escuela Pablo Silva del Batán, y ahí fuimos de regreso a la escuela del Batán.

Al segundo día de haber llegado al Batán, mi papá me dijo: “Vente, Félix. Vamos a ir al mercado Alcalde a comprar fruta, algo de verduras, cacahuates, un poco de tomatillo de hoja, chiles verdes, mandarinas y algunas otras chucherías, y nos vamos a poner a vender afuera de la tortillería”, que estaba por la calle José Palomar, ubicada rumbo al templo. Nos fuimos al mercado Alcalde como a las 8:00 de la mañana. Para las diez, ya estábamos instalándonos afuera de la tortillería, donde estaba un árbol de pirul grandote. Abajo de este, empezamos a hacer alteros de naranjas, mandarinas, por otro lado, puños de cacahuates, de chiles verdes, de tomatillo de hoja para hacer chile de molcajete, total que en un santiamén ya estábamos instalados como flamantes comerciantes de la colonia el Batán. Teníamos esta vendimia por la misma calle donde estaba la escuela a donde asistíamos a clases, y todos mis compañeros y profesores pasaban como a un metro o dos de donde teníamos los alteros de frutas y otras chucherías. En un principio me daba pena que mis compañeritos y profesores me vieran con nuestra vendimia en plena calle y en pleno suelo, pero cuando no hay de otra, hay que apechugar. No había de otra. Cuando llegó el tiempo de cañas, mi papá las incluyó en nuestro puesto, y cada temporada mi papá procuraba tener mínimo un tercio de cañas. Vendíamos las cañas completas, para tenerlas en exhibición. Mi papá hizo con algunas tablas de madera una especie de portería de futbol y ahí recargaba la caña completa. En dos cajas de jitomate colocaba pedazos de caña de 10, 20 y 50 centavos, y la caña completa costaban un peso. Este alimento siempre resultó ser un muy buen negocio, pero su temporada de producción no era muy larga.

Cuando nosotros llegamos al Batán, los camiones urbanos cobraban 40 centavos. Recuerdo que las principales líneas eran Norte y Sur, Centro Colonias, Mexicaltzingo, Mezquitán y Anexas, Unión de Permisarios de Guadalajara. Es probable que se me escape alguna otra, pero estas eran las más vistas. Zapopan no era de las zonas más comunicadas, principalmente porque no era un lugar muy poblado,

pero sí tenía como tres rutas que te llevaban de la catedral de Guadalajara a la Basílica de Zapopan. El crecimiento de Zapopan se lo dio principalmente la Romería del 12 de octubre.

La Generala

Algunos peregrinos rumbo a la basílica de Zapopan recorren los últimos metros de rodillas para cumplir las mandas y promesas hechas a la Virgen de Zapopan por favores recibidos. A esta romería asistíamos para vender únicamente cañas mi papá y yo. Nos llevábamos cuatro o cinco tercios de cañas y se acomodaban un día antes por la noche por avenida Ávila Camacho a la altura de lo que hoy es Plaza Patria. Las ventas eran muy buenas, y cosa curiosa, las cañas que más se vendían eran los pedazos de 10, 20 y 50 centavos que mi papá colocaba sobre cuatro cajas de jitomates. La caña completa también se vendía, pero en menor cantidad. En aquel tiempo todavía no existía el centro comercial Plaza Patria. El terreno eran puros zanjones, basureros y lotes baldíos. Este centro comercial terminó de construirse en 1974.

Calzoncillos impúdicos

Apenas llevábamos como ocho meses en la escuela Pablo Silva y un día llegó un profesor al salón para invitar a los que supiéramos nadar a participar en unas competencias de natación a nivel local, que se llevarían a cabo en la Unidad Deportiva López Mateos de Guadalajara. Se apuntaron varios del salón. Para esto teníamos que ir a entrenar a unas albercas que tenía el Centro Recreativo El Batán, el cual era muy famoso, ya que aparte de tener albercas tenía baño turco, ruso y regaderas. También tenía varias canchas de frontón, un gimnasio que se especializaba en lucha libre, y el responsable era el luchador Pato Soria, el papá del luchador Shoker, el luchador 1000 % guapo. Sin embargo, el atractivo en todo Guadalajara y todo Jalisco de este centro recreativo no eran sus canchas de frontón ni sus gimnasios ni sus albercas ni su baño turco y regaderas... el atractivo mayúsculo era su salón de baile y sus habitaciones para “descansar” después de haber estado bailando con una “buena” dama durante buen rato. Ya nada más caminaban como

50 o 60 pasos, rentaban un cuarto y a descansar placenteramente. En este salón me tocó ver un sinnúmero de maestros míos de la prepa, pero lo peor era que ellos también me veían a mí, y ya éramos como cómplices. La cosa nunca pasó a mayores. La disponibilidad de cuartos en un inicio fue como de 30, pero inmediatamente los tuvieron que duplicar, ya que no alcanzaban a cubrir las necesidades “románticas” que generaba el salón de baile.

El primer día de entrenamiento en las albercas, llegamos todos los críos, la mayoría de quinto y sexto año. Empezamos a caminar por el filo de la alberca. Yo iba como en medio de la fila y por simple broma empujé a mi compañero que iba delante de mí, y seguí caminando, cuando me gritaron: “Ernesto no sabe nadar”. Me volví, y efectivamente, Ernesto se estaba ahogando. De inmediato me aventé para sacarlo. Hasta eso que no batallé. A mí no me cabía en la cabeza que alguien fuera a entrenar natación para una competencia sin saber nadar. Yo nunca le reclamé a Ernesto que qué andaba haciendo ahí en las albercas, porque yo respetaba a Ernesto, ya que era uno de los que cada año salía en el periódico mural como uno de los alumnos más aplicados, y lo peor era que Ernesto vivía en la calle de mi cuadra. Si le haya pasado algo, nunca me lo hubiera perdonado.

Cuando se llegó la fecha de la competencia en la Unidad López Mateos, recuerdo que llegamos en un camión de la línea Norte y Sur, que era la única ruta que llegaba hasta ahí, que en aquel tiempo quedaba más allá de la orilla de Guadalajara. Recuerdo que era un mundo de críos que llegaban para la competencia. Ya estando a punto de entrar a la alberca se me acerca un profesor y me dice: “Tú no puedes competir con calzoncillos blancos”, y yo que me había esmerado un día antes en lavarlos y plancharlos. Yo los utilizaba para jugar de portero en el equipo de fútbol del Club Deportivo Occidental del Batán, y se me hizo raro que me dijeran que no podía competir con calzoncillos blancos, y le pregunté al profesor la razón y me contestó: “Porque con el agua se te nota claramente el pene”. Yo llevaba otros calzoncillos puestos de color azul rey y me los quité para ponerme los calzoncillos blancos, pero los había traído puestos más de una semana. Me tuve que ir a cambiar de calzoncillos. Cuando tomé los azules, noté que estos casi se paraban solos por el sudor y mugre de haberlos traído puestos

más de una semana. Para no hacer más largo este tema, en la competencia nada más pude ganar el segundo lugar.

Ya para concluir el sexto año en la escuela primaria Pablo Silva, del Batán, la maestra Virginia nos aplicó un cuestionario de una hoja. Lo llené y fui de los últimos en terminar, al grado que llegó la maestra y se paró a un lado de mí a esperar que terminara de llenar el cuestionario. Lo terminé. Al final de este cuestionario pedía la firma de cada alumno. Lo firmé rápidamente, se lo entregué a la maestra y le dije: “¡Qué padrota firma, tengo, ¿verdad maestra?!”. Todavía no terminaba de decir la palabra *padrota* cuando la maestra me soltó un cachetadón. Los alumnos que todavía quedaban en el salón y yo nos quedamos sorprendidos ante tal actitud. Yo no le dije nada ni le pregunté por qué me cacheteaba, porque esta maestra así se las gastaba, pero sí me quedó claro que fue por la palabra *padrota*, que yo no sabía qué significaba exactamente. Normalmente yo la utilizaba en masculino y decía “qué padrote automóvil, que padrote pantalón”, etc., pero tampoco sabía el significado exacto de la palabra *padrote*. No me extrañó tanto la cachetada porque yo conocía a la perfección a la maestra, y esto no terminó con la cachetada. Le entregué la hoja ya llenada del cuestionario y la maestra le dio un recorrido visual rápido y soltó tremenda carcajada a todo pulmón. Yo, sacado de onda, me decía a mí mismo: *Me acaba de dar tremendo cachetadón y ahora empezó a carcajearse a todo pulmón*, y yo sin decir nada. Para esto, el cuestionario traía la siguiente pregunta: “¿Tú que quieres ser cuando seas grande”, y yo le anoté que quería ser profesor. Me dijo la maestra: “¿Tú quieres ser profesor?”, y de nuevo lanza tremenda carcajada, y así quedó la cosa. Transcurrieron como 12 años y un día me topé con la famosa maestra Virginia, y como nos odiábamos, de inmediato nos reconocimos, y como no se me dificultaba gran cosa ser hipócrita, la saluda efusivamente: “Maestra, qué gusto volver a saludarla”, y en nuestro corto encuentro me preguntó: “¿En qué trabajas, Félix?”. “Estoy cumpliendo tres años como director de la Facultad de Turismo de la universidad que esta por avenida Guadalupe y Tepeyac”. La maestra casi se va de espaldas. No le cabía en la cabeza que alguien que vendía alteros de naranjas, mandarinas, cañas, cacahuates y aparte era bolero estuviera como director de la Facultad de Turismo de la

tercera universidad más importante de Jalisco de aquellos tiempos, y yo le pregunté: “¿Y usted en dónde está, maestra?”. Y me contestó: “En la Pablo Silva, Félix”...

El bolero de la fuente

En la entrada del Batán existía una fuente en un espacio de terreno de forma triangular, y era el punto de reunión de todos los jóvenes y no tan jóvenes de aquellos tiempos. Actualmente se le conoce como la Fuente de los pájaros caídos, ya que se sigue juntando gente ahí, pero de la tercera edad. Yo escogí la fuente para ir a dar bola. Nunca me escapé del *bullying* de los clientes, ya que seguido me preguntaban “¿traes café?”. De volada les contestaba que sí, y el cliente me decía “dame una taza”. Lo peor era que los que me hacían estas preguntas eran “amigos” míos, y no esperaba que se burlaran de mí. En aquel tiempo dejaba buena lana este oficio, ya que cobraba un peso por cada boleada. Para estas fechas mi papá ya tenía un puesto de frutas de lujo, que era de madera y estaba ubicado como a media cuadra de la fuente de los pájaros caídos. Después de algunos meses de ser bolero en la fuente, me dio tentación ir a darme bola, siendo bolero, pero con los boleros que están en la plaza Liberación, ya que desde aquellos tiempos los boleros tenían el sillón donde se sentaba el cliente algo elevado, ya que los boleros le asean los zapatos al cliente estando de pie. Yo quería saber qué se sentía que me dieran bola a mis zapatos, y pa’ pronto que me voy a la plaza Liberación, y escogí al bolero que tenía su sillón más elevado y más bonito, y muy en mi papel me trepé a su sillón y hasta con pose, me boleé mis zapatos. Me sentía como rey, y desde allá arriba del sillón, veía chiquita a la gente.

Los juegos que no volverán

Las canicas no podía faltar en las tiendas de aquellos tiempos. Había de barro para los amolados y cristalinas para los pudientes. Enfrente de mi casa, a pocos metros, se juntaban bastantes niños y uno que otro colado adolescentón. En el cuadro o círculo de juego se ponían cantidades enormes de canicas en disputa, pero eran más de barro

que cristalinas, ya que si se iba a jugar con canicas de las caras, yo podía entrarle si pagaba cinco de barro por cada una de las cristalinas. Seguido me dejaban sin nada, pero valga decirlo, había días que si corría con suerte, salía ganador con grandes bonches de canicas. El que si era más malo que el pecado mortal, era mi hermano Ramón. Recuerdo que en una ocasión ya me habían pelado y dejado sin una canica, y se armó un juego como de diez competidores. Se fueron eliminando poco a poco y yo fui uno de ellos, y por azares del destino, Ramón y otro muchacho quedaron para disputar todo el bonche de canicas. Yo no me hacía muchas ilusiones. Se prolongó por buen rato el juego. El rival de mi hermano, ese sí que era bueno, pero ándale, que cometió una falla y le quedó su canica junto a la de Ramón como a menos de diez centímetros de distancia. *Con el amontonadero de muchachos*, me dije, *bueno hasta yo voy a salir beneficiado*, ya que me habían dejado sin ninguna canica en la bolsa, y como era un mundo de canicas, no empecé a juntarlas porque me iba a ver muy lángaro, y me dije *Mejor me espero, que al cabo el tiro va a ser puro trámite. A esa distancia quién va a fallar*, y ándale que tira y que falla. No sé si antes de esto mi hermano ya era muy estudioso, pero a partir de allí ya no le gustaron las canicas, pero en la escuela nunca cambió sus calificaciones. Todas fueron de dieces hasta concluir su carrera de médico.

Jugar a las canicas era padre cuando ibas ganando, pero era desesperante cuando te iban pelando, y te veías obligado a hacer chapuza, pero esto únicamente cuando te lo permitían, ya que no faltaba quien se diera cuenta y reclamara. Las faltas más comunes que cometíamos eran:

- Hacer puya
- Acercar la canica del rival cuando uno la levantaba con el pretexto de limpiar el área para tratar de asegurar el tiro. Cuando volvías a colocar la canica en su lugar lo hacías con tal maña que la acercabas hacia ti mañosamente, procurando que no se diera cuenta tu rival.
- Esta misma chapuza la cometías cuando le ponías cerrito de tierra a la canica.

Esto de ponerle cerrito de tierra a la canica del rival pronto pasó a ser una técnica rudimentaria, ya que con la entrada de algunos medicamentos inyectados las botellas donde venían éstos traían una especie de tapón de hule, que normalmente era de color rojo y sellado a la boca de la botella con un anillo metálico. A este plástico le llamábamos *chonguito*. Normalmente para obtenerlo había que quebrar la botella o quitarle el sello metálico. Este chonguito se cargaba junto con las canicas. Cuando alguien conseguía alguno azul o blanco, era la atracción a la hora de jugar canicas. Cuando había algún juego especial, por decir nada más uno contra uno o de a muchas canicas, se establecían reglas especiales. Por ejemplo, no se permitía utilizar el chonguito ni limpiar el área donde quedaba la canica del rival. No podías matar al rival de rebote. Si lo hacías, el triunfo no procedía y tu canica se quedaba donde había caído después del rebote, y era cuando decíamos: “De rebote te chingo”. Lo que si estaba permitido era las *chiras pelas*, que consistían en que de un solo tiro podías matar a dos o más rivales producto de una carambola, con canicas de otros rivales, pero esto era lo que llamamos *chiripazos*, ya que no era común. Ese mismo conflicto se presentaba cuando matabas a un rival desde una distancia por demás lejana o que no podías ver la canica del rival y tirabas nomás por tirar, ya que hacer blanco en la canica del rival era por demás imposible, pero que aun así llegabas a lograrlo. El juego de canicas en nuestro país, sin duda, fue el juego más relevante de la historia de un niño, y tristemente en la actualidad, ya pasó a ser parte de la historia de México.

SOY ZAPOPAN

David Pérez Sánchez

Mi familia llegó a Zapopan en 1964 a una casa rentada compartida en la calle Lourdes #33, colonia Tepeyac. Al norte colindaba con la calle Sarcófago; al sur, con un camino de terracería que sería actualmente la calle Aurelio Ortega; al oriente, solo algunas casas, dispersas; al poniente, con una arboleda de eucaliptos, actualmente Villa Fantasía. Otra edificación muy significativa fue el Hospital San Juan de Dios, el cual colindaba con las arboledas, y al sur, con una barranca, la cual se extendía desde el hospital y hasta la calle que actualmente pasa atrás del Colegio Victoria. Esta barranca era muy importante para la vida diaria de los habitantes de esta colonia. En su fondo se sembraban hortalizas y existían varios ojos de agua “zarca”, que la población aprovechaba para consumo humano. El camino de terracería que corría desde la arboleda colindaba con grandes parcelas sembradas de camote, papa y maíz. Después que los propietarios cosechaban la papa y camote permitían a la población entrar a “pizcar” para provecho de las familias que acudían.

Mi madre iba al mercado municipal por el mandado, lo cual era toda una odisea: cruzar la arboleda y una pequeña barranca por un lado del Hospital San Juan de Dios, llegar al mercado y admirar el bullicio y gritos de los vendedores: “Pásele, marchante, hay fruta y verdura fresca”. Al regresar del mercado bajábamos a las hortalizas para comprar cebolla, zanahorias y calabacitas recién cortadas y lavadas en los ojos de agua.

Al cumplir los 6 años ingresé a la escuela primaria Franklin (en septiembre de 1965), situada en donde actualmente se encuentra la presidencia municipal. Mi salón de clases se localizaba en la segunda planta en la esquina sur-oriente, del lado de la avenida Hidalgo. Contaba con dos balcones y unas ventanas de madera altas, por lo cual contábamos con buena luz natural y ventilación. Mi salón era el 1º A y

mi maestra se llamaba Alicia, con la cual conviví un poco más porque su hija también estaba en el mismo grado.

Regresando a mi casa, tenía un gran patio de tierra, un pozo con brocal de piedra. La puerta de la calle era de madera y siempre estaba abierta, y por las noches se atrancaba con una tranca de madera. Mi familia ocupaba un cuarto con piso de cemento y techo de madera y teja; también, una cocina de techo de teja con un pretil y un fogón de leña donde cada mañana mi madre hacía las tortillas a mano, desde luego con masa de nixtamal, que ella llevaba al molino en la calle Sarcófago. No contábamos con luz eléctrica.

Después de asistir a clases, por la tarde en la arboleda, los padres franciscanos acudían a dar clases de catecismo, y nuestros salones eran a la sombra de los eucaliptos al aire libre. Al terminar las clases corríamos a la barranca a tomar agua de los ojos de agua y a que nos regalaran zanahorias de las huertas. Existía un camino de terracería amplio. Actualmente es la calle Aurelio Ortega. Caminando hacia el oriente pasando la arboleda, por Villa Fantasía, existían unos corrales de ganado, principalmente vacas, donde los habitantes acudían a comprar leche por la mañana y por las tardes. A un lado de estos corrales, había una casa grande y detrás de ella unas huertas de limón, y en compañía de los que habitaban esta casa. Uno de ellos se llamaba José, mi compañero de la primaria. Cortábamos limones y recogíamos los caídos y en baldes los lavábamos y los llevábamos a vender o intercambiar al mercado municipal, ya sea por algunas monedas o por algún vaso de chocomilk, jugo de naranja y, de ser posible, algún lonche de jamón o solo crema y queso blanco. Cuando conseguíamos algunas monedas, nuestra prioridad era comprar pan en la famosa panadería que aún está funcionando a unos pasos del mercado actual, por la calle Pino Suárez.

Durante un festival del Día de la madre, organizado por los padres franciscanos en la arboleda, me subí a cantar al entarimado, acompañado por fray Serafín con la guitarra. Esto me valió que me integrara al coro infantil de la Basílica de Zapopan, que cantaba misa los domingos por la mañana. Para ello teníamos clases de canto y ensayo los viernes y sábados por la tarde en el convento. Al finalizar las clases hacíamos juegos en la huerta del convento (actualmente desaparecida). Además, nos pasaban al comedor para tener una convivencia y nos daban una

merienda. Luego los frailes nos acompañaban hasta nuestra casa; es algo emocionante, bonito y digno de recordar. Durante la navidad de 1965 hice mi primera comunión en la Basílica, lo cual recuerdo con mucho cariño.

Quiero mencionar la tradicional Romería de la Virgen de Zapopan, Nuestra Señora de la Expectación, toda una aventura. Cuando era niño, mi madre preparaba algunos lonches y caminábamos desde La Normal, y a la altura de lo que hoy es Plaza Patria corría un arroyo de agua limpia hacia la presa de Zoquipan. La gente acampaba a la orilla del arroyo, donde había muchos jarales, que mi padre nos cortaba para jugar y hacer arcos y flechas. También caminábamos un poco más y parábamos en unos riscos a la sombra de grandes árboles a la altura de lo que hoy es el Colegio Victoria. Desde ese lugar se podía observar en todo su esplendor el paso de las danzas, grupos de las diferentes iglesias de la zona metropolitana, grupos de estudiantes del seminario, coros parroquiales, carros alegóricos y el esperado paso y bendición de la venerada imagen de Nuestra Virgen de Zapopan. Era tradicional que al verla pasar la gente se integraba a la procesión atrás de la Virgen para acompañarla hasta su Basílica, para terminar con la misa de recibimiento a su casa después de peregrinar casi cinco meses por la zona metropolitana.

Quiero mencionar de una manera especial a la fábrica de ropa Yorky, la cual se ubicaba en la calle Sarcófago, esquina calle Tepeyac, en la colonia Tepeyac. Sus dueños cada navidad regalaban ropa a los niños y niñas, además de balones y muñecas, lo cual era una gran ayuda para los habitantes de la colonia y un evento esperado cada año.

Al terminar el primer año de primaria, la Franklin se trasladó a un nuevo edificio, en el cual se encuentra actualmente, a un lado del panteón municipal de Zapopan, y mi familia emigró a Guadalajara, al barrio de la Sagrada Familia, cerca del panteón de Mezquitán. Regresé a Zapopan en 1985 para realizar mi internado de la carrera de medicina en el Hospital General de Zapopan. También con mi familia me establecí en la colonia Benito Juárez Auditorio. El hospital conocido como el Hospitalito me trae grandes recuerdos porque mi madre nos llevaba ahí a vacunar de niños. En este hospital me formé como médico especialista en Ginecología y Obstetricia a partir de 1990, y quedé

como médico de base sirviendo a la genta cálida y amable de Zapopan por 32 años. Estoy jubilado desde 2021 y eternamente agradecido por esta etapa de servidor público. Sigo trabajando en mi consulta privada en el centro de Zapopan, por lo cual me considero 100 % zapopano: soy Zapopan.

SI ES PASIÓN, QUE SE TE BORRE

Leticia Nieves Delgado

Mi infancia

Mi nombre es Leticia Nieves Delgado. Nací el 19 de mayo de 1960 en el Hospital Civil de Guadalajara, pero fui criada en Zapopan desde hace 64 años. Mis padres fueron Jesús Nieves y Eulalia Delgado. Aunque mis padres y abuelos vivían en Zapopan, por cuestiones económicas nací en el Hospital Civil de Guadalajara. Recuerdo que tuve una infancia difícil, pues mi padre abandonó a mi mamá cuando estaba embarazada. Se fue al Norte y nunca volvió. Ella era la más grande de sus nueve hermanos, y eran muy pobres, pues su padre se dedicaba a las labores del campo, y lo poco que ganaba se lo gastaba en vino y juegos de baraja, de tal manera que mi madre escogió un oficio al que se le conoce como “el oficio más antiguo del mundo” o la *vida galante*, *vida fácil*, que de fácil no tiene nada. Por esos motivos que mencioné antes, considero lo que repito, que fue una infancia difícil. Siempre fui cuidada por personas ajenas a la familia, expuesta a peligros o malos tratos.

Mi madre se convirtió en una mujer frustrada y amargada y no quiso que estudiara, ya que decía que la escuela no servía para nada, que la mujer había nacido o para limpiar *mierda* o para prostituta, que mejor me enseñara a hacer quehacer, para que la apoyara en la casa. Ella como proveedora y yo como ama de casa, al cuidado de mis hermanos, pues después que mi padre la dejó, ella se embarazó otras dos veces, siempre buscando el amor en personas equivocadas. Así, yo empecé a ser madre antes de ser mujer, pues precisamente yo era la señora de la casa desde muy temprana edad. En mi casa no había fiestas familiares; eso fue ya hasta cuando me casé. Recuerdo que en navidad había regalos, pero no celebración de cena familiar. Poníamos nuestro zapatito en cualquier lugar y el niño Dios nos traía regalitos. Mi mamá era la

que se encargaba de todos esos detalles. Yo era la más afortunada. A mi tío Chito recuerdo que le traía soldaditos de plomo, como de combate, unas troquitas de hoja de lata; a mi tía Chela, una muñeca de plástico muy duro, y a mí, una muñeca más chiquita, pero era más manejable.

Recuerdo perfectamente la colonia donde pasé mis primeros años: se llamaba San José; era una comunidad tan pobre que lo único de valor, a parte de sus habitantes, eran los nombres de las calles: Oro, Plata, Aluminio, Antimonio, Zinc, Cobre, etcétera. Esta colonia era la última zona habitada, ya que lo que seguía eran tierras para el cultivo de maíz. Hasta Tesistán se miraban las múltiples milpas en temporadas propicias para disfrutar de los elotes. ¡Ah, qué tiempos! No de en valde le llamaban la Villa maicera. Mi colonia era resguardada por una pequeña capilla que lleva dentro una gran cruz. Se le conoce como referencia La Santa Cruz, fiesta que se celebra cada 3 de mayo. Justo en ese lugar era la entrada a la zona arbolada, hoy conocida como la colonia Arboleda, por los árboles gigantes, creo que se llaman secuoya. Las semillas parecían conos, los cuales juntábamos para unirlos y formar collares o pulseras. Usábamos las ramas de estos árboles para hacer columpios o para trepar. Actualmente, todavía existen algunas especies que le dan sombra a la colonia que se formó en ese lugar, la famosa Arboleda.

En ese tiempo se corrían muchos rumores de que el bosque estaba encantado, que salía por las noches un jinete sin cabeza, que se escuchaba a la Llorona buscando a sus hijos, etcétera. Como ni había luz eléctrica se prestaba la obscuridad para creer en esos mitos, pero ahí estaba la santa cruz para cuidar al que osara cruzar hasta la Tuzanía, lugar que estaba al término del camino. Según me cuentan los más viejos, era una hacienda o rancho. Hoy actualmente es una gran colonia que lleva ese nombre. Ese bosque que menciono era nuestro lugar de esparcimiento familiar, antes de obscurecer, claro está.

La Santa Cruz

Recuerdo que los sábados después de medio día, pasaban los franciscanos por las calles tocando sus guitarras. Así como el Flautista de Hamelin, salíamos los niños de nuestras casas, atrás de los frailes, ya que ellos nos llevarían a la gigantera, que también así le decíamos al parque, ya que los



árboles eran enormes; creo que eran eucaliptos. Pues ahí íbamos los niños al catecismo y a jugar y cantar. Nuestros asientos eran los mismos troncos que por efectos del tiempo se habían caído y nos servían para sentarnos y escuchar a los franciscanos. En ese mismo lugar, la arbolada, los domingos íbamos algunas familias a pasear de día de campo. Mientras los papás jugaban partidos de fútbol, las señoras llevaban su ensalada de sardina con galletas saladas.

Otro atractivo para las familias zapopanas a las que les gustaba la lucha libre era asistir los domingos por las tardes a la Arena Zapopan, que se ubicaba en el popular barrio conocido como La Guaracha, a escasas calles del centro de Zapopan. En esta barriada se ubica la capilla del Sagrado Corazón y el colegio Isabel la Católica, bajo el cuidado de las madres religiosas hermanadas con los franciscanos. A espaldas de esos lugares se encontraba una arena y ahí había lucha libre. Nos gustaba ir muy seguido. Muy cerca de La Guaracha hay otro barrio conocido como Los Pinos, nombre que adoptaron de la cantina que llevaba ese nombre. Cabe recalcar que en esos tiempos era muy común ver esos lugares de “sano entretenimiento”, sobre todo para los caballeros. Matilde Sandoval Ascencio se llamaba la dueña de ese lugar. En la actualidad todavía se puede ver otra cantina que se llama El barrilito, cerca del Hospitalito de Zapopan. En la actualidad está vigente. Otros giros parecidos eran el Cuatro caminos, El profundo, El valle verde, “El infierno”. Estos negocios se acabaron cuando llegó a la presidencia un político, que no recuerdo su nombre, pero que acabó con esos negocios. En los años sesenta tuvimos un presidente que impulsó mucho el ciclismo. Se llamaba Ángel Romero Llamas, que fue reelegido una década después. Su tumba se encuentra luego luego a la entrada del panteón municipal de Zapopan.

El centro de Zapopan en los años sesenta me trae gratos recuerdos. Donde actualmente se encuentra la presidencia municipal era la escuela Franklin D. Roosevelt. Había un cine pegado a la Basílica de Zapopan, y si la memoria no me falla, la dueña era la señora Cristina Peña, que según me platicaba mi progenitora era una mujer muy guapa, como de los Altos de Jalisco, donde las mujeres tienen fama de ser muy bellas. Además de guapa, este personaje celebre de Zapopan, era dueña de la parte trasera de la Basílica, que se llamaba La Huerta, en donde había piletas de agua tanto para bañarse como para el consumo. Todavía existen vestigios de esas piletas o fuentes ahí, donde una calle hoy lleva ese nombre Andador Cristina Peña, en homenaje a esta mujer, personaje muy mencionado en aquellos ayer por su labor altruista, pues según me platicaba mi madre, hacía muchas obras de caridad.

El cine se llamaba Moctezuma, lugar que sería demolido para ampliar la avenida principal del centro de Zapopan. Del cine me acuerdo que se ofrecían en los días santos, jueves y viernes, *El mártir del Calvario*, que me llevaban a ver. Yo sufría mucho con los golpes, los latigazos y la crucifixión y todo eso. Era para mí un sufrimiento. Salía llorando. Supongo que mi madre nos llevaba para enseñarnos que cada que nos portábamos mal era como si le diéramos un latigazo a nuestro señor. Esa es una de las que más me acuerdo. De las primeras que vi a colores era la de Tin Tán y Lorena Velázquez; se llamaba *El rapto de las Sabinas*. Eran un ícono del cine mexicano. Las de El Santo también las proyectaban en el cine, de Capulina contra Drácula o contra los monstruos. Me daba un pavor porque eran monstruos bien fantasiosos, pero es uno niño. También veía películas en blanco y negro, de vaqueros. El protagonista se llamaba Gastón Santos, y también vi las películas campiranas de Luis Aguilar y Antonio Aguilar. El cine, la entrada, no recuerdo cuánto costaba. De lo que sí me acuerdo es que adentro vendían tostadas con cueritos o con crema y frijoles, y me gustaba mucho. Dejé de ir porque una vez una persona, de esas que siempre hay, me manoseó y me asusté tanto que dejé de ir. Después lo cerraron. También recuerdo que en mi escuela las embotelladoras de la Lulú y el Pato Pascual también proyectaban películas, y al final de la función con tu boleto hacían rifas con utensilios de publicidad de las mismas marcas de refresco, como platos, utensilios, y el premio mayor era una jarra con vasos.

La Zapopan de mis años

Pues aquí me llegaron recuerdos de mi infancia, de la forma en que se cocinaba, con qué combustibles o herramientas, y me acordé de mi abuelita, con la que crecí, y ella a pesar de ya tener estufa de petróleo, también usaba el fogón, al cual le daba preferencia. Sus cazuelas de barro, colgadas en la pared, sus cucharas de madera, su metate y molcajete, nuestros utensilios para comer eran platos de plástico o peltre... Ella molía su maíz en el molino de la colonia, que actualmente todavía existe, ya que los hijos de los hijos han logrado conservar su negocio familiar. Antes del molino que menciono, se molía en molino casero, el cual fijabas en algo sólido para mantenerlo firme y poder moler a gusto. Este mismo procedimiento todavía lo acostumbramos en la actualidad, sobre todo en la temporada de elotes, pues en la familia de mi esposo, que son agricultores, se acostumbra preparar tamales de elote y los molemos en molinos caseros, con su canela, azúcar, mantequilla o tamales salados, con rajas de queso, y los elotes con su limón y sal o naturales.

Mi abuelita nos hacía carne en chile los domingos. Era cuando comíamos carne. Nos hacía una salsita molcajeteada con un pedacito de bistec, y tortilla no nos faltaba, porque me acuerdo que nos íbamos a pepenar. Así se decía cuando te ibas a los sembradíos. Aquí en frente de nuestra colonia está el Ángel Leño. En esa parte donde está ahorita Belenes se sembraba. Hay cierto tiempo en la labor de la agricultura, cuando ya la milpa está seca, en la que los dueños de las labores ponen las milpas encimadas para ellos facilitarse el trabajo de la pisca, pero en ese momento van dejando mazorcas esparcidas en los surcos y dejaban que la gente pepenara. Recuerdo que nos íbamos a pepenar con los demás niños de la comunidad. Los desgranábamos con una piedra o con las manos. Desgranabas y medías tu maíz en una lata de litro, donde se vendían los chiles jalapeños, y te ibas al molino o a donde te los compraban y daban a cambio algo o simplemente lo dejabas ahí para su uso.

El escenario que guardo en mis memorias es un escenario campirano, sin ser precisamente el campo. Las personas cocinaban con leña, eran ordeñadores, agricultores, etcétera. La casa donde transcurrieron mis primeros años era grande, de adobe; tenía dos cuartos al entrar a la

casa; le seguía un patio, donde había un árbol de guayabas, con un columpio colgado para nuestros juegos infantiles. No teníamos agua potable; íbamos a lavar a un arroyo, que según decían era una vena de los Colomos. El agua corría, era cristalina. También recuerdo los jarales, que eran los arbustos que servían para tender la ropa y secarse con los rayos del sol. No recuerdo cómo conseguía el agua para consumo aquí en Zapopan. Supongo que en pozos artesanos. Los techos eran de adobe; el patio era de pura tierra, que se barría con escobas de popotes.

La manera de lavar era a mano. Todavía no se usaba mucho el jabón de barra. Primero, para facilitar más el lavado, la poníamos a remojar un poquito con Fab, que era un jabón en polvo azul, y ya después de un ratito empezabas a tallar o a refregar. Ya más adelante cuando hubo jabones de barra les decían jabón de pan; eran amarillos. Lo que se almidonaba generalmente era para la ropa de los señores, en los cuellos, en los puños, para que quedara impecable. También se azuleaba, y el azul que se añadía generalmente era para la ropa blanca, para que quedara con un tonito como blanco y un poco de azul. Otra cosa interesante es que antes se lavaba primero en los arroyos, después en los lavaderos, ya después en las casas, porque tenían patios. Algunas colonias tenían mucha agua y había pozos artesanales. A mí me tocó sacar agua del pozo, que estaba como a unos cuarenta metros de distancia de los lavaderos donde yo lavaba. Entonces tenías una tina, la llenabas y ya de ahí tenías agua para uso diario.

En mi familia, mi abuelito, el papá de mi mamá, había sido agricultor. En los últimos años se encargaba de ordeñar, pero hablando con la verdad, no le gustaba trabajar y cuando trabaja era muy tomador y le gustaba jugar baraja. Por esa razón mi mamá se tuvo que hacer cargo de la familia, ya que ella era la mayor. Sus dos hermanos que seguían de ella, ya andaban de novios y trabajan en una tienda tipo supermercado que se llamaba Maxi, pero uno de ellos como estaba próximo a casarse, no aportaba nada porque decía que estaba ahorrando para su boda. Mi mamá era la que llevaba comida para todos. Éramos mis cinco tíos más mi mamá y yo en ese tiempo; después nacería mi hermana. Con ese mismo estilo que tenían de que explotaban a mi mamá laboralmente, nos separamos de la familia por esa razón. En ese tiempo mi abuelito cometió un acto indebido. Se le acusó de que había

robado una vaca o un caballo y se fue a esconder a Acatic. Sólo los fines de semana nos íbamos a visitar a nuestros abuelos, y pues nos quedamos a vivir solitas. Nos fuimos a vivir a una vecindad. Los domingos de repente nos íbamos a visitar a los abuelitos a la barranca de Acatic, otra vez a volver a tener la costumbre de dormir en el rancho, en camas de carrizo y a tomar agua de la barranca, comer mangos recién cortados. Era bonito vivir en la barranca, nada más que era bien trabajosa la bajada, la tierra muy colorada.

La llamita por aprender

Cuando tuve edad para asistir a la escuela, yo sola me apunté, pues la negativa de mi mamá se hizo presente. Ella argumentaba en esos momentos que yo estaba muy chica; apenas tenía seis años. Había una escuela que recién habían instalado en una casa muy antigua de la colonia. Estaba a escasos metros de la casa donde vivíamos. No se me dificultaba ir porque la escuela más cercana estaba como a tres colonias de distancia. En esa escuela les daban desayunos e iban puros niños. Entonces, cuando se integró esa escuela –estoy hablando de 1966–, en aquellos años, la edad para entrar a la escuela era de 7 años. En ese tiempo no había kínder. Yo le dije a mi mamá que yo quería ir a la escuela, pero ella nunca le dio importancia a esas cosas y me dijo que estaba muy chiquita. Mi mamá siempre trabajó y yo me crié con mi abuela y mis tíos, que eran casi de mi edad, un poquito más grandes. Ellos se apuntaron en la escuela y yo me fui con ellos y me apunté con la maestra María Elena. Ella me respondió que ya no había cupo, que le dijera a mi mamá que me comprara una sillita para que fuera de oyente, “y algo que se te pegue. Es que todavía estás chiquita”, así que supuestamente entré de oyente, pero pasé a ser de las niñas de los primeros lugares de aprendizaje. Teníamos mesabancos donde cabían tres niñas. Con la maestra María Elena y su esposo el maestro Victoriano, que era maestro y director de la escuela, se integraron dos salones de principiantes: uno donde estaba yo y otro de alumnos más aventajados. A mí me gustaba participar en todos los festivales, pero nada más ensayaba. Recuerdo que mi mamá me decía que para qué me apuntaba si no había dinero y ella no tenía tiempo de asistir a esos festivales.

Después nos hicieron una escuela más grande y más bonita, y otra vez fui a formarme para inscribirme. Había dos filas. En una había menos personas y ahí fui yo y me apunté por equivocación en el turno vespertino, en la tarde. Yo era de los primeros lugares, y eso me gustaba a mí: ser la número uno. Aprobé los seis años de la educación primaria sin ningún problema; al contrario, era una alumna de las más dedicadas.

Un día el director me preguntó que a qué secundaria me habían metido. Yo me quedé sorprendida porque para mí terminar la primaria era lo más que uno estudiaba. En aquellos tiempos la única secundaria quedaba en el centro de Guadalajara, muy lejos de donde yo vivía. Tendría que tomar camiones. Por el afecto de mis maestros, que me defendían y notaron mi interés de estudiar a pesar de que mi madre nunca quiso asistir a nada relacionado de la escuela, terminé mi primaria y el director se dio cuenta que no me apuntaron a ninguna secundaria, así que él me hizo una carta y me dijo “Con esta carta ve a este lugar. Está aquí mismo en Zapopán centro. Te presentas con la directora. La persona a la que le darás la carta es mi hermana”. Llevé la carta a donde mi director me indicó, que era el instituto Ignacio Zaragoza, que está por El Colegio de Jalisco a la siguiente cuadra, por el andador 20 de Noviembre. Me presenté con la directora, y esa carta era una beca para poder entrar a ese instituto. Llegué a la escuela y me presenté. A esa edad yo ya era más independiente, así que regresé a mi casa muy contenta y le dije a mi mamá que no me iban a cobrar nada y ella sólo me dijo que era muy terca y que ella no me podría levantar temprano porque trabajaba en la vida nocturna. La colegiatura era gratis, pero los uniformes y libros no, y ahí es donde entré en problemas. Le enseñé la lista a mi mamá y de plano me dijo que no, que la escuela no era para las mujeres. Yo tenía ya trece años. En ese momento tenía a mi hermano más chico. Yo era la mamá y cuidaba a mis hermanitos. Me olvidé de la escuela y de todo eso. Nada más en el fondo de mí había esa llamita de aprender, pero durante esos años se quedó estancada.

Terminé mi primaria y también terminaron mis sueños de seguir estudiando, pues aparte de no haber escuelas secundarias cerca, persistía la opinión de mi madre. Ahora ella alegaba que estaba muy lejos, que no teníamos dinero, que eso era para la gente rica, además, que ya tenía mi certificado de primaria, que qué más quería, y sí, en algunas

cuestiones tenía razón. La escuela secundaria más cercana era la 1, que estaba en el centro de Guadalajara, y yo vivía más allá de Zapopan. No había transporte y no había dinero y no había voluntad de parte de ella, lo que sí había era ignorancia para dar y repartir. Así, enterré mis sueños de llegar a ser profesionista, de ganar mucho dinero para sacar a mi madre de esa vida miserable, pero no se pudo. Sería hasta muchos años después que renacerían esas ganas que quedaron truncadas por diversas circunstancias de la vida.

En ese lapso, en mi parroquia había cursos de secretariado, de cultura de belleza, corte y confección. Yo me iba siempre en las tardes al curso de secretariado. Recuerdo que mi mamá me compró en abonos mi máquina de escribir Olivetti, una maquina portátil que compró con mucho sacrificio. Fue en la que aprendí un poco de mecanografía y taquigrafía, y aquí en la parroquia de mi colonia me enamoré a mis 15 años del que fue mi esposo. Él vivía casi enfrente de mi casa. Desde que nos vimos nos enamoramos, y a los 16 años me fui con él, pero en su familia no estaba de acuerdo porque ellos eran una familia tradicional de rancho, de papá y mamá, trabajadores, que tenían sus casas propias, lo que nosotros nunca tuvimos. Yo donde vivía era una vecindad, y pues, mi mamá no tenía muy buena fama. Total, que éramos como Romeo y Julieta. Aun así, me fui con él y vivimos un tiempo en amasiato, como se dice vulgarmente, y al tiempo nos casamos, pues yo me embaracé de mi hijo mayor. Me embaracé a los 16 años y me casé a esa edad por lo civil, pues antes sí se podía, y a los 17 años, por la iglesia. Mi marido murió en el tiempo de la pandemia.

La escuela secundaria que está en El Vigía fue la primera que hubo en Zapopan. La secundaria número 1, en sus inicios, como en los 70, era solamente para varones. Después la hicieron mixta, como es en la actualidad. En los años en los que estuvieron mis hijos ahí, esa escuela era vista como la feíta porque se pusieron de moda las secundarias técnicas, y la escuela vecina era la 77. Los niños más aplicaditos iban a la 77 y los más burritos iban a la 1. Esa secundaria, hasta la fecha, parece un reformatorio. En la 1 había un personaje, no sé si era director o maestro, pero tengo entendido que tenía un puesto importante: se apellidaba Orozco, don Héctor Orozco, que sin tener muchos estudios llegó a tener cierto renombre aquí en Zapopán. Ellos vivían por la calle

16 de Septiembre; era de un grupo de jóvenes que se conocieron en la secundaria 1. Fueron como los fundadores de esa secundaria, los primeros alumnos de esos grupos. Cuando se hicieron adultos formaron un grupo político, ya que sus papás habían sido presidentes municipales de Zapopan, por eso ellos tenían cierto renombre y obtuvieron ciertos privilegios.

En Zapopán hay una calle principal que se llama Eva Briseño Orozco. Según la historia esa persona era muy caritativa y parece ser que era familiar o tenía algún parentesco con la primera dama de aquellos años, doña Soledad Orozco, esposa del presidente Manuel Ávila Camacho, y era oriunda de Zapopán. Esa señora y ese apellido Orozco han prevalecido en la historia de Zapopan.

Empecé a estudiar la secundaria cuando mi esposo estaba precisamente de interno en las Islas Marías. Ahí empezó un programa del Instituto Nacional de Educación para los adultos mayores. Ahí estudiaba por las tardes, y por las mañanas daba clases de alfabetización a personas que no sabían ni leer ni escribir. Era parte de la colaboración social que hice en esa isla. Llegué a la mitad de mi secundaria porque justo en ese tiempo a mi esposo le dieron su libertad y pues se suspendió y regresamos a nuestra colonia. Nos tuvimos que integrar a la sociedad con un poquito de trabajo, empezar desde cero. Ya teníamos dos hijos y a mi esposo no le era fácil colocarse, porque tenía miedo de que lo fueran a rechazar cuando le pidieran la carta de no antecedentes penales. No se estabilizaba laboralmente, entonces yo empecé a trabajar de empleada doméstica.

De repente, un día estaba yo inscrita en una caja de ahorro que se llamaba San Miguel y ahí vi un letrero donde anunciaban secundaria abierta los sábados, y ahí me apunté los sábados a la secundaria abierta, pero se desintegraban los grupos y yo me desanimaba. La secundaria abierta consiste en que uno es autodidacta; uno podía estudiar desde su casa y nomás pedías tus exámenes. Las oficinas estaban en el Mercado del Mar, y cuando me sentía lista iba y presentaba mis exámenes. Con 6 y 7 pero la terminé. Duré casi seis años estudiándola. Había institutos donde podíamos estudiar la preparatoria, pero yo no quería ir a pagar por aprender, ya que es un derecho que tenemos. Lo que trabajaba era para mi casa.

Así como hice la secundaria, hice mi preparatoria, pero se me hizo un poquito más difícil porque ya eran cosas más complicadas. Había materias de inglés y de matemáticas más avanzadas, de ecuaciones y todo eso, y la dejé un tiempo. Ahí me estancué con esas materias y me quedé parada un buen tiempo. Un día, en el tianguis navideño que se hacía en el parque de San José, en el centro por la calle 16 de Septiembre y Reforma, vi una escuela con un letrero de bachillerato semiescolarizado los sábados. Me apunté. Ahí iba de las 7:00 de la mañana a la una de la tarde. Ahí si fue más dedicada, con maestros, no autodidacta. Duré como dos años y medio para terminar el bachillerato. Mis hijos estaban grandes. Mi esposo ya se había colocado formalmente en un trabajo. Yo seguía trabajando en una sola casa, donde duré mis últimos treinta años trabajando. Ahí había dos chicos y una muchacha; ella estaba estudiando Leyes en la Universidad de Guadalajara y no iba los viernes; yo le pregunté por qué y me respondió que ese día iban los del semiescolarizado, y me dijo: “Oiga, señora Lety, ¿por qué no se mete? Apúntese. Estoy segura que sí sale en lista”, y ahí voy a tomar mi examen de admisión y que salgo en lista. No me la creía. A las 12:00 con 2 minutos ya le estaba diciendo a mi hija que viera la lista, los resultados, y decía *aceptada*. Así fue como empecé mi escuela. Pasaron los cuatro años y medio y nunca dejé mi trabajo. Lo pude hacer perfectamente y pude también terminar mi carrera. Mi esposo siempre me apoyó. Salí con 92 de promedio.

Y aquí estoy, con hambre de aprender, con sed de conocimiento, con mi lucha por salir de ese pozo de ignorancia, de conformismo y de lamentarse y creer que “esta suerte me tocó”, y no hacer nada por cambiar el entorno de la vida, de la vida que uno no escoge, pero que sí puede transformar.



A black and white photograph of a large crowd of people, likely at a festival or religious procession. The crowd is dense, with many people looking towards the camera. In the foreground, several individuals are wearing traditional or ceremonial costumes, including hats and robes. A large, ornate floral arrangement is visible in the lower-left corner. The text "PARTE 2" is centered in the middle of the image, with "Festividades y danzas" below it.

PARTE 2
Festividades y danzas

► PÁGINA ANTERIOR

Procesión de la Virgen de Zapopan

(Serie Religiosos)

Bibliotecas de El Colegio de Jalisco

Fondo Fotográfico Colección Fernando Martínez Reding

LOS VIERNES DE DOLORES EN MI CASA*

Alma Angélica Pasillas Rendón

De regreso a casa voy en el tren mirando a través de los vidrios de la ventana, pasando por edificios y departamentos modernos. El parque Ávila Camacho... cuántas veces caminamos esa avenida a pie con mi mamá, su gran amiga Elena Carlos y su hija Marisa, que vivía en una casa por la calle ubicada en Emiliano Zapata, que cruzaba con calle Juárez, para mejor ubicación, esquina de la presidencia, en el centro de Zapopan. Recuerdo que era una casa chica, pero que cubría todas sus necesidades. La entrada tenía una puerta grande de madera de mezquite y ancha, con unos herrajes preciosos con forma de cara de leones con la boca abierta de donde colgaba la agarradera para tocar; el piso era de ladrillo de barro, con un corredor ni grande ni chico con macetones adornados de helechos, y al fondo, la cocina y el comedor; al lado izquierdo, una puerta que daba al corral, con un guayabo y un naranjo. No había casas en Zapopan que no tuviera árboles de guayabas y naranjos.

Era el punto de reunión para donde fuéramos. Mi mamá pasaba por Elena. Les gustaba caminar mucho, pero lo que más recuerdo es esa avenida de Ávila Camacho con extensiones de lotes baldíos y donde casi nada estaba fincado. Eran campos, pocas fincas, por supuesto, el Colegio Victoria, que imponía, y a la siguiente cuadra, la casona rodeada de jardines donde mi mamá nos platicaba que había vivido el general Manuel Ávila Camacho y su señora esposa, doña Soledad, que ella había hecho mucho bien a Zapopan, que había donado el terreno donde ahora se encuentra el Hospital General de Zapopan, mejor conocido como el Hospitalito. Conforme caminábamos por la avenida nos iban platicando las historias de cada finca hasta llegar al destino

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

deseado, recuerdo que era como un terreno o una gran extensión de campo con tipo barranquitas lleno de plantas silvestres, y ahí mi mamá empezaba a cortar ramas de la planta llamada salvia, planta que ya casi no veo en la actualidad. Se preguntarán para qué eran esas ramas de más de dos metros de grande, y así las cortaba mi mamá para llevar a la casa. Es una planta color grisáceo con flores como de bolitas de terciopelo y puntas lilas, con un olor agradable a campo fresco.

Esto era cada año desde que recuerdo, año tras año, y su amiga fiel con su hija nos acompañaba. Llegábamos demasiado cansadas. Nos esperaba en la casa de Elena Carlos un botellón de barro con agua fresca natural y con sabor a barro, muy rica.

Una vez descansadas nos conducíamos a nuestra casa con todo el cargamento de hierba. ¡Uf! ¡Era algo muy muy cansado para unas niñas! Yo veía la cara de mi madre y su rostro rojo, rojo, ¡pero con una satisfacción! Era una mujer alta, fornida y muy blanca de pelo negro, negro, entre cano, y no mostraba cansancio. Llegábamos a nuestra casa, mi hermana y yo a descansar, a cenar todos y a dormir. Mi mamá se quedaba despierta, y de repente oíamos un ruido estruendoso. Se ponía a mover muebles, mueve y mueve muebles, y nos decía: “¡No salgan! Ya duérmanse”. Al otro día que nos levantábamos, nos encontrábamos con los muebles de la casa unos desaparecidos y los demás en otro lugar, pero en el corredor, con un altar de frente a la puerta que daba a la calle, de todo lo que daba de alto a la pared, con el cuadro de la Virgen de los Dolores, un olor a hierba agradable a campo fresco, el altar adornado de banderitas hechas por mi madre con papel de china de color blanco y morado, y las pegaba con engrudo elaborado de harina y agua, y de asta de las banderitas utilizaba los popotes de las escobas popotonas, para barrer jardines, que compraba con don Miguel Álvarez, que tenía una tlapalería en la esquina de la casa. Ahí comprábamos todo para el hogar... bueno, no me quiero desviar del tema. También adornaba el altar con naranjas, y en cada naranja ponía una banderita. Decía que eran los dolores de la virgen.

Con tiempo, mi mamá en botes de chiles jalapeños que doña Félix, la señora de la tiendita de la esquina de la casa, le iba guardando, sembraba cebada y los ponía en la sombra para que adquirieran un color verde tierno hermoso. A veces pintaba los botes de blanco o les

ponía papel de china blanco y morado para adornar el altar. Era un gran altar espectacular tupido y alumbrado de veladoras, que mi madre mientras vivió le hizo a la Virgen de los Dolores. Recuerdo que ese día siempre era en viernes último día de Colegio, y salíamos temprano. Llegábamos mi hermana y yo, y solo se oía en la puerta: “¿La Virgen va a llorar a la noche Chayo?”. Mi mamá, desde la cocina contestaba: “¡Sí, pasen a rezar ya desde ahorita si gustan!”.

Nos encontrábamos a mi mamá en la cocina rodeada de tres ollas haciendo agua fresca para ofrecer a quien llegara a rezarle a la virgen. Hacía siempre, y que no faltara de jamaica. Yo creo que por eso me enseñé a hacerla tan buena. Era el agua que primero se terminaba. Agua fresca de papaya, esa no me gustaba, pero había mucha gente que siempre la pedía de papaya, y agua de naranjas agrias, también muy rica y fresca.

Llegando las ocho de la noche ya todos los vecinos con sus familias se daban cita en mi casa a rezar el rosario. A mi mamá le gustaba que siempre lo dirigiera doña Lupita Romo. Lo rezaba tan bonito y muy completo. Recuerdo que se juntaban muchos niños: los hijos de Chayo Medina y don José Ramos; doña Luidivina Hernández y sus hijas; doña Rufina Lozano y sus nietos con su hija Elvira Vázquez; doña María Ponce, comadre de mi mamá, con su hijas Las Vargas; María Luisa González y sus hijos; Ofelia y Tomasita Esquivel; Carmen Díaz; Las Carrillo; Mercedes Mariscal; Pina; Olga; nietas de Doña Félix; María Martínez y sus hijas, mejor conocidas en todo Zapopan como las Cosas Catrinas; por supuesto, Elena Carlos, Las Nuño, Carmen y Luisa, con alguno de sus hijos.

¡Nombre! Mi casa era chica y cabían todas esas personas. Llegaban hasta la calle rezando el rosario a la Virgen de los Dolores. Siempre y para toda la vida, mientras vivió mi madre, los viernes de Dolores, antes de empezar la Semana Santa, había cita en nuestra casa. Por eso nos daba gusto, porque significaba que empezaban las vacaciones, quince días de no ir al colegio. Esta fue una tradición que mi familia vivió y ha vivido. Espero que siga de generación en generación.

Cuando fue la pandemia que se declaró aquí en Jalisco, a principios de marzo de 2020, tenía siete meses de muerta mi madre. Era el primer año que ya no estaba para dirigir el altar a la Virgen de los Dolores. Los

últimos años solo dirigió la puesta del altar. Ya que ya estaba muy grande para hacerlo, yo lo hacía, bajo su dirección y supervisión.

Yo he seguido con esa tradición, 74 años ya ininterrumpidos, de darle el pésame a la Virgen por la pérdida de su hijo. Es a la única mujer que he admirado y admiro: a la Santísima Virgen María, mujer de ejemplo. Vio a su hijo único, cómo lo martirizaban, y lo estaban matando a bofetadas, latigazos, escupidas, burlas, en una palabra, masacrándolo. Ella sufría en silencio, y su hijo único, sin haber hecho nada, era inocente.

La santísima virgen callada, envuelta en llanto en silencio... ¡Ay no!, nomás de imaginar su dolor me agobio. Bueno, eso de que su hijo no hubiera hecho nada es otro tema porque ¡Cristo hizo mucho con su ejemplo de vida y sus parábolas! Como luego dicen, la verdad no peca, pero incomoda. Incomodó a esa sociedad hipócrita que se vivía en aquel tiempo, pero rescató a gran parte de la humanidad, con su muerte y resurrección. Tan fuerte fue su ejemplo de vida que, a Dios gracias, hay muchos católicos en el mundo, y es el único hombre que ha marcado una era en la humanidad, cómo conocemos la Historia: antes de Cristo y después de Cristo.

Fue necesario este paréntesis. Yo he seguido con esa tradición, y exhorto a las familias zapopanas y jaliscienses que sigan con ella, que no dejen que se termine, pues es una forma de unir familias, vecinos amigos y comunidad. Bueno, en pandemia con más ganas le hice su altar a la Virgen de los Dolores. A través de los años fue disminuyendo el número de personas que asistían a rezarle a la Virgen de los Dolores, no por falta de fe, sino porque es el destino de la humanidad. Aquí el paso en la tierra es un sueño. Se han ido las buenas maderas zapopanas. Otras familias se cambiaron de casa, otras se fueron de Zapopan a otros estados y municipios.

En pandemia, sin embargo, ese año rezamos el rosario solo con mi hija Abril, María Elena mi vecina y Carmen Díaz, mejor conocida por los sobrinos y quien convivió con ella como ¡mi Carmen! Vinieron con sus cubrebocas, y nos sanitizábamos a la entrada y salida de las casas que visitábamos. Ese año sí hubo agua, también lloró la Virgen. Ya el altar ha cambiado bastante de los elementos que le ponía mi madre. La avenida Ávila Camacho toda se pobló y fincó. Ya no cuenta con tramos

de campo. Los lotes baldíos que hay están cercados. Se acabó la salvia para el altar.

Yo no puedo sembrar cebada. No le atino con qué tiempo de anticipación la tengo que sembrar, ya que fray Maceo le decía a mi mamá: “¡Doña Chayo, ya es tiempo de la cebada! ¡Ayer ya sembré la mía! Para que este bonita el mero día”. Y sí, la sembraba mi mamá y la ponía preciosa en el altar. Yo en lugar de eso pongo macetas con pura planta verde, que adorne el altar. Eso sí las banderitas de papel de china, las naranjas y las veladoras no faltan en él, así como el agua fresca de jamaica y el rezo del rosario a las ocho de la noche.

Ya no tengo la puerta de la calle abierta de par en par, por obvias razones. También ha evolucionado la inseguridad en Zapopan. Se acabaron esos días de que las casas estaban abiertas y todos los vecinos entraban y salían como si fuera su casa. Hoy por hoy, eso ya no se puede, a menos que algún vecino salga a tomar el sol a la banquetta de sus casas y nos diga “No cierren, vecinas, aquí estoy cuidando”, pero eso solo sucede los fines de semana, como es el caso de mi vecino Adolfo, hijo de doña Chayo Medina y don José Ramos, en paz descansen. Fueron muy buenos vecinos. El hijo sigue en el barrio; es todo un personaje. Para que se den una idea, saca una hamaca, se va a enfrente de su casa a tomar el sol tiernito, la amarra de un poste de luz y un arbolito ficus. Cuando está él en la cuadra no hay problema; se siente el barrio seguro, pero cuando no está es una cuadra solitaria. Por ello ya no puedo dejar la puerta abierta de par en par con el altar de la Virgen de los Dolores.

Sin embargo, la puerta tiene postigos y barrotes. Abrimos los postigos y desde la calle se puede apreciar el altar, pero ya no pueden pasar a sentarse a rezar y darles su agua fresca. Esto ha cambiado a través de los años, por lo antes mencionado, la inseguridad. Eso sí, a las ocho de la noche del viernes de Dolores, que es un viernes antes de empezar la Semana Mayor o Santa, como le quieran llamar, es cita para todos los vecinos, y quien guste venir a rezar a la casa de Chayo Rendón el rosario y terminando sigue llorando la Santísima Virgen de los Dolores. Esta costumbre la acojo como una bella herencia de mi madre, una gran tradición, que ya también es promovida por Cultura Jalisco.

Zapopan a través de los tiempos ha sido un gran ícono de tradiciones, que representan orgullosamente a todo México. Otra tradición de las familias de Zapopan es empezando la cuaresma, cuando comienzan las comilonas. No. Nunca entendí esto del ayuno si se come mejor que otras épocas, y que la colación. Decía mi madre que las personas, cuando ella era niña, pues los jornaleros católicos, se llevaban al campo la colación para ayunar. Esa colación consistía en llevar en sus morrales de la jornada la rica y tradicional capirotada, hecha con virotes.

En Zapopan, solo se conocía a una sola familia que hacía y hacen virotes salados y fleima. Para quien no sabe cuál es el virote fleima, es el tradicional, sin sal, ese virote hecho a mano, artesanal, realizado por la familia Mora, mejor conocido como los Mora, que tenían su panadería en la esquina de Matamoros y 16 de septiembre en Zapopan Centro, cita de todas las señoras después de las seis y media de la tarde para comprar los ricos panes, ya sea las conchitas, las novias, los cuernos, las guayabas, las semas, el niño envuelto, los roles con canela, los puerquitos con piloncillo para la merienda, acompañado del vaso de leche. Aquí hago un paréntesis. También está la Panadería de Don Roberto García, quien ya murió; es la única panadería que queda en el centro de Zapopan; es una panadería muy bella con su mostrador de madera gruesa y sus grandes anaqueles. Es histórica esta panadería. La siguen trabajando los hijos. Con tiempo, vende virote cortado ya en ruedas y dorado para facilitar más la elaboración de la capirotada.

Bueno, estamos en la capirotada hecha con los virotes cortados en ruedas. Un día o dos antes de hacerla mi mamá los ponía al sol y después los doraba con mantequilla. Era todo un arte verla hacer la capirotada. Después de dorarla, ponía a cocer en una olla con jitomate, cebolla, piloncillo, clavos de olor, canela... ¡qué ricura! Las casas en esta época evocaban aromas a especias, el clavo de olor mezclado con canela y piloncillo. ¡Mmm... qué aromas y qué sabores! En esta mezcla líquida, mi mamá mojaba el pan acomodado en capas. Primeramente, debajo de la budinera ponía tortilla embarrada de mantequilla, después acomodaba una capa de virote, ya dorado con mantequilla, la bañaba con esa agua, después le ponía queso seco, pasitas almendras, cacahuete y otra capa de virote, y así hacía la tradicional capirotada. La dejaba hervir. ¡Ay, sus aromas al momento de estarse cocinando! Qué de

vueltas dábamos a la cocina, mientras salía este rico budín, preguntando “¿Ya está?, ¿ya mero?”. Cabe señalar que estábamos chiquillas y en vez de capirotada decíamos “Ya está la caripotada”. La capirotada se ha transformado con las necesidades del tiempo. Ya sacan capirotada de pan de caja, de leche de mermelada y no sé qué tanto. No estoy en contra. Cada quién sus gustos, pero yo no cambio la tradicional capirotada, que también es un arte de hacer, porque puede quedar muy rala, insípida, como pan remojado en agua o desabrida que le falte más piloncillo, o condimentos. Es el símbolo de la cuaresma, igual la capirotada, hablando de gastronomía, porque si se hace en otra época ya no sabe igual. No sé porque será pero sabe más rica en cuaresma.

Otras comidas tradicionales de cuaresma son las famosas tortitas de camarón, esas que se hacen con el camarón seco y molido fino con huevo capeado en mole acompañado de nopales –ricura–, los chiles rellenos de atún o queso bañados de salsa de jitomate, el pescado en caldo michí o pescado asado, a las brasas, camarones empanizados o a la diablo, en coctel, los romeritos en mole, esa comida que nos traslada a la cuaresma, penitencia y tradición, de las cocinas de nuestras madres que van con las recetas de generación en generación.

Llegada la Semana Santa, en mi casa y en la casa de mis amigos y vecinos, híjoles, pobre de quien pusiera música o prendiera la televisión. En toda la semana santa hasta llegar el domingo de resurrección, bueno si queríamos acompañar a mis papás a misa de gallo, que era a las diez de la noche en la parroquia y en la basílica, saliendo de misa como a eso de las doce de la noche podíamos poner música llegando porque se había abierto la gloria. Solo era una semana y se nos hacía una eternidad. Hasta el domingo de resurrección o de gloria era un gusto.

Yo siempre recuerdo los domingos de gloria. En vacaciones nos levantábamos, y mi papá era el que empezaba en la casa el desorden, ja, ja, ja... Dejen les platico: mi papá se llamaba, en paz descanse, Juan Pasillas Hernández; tenía un perrito blanco clase terrier escocés, el Nieves, que para el clima de aquí... yo pienso que era muy caluroso, y le encantaba bañarse. Cada que mi mamá salía a barrer la calle empedrada tenía que regar para no levantar polvo, y el Nieves salía a bañarse y querer morder el agua, y brincaba tras el agua. Era todo un espectáculo. El Nieves era un perro muy cariñoso y amigable, pues los

domingos de resurrección, mi papá después de almorzar y la sobremesa se disponía a regar el jardín, y el Nieves empezaba el ritual de seguir el agua, el cual terminada adentro de su tina de baño, que mi papá le ponía, para apaciguar el calor.

En esas de andar con las plantas y el perro se le desviaba un chorro de agua para con nosotros y empezaba la mojadera. Mi mamá se enojaba, pero ella también terminaba empapada y no le quedaba de otra que apechugar y reírse. Ya todos mojados, a bañarnos. Al mediodía a la hora de la comida, ya todos limpios y secos. Era toda una tradición en familia; eran bonitos tiempos, hoy bellos recuerdos.

En la actualidad son pocas las personas y familias que guardan con respeto la Semana Santa, sobre todo como decía mi mamá, los días más importantes eran el jueves y viernes santos, días de guardar. Ni me digan ayunar y la abstinencia. No lo digo para recriminar los tiempos que estamos viviendo. Es la comparación del antes y el hoy que en pocos años, en nuestras tradiciones y nuestra idiosincrasia se han estado perdiendo. Es por nosotros mismos, nosotros la humanidad, y hablando del marco dentro de la tradición de Zapopan, decía mi madre que como dice el dicho: “Tanto peca el que mata la vaca como el que le detiene la pata”. Yo recuerdo, que ninguna carnicería aquí en Zapopan se abría. Se cerraban los jueves, viernes, sábado y domingo santos. Eran días de asueto para todo el gremio tablajero. Hoy están abiertas la mayoría de carnicerías. Se deja al libre albedrío, y está bien, pero ello si influye en que se coma carne. Hemos gente olvidadiza, y cuando menos lo piensas ya estas comiéndote los ricos taquitos de cabeza o al pastor en viernes de vigilia que no se come carne, porque están vendiendo. Si fuera como antes, que no se vendían en viernes de abstinencia, no se comían, yo digo, y es mi pensar.

Zapopan ha cambiado mucho en tan poco tiempo. Ojalá sigan nuestras tradiciones, que no nos hacen nada mal. Lejos de hacernos mal nos hacen un bien; nos forja como una comunidad sólida con principios morales y tradicionales, pero de corazón, no de dientes para fuera o aparentando lo que no se es. Como luego dicen de esas jalisciense mochas, de doble moral, esas no deben de tener cabida aquí en Zapopan ni los zapopanos.

Luchemos por conservar y fomentar las tradiciones que han venido de generación en generación, con principios morales, éticos y católicos. Zapopan y las familias zapopanas no se deben perder con el progreso y el desarrollo del municipio. Zapopan centro, tenemos la obligación moral de dar un ejemplo de vida cristiana, nada menos porque la Santísima Virgen de Zapopan escogió este bello pueblo, hoy ciudad, para quedarse con nosotros; debemos responderle con un ejemplo digno, que digan y se siga diciendo “Zapopan, consentido de Dios, por estar ahí su madre, con sus hijos que la veneran, aman, respetan y se respetan así mismos”.

LAS COMPOSTURAS Y LA ROMERÍA

Alma Angelica Pasillas Rendón

Recuerdo que una bella costumbre, desde que tengo uso de razón, es la Fiesta del 12 de Octubre, la traída de la virgen, la Romería de Zapopan Centro. La fiesta en Zapopan empezaba una semana antes, con la compra del papel de china para hacer las composturas. Los frailes en el corredor de la basílica exponían las muestras y los modelos de diferentes composturas que tocaba adornar por calles. Ejemplo: calle 16 de septiembre, mariposas en color rosa con amarillo, Ramón Corona, borreguito picado en color blanco con azul y así todo el corredor se llenaba con la muestra de las composturas y nombres de las calles principales. ¡Atínenle dónde comprobamos los papeles de china! Solo había dos lugares: la papelería Orozco y con las González. De hecho, cabe destacar que el padre Mariscal decía que el color oficial de la Virgen de Zapopan era rosa y blanco, no rosa bajito ni fucsia, un rosa fuerte, no el azul y blanco. Me encantaba: un día antes todas las vecinas, a puerta abierta en los pasillos de sus casas, se unían en grupo a cortar y picar el papel.

Ese 11 de octubre no se dormía en Zapopan centro. Recuerdo a mi mamá con doña Lupe Romo, Chayo Medina, doña María Ponce y sus hijas, Luisa Herrera, María Luisa González, doña Rufina Lozano y Elvira Vázquez, doña Luidivina Hernández, todas en una gran unión picándole al papel. El chiquillero, felices juegue y juegue en la calle pelota, la sogá, el bebe leche, choyita quemona, changay. De repente salía una de las mamás con una cazuela grande ya con el engrudo preparado para empezar a pegar la compostura. Cuando empezaba ese arte, gritaba una mamá, por lo regular era mi mamá, pues tenía una voz que ¡ay, Dios!, nos decía: “¡A ver, bribones. Si ya se aplacan, ya vamos a empezar a pegar las composturas. Vénganse a ayudar!”. Todos corríamos empapados de sudor. ¿Qué creen?, nos decían: “¡No, no, dejen ahí. Van a ensuciar las composturas. Váyanse a lavar las manos y

pónganse la pijama y se vienen!”. Así lo hacíamos. Los papás se encargaban de cerrar la calle, porque sacábamos las sillas de extremo a extremo para ir amarrando el lazo y pegando poco a poco pieza por pieza la compostura.

Y como dice la canción: “Nos daban la doce, la una”... y nosotros ya rendidos dormidos en los sillones, en el pasillo, esperando a que nuestros papás terminaran de hacer las composturas. Una vez hechas, los papás, bueno yo siempre recuerdo a mi papá, ayudaban a instalarlas y ponérselas a las vecinas de pared a pared. “¡Sube y baja la escalera Juan!”, como le decía mi mamá. Qué bello cuando ya se había tapizado toda la cuadra, con las composturas de papel de china, el sonido que se soltaba con el aire, melodioso como una bienvenida: “Madre, aquí estamos esperándote, con ansias”. Decía mi mamá que así le decían a las composturas que le cantaban a la virgen, pero no nada más eran en mi calle, sino en todas las calles, la de doña Félix y las Carrillo, la de los Arias y Álvarez, los Ayón, bueno, para no hacerla larga, desde mi casa hasta la avenida Hidalgo. Esto sucedía en todos los barrios.

Todo tapizado en papel de china, las mamás le pedían a Dios para que no lloviera antes de la llegada de la virgen, pues eran para ella, y era un verdadero milagro. Yo recuerdo que nunca llovió o que haya amanecido lloviendo; al contrario, era un amanecer tan bello, un aire fresco, que con el papel de china evocaba una música suave, serena y tranquila. Sí hubo años que llovió pero después de la llegada de la Virgen, y adiós bellas composturas. Terminaban todas colgadas y desbaratadas, los puros hilos atravesados. El consuelo de las señoras era: “No importa, ya llegó la virgen, ya las vio y le dimos su bienvenida”. Esa noche del 11 de octubre de cada año, una vez puestas las composturas, la familia de Chayo Medina y toda la prole de hijos y doña Luidivina Hernández, año tras año, se iban en la madrugada por la virgen. Recuerdo que cada año, mientras pudo, doña Luidivina Hernández y sus hijas, fiel seguidoras de la Virgen, se venían ayudando a jalar el calabrote de la carroza de la virgen. Qué bello ejemplo de amor a ella. A nosotras, desveladas, nos levantaban para ir a ver la llegada. Siempre lo más lejos que llegamos mis papás y mi hermana fue hasta Plaza Patria, y nos veníamos caminando ya junto con ella hasta llegar a la basílica a misa.

Omito decir que mientras las doñas vecinas y mi mamá hacían las composturas, ya habían puesto el pozole. En cada casa olía a pozole. Una vez recibida la virgen, se veían las calles saturadas de gente y danzantes acostados en banquetas, en la calle. ¡Ay, y eso sí! Nos daba mucho coraje que se hacían del baño donde fuera, en las banquetas, junto a los carros, pues casi no había baños públicos, y en las casas las familias no permitían la entrada a extraños. Después de la llegada de la virgen así íbamos al rumbo a comprar las tostadas con las Chulas, para acompañar el pozole. Llegaba mi mamá: “Buenas tardes, Chulita Fidela”. Amada, Rosa, son los nombres que recuerdo de las Chulas. Ellas antes de vender tostadas vendían tortillas a mano. Cuando nos mandaban de esa tortillería, era como entrar a otro tiempo. Era un fogón con un comal redondo gigantesco. El local estaba ubicado en la esquina, con dos puertas de entrada, una por la calle Colón y la otra por la calle Moctezuma, misma calle de Vicente Guerrero. Atizaban la leña. Alrededor del comal había como cuatro personas torteando a mano, amasando en el metate, cada quien con el suyo. Había una mesa en el rincón del cuarto donde se colocaba la pesa, muy antigua, de esas que tenían pesitas y una palanca o regla que se recorría, y se colgaban en la orilla las pesitas para ver cuántos gramos eran o kilos. Era todo un arte pesar. Eso solo lo hacía doña Fidela, que cobraba y pesaba, la amá de todas, así le decían.

Regreso a la tostadería... Una vez que nos surtían las tostadas, ya tomábamos nuestro destino a casa para llegar a comer el rico pozole, ah, eso sí, con la famosa coca familiar. Llegábamos con doña Félix de pasada, por el refresco la coca cola. En ese tiempo las botellas eran de vidrio, retornables, verdoso claro. Las cajas del refresco eran de madera, muy pesadas. Doña Félix era muy curiosa con los refrescos, en la hielera que era de la Pepsi, en color azul, ya muy desgastada y vieja, medía como dos metros, a lo mejor menos, pero como yo estaba joven se me hacía gigante y larga. Acomodaba los refrescos familiares alrededor de la hielera: en el centro los refrescos medianos y los chicos encima del hielo. ¡Ah! Para esto, le llevaban unas barras de hielo que picaba, y las barras grandes las ponía encima de todo el refresco para conservarlos fríos, porque la hielera no era eléctrica. Para agarrar los refrescos teníamos que mover los hielos. Luego don Manuel, su esposo, señor ya

grande, se enojaba, porque al sacarlos y moverlos se golpeaban unas botellas con otras. Nos gritaba: “¡No golpeen las botellas. Las van a quebrar!”. “¡Ay, Dios, las botellas, las botellas!”. Quien fue con doña Félix a los refrescos sabe de lo que estoy hablando. Sacar cada botella de ahí era un triunfo, y además con agua gelatinosa y sucia de todos los hielos acumulados y descongelados de meses. Cuando estaba bien llena de agua la hielera, don Manuel se disponía a poner una manguera dentro de la hielera le chupaba y salía el agua sucia en borbollones y gelatinosa. ¡Ay, pero era un reto sacar la Coca familiar de con doña Félix!

Ya rumbo a casa, triunfantes, desveladas, cansadas y esquivando las suciedades de las banquetas y entre los carros, pero eso sí ya con las tostadas y la Coca Cola familiar, llegábamos a comer el rico pozole. Mientras íbamos caminando nos quejábamos de los cochineros. Mi mamá nos decía: “Imagínense. Ustedes aquí viven y ya llegaron cansadas, ahora esta ¡pobre gente que viene de fuera y no tiene dónde descansar, que está en el suelo y para hacer del baño no tienen dónde o hasta la huerta!”. Les explico. Cuando bien les iba, rumbo a la huerta de doña Cristina Peña, donde son ahora las casitas nuevas, que les decían en Zapopan, eran terrenos donde sembraban maíz, y ahí con las milpas secas hacían tipo cuartitos y escarbaban en la tierra, y esos eran los baños públicos. Cobraban 20 centavos, de esos centavos grandes de cobre. ¡Qué recuerdos! Se formaban y hacían filas larguísimas, los que aguantaban... y los que no nada más cerraban los ojos y *acomódate, chon*, en la calle, banqueta o atrás de un carro. Imagínense cómo amanecía Zapopan centro después de la Romería, pero eso no nos detenía ni era impedimento de disfrutar la feria. Qué bellos tiempos eran las ferias. Puedo decir que eran cien por ciento mexicanas, comercio mexicano, ya que en la venta se destacaban los collares de tejocotes, las naranjas, limas, cañas, cazuelitas de barro, jarros, platitos, bolsitas de yute tejidas a mano, canastas y canastitas de palma, sombreros, ates, el pan de nuez, envuelto con hojas de nogal, en huacales.

Había puestos que a mí en lo particular me encantaban, como la venta de artículos de cobre que venían desde Guanajuato y Michoacán; vendían cazos, platonos, floreros, jarrones, mil cosas, pero lo que yo

siempre buscaba eran los trastecitos de cobre –¡qué belleza!–, y me sentía la niña más afortunada porque siempre me los compraban. Así como los trastecitos de barro, otro de los puestos que siempre buscaba en la feria era el de los señores que vendían mueblecitos de madera, hechos a mano, por supuesto; vendían cucharas, molinillos, sillas grandes, sillas de madera de descanso. También traían artículos tallados en piedra, como molcajetes, metates, macetas, tortilleros tejidos en palma o de pino tejido con piuter y cobre. Aún conservo mis trastecitos de cobre y algunos mueblecitos de madera de mi infancia. Otras cosas que vendían eran los famosos bigotes y pelucas sintéticas, y pestañas de papel, rebozos, zarapes, bolsas hechas a mano de palma, carpetas tejidas, servilletas en punto de cruz o bordadas, manteles deshilados, muchos productos en piel, muñecas de trapo cosidas a mano. Por todo lo que se vendía, venían vendedoras de diferentes partes de la República mexicana. Por ello digo que era una feria 100 % mexicana, pues se promovía lo nuestro.

Con el paso del tiempo fue cambiando la Romería en Zapopan, poco a poco. En la Basílica llegó el día que ya no ponían modelo de composturas. Solo nos decían el color: “Favor de adornas las calles con papel de china y colores rosa con blanco, o rojo y azul”, así nada más los modelos de composturas que uno quisiera. Después nada, preguntábamos y nos decían que como quisiéramos. Así se fue acabando esta tradición, cuando la devaluación de 1994, ya no se requirió ni se exigió. Las personas que estamos acostumbradas lo seguimos haciendo. Hoy por hoy, son una maravilla las composturas de plástico, y ya las elaboran en talleres con suajes, más bonitas, pero ya no representan esa unión familiar de barrio. Hay que verle el lado bueno: con lluvia no les pasa nada, y siguen haciendo esa melodía, aunque no igual que con el papel de china, pero sí parecido, un sonido más fuerte, y son más resistentes. Vaya que a últimas fechas por el calentamiento global ha llovido bastante, y sin embargo, las composturas duran un buen rato adornando, adormilando con la sonoridad del aire y el plástico, dejando notas melódicas y evocando con el sonido los recuerdos de la infancia con el papel de china.

La Romería... que para nosotros los zapopanos es la traída de la virgen. No me gustó que al nombrarla patrimonio de la humanidad

dicen “la llevada de la virgen”, corrección, pues no es la llevada, sino la TRAÍDA a su casa. A la Virgen, no, nos la llevan: nos la traen. Nosotros se las llevamos, como la santísima virgen quiso ir a visitar cada año las colonias de Guadalajara, para apaciguar las tormentas y epidemias, para cuidarlos de los peligros y bendecirlos en una palabra. En fin, no me meto en politiquería clerical, que me voy a ver muy María Arcelia Díaz Rendón (prima hermana de mi abuelo Eulogio Rendón Ledesma) (véase Historia de María Díaz).

En lo que estaba, en los años 90, así como llegó la devaluación en 1994, también con ello hubo una gran apertura comercial, y el comercio en México se abrió y abrió fronteras. Hubo un gran auge de importaciones y exportaciones, sobre todo de China y Estados Unidos, de productos que venían de Japón. Esto se vio reflejado en las ferias de octubre de la Romería en Zapopan. No tenían nada que ver con las romerías de mi infancia. Qué de infinidad de productos de plástico, mucho producto chino, desde ropa y juguetes. Esto es un cambio muy importante y radical en las tradiciones y la idiosincrasia de nuestros pueblos. Hicimos a un lado lo nuestro por el consumismo y lo desechable. A las nuevas generaciones les parece normal la feria así, pero yo que viví y disfruté otro tipo de feria, fue un cambio totalmente radical, cambio para bien del comercio y mal para nuestros productores nacionales. Esto no quiere decir que se viva una competencia desleal de productos, sino que hay más diversidad de productos que facilitan la vida cotidiana. Aunque sean desechables, ayudan, tan es así que en Zapopan no había tiendas que vendieran productos y materias primas para artesanías. Ya las hay: un Decorama y dos tiendas de telas.

De hecho hoy en día manejan la Romería como si fuera una fiesta de Guadalajara y no de Zapopan. A la gente de Zapopan, comerciantes y comerciantes ambulantes, no los dejan vender nada y prohíben que se abran los locales. Nosotros los zapopanos, callados, no decimos nada, porque está esta apatía a defender lo nuestro.

¡Alto, Gobierno y Clero!

¡Aquí sí, quiero levantar la voz!

¿Por qué esa prohibición de no dejar vender en nuestra fiesta y en nuestra tierra?

¿Por qué los locales cerrados?

¿Por qué las multas del propio ayuntamiento de Zapopan a los locatarios de Zapopan si abren sus negocios?

O si un vendedor ambulante sale a ofrecer su producto, o saca su puesto de tacos, a la calle.

¡Esto es injusto!

¡Esta Romería!

¡No les importa lo que significa para nosotros los de Zapopan!

El que llegue la Santísima Virgen a su casa... No se equivoquen. La fiesta es de nosotros, los zapopanos para el mundo. Somos los ANFITRIONES.

¡Nosotros recibimos a nuestra madre y hay fiesta en nuestra casa por su llegada!

¿Por qué nos restringen y nos limitan?

Platicando con una persona que venía de Estados Unidos, me decía que era danzante que cada año trabajaba solo para venir a bailar a la virgen y que recordaba “los ricos tacos de barbacoa que vende Tano”, pero que le había dicho que no lo habían dejado sacar su puesto, que si lo hacía lo multaban, y me dice “¿Es cierto?”, incrédulo. También recordó que en el portón donde vive Elia Vázquez cada año vendían tacos de carnitas y tostadas, y que aquí en nuestro barrio se distinguía porque sabíamos hacer un rico pozole. Todas esas comidas recordaba. Era una tristeza que el Ayuntamiento se portara así con sus propios ciudadanos. Habría que recordarlo cuando fuéramos a los comicios a emitir el voto. Lo que menos se quiere es una administración que restrinja a sus propios ciudadanos; al contrario, queremos “Un ayuntamiento que apoye a sus locatarios”.

Y sí. Recuerdo a mi barrio tan alegre y contento, no hace muchos años, unos diez años atrás, que de verdad ni se antojaba hacer la comida en casa, el 12 de octubre en la Romería, ya que era un día que se almorzaban los tacos de Tano y las tostadas de carnitas de Alejandra Vázquez, se tomaba el agua fresca que hacían las Carrillo, el pozole que hacía Vita y, por último, se cenaban los ricos tamales de Othón, y todo limpio e higiénicamente elaborados. Eran productos caseros. Se ayudaba a la economía interna de los zapopanos, pero desgraciadamente

esto ha cambiado en Zapopan centro. Estas últimas administraciones, restringen y solo dejan entrar en la Romería al comercio de Guadalajara. Yo creo que cada municipio tiene derecho a ejercer el comercio libremente, respetando sus territorios y sobre todo respetando a los ciudadanos de cada ayuntamiento dejándolos libremente, que al fin y al cabo el derrame económico es a nivel estatal. No es justo que para nosotros los ciudadanos de Zapopan centro se prohíban las ventas en la fiesta de la Romería.

No obstante, la fiesta de la Romería dejan cada año un auge económico muy satisfactorio para el municipio. Sin embargo, lo que nos importa es la llegada de esa libertad que se debe de vivir, como antes, al recibir a la virgen, recibir a los visitantes. En mi barrio cada año se reciben más de 200 danzantes, en lo que fue el Casino del doctor Panchito Sánchez, un gran doctor con raíces zacatecanas, pero amado por todos los zapopaneros. Estos danzantes pertenecen a diferentes danzas y cuarteles, ya que viene de varios estados. Es grato recibir en esta fiesta a personas de Guanajuato, Michoacán, Guerrero, Colima, Nayarit, Sonora, de Estados Unidos. Llegan desde un día antes con mochilas, casas de campaña, cobijas, y siempre levantan un altar dentro del casino y colocan una imagen de la virgen de Zapopan. Ahí le bailan. Toda la noche le cantan. En la madrugada, se levantan al sonido del caracol, un sonido que te evoca a la época de la conquista. Son cuatro silbidos: uno al norte, otro al sur, otro al oriente y otro al poniente. Es la forma de pedirle permiso a la madre naturaleza de iniciar el ritual de danza, seguido del sonido de los tambores, que vibran como latidos de corazón armónicos, que cada momento se escuchan más fuerte hasta llegar a retumbar en cada casa, ese sonido que nos levanta de un impulso.

Y córrele a la calle para ver bailar a las danzas. Todo se armoniza seguido del olor a incienso y el ritmo de las sonajas, con los huesos de ayoyotes sujetos a los tobillos, que al caminar emiten sonidos. Qué bellas danzas. Nuestro barrio es privilegiado al llegar las danzas cada año, a la finca de lo que fue un día el Casino del doctor Panchito, mejor conocido el Puño de Tierra. Hay vecinos que sí se llegan a molestar porque se quedan hasta tres días, pero eso es nada más cada año, que porque no los dejan dormir. ¡Dios, esos días no son de dormir! Es de

actividad y revuelo, salir a la puerta y convivir con los vecinos. Me encantan esos días cuando de repente ya huele a leña, y al vecino se le ocurrió poner a cocer elotes, o llega Miguelito Vázquez con carne, con el buen vecino Adolfo, mejor conocido como el Negro y le dice: “¡Ándale, Negro, saca la olla para hacer un pozole!”, y Elena Vázquez de un dos por tres haciendo el nixtamal. Lupita Díaz saca la verdura finamente picada para el rico pozole, la lechuga, cebolla y rábanos. Yo salgo con mi bitrol con agua fresca de jamaica y los limones para el pozole. Se armó la chorchica en el barrio, a pesar de que cada quien tiene sus actividades. Hay un borlote y nos unimos los vecinos. Orgullosamente lo digo, mi cuadra, mi barrio son vecinos desde que vivían nuestros abuelos, así que sí nos vemos como de familia. En mi cuadra, solo se renta un departamento chico. De ahí en fuera todos somos propietarios de nuestras casas, y por ello hemos durado en el barrio. Para mí es un gran barrio, el barrio del Sagrado Corazón.

MI PRIMERA ROMERÍA

Arturo Mercado Padilla

Desde una perspectiva histórica y sociológica, la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG) muestra una gran diversidad de costumbres, tradiciones, gastronomía, economía, etcétera. Las diferencias culturales entre Zapopan y Guadalajara, por ejemplo, son muy notorias aun cuando entre ambos municipios las fronteras técnicamente se han diluido en el concreto de las calles. Vista desde una toma satelital la ZMG es una enorme mancha urbana gris, monótona; todos los municipios que la conforman parecen uno solo. No obstante, cuando se está a pie de calle se puede apreciar la diversidad cultural de cada uno de los municipios que la conforman.

Cuando era niño mi percepción de Guadalajara y los municipios aledaños era muy parecida a esa visión satelital. Para mí toda la zona metropolitana era igual. Es más, no sabía ni que existía una “zona metropolitana”. Todo era “Guadalajara”. Durante mi infancia el municipio que más visité, además de Guadalajara, pues mi hogar siempre ha estado en ese municipio, fue Zapopan. Por supuesto en las ocasiones que fui no estaba al tanto de que se trataba de otro municipio. Como lo dije, para mí todo era “Guadalajara”. Zapopan, Tonalá ni qué decir de Tlajomulco, me parecían zonas muy lejanas, aunque pensaba que eran otras colonias de la Perla tapatía.

Ya en mi adolescencia por fin descubrí que lo que yo llamaba “colonias” eran en realidad municipios con sus propias fronteras, gobierno y policía. Recuerdo que cuando viajaba en el transporte público, en periférico buscaba con curiosidad dónde terminaba Guadalajara y dónde comenzaba Zapopan. Fueron varias las veces que sin darme cuenta ya estaba en Zapopan, pero las casas, la calle, todo me parecía igual. Cuando ya fui capaz de identificar los límites entre mi natal Guadalajara y Zapopan mis ojos fueron más perspicaces para notar las diferencias entre estos dos municipios. Al principio me sorprendí de tal fenómeno. En mi mente

me preguntaba cómo era posible que dos ciudades vecinas, en donde lo que daba la bienvenida a los visitantes que iban a Guadalajara o a Zapopan era el repentino cambio en la nomenclatura de las calles o un tímido obelisco en el camellón, podrían manifestar diferencias culturales.

Uno de mis primeros “viajes” a Zapopan, ya al tanto de que se trataba de otro municipio diferente a Guadalajara, fue al icónico Estadio 3 de Marzo, casa de los Tecos de la UAG (Universidad Autónoma de Guadalajara), equipo que actualmente ya no juega en el máximo circuito del fútbol mexicano. El estadio se encontraba en una zona donde las casas y calles parecían ser de otro estado o país; incluso el porte de las personas que había alrededor del mismo era diferente al de la colonia en la que vivía. Ahí descubrí que en mi ciudad existían las clases sociales. Así también comencé a sospechar de los contrastes económicos entre la capital maicera y la Perla tapatía.

De refrescos y vírgenes

Por allá de 2003 mi papá trabajaba en la refresquera AGA. Yo en ese entonces estaba por cumplir 11 años; era apenas un puberto. Un día mi papá regresó de trabajar y le comentó a mi mamá que si no le gustaría tener un *stand* de AGA en la Romería. Al principio lo dudó, pero al final aceptó, ya que le habían comentado a mi papá de una jugosa paga al finalizar la jornada. Además de nosotros, una tía y su esposo también nos acompañarían en la venta de refrescos. Unos días antes del evento nos aprovisionamos de agua, galletas, frituras e insumos para preparar unos sandwiches. Mi madre hacía hincapié en llevar ropa invernal y alguna cobija, pues en la ZMG las noches otoñales de octubre comenzaban a ser un tanto frías. El Día-D llegó. Estábamos listos.

Ese 11 de octubre salimos alrededor de las 3 de la tarde, cuando aún el sol se apreciaba en el cielo, aunque con menor intensidad, pues para esa época del año las noches comienzan a devorar los días haciendo estos más cortos. Mi padre nos llevó en la camioneta de la empresa, una *pick-up* un tanto descuidada, pero con el inconfundible color verde de la compañía refresquera. Después de más de media hora, ya que en ese entonces tenía mi hogar en la colonia Huentitán el Alto, y un poco de tráfico llegamos a Av. Ávila Camacho. Si mal no recuerdo, esa era la

primera vez que circulaba por tal avenida. Durante el trayecto por esa avenida pude percatarme de la presencia de grupos de policías y de “támaros” en distintos puntos de la vía. Así mismo, en las banquetas familias y uno que otro solitario ya caminaban rumbo a la basílica mientras que otros, no pocos, se hacían de un espacio para pasar la noche en las aceras de la avenida. Yo estaba sorprendido. No estaba al tanto de lo que significaba la Romería para Zapopan, mucho menos para Jalisco en general.

Algo que realmente llamó mi atención fueron aquellos hombres y mujeres que iban vestidos de una forma muy extraña: plumas, un tipo de taparrabos, sonajas, huaraches, algunos maquillajes y lo que parecían ser como nueces atadas a sus tobillos que sonaban cada vez que daban un paso. No entendía por qué iban vestidos así o quiénes eran esos extraños personajes. Le pregunté a mi mamá y me dijo: “Son danzantes”. ¿Danzantes? ¿Qué tipo de música bailan? ¿Por qué lo hacen? Continué observándolos y conforme nos acercábamos a la basílica había más y más de ellos, unos con unos trajes muy elaborados, otros con unos un poco más sencillos. Intentado recordar dónde había visto ese tipo de vestimenta me vinieron a mi mente algunos dibujos animados donde salía un jefe tribal con un hermoso penacho de plumas parecido al de los danzantes que iban hacia la basílica. Así era el panorama camino a nuestro destino. Debo admitir que me reconfortaba ver que la mayoría de los grupos que observé eran familias y se podía apreciar las distintas generaciones que las conformaban: abuelos, tíos, papás, primos, nietos, sobrinos, hijos, etcétera, lo que era un indicativo de la trascendencia en el tiempo de la Romería.

Por fin llegamos al punto donde iba a estar nuestro *stand*; sin embargo, debido a la hora, aún no llegaban las personas que los transportaban. En ese lapso me di a la tarea de observar mi alrededor. Cada vez se congregaban más y más personas, familias, parejas, aquellos con extraños “penachos” y que esta vez llevaban consigo tambores y otros instrumentos de percusión que, quizá porque aún no comenzaba la peregrinación, no hacían retumbar. Alrededor de las 6 de la tarde llegó por fin una pequeña camioneta con el *stand*, por supuesto, sin armar. En cuestión de minutos el chofer y su ayudante pusieron en pie el puesto que sería en las próximas doce horas, no solo nuestro negocio, sino nuestro refugio para pasar la noche.

Al caer la noche la Av. Ávila Camacho se transformó por completo. Los carriles de la calle ya no eran ocupados por autos; ahora las personas eran quienes transitaban por ahí. Los semáforos seguían funcionando, pero ningún carro seguía sus indicaciones. La avenida fue tomada por las familias jaliscienses y posiblemente de otros estados del país. Algunos niños llevaban en sus manos algún tipo de linterna con luces de colores; otros llevaban sobre sus cabezas diademas de las cuales emanaban luces. Recuerdo que vi hasta mascotas que iban campantes a lado de su familia humana.

No era tiempo de contemplar. Teníamos que vender toda la mercancía que nos surtieron si es que deseábamos obtener la jugosa ganancia que se nos había prometido. Las primeras horas de la noche los peregrinos que pasaban frente a nuestro *stand* no estaban muy interesados en comprar refrescos. Quizá era el clima otoñal, porque era de noche, pero sentíamos cómo el tiempo pasaba muy rápido, pero las ventas no tanto.

Nos desanimamos un poco, así que por eso de las 11 de la noche decidimos cenar. Mi madre preparó unos deliciosos sándwiches y mi tía llevó sus inigualables frijoles, cuyo sabor hasta la fecha provoca que se me haga “agua la boca”. Así, con estos dos manjares obtuve energías para lo que se venía. La afluencia de gente se incrementó considerablemente pasada la medianoche; ya era 12 de octubre. Desafortunadamente, nuestras ventas no eran proporcionales a la cantidad de gente caminando, aunque para ser honesto llegó un punto en que ya no me preocupó tanto eso. Mi prioridad era ver lo que sucedía. Todo un mundo pasaba frente a mis ojos.

Cabe mencionar que para entonces yo tenía solo tres años viviendo en Guadalajara, antes de venir a esa ciudad viví prácticamente mi infancia en la ciudad de Durango, la cual comparada con la ZMG era como un pequeño pueblo. Las aglomeraciones de gente no existían y si las había era por algún desgraciado que había tenido un accidente de tráfico o de cualquier otro tipo. Para mí era aún extraño observar decenas de personas esperando un autobús o cruzando una intersección. Ir a la Romería por primera vez fue como esa revelación que me indicaba que efectivamente vivía en una enorme metrópoli.

Música, luces, tambores, risas, ladridos, oraciones y demás se podía apreciar sobre la icónica Av. Américas. Ya era madrugada, pero la celebración apenas comenzaba. Los tambores y percusiones comenzaban

a marcar los tiempos de los danzantes, que se aglomeraban en un círculo para ejecutar su danza, la cual era evidente que habían practicado por años debido a la exactitud de sus movimientos, pero no eran los únicos. Si levantaba un poco mi vista para ver sobre el mar de gente que cubría la avenida, podía vislumbrar otros grupos de danzantes tanto de un lado como de otro. Eran decenas de ellos.

Cuando pensé que ya lo había visto en la Romería escuché como un “soplido”, ese que se hace cuando un látigo parte el viento. Salí del *stand* buscando impaciente de dónde provenía tal sonido y a unos cuantos metros noté que dos sujetos con máscaras, que en ese momento encontré un tanto tétricas, como si de demonios se tratarán, iban azotando el pavimento con unos largos látigos. Detrás de ellos venían otros dos. Estos llevaban todo un elaborado disfraz, una mezcla de un monstruo de pantano y un demonio castigaban también al pavimento.

A pesar de que sus máscaras presentaban un semblante de enojo, la realidad era que se podía apreciar cómo aquellos hombres disfrutaban hacer eso; incluso, a mí me dieron ganas de hacerlo. Había algo hipnótico en el movimiento que hacía el látigo antes de chocar contra el pavimento. Danzantes, diablos, látigos, luces... cada vez se iban sumando más elementos y personajes a la Romería, convirtiendo a ésta en toda una experiencia visual para mí, pero no era momento de estar dormido en mis laureles, la razón por la que estaba ahí era para vender refrescos y ganar dinero, así que sin más distracciones me puse manos a la obra.

Como expliqué, la venta no era muy buena. Las personas pasaban, pero ni siquiera volteaban a ver nuestro *stand*. ¿Qué podríamos hacer? Ya eran cerca de las 3 de la mañana. Tres horas más y comenzaría a amanecer. Decidí tomar la iniciativa, así que le dije a mi mamá que me diera unos paquetes de refrescos. Sí, había la opción de comprarlos individual o por paquetes en donde el cliente se podía ahorrar un par de pesos.

Tomé los refrescos, dejé el *stand* y caminé hacia media calle. Miré a mi alrededor. Mi mamá y mis tíos me miraban, con ternura, pero a la vez con incredulidad. Agarré una bocanada de aire y de mi boca, con la voz entrecortada por los nervios salió mi primer grito de venta: “¡Pasen, pasen. Lleven sus refrescos, tantos refrescos por tanto!”. Honestamente no recuerdo con exactitud cuál era el costo de los paquetes. “Pasen, pasen”.

Justo después de vociferar la promoción me quedé en silencio por unos segundos, nervioso y con la adrenalina al cien. Parece exagerado, pero era la primera vez que hacía eso. Grité de nuevo las promociones y a partir de ese punto mi labor de venta fue más natural, ya que en cuestión de minutos los nervios desaparecieron. Estaba tan absorto en decir correctamente la promoción que no me percaté de que un señor había tocado mi hombro varias veces interesado en la promoción. Me volví y vi la cara de este señor, quien ya hurgaba en sus bolsillos buscando dinero. Me sorprendí y me emocioné. Hice mi labor de venta y en mis manos tuve el dinero de mi primera transacción. Le llevé el dinero a mi mamá y ella orgullosa de mí, lo recibió. Ya motivado y sin miedo, tomé otro paquete de refresco y continué ofreciendo las promociones.

Los peregrinos se acercaban como abejas a las flores. No sé si la promoción realmente les parecía atractiva o si el ver a un niño a media calle sosteniendo refrescos en la madrugada les era inspirador, pero como haya sido, el dinero comenzó a caer. Aquellos clientes que no podía atender directamente los mandaba hacia el *stand* donde mi mamá y mis tíos hacían el resto del trabajo. Sin darme cuenta ya eran casi las seis de la mañana. Aunque muy tenue, los primeros rayos del sol del 12 de octubre se asomaban en el horizonte.

Horas atrás nos lamentábamos porque los peregrinos ni nos volteaban a ver; ahora no nos dábamos abasto. Llegó un punto en que se terminó la mercancía. Afortunadamente, mi papá ya había previsto eso, así que horas antes fue por más refrescos. A mi mamá y a mis tíos se les multiplicaron las manos: armaban paquetes a la velocidad de la luz. Yo mientras seguía haciendo mi labor de venta en medio de la colorida peregrinación. Esta fue la constante hasta como las 7 de la mañana, momento en que la clientela comenzó a disminuir y finalmente tuvimos oportunidad para tomar un descanso.

Mi mamá se acostó en la cama improvisada que elaboró y tomó una breve siesta. En sus ojos se apreciaba su cansancio. Mientras tanto, mis tíos decidieron que era buen momento para comer unos tacos de frijoles, por lo que opté por atender el *stand*, un tanto preocupado en no dar un cambio equivocado.

Dieron las 8 de la mañana y había más peregrinos. Ya no se podía distinguir el pavimento por el mar de gente que había sobre él. Era tal la

conurrencia que la gente caminaba tan lento, codo con codo, como si de un ejército se tratará. Por alguna razón la algarabía era aún más estruendosa que en la madrugada. Se escuchaban los danzantes por doquier y los látigos se habían multiplicado.

Si mal no recuerdo, eran las 9 de la mañana cuando repentinamente la gente dejó de caminar y se hizo hacia los costados de la avenida, algo así como el mar Rojo cuando Moisés lo partió en dos. El ruido disminuyó, y había un sentimiento de expectación. No estaba seguro de qué ocurría. Yo estaba en el *stand* y cuando la gente quedó pegada a él mi vista se bloqueó por la espalda de cientos de personas. Mi mamá, como si hubiese tenido una alarma a su lado, se despertó rápidamente y me dijo, poniendo sus manos en mis hombros: “Ya viene”. En mi mente me pregunté ¿Quién?, y como si mi mamá hubiera leído mis pensamientos, me dijo: “Ya viene la Generala, la Virgen de Zapopan”.

Sus ojos se pusieron vidriosos. Mi madre quería llorar, pero no de tristeza, sino de alegría. Ella siempre ha sido una mujer muy devota, y las peregrinaciones tienen un efecto sobre ella que hace que la invada una emoción y paz tal que se desborda por medio de sus lágrimas. La expectativa invadió el ambiente. Se escuchaban tambores, pero el ritmo no se asemejaba al de los danzantes; era más pausado, seco, propio de la milicia. Cada nota te incitaba a marchar, acompañando a los tambores, que ahora sé, era una banda de guerra. Iban personas sosteniendo estandartes con la imagen de la Virgen de Zapopan y demás inscripciones que no recuerdo con detalle.

Cohetes salían del fondo de aquel ejército. Solo veía cómo un punto color café era disparado hacia el cielo y después de algunos segundos de silencio se rompía por un estruendo que hacía despertar y saltar al más distraído. Realmente era impresionante, porque aquella comitiva imponía, parecía que se trataba de un ejército marchando hacia una batalla, listos para enfrentar al enemigo. Cuando la Generala pasó justo frente al *stand* no me fue posible observarla dado que la gente se aglutinó sin dar margen para ver, aunado a la estatura propia de mi edad en ese momento.

Fue como una erupción. Creo que es la mejor palabra para describir los momentos en que la virgen estuvo cerca de nosotros. Todo fue júbilo y apoteósico. Todo lo que vi en la noche anterior y en el trascurso de ese

día, toda esa fiesta, era solo la preparación para ese momento; sin embargo, no era el clímax del evento, este iba a ser cuando la virgen por fin llegara a su recinto, es decir, a la basílica y una vez ahí se oficiara la esperada misa.

Cuando la virgen pasó, atrás de ella iba otra comitiva, extensa, marcial, y por supuesto, iban los danzantes bailando coordinadamente. No lo sabía en ese momento, pero presencié una representación de los choques de dos mundos: el católico hispano y el pagano mesoamericano, mundos que llevaba en mi sangre.

Una vez alejada la virgen de donde estábamos, el lugar se convirtió en un desierto. La multitud que invadía la calle siguió a la virgen. El ruido disminuyó considerablemente, así como la clientela. Aunque el sol ya comenzaba a hacer de las suyas los refrescos no atraían a los pocos peregrinos que se quedaron. Otro elemento que estaba olvidando y que es importantísimo en la Romería es la vendimia de comida. Era increíble la cantidad de puestos que había, al menos los que yo alcancé a ver, y se vendía de todo. Desde los típicos churritos con chile y limón hasta birria. Los puestos iban desde aquellos muy sencillos hasta los que parecían un restaurante con mesas y sillas para comensales. De hambre nadie se muere en la Romería. Si vas camino a la basílica y el hambre te debilita, sobran las opciones para recargar las energías.

Bien, continuando con los peregrinos, hubo dos que me impresionaron, no por sus vestimentas o por bailes sino por la increíble hazaña que estaban haciendo. Eran hombres y mujeres quienes iban recorriendo la ruta de la peregrinación ¡con sus rodillas! Recuerdo que pude ver en algunos de ellos rastros de sangre que emanaba de sus rodillas, sin mencionar lo maltratado de sus pantalones en esa área de la pierna.

Sus caras eran una mezcla de dolor físico, pero esbozando una leve sonrisa y en otros casos lágrimas, no de tristeza, sino de alegría. Me era difícil comprender en su totalidad lo que mis ojos veían sorprendidos. No todos iban solos. Algunos estaban acompañados por sus familiares, quienes les proporcionaban agua u otra cosa que requieran. No veían a ningún lado. Su vista estaba siempre al frente. No había quejido o lamentaciones. Nunca había presenciado tal determinación.

Me volví a ver a mi mamá, y ella como si leyera mi mente me dijo: “Esos están realizando una manda”. “¿Qué es eso?”, pregunté. “Son como

un intercambio. Tú le pides a algún santo o a la virgen para que interceda por ti en una necesidad que tengas, y si todo sale bien, tú debes cumplir lo que prometiste. Normalmente se promete ir a peregrinar de rodillas o caminando, o ir a misa, ayunos, cosas así”.

La respuesta de mi mamá me dejó un poco más confundido, pero ya con el tiempo entendí a qué se refería. De hecho, mi madre peregrinó a la Basílica de Zapopan después de cada uno de sus embarazos (tres), los cuales ocurrieron sin ningún problema. Ella no fue de rodillas, pero sí caminó desde la Normal hasta la casa de la Generala.

Así, la Romería no es solo música y aglomeración: es fe. A algunos les puede parecer propio de fanáticos o de ignorantes, pero ahora en mi adultez, creo que un poco de fe lleva al ser humano a proezas que no cualquiera haría.

Estoy llegando al final de mi relato. Espero, querido lector, que hasta el momento haya sido de tu agrado y que estas líneas hayan podido retratar el color, la fe y el folclor de una de las peregrinaciones más importantes de Hispanoamérica. Antes de poner fin a mi historia explicaré qué fue de nuestro día de venta de refrescos en la Romería.

Cuando dieron las 12 pm, a esa hora se estaba celebrando la misa en la Basílica de Zapopan: el clímax de toda la celebración. No obstante, nosotros solo seguíamos lo que sucedía por medio de un radio que llevó mi tío, ya que teníamos que seguir en el *stand*. Las personas eran ya pocas, alguno que otro despistado que apenas iba hacia la basílica y por las prisas no se detenían a comprar. Así pasó el rato, y ya alrededor de las 3 de la tarde, por fin, llegó nuestro turno para desmontar el puesto e irnos a casa a descansar porque aunque no lo pareciera, sí estábamos agotados, aunque no tanto como aquellos que peregrinaban de rodillas.

Sin embargo, esta vez tuvimos que desmontar el puesto nosotros mismos ya que en la camioneta que llegó solo estaba mi papá, así que nos pusimos manos a la obra con las pocas energías que nos quedaban. Aunque ya era otoño, el sol pegaba con fuerza sobre nuestras cabezas, pero esto fue una motivación para terminar nuestro trabajo lo antes posible y así librarnos de las garras del astro rey.

De regreso a casa vimos cómo algunas familias también ya se dirigían a sus hogares después de la peregrinación. Eran pocos los puestos que aún quedaban de pie, pero tenían que apresurarse ya que los autos de

nuevo estaban regresando a su hábitat en la avenida y no tardaban en ocupar todos los carriles. Cuando llegué a casa lo primero que hice fue tumbarme sobre mi cama y dormir. Dormí por horas y cuando desperté ya eran casi las 11 de la noche, pero no estaba preocupado, pues mi mamá me había autorizado no ir a clases al día siguiente.

El día posterior a la Romería, al no ir a clases, lo pasé en casa, y en gran parte del día recordé mi experiencia en tal celebración. En mi cabeza daban vuelta las imágenes de los danzantes, de esos hombres enmascarados dando latigazos a medio mundo y, por supuesto, de la misma virgen. Era difícil de procesar a esa edad, ya que me preguntaba cómo esa imagen, esa pequeña imagen, que más o menos pude vislumbrar en medio de la multitud, provocaba tal efervescencia y despertaba en las personas tantas emociones.

Así también, quedé anonadado de la cantidad de gente que pasó frente a mis ojos. Era un mar interminable de personas, de todas las edades, clases sociales, sexo, etcétera. Ahí las diferencias no existían. Todos tomaban parte con fe y esperanza de esa magna celebración. Pasó el día. Ha sido el 13 de octubre más largo porque, alimentado por la avaricia, estuve esperando a que llegara mi papá para que nos diera el dinero que ganamos por la exitosa venta en la Romería.

Ya cuando la noche se estaba poniendo, mi papá llegó a la casa. Vi las luces de su carro iluminar la ventana de la sala. Me acerqué a la puerta emocionado. Mi papá entró, me saludó, así como a mi mamá y mis hermanos. Se sentó en el sillón y solo atiné a decir: “Me han decepcionado” (refiriéndose a la empresa. Recuerdo que utilizó otro vocabulario, pero no sé si menores de edad estén leyendo este texto así que lo omitiré). Mi mamá, ya sospechando lo que se avecinaba, solo preguntó que si todo estaba bien. Mi papá nos explicó que el dinero que ganamos por la venta de refrescos fue de un total de 170 pesos, así como lo leen.

El coraje de mi papá era que le habían dicho de una paga, pero nunca le especificaron cuánto y él, confiando en sus superiores, no preguntó asumiendo que el dinero que recibiríamos sería justo, acorde al trabajo que realizaríamos. Bueno, sin más, tomó los 170 y se los dio a mi mamá, quien a su vez me dejó para mí 70 pesos.

Era el 2003. El poder adquisitivo del peso era mayor que el que tiene actualmente. Entonces, estimado lector, se podrá imaginar que 70 pesos

para un niño de 11 años en ese entonces era como haberse sacado la lotería. Solamente con 5 pesos podías comprar un jugo de naranja, una paleta de caramelo y algunas frituras, pero guardé mi dinero. Recuerdo que lo primero que compré fueron unas frituras, aunque no recuerdo cuáles exactamente. Así, esos 70 pesos que gané vendiendo refrescos en mi primera Romería los administré de tal modo que me duraron una semana.

Espero esta anécdota haya sido de tu agrado. Quise plasmar con detalle (aunque ya a 20 años del suceso las lagunas mentales del mismo comienzan a hacer acto de presencia) todo el folclor que existe en torno a la Romería, todo el color, la música y el sabor. De todos los recuerdos de mi infancia que aún están presentes en mi memoria puedo decir que esas 24 son unas de las más vívidas.

La Generala, guardiana de Jalisco

Quiero terminar este relato compartiendo lo que significa para mí la Romería. Debo decir, con cierta vergüenza, puesto que nací en Jalisco, que si bien en esa Romería pude ver de qué se trataba dicha celebración, no pude asistir a la basílica. No sabía cómo llegó la Virgen a este territorio, quiénes la trajeron, por qué y demás.

En el 2012 entré a la licenciatura en Historia. Tuvieron que pasar seis semestres para aprender la historia de la virgen y la basílica (admito que por pereza no había investigado sobre ello, ya que la información sobre el tema abunda y está al alcance). La virgen de Zapopan o la Generala, como se le dice de cariño, llegó a lo que hoy es Jalisco de la mano de los franciscanos.

Estos son, en mi opinión, la orden religiosa más interesante, y me fascina aún su hazaña de evangelización en un territorio que para ellos era desconocido. Nos guste o no, Jalisco se debe en gran medida a la orden de los franciscanos, y qué decir de la Basílica, que con sus dos imponentes torres estilo barroco observa a Zapopan y la Zona Metropolitana de Guadalajara (ZMG).

Cuando leí la historia que se escondía en esa pequeña pero imponente imagen entendí su relevancia en la historia de nuestro estado. Jalisco no se puede explicar sin la Generala y viceversa. Es tal su importancia que ha

recibido a lo largo de su historia diversos títulos: Pacificadora, Taumaturga, Generala de las armas de la Nueva Galicia, Patrona del Estado Libre y Soberano de Jalisco, Patrona de la Arquidiócesis de Guadalajara, Estrella de la Evangelización, Reina y Madre de Jalisco, Patrona contra rayos, tempestades y epidemias, Reina del Lago de Chapala, y sin olvidar que también recibió el título honorífico de Generala del Ejército Trigarante, siendo partícipe de la consumación de la Independencia de nuestro país en 1821; además, la Romería ha sido declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco. Ahora todo el mundo sabe de nuestra Generala.

Generala, guardiana y madre, en pocas palabras, eso representa la Virgen de Zapopan para este municipio y Jalisco en general. Siempre está atenta de sus hijos jaliscienses. Su llegada a tierras occidentales está ligada a la épica de la conquista. Traída en 1531 por fray Antonio de Segovia, que tenía como tarea evangelizar a los naturales de todo el Valle de Atemajac. ¡Su llegada a estas tierras fue incluso antes de la fundación de Guadalajara! Con la ayuda de esta imagen se logró la conversión de la mayoría de los indígenas de la región.

A finales del siglo XVII, el fervor hacia la imagen dio pasos agigantados, cuando después de que la aún joven Perla Tapatía sufriera inundaciones y epidemias, la llegada de la Virgen a la ciudad calmó estos trágicos sucesos. Décadas después, la ciudad de nueva cuenta necesitó de los auxilios de la virgen y por los mismos motivos, logrando de nueva cuenta aliviar los problemas de los pobladores, haciendo que su popularidad y fe se fuera hasta los cielos.

Desde entonces, la Virgen de Zapopan ha protegido a los habitantes que conforman esta hermosa tierra llamada Jalisco. Así, la Basílica aguarda silenciosa durante un año, y de mayo a octubre la Generala sale a visitar las parroquias de la ZMG y algunos otros municipios. El 12 de octubre la Generala regresa a su recinto, pero no lo hace sola: la acompañan miles de jaliscienses que hacen de su regreso una fiesta única en el mundo donde las diferencias entre clases sociales se difuminan gracias a la fe. Todo Jalisco se une, dejando atrás las rencillas o querellas entre municipios, rancherías y poblaciones para celebrar a la virgen, el símbolo más mexicano por excelencia.

UN BAILE EXCEPCIONAL*

Jorge Eduardo Pérez Macías



El barrio El Batán es una comunidad ubicada en el municipio de Zapopan, en el estado de Jalisco, México; es conocido por su rica historia, sus tradiciones arraigadas y su ambiente cultural único. La vida está marcada por una fuerte identidad comunitaria, donde los lazos familiares y vecinales son importantes. Las festividades religiosas, eventos culturales y tradiciones locales contribuyen a enriquecer la vida social y cultural de la comunidad. En este barrio es probable que encuentres una

combinación de arquitectura colonial, calles empedradas y casas coloridas, que reflejan su herencia histórica. La Virgen del Refugio es una figura central en la devoción religiosa de muchas comunidades en México, y en El Batán no es una excepción. La danza en honor a la Virgen del Refugio en El Batán es una expresión de esa devoción, así como una forma de celebrar y rendir homenaje a la santa patrona de la localidad.

Este baile forma parte de las festividades religiosas que se llevan a cabo en honor a la Virgen del Refugio, que se integran en procesiones, misas y otras actividades culturales o religiosas. La danza es una forma de expresar la fe y la gratitud hacia la virgen, así como una forma de

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

unir a la comunidad en torno a su devoción compartida. La danza en honor a la Virgen de El Batán ha tomado diversas formas a lo largo de la historia, dependiendo de sus tradiciones y de cómo la comunidad elige expresar su devoción.

La devoción a Nuestra Señora del Refugio ha sido una práctica religiosa profundamente apegada en la vida de los habitantes de la región. Esta advocación mariana es especialmente querida y venerada; su culto se manifiesta a través de diversas actividades religiosas y culturales. Una práctica muy especial son los bailes protagonizados por una danza de conquista. La comunidad celebra unida a los danzantes, con gran fervor, las festividades en honor a Nuestra Señora del Refugio el último domingo de julio; estas celebraciones no solo son momentos de expresión de fe, sino también de cohesión social, donde los habitantes de El Batán refuerzan sus lazos comunitarios y mantienen vivas nuestras tradiciones religiosas. La devoción cotidiana se puede observar en la danza de la familia Díaz, y los testimonios de milagros atribuidos a la Virgen del Refugio, que son comunes. Eso es lo que hace fortalecer la danza en honor a ella.

En el contexto del pasado prehispánico y religioso, la danza en El Batán es una manifestación cultural que fusiona elementos de tradiciones indígenas prehispánicas con influencias religiosas del catolicismo. Estas danzas suelen ser parte de ceremonias y festividades que conmemoran eventos importantes en la historia y la vida de la comunidad como las fiestas patronales, la visita de la Virgen de Zapopan, entre otras.

Antes de la llegada de los españoles a México, las culturas prehispánicas tenían la tradición de hacer danzas ceremoniales que estaban ligadas a sus creencias religiosas, ciclos agrícolas y eventos importantes en la vida comunitaria. Estas danzas solían realizarse para honrar a los dioses, dar gracias por buenas cosechas, pedir protección o celebrar eventos históricos. Con la llegada del catolicismo y la evangelización de la región, muchas de estas prácticas culturales indígenas se fusionaron con la fe cristiana. Las festividades religiosas adoptaron elementos de las tradiciones prehispánicas, incluyendo la danza, como parte de la forma en que se expresaba la fe y se celebraban eventos importantes en el calendario religioso.

En el caso específico de El Batán, las danzas representan aspectos de la historia y las tradiciones locales, fusionando elementos prehispánicos con influencias religiosas posteriores. Pueden ser una forma de mantener viva la memoria de las creencias y prácticas de las culturas precolombinas, así como una expresión de la identidad cultural y religiosa de la comunidad en la actualidad. La Danza de Conquista de Nuestra Señora del Refugio de El Batán es una manifestación cultural tradicional que se lleva a cabo en esta localidad; forma parte de las festividades religiosas y folclóricas que celebran la conquista y evangelización de la región por parte de los españoles durante la época colonial.

La danza representa escenas históricas de la llegada de los conquistadores españoles y su encuentro con los indígenas de la zona. Los participantes suelen vestir trajes coloridos y vistosos, que incluyen trajes de guerreros españoles y atuendos indígenas. La música y los movimientos de la danza son una mezcla de influencias españolas e indígenas, creando un espectáculo dinámico y lleno de energía. Los bailarines ejecutan pasos y movimientos que simbolizan la lucha, la resistencia y la eventual reconciliación entre las dos culturas.

Esta danza no solo es una forma de celebrar la historia y las tradiciones locales, sino que también sirve como una expresión de identidad cultural y un medio para transmitir las enseñanzas y valores de la comunidad a través de las generaciones. Las festividades que incluyen la Danza de Conquista de Nuestra Señora del Refugio de El Batán suelen celebrarse en fechas específicas del calendario religioso local, como parte de las fiestas patronales en honor a la Virgen del Refugio, la santa patrona de la comunidad. Estas festividades suelen atraer a visitantes locales e incluso de otras localidades interesados en presenciar y participar en estas tradiciones culturales únicas.

Hablemos de la danza de Conquista del Señor Remigio Díaz Navarro, fundada el 13 de junio de 1918. Esta danza es una expresión de devoción religiosa y cultural que honra la memoria y el legado de Díaz Navarro, quien fue una figura importante en la comunidad de El Batán. El relato de la danza de Conquista es un tema importante en la historia y la cultura mexicana. Se refiere a la interpretación de la llegada de los españoles, por parte de los pueblos indígenas a través de la danza. Este relato se ha transmitido a lo largo de generaciones y ha sido

representado en diversas formas de arte, como la danza, la pintura y la música. En esta danza, los participantes representan a los conquistadores españoles y a los pueblos indígenas, a través de movimientos coreografiados y vestimenta tradicional. Se recrea el encuentro entre estas dos culturas y los eventos históricos que siguieron a la llegada de los españoles, como la colonización y la cristianización de México. La danza de Conquista en la comunidad de El Batán juega un papel crucial en la preservación de las tradiciones y la identidad cultural de las comunidades indígenas. Los coordinadores de esta danza, el señor Francisco Vázquez y Raymundo Díaz, comentan que al mantener vivas estas danzas, la comunidad puede transmitir su historia y sus valores a las generaciones futuras, asegurando la continuidad de su herencia cultural.

A lo largo de más de 100 años, cinco generaciones han enseñado y mantenido viva la memoria histórica de la conquista, pues han ayudado a la sociedad a recordar y reflexionar sobre los eventos que marcaron la historia de México, fomentando una mayor conciencia histórica y una comprensión más profunda de las complejidades del pasado. Existe un compromiso fuertemente arraigado entre las danzas de conquista del pueblo de El Batán y Atemajac del Valle. Durante los días principales de sus respectivas fiestas patronales la fe, el colorido y los sones de estas danzas se hacen presentes para pagar visitas a la Reina del Cielo, rindiéndole homenaje con sus bailes.

Este tipo de baile es un ritual complejo que comprende roles definidos por una indumentaria cargada de símbolos que los caracteriza. Entre los personajes que se representan en el famoso *relate* están Hernán Cortes, la Malinche, Cuauhtémoc, la Virgen María, entre otros. En los comienzos de la danza la indumentaria de cada uno de los integrantes era alquilada. Hoy en día es común que cada danzante compre sus telas y accesorios para confeccionar el traje según sea su personaje. Puede ser español o indio. El vestuario de un danzante de conquista es un elemento fundamental que contribuye a la autenticidad y al impacto visual de la danza, pues estos trajes están diseñados para reflejar tanto la herencia indígena como las influencias españolas, incorporando una rica variedad de colores, texturas y detalles simbólicos.

Los penachos son elaborados adornos que se llevan en la cabeza; están hechos de plumas de colores brillantes, a menudo de aves exóticas. Los penachos simbolizan la nobleza y el valor, son una reminiscencia de las tradiciones indígenas prehispánicas. Los danzantes suelen llevar túnicas largas o trajes que combinan elementos indígenas y europeos, adornadas con bordados o aplicaciones de cuentas, espejos y lentejuelas que simbolizan el estatus y la historia del personaje que representan. Quienes representan a un español llevan sombrero y un traje con larga capa, generalmente confeccionado en terciopelo.

El calzado varía: los indios llevan huaraches, y los españoles, medias con zapatos de piel. Tanto hombres como mujeres usan faldones o enaguas coloridas. Este elemento del vestuario es adornado con bordados que reflejan motivos indígenas o elementos de la iconografía cristiana traída por los conquistadores. Los danzantes llevan una variedad de accesorios, como collares, brazaletes, cinturones y bandas. Estos accesorios están decorados con cuentas, plumas, y a veces con símbolos cristianos, como cruces, que muestran un sincretismo religioso. Muchos danzantes llevan réplicas de armas antiguas como espadas, machetes, garrotes, estandartes y escudos, con la finalidad de representar las batallas y conflictos escenificados en la danza de conquista.

Dentro de esta danza, los “morenos” suelen jugar un papel específico y simbólico. Estos personajes tienen diferentes significados según el punto de vista de cada integrante. En algunos casos se dice que los morenos en la danza de conquista representan a los africanos esclavizados que fueron traídos a las Américas durante la época colonial. Su presencia en la danza puede ser una forma de recordar la diversidad étnica y las interacciones complejas que ocurrieron durante la colonización. Los morenos también pueden simbolizar la opresión sufrida por diferentes grupos durante la conquista y colonización. Al mismo tiempo, pueden representar la resistencia y la supervivencia de las culturas indígenas y africanas a pesar de la dominación europea.

En la mayoría de los casos, los morenos son presentados de manera cómica o satírica. Este papel puede servir para criticar y ridiculizar a los conquistadores españoles o a los colonos, utilizando la burla como una forma de resistencia cultural. Portan mascarar hechas de plástico con

expresiones de horror. En la mano llevan un *chicote* realizado con sogas para golpearse entre ellos y causar miedo a los espectadores. Las danzas celebran la mezcla de culturas y la creación de nuevas identidades a partir de esa interacción. Cabe mencionar que la danza de conquista es una forma de danza tradicional que podemos encontrar en varios países de América latina.

Los instrumentos musicales utilizados en estas danzas también son esenciales, como el teponaztli y el violín, puesto que tienen roles importantes y simbólicos en la representación y la fusión de culturas. El teponaztli es un instrumento de percusión tradicional mesoamericano hecho de madera; es un tambor de hendidura que se toca golpeando con mazos de goma o madera. Su sonido profundo y resonante ha sido un componente importante de la música indígena especialmente en las danzas de Conquista. Incluir el teponaztli en las danzas de Conquista puede interpretarse como un acto de resistencia cultural, afirmando la continuidad y la vitalidad de las tradiciones indígenas frente al dominio español.

Otro instrumento utilizado en la danza es el violín, introducido por los colonizadores europeos. Con el tiempo, se ha integrado profundamente en la música folclórica de muchas regiones del país. El uso del violín en las danzas de Conquista muestra cómo los pueblos indígenas adoptaron elementos de la cultura europea a sus propias tradiciones. El violín aporta melodías armoniosas que enriquecen la textura musical de la danza. Su sonido añade una capa emocional y expresiva que complementa los ritmos profundos proporcionados por el teponaztli, pero sobre todo son los instrumentos que ponen las pautas para bailar “el Corridito”, “el Torito”, “el Ocho vueltas” y “la Contra danza”, sones bailados por la danza de Nuestra Señora del Refugio. Por estos sones se ha caracterizado la danza de El Batán y ha logrado posicionarse como la mejor de la zona.

La danza de conquista, presente en la comunidad de El Batán, enfrenta numerosos retos y desafíos en su preservación y práctica, entre ellos, la pérdida de tradición oral o divulgación con la finalidad de acrecentar el grupo. La transmisión de estas danzas ha sido principalmente oral, pero con el paso del tiempo y la desaparición de los portadores de estas tradiciones se corre el riesgo de perder información valiosa sobre su

ejecución y significado. Es valioso contar actualmente con hijos y nietos de los fundadores, pero también es importante que no solo ellos, sino que todos demos difusión a esta hermosa tradición.

La expansión urbana y la modernización de la comunidad rural pueden desincentivar la práctica de esta danza. Las nuevas generaciones pueden estar más enfocadas en actividades modernas y menos interesadas en tradiciones ancestrales. Otro aspecto negativo es la falta de reconocimiento y apoyo por parte de instituciones culturales y gubernamentales, pues limitan los recursos disponibles para la preservación y promoción de estos tradicionales bailes.

Es fundamental crear registros escritos, audiovisuales y digitales de los grupos de danzas, incluyendo su historia, música, vestuario y coreografía, para asegurar su preservación para futuras generaciones. Incorporar la enseñanza de estas danzas en programas educativos y talleres comunitarios puede sensibilizar a las nuevas generaciones sobre la importancia de su patrimonio cultural. También sería bueno obtener apoyo de instituciones culturales, universidades y gobiernos para financiar y proporcionar recursos necesarios para la investigación y promoción de estas danzas. En resumen, la preservación de las danzas de conquista requiere un esfuerzo concertado para superar estos desafíos. Mediante la combinación de documentación, educación, apoyo institucional y el uso de la tecnología será posible mantener viva esta importante tradición cultural.

Los habitantes de esta comunidad han hecho suya la danza, pues cada año la observan y la admiran; saben que sus calles se llenarán de alegría, color e incluso lágrimas al paso de indios, españoles y morenos. La danza de conquista de don Remigio Díaz sin duda alguna es una forma de expresión artística que combina música, vestuario, actuación y coreografía. A través de ellas, los bailarines y artistas pueden explorar y expresar su creatividad, al tiempo que honran sus tradiciones culturales. En conclusión, la danza en honor a la Virgen del Refugio en El Batán es una manifestación de la fe y la devoción religiosa de la comunidad hacia su santa patrona; es una expresión cultural significativa que forma parte de las tradiciones religiosas y culturales arraigadas en la región.

Verdaderamente la danza de Conquista de don Remigio Díaz es un baile excepcional. Podemos referirnos a una danza que se destaca por su

singularidad, complejidad y belleza. Este tipo de baile no solo impresiona por su técnica, sino también por su capacidad para transmitir emociones, contar historias y conectar culturalmente con quienes lo presencian. La tarea de seguir promoviendo esta iniciativa trascendental es de todos: la conservación de una danza prehispánica o danza de conquista en nuestro querido pueblo de El Batán, pues se ha transmitido de generación en generación; es un testimonio vivo de nuestra rica herencia cultural y religiosa. La danza de la Virgen del Refugio no solo es una expresión artística o de fe, sino también un vínculo con nuestras raíces ancestrales. Preservarlas es fundamental para mantener viva la identidad comunitaria y para que las futuras generaciones puedan conocer y apreciar la riqueza cultural de El Batán.

ORIUNDOS DE SAN JUAN DE OCOTÁN

Ángeles Carrillo Alvarín

Oficialmente, San Juan de Ocotán fue fundado en 1779. En mi pueblo hubo mucha gente mala y gente buena. La gente buena y de pensamiento bien fundado fueron los que hicieron posible la fundación del pueblo de San Juan de Ocotán.

Contamos con una extensión de San Juan de Ocotán, llamada comunidad indígena de San Juan de Ocotán. Estos personajes y con mucha fortuna fueron mi bisabuelo el señor Juan Carrillo Navarro, junto con otros señores, que fueron Pánfilo Meza, José Vázquez y Apolonio Vázquez. Estos hombres fundaron en 1902 la colonia indígena de San Juan de Ocotán, que queda pegada al lado sur, colindando con el original San Juan de Ocotán. Siguiendo con la gente buena, hubo grandes músicos, los primeros: la vieja banda de los señores Huerta, que iniciaron en los años de 1940 y la banda nueva de los señores Carrillo, que empezó en 1943. Esta última dio serenatas en la cabecera municipal de Zapopan en la década de los 50 y 60. Posteriormente, todos los músicos de la banda nueva reafirmaron la música con el mariachi. Algunos estaban en los mejores mariachis de Guadalajara, El Nuevo Tecalitlán y Charro de Jalisco, que dieron la gloria al pueblo de San Juan de Ocotán.

Con mucho orgullo señalo que mi abuelo fue el señor Teodoro Carrillo Meza, y en asociación con otros señores fundaron lo que se llamó la ACJM (Asociación de la Juventud Mexicana Católica), que 27 años después pasó a ser la Liga Católica, quienes defendieron a los cristeros en tiempo de la persecución cristera por el señor presidente Plutarco Elías Calles, cosa de la que no tengo tanto conocimiento directo, pero sé que en San Juan de Ocotán fue parte importante como trinchera de la misma guerra cristera. Por recordar y sin saber fechas exactas, el pueblo de San Juan tenía su panteón a las afueras de la parroquia, en lo que hoy es la explanada de la plaza principal, pero

como el pueblo fue creciendo, trasladaron los cuerpos a las orillas del mismo, hoy ubicado en avenida 5 de Mayo, casi al cruce con avenida Aviación. Recuerdo este suceso porque cuando eran niña se escuchaba que decían que no podíamos cruzar la explanada en bicicleta, moto, mucho menos en carro, por la falta de respeto que se hacía a los difuntos que no fueron logrados exhumar del sitio, para ser trasladados al nuevo panteón. Hago mención de esto debido a que, en la actualidad, no solo bicicletas, motos, incluso carros, tractores, suben a la explanada, incluso bailes donde se puede disfrutar. En particular, yo siempre recuerdo esas palabras de que respetáramos, pero los tiempos cambian y pasan las generaciones.

Regresemos a la raíz de nuestro querido pueblo. ¿Quiénes son las personas natas de este pueblo? ¿A qué se dedicaban? Hablemos de ello y dentro de mi experiencia. Soy nieta de Teodoro Carrillo Meza y Eulalia de la Cruz Romero, que son mis abuelos paternos. Mi abuelo era un excelente músico; era un hombre que imponía con su carácter y su sabiduría en la música; además de ello, era campesino. Así como mi abuelo paterno, había varios habitantes que tenían la misma fuente de ingresos, que era el trabajo de la tierra y la música.

La música se extendió por todos los municipios aledaños, y se sabe que tenemos excelentes músicos, que incluso han cruzado fronteras. Por parte de su segundo ingreso, que era el trabajo de tierras, los habitantes de San Juan de Ocotán tenían una fuente importante de producción de maíz, por eso el sobre nombre de la Exvilla Maicera que se le daba al municipio de Zapopan. Él murió haciendo lo que más le gustaba hacer, que era trabajar sus tierras. En un momento de descanso en su propiedad de cultivo ya no despertó.

Mi abuela Eulalia era una mujer fuerte, con carácter y, como las mujeres de antes, que sabía tortear y en su tiempo lavaba a mano en el arroyo. San Juan de Ocotán contaba con varios yacimientos de agua natural, entre ellos el llamado Aguajes, Los ocotes, el agua Chanpinque y Agua prieta, pero se dice que a partir de la explosión del volcán Parícutín, que se encuentra en el estado vecino de Michoacán, afectó los veneros y estos pasaron a dejarnos como un poblado seco. Por la necesidad vital, tenían que salir al río de La Primavera que está a unos 25 kilómetros a la salida de la Carretera de Puerto Vallarta. Se iba en

carretilla o en bicicleta para poder lavar e, incluso, a bañarse. Lógicamente, no había agua para las necesidades básicas. A mí me tocó utilizar baños de fosa y utilizar hojas de plantas para poder asearnos, y esto era un trabajo duro para las jefas y jefes de familia, que en conjunto hacían un largo peregrinar para satisfacer sus necesidades.

Era tanto batallar e ir a lavar ropa a los ríos... Aproximadamente en 1970 se instalaron las primeras tuberías que venían del río que divide hoy la zona de Valle Real a San Juan de Ocotán. Ese tubo aún existe visualmente, pero desconozco si tiene agua; desembocaba en ese tiempo en lo que hoy es el DIF [Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia], en el centro de San Juan de Ocotán, y servía como un centro de lavado, con su respectivo almacenamiento de agua. Ahí se instalaron alrededor de 15 lavaderos, y eran utilizados por las amas de casa. Visualmente se veía una comunidad alegre para ir a lavar la ropa de la familia. Estos lavaderos comunitarios desaparecieron debido a que se empezaron a instalar tomas de agua en casa con buen estatus económico. Esto permitía a algunos habitantes facilitar las cargas. Finalmente, se pudieron introducir tuberías para todas las casas habitacionales.

Retomando el tema de los pobladores, mis abuelos maternos, Plácido Alvarín García y María Félix Huerta Miramontes... Él fue músico y albañil, y estoy orgullosa de él, porque hizo una historia importante en el pueblo de San Juan de Ocotán. Él fue uno de los albañiles que construyeron el templo llamado El Romeral, que también es parte del pueblo, pero privatizado por algunas personas, ubicado sobre la carretera a Nogales, a la altura de la fábrica de La Moderna.

Como la mayoría de las mujeres, mi abuela materna era hogareña y dedicada a su familia; también le tocó salir a trabajar vendiendo masa, maíz, frijol, hojas para tamales, nopales, flor de calabaza, calabaza y leche a las personas de la alta alcornia. Mi madre en una plática refiere que era un pueblo tan solitario que no había vehículos. Había una ruta de camión que tomaban a las afueras del pueblo por avenida Aviación. La ruta era la llamada 11, y claramente lo recordaban nuestros antepasados, pues aunque no sabían leer muchos decían que no se confundirían al subir al camión, porque se fijaban que hubiera dos palitos (11). Este camión tenía su terminal donde ahora es la plaza Sanía, ubicada en avenida Vallarta y Juan Palomar y Arias. De ahí

tendrían que tomar otro camión con destino a la colonia La Fayette, para que las personas pudieran vender sus mercancías. También vendían su mercancía en la Santa Teresita, colonia Americana, entre otros.

También recolectábamos hongos, que era una hermosa actividad después de junio. En las primeras lluvias y después de que salía el sol, brotaban en los campos los hongos comestibles, los cuales se utilizaban para el uso personal. Sabían riquísimos. Cocinarlos con agua y sal era un manjar. También los hacían en quesadillas con su salsita, pero cuando era muy abundante lo que la madre tierra ofrecía, eran vendidos. También cosechábamos té de tila. Se enrollaba en tiras de hoja de tamal. Decían que era para los nervios, y así era lo único que se podía consumir, pues la mayoría de las familias se alimentaban de lo que la madre tierra ofrecía.

Una de las temporadas más bonitas para mí era el verano, pues también se daba mucho la flor de San Juan, una flor blanca que olía riquísimo. Era incomparable el olor y combinación de la tierra mojada. La flor de San Juan, los hongos... era tan hermoso, pero ahora ya las tierras se han terminado.

Para poder hacer la recolección de maíz, frijol, flor de calabaza, hojas para tamales, en fin, todo lo que recolectaban muchas mujeres, utilizaban burros, y aunque ciertamente aligeraba la carga, era incómodo, porque platican que el burro es el animal que no sabe caminar; hacen un paso de brinco y eso no permitía una estabilidad para el jinete, o incluso, si no ataban bien la leña o mercancía, fácilmente se desacomodaba. Entregaban la mercancía en botes de metal, vidrio, haciendo que todo se reciclara. Las tortillas las entregaban en papel o en las servilletas que se utilizaban antes, y esto generaba menos contaminación.

La gente oriunda era muy trabajadora. Al tener cerca la zona militar, muchas gentes empezaron a migrar de otros estados de la república: de Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Ciudad de México, Veracruz, entre otros más. Las personas se empezaron a relacionar y ahora ya no es tan pequeño el pueblo, y hay infinidad de mezcla cultural.

Sin embargo, San Juan de Ocotán no ha dejado de tener sus propias y exclusivas culturas. Como es muy sabido, es un pueblo pintoresco, con una fe inquebrantable en su religión católica, que se

profesa en más de 90 % de la población. Se conoce que tiene dos fechas importantes: la primera es la fiesta ofrecida al patrón de la parroquia de San Juan de Ocotán, San Juan Bautista, que se celebra el 24, 25 y 26 de junio, previo su novenario, donde inicia a las 6:00 am con un rosario y 6:30 con la santa misa. Después de este, una pequeña intervención de bandas o conjuntos musicales que amenizan la plaza principal. La comida es muy típica de la región: carne con chile y frijoles, picadillo, garbanzos, pipían, sopa. Esta fiesta está coordinada por un grupo llamado Cofradía de San Juan Bautista, el cual está conformado por tenanches, que son reinas de las flores, y ellas se encargan de tener limpio y adornar la iglesia con flores, además de llevar flores en la procesión. También está el cargo de mayordomos, que son los que pagan la música que amenizara toda la festividad. Otro cargo es el de los diputados, que se encargan de la pólvora y organizan además de los cuentos, la quema del castillo. Los cuatro caballeros que representan al señor San Juan pasan por todas las calles y gritan: “Yupa, Yupa San Juan, San Juan”; estos se encargan de recolectar dinero, gallinas, animales para ofrendar el 25 y 26, y ellos a cambio ofrecen un caballito con licor. Así lo hacen con cada una de las casas del pueblo, cabalgando cada uno con su propio caballo, que va vestido con colores rojos y amarillos.

Por otro lado está la danza de San Juan. En compañía de una persona que toca el violín y unos negritos (con máscaras realizadas artesanalmente) las personas bailan por las calles del pueblo como ofrenda al señor San Juan. Esta debería ser la fiesta más importante pero no lo es, pues se tiene una fe muy grande al apóstol Santiago, y las fiestas son muy similares; sin embargo, tiene su característica especial.

Similar en cuanto a la cofradía, en la fiesta de Santo Santiago también hay cofradía, conformada con tenanches, diputados y mayordomos, y tienen las mismas funciones que la fiesta anterior solo que acá la danza está conformada por el caballero, que representa a santo Santiago Apóstol, y por los tastoanes. Estos últimos simulan el mal o representan al diablo. Algunos son garbanzo, frijol, elote, y no, no son comida; son personas con máscaras ahora grotescas, pero en la época pasada eran unas máscaras de vaqueta, con nariz redonda y pintada de máximo cuatro colores. La nariz era realizada por colorín o

ceiba. Por cierto, hay varios artesanos en San Juan que realizan estas máscaras para la festividad. Siguiendo con el tema de la danza, existen tres reyes, el moro, el perito.

En esta danza no solo se baila como las danzas tradicionales que conocemos, ni se asemeja a la danza que se ofrece al apóstol San Juan. Es peculiar porque cada tastoan, cada personaje, tiene su interpretación. Se simula y pareciera nombrarse una obra de teatro, donde uno de los integrantes de la danza traiciona a Santiago Apóstol.

Ha sobresalido la fiesta ofrecida a Santo Santiago, apóstol al que se le han otorgado muchos milagros. Esta festividad se lleva a cabo el 25, 26 y 27 de julio. El 25 es muy solemne, pues se representa la traición de uno de ellos, quien vendió un terreno y dilató el dinero. En realidad hay libros de esta festividad y no tengo el conocimiento pleno para ello, pero sé que la representación es la traición. Esta celebración ha trascendido fronteras. Hasta se han publicado libros, documentales, noticias, periódicos con el fin de difundir la cultura y señalar cómo se viven estas fiestas, pues son muy conocidas a nivel nacional. Hablando entre ello de la cultura, un elemento diferente es el idioma que llevan los tastoanes, que son una parte principal de este festejo. A diferencia de la fiesta anterior mencionada, en esta fiesta se ofrece comida a todas las personas que asisten, inclusive no siendo originario ni vecino de San Juan de Ocotán. El último día se hace una corrida en un campo o espacio libre de los tastoanes con el representante del Santiago Apóstol del próximo año, acompañados de la banda y además de la música, que es muy especial y simbólica de mi bello San Juan, como la chirimía con su respectivo tambor. Tristemente, como al inicio mencioné, hay gente mala y un claro ejemplo es que ya no existen esos campos de batalla que por un grupo de campesinos mal asesorados o ambicionados han vendido a diestra y siniestra algunos terrenos que pudieran ser de uso comunal y funcional. Hoy estamos rodeados de la civilización y ha cambiado constantemente mi hermoso pueblo.

Hablar de la gente mala no ayuda; es mejor hablar de lo positivo, así que continuemos con la mención de las festividades. Empecemos por las más importantes, pero iniciando con diciembre con el nacimiento del señor Jesús. Ya tiene bastantes años que los pobladores se organizan y a partir del 25 de diciembre se arrulla al niño Dios y se realiza una

pastorela, en la mayoría, con personas de la tercera edad. Esto culmina el 6 de enero a la llegada de los reyes magos.

Sigue la quema de Judas, que es el lunes de pascua, en representación a la traición de Jesús. Hay una tradición política. Se queman unos judas de pólvora y se lee un testamento en forma general donde se hacen varios chistes o parodias de los mismos pobladores. Este mismo día se ofrecen agua, pan y dulces por parte de la cofradía del señor San Juan para poder mencionar a los participantes de la nueva cofradía que recibirá el cargo en el año próximo. El 3 de mayo, aparte de celebrar la Santa Cruz, se vuelve a ofrecer agua, pan y dulces para ahora nombrar la cofradía que llevará a cargo el próximo año de la festividad de Santiago Apóstol. El segundo domingo de julio se vende atole para recaudar fondos para la festividad de Santiago Apóstol. Lo venden en un jarro de barro con un torcido y a la vez sirve para la anotación de tastoanes de más.

Como ya mencioné anteriormente, tenemos grandes músicos y no puede faltar la festividad del 22 de noviembre en honor a la patrona de los músicos Santa Cecilia, y es celebrado por los mismos en la plaza principal. El 12 de diciembre es la fiesta a la virgen morena. También cuenta con su cofradía de guadalupanos y empieza con nueve días de novenario.

Antes no existían secundarias. Se daban clases para algunos jóvenes en la que antes era la zona parroquial. Fueron muchas las generaciones que se graduaron en esa sede. Después, como en el año 89, el ejido San Juan de Ocotán donó un terreno para la construcción de la que hoy tiene su sede la secundaria número 67, ubicada en la avenida Aviación, esquina con carretera a Nogales. En lo particular, a mí me tocó cuando la prepa estaba despoblada y enfrente sembraban jícama, y en temporada, por ahí de noviembre, nos escapábamos a robarnos unas. También cruzábamos una brecha con sembradíos de elotes. Los adolescentes éramos unos criminales al robarnos los elotes o las jícamas. Con el paso de los años esos terrenos se ocuparon para construir fábricas. Donde había sembradío de jícamas hoy es la central de autobuses de Zapopan.

Como es un pueblo, solo contamos con secundaria, pero al estar ya dentro de la zona conurbada se abrió la primera preparatoria, la número

15 de la Universidad de Guadalajara, por la avenida principal de 5 de Mayo esquina con periférico. Tengo conocimiento que en el terreno donde fue construida también era propiedad del mismo ejido San Juan de Ocotán, y también fue donado para un beneficio y no solo para los pobladores, ya que se utiliza para bastantes jóvenes de la zona metropolitana.

Esto es un pequeño relato de mi hermoso San Juan de Ocotán, y cualquier lector es totalmente invitado a las fiestas. Todos son muy hospitalarios. Entonces no habrá problema de que se lleven una maravillosa experiencia y escuchen ese singular sonido de la chirimía.

DÍAS DE FIESTA Y ROPA NUEVA

Leticia Nieves Delgado

El lugar más emblemático de nuestro bello municipio es la mundialmente conocida Basílica de Zapopan y su venerada imagen: la virgen de Zapopan, que celebramos como la fiesta religiosa más importante de todo Jalisco, el 12 de octubre de cada año. En ese santuario, sede de los franciscanos, había un museo huichol. En una de las puertas de la Basílica, hasta hace pocos años, era muy común ver a un personaje popular muy conocido por nuestros barrios, desde que era muy pequeña. Le decíamos el Batán. Nunca supe su nombre. Lo recuerdo primero por los rumbos de la colonia San Isidro Ejidal. Ahí estaba afuera de la escuela. Los niños no le tenían miedo. Ya era parte de la comunidad, pero eso sí, los papás sí asustaban amenazando con la frase: “Si sigues llorando, le voy a decir al Batán para que te robe”. Y el pobre hombre ni en cuenta. Era una persona pacífica. A lo mucho, se atrevía a jugar voladitos con los chamacos más grandecitos.

Otros recuerdos que me llegan a la memoria son de las fiestas patrias: El Grito con sus princesas y el siguiente día, el desfile. “Ahí va don Toribio Hernández”, decía mi madre. “¿Y quién es ése?”, preguntaba yo. “Ah, pues ese señor fue presidente municipal”, me contestaba ella. O también decía: “Ahí va María Franco, vecina de las tías que vivían por la calle 16 de septiembre”. María Franco fue reina de las fiestas patrias. Allá por las juventudes de mi madre. Años más tarde, coincidió que Raquel, mi compañera de salón, era hija de María Franco, ya mujer adulta, y me preguntaba a mí misma por qué sería reina si no estaba tan bonita. Eso mismo le pregunté a mi madre, y ella me contestó que la vida que lleva uno acaba con todo, con belleza, lozanía y todo aquello que tienes cuando eres joven.

¡Cómo olvidar mi infancia en Zapopan! La tienda de ropa Yolis, local donde nos compraban los estrenos que nos pondríamos en las

fiestas, ya sea la más esperada, la del 12 de octubre o el 25 de julio, día de Santo Santiago Apóstol, que se festejaba y se festeja en Nextipac; los famosos tastuanes, con sus trajes rojos, peleando contra el santo patrono de Nextipac, honor que le dan a un habitante del pueblo, el cual invita a todas las personas que quieran ir a su casa a comer. El punto de reunión para irnos caminando, como se hacía, era precisamente en la Santa Cruz que mencioné con anterioridad. En la actualidad, es punto de las colonias que se fundaron después, como la popular colonia Santa Margarita, San Francisco, etcétera. Siguiendo con el almacén Yolis, estaba ubicado mero enfrente de lo que era el cine. Ahí encontrabas los mejores vestidos y accesorios para los días festivos, otro lugar donde encontrabas desde hilos, botones, sombreros, paños, etcétera, era el local de las hermanas González: Rafaela, Cuca y Concha.

A la farmacia de los Díaz mi madre me mandaba y me recalaba: “Vas con los Díaz”. Otro lugar que me trae recuerdos es la cárcel con sus gendarmes vestidos con uniforme azul. La cárcel estaba donde hoy es el mercado municipal, al lado del también icónico templo en honor a San Pedro apóstol, muy solicitado para la celebración de enlaces matrimoniales. Ahí se casó mi primer hijo, e hice ahí mi primera comunión. Bueno, sigo recordando... Ya decía de las fechas cuando estrenábamos ropa los habitantes de la Exvilla Maicera. Esas fechas especiales eran las de navidad, los tastuanes, y la mera mera fiesta era la venida de la virgen, que a decir verdad empezaba desde el día del Grito, pues ya para entonces estaban instalados los juegos mecánicos, rueda de la fortuna, las sillas voladoras, los futbolitos y la vendimia de antojitos mexicanos: pozole, tacos, chiles rellenos, mole, etcétera. Otra atracción para mí era los pequeños escenarios en los que se ofrecían funciones de títeres, casa de los espejos, los enanitos, había un espectáculo que me impactaba y me atraía mucho, aunque tuviera miedo, en el cual había una gran pecera con una araña grandota, cuya cabeza era de una chica que según me acuerdo decía que estaba así por desobedecer a sus padres. A otra persona que se hacía llamar Sonia le mochaban la cabeza. Confieso que aunque me asustaba, me encantaba ver esos espectáculos de efectos ópticos. Otra cosa que disfruté mucho era comprar y quebrar

los huevos rellenos de confeti, comprar un sombrero con el letrero que decía “Busco novio”, los collares de tejocotes, las cañas, los dulces de la virgen, o sea, el turrón rosa, y tantos y tantos antojos más. Qué decir del acompañamiento de la procesión religiosa, la cual dirigían los frailes franciscanos, enseguida de un grupo de personas que se hacen llamar “de la guardia” y del gran contingente de danzantes, algunos de otros estados. También participaban en esa caminata jinetes en hermosos caballos, con sus largas y espesas colas, bailando elegantemente al mismo tiempo que dejaban su popo regada por la avenida Manuel Ávila Camacho.

En esas mismas fechas se llevan a cabo las famosas Fiestas de Octubre, que se celebran desde hace mucho en la colonia Auditorio, dentro del municipio de Zapopan, tiempo después de que cambiaron su sede, ya que antes se festejaban en el parque Agua Azul, en Guadalajara, municipio vecino. Las Fiestas de Octubre duraban como un mes. Ahí se podía disfrutar de eventos artísticos populares, platillos mexicanos, juegos mecánicos, artesanías e infinidad de atracciones. Recordemos algunos ayer, cuando el famoso conductor Raúl Velasco nos traía su elenco artístico, que se presentaba en Siempre en Domingo. También, ese auditorio que por nombre se llama Benito Juárez ha sido lugar de reunión de grandes bailes masivos de grupos populares, para esparcimiento de las personas que disfrutaban de esos eventos.

Para esos años yo era ya una adolescente. Recuerdo que se puso mucho de moda un corte de cabello que le llamaban Napoleón y otro que se llamaba Yesenia. El de Yesenia sé que era porque en ese tiempo estaba una telenovela que protagonizaba Fanny Cano, quien hacía el papel de una gitana y usaba ese corte de cabello. También empezó la moda unisex. El corte de cabello Napoleón era un corte muy usado por ambos sexos. En ese tiempo se empezaron a usar los pantalones muy acampanados, y la tela con la que se confeccionaban era terlenga. Era muy pesada. Recuerdo que para unas fiestas de Nextipac, que son en las meras lluvias, me tocó estrenar unos pantalones de terlenga, y con la lluvia se me mojaron, y al dar el paso yo sentía el peso de la tela en mis pies. Era muy gruesa. Los zapatos para los hombres eran las plataformas y también para las

mujeres. En las mujeres era como normal, pero los hombres sí se veían muy afeminados. No se veían muy varoniles los zapatos. Eran blanco y negro con su plataforma grande. Yo prefería que los muchachos se vistieran con sus pantalones de mezclilla y no con sus pantalones tan acampanados. Se usaba la marca Topeka, y los pantalones eran bicolor. Tenían un azul fuerte y un azul bajito, de la parte de la cintura de un color y donde empezaba la otra parte de la campana de otro color. Mi mamá usaba zapatos de aguja de charol, y los zapatos eran de tacón muy delgadito y como de fierro. A mí nunca me gustaron. Nunca fueron de mi agrado. Al contrario, les tenía miedo; los veía como si fueran un arma porque mi mamá una vez se vio envuelta en un pleito y ya no recuerdo si ella golpeó o la golpearon y la riña fue con esos tacones.

Los actores de ese tiempo que más me gustaban eran los de las fotonovelas. Mis tíos compraban novelas, *cuentitos* le llamábamos antes. Los cuentitos de *Memín Pirgüín*, los de *Lágrimas y risa*, *Calimán*, y de esos tiempos. A mí ya me empezaban a gustar las fotonovelas. Los actores de aquellos años eran muy varoniles. Mis preferidos eran Jorge Rivero y Andrés García. En las fotonovelas figuraban Verónica Castro, Lucía Méndez, Silvia Pinal, Rosario Granados. Las fotonovelas se intercambiaban en los puestos de las revistas. De hecho, muchos niños de mi edad colgaban sus lacitos de extremo a extremo, en la pared, y ya ibas y los intercambiabas o los rentabas. Así era como estabas al pendiente de nuevos capítulos o nuevas historietas. Los artistas del momento de esa época eran José José, Julio Iglesias, Camilo Sexto, Lupita D'Alessio, Rocío Dúrcal. Al primer concierto que asistí en aquellos años fue en frente del mercado San Juan de Dios, en la plaza de toros El Progreso, lo que es ahorita el Centro Joyero. Ahí había eventos artísticos. Se llamaban las Caravanas Corona. En esas caravanas traían a los artistas del momento, y me acuerdo que uno de mis tíos me llevó con su esposa y se presentó a cantar Irma Serrano, la Tigresa. Tengo muy presente cuando llegamos a nuestra casa, pues llegamos con la sorpresa de que a mi abuelito le había dado un infarto.

Había unos vecinos que tenían una planta de luz y con esa electricidad que generaban ponían una televisión grande.

Acondicionaron la sala de su casa, pusieron unas tablas a manera de bancos y se llenaba. Ahí nos íbamos a ver la televisión. Nos cobraban un veinte. El día que más se llenaba era los martes porque ese día pasaban la lucha libre. Era como el cine. También nos vendían tostadas con puro chile, pero esa era nuestra botana. Un programa que era muy visto se llamaba Combate. Yo no sabía nada de historia, pero hablaba de los soldados americanos y los nazis. La novela que ya pasaron por televisión se llamaban *Los hermanos coraje*. La protagonizaban Jorge Lavat, Jaime Fernández y el otro creo que era extranjero. Esa novela fue muy vista. Los domingos por la noche había un programa que se llamaba *Domingos Herdez Herdez*, porque patrocinaban ese programa. Se trataba de novelas. Era una novela dominical y pasaban un capítulo cada 8 días. Recuerdo que una muy famosa se llamaba *Las recogidas*. Fernanda era una niña huérfana que vivía en un orfanatorio, y una de las maestras le hacía la vida imposible a la niña Fernandita.

Otra costumbre bonita que se hacían en aquellos años eran las kermeses que se hacían en las parroquias, antes de las fiestas patronales, para juntar dinero. Había puestos de registro civil, mujeres vestidas de gitanas, y te leían la mano. Había lotería, que era lo que más se llenaba. Los premios era que una cazuela, una cuchara. En esos eventos abundaban los antojitos mexicanos, el pozole, los tacos dorados, las tostadas de cueritos, buñuelos. Las señoras encargadas del templo eran las que organizaban ese tipo de eventos. Las posadas eran de verdad, con un burrito de verdad, una niña en el burrito y el otro niño de san José. Los niños salían de la iglesia a la casa que se habían apuntado. Íbamos atrás del burrito y llegábamos a la casa donde se rezaba el rosario y donde se iba a pedir la posada. Luego te daban tu bolo. Eran dulces que ya no se ven, con cacahuates y galletas betunadas. En mayo se acostumbraba que todas las niñas íbamos vestiditas de blanco, generalmente con el vestido de nuestra primera comunión. Nos juntábamos todas. Ofrecíamos flores a la virgen y empezábamos a cantar canciones dedicadas a la virgen. Eso se me hacía muy bonito, muy inocente. Esas festividades ya no se usan.

Yo conservo un recuerdo triste de mi primera comunión. Cuando iban a hacérmela, mi mamá estaba ahorrando para hacerme un

desayuno e invitar a mis amiguitas, y pues yo bien volada, cuando se llegó ese día de mi primera comunión, se habían robado el dinero mis tíos. Mi vestido estaba muy bonito. Mi madrina me lo había regalado. Yo veía a las demás niñas, pero mi vestido era el más bonito, pero ya era la tercera puesta. Resulta que mi madrina, la que había escogido, trabajaba con unas personas ricas allá para las Providencias, donde viven los ricos. Ella trabajaba con esa familia, y se lo dieron porque ya lo habían usado las niñas de donde ella trabajaba, pero estaba bien bonito, bien elegante mi vestido. Recuerdo que yo quería guantes y que sí me los compró mi mamá. Me quedaron grandes, pero a mí eso no me importaba. No hubo desayuno en mi casa. Ahí tuvimos que desayunar en la iglesia, que fue la de San Pedro apóstol, que está ahí a un ladito de la presidencia. La hice en la mañana y hubo un desayuno comunitario para todas las niñas que hicieron la primera comunión. Fue para las fechas de navidad.

En la escuela se vendían los antojitos. Un lonche era el bolillo con crema, rebanadas de jitomate y el chile jalapeño que no faltaba. Eso era todo. No tenía jamón. ¡Sabe dios hasta cuándo! Ya más grandecita conocí el jamón. Mis primeros lonches eran de pura crema. También lo que se vende mucho aquí es el menudo. Yo compraba diario para que cuando mi mamá se levantara a desayunar ya estuviera el menudo. Por eso yo también tenía dinero. Me las ingeniaba para comprar mis cuentitos y mis revistas, porque sabía dónde estaba el dinero y enfrente del menudo estaban mis libritos. El que más compraba era el de *Lágrimas y risas*, que fue el más fiel, el que compraba cada ocho días, porque tenía secuencia. Siempre el siguiente capítulo tenía que verlo. Más grande empecé a leer novela con pura letra. Después libros como tal, ya nada de revistas de farándula. Yo agarraba lecturas parejas, desde las lecturas inocentes hasta la revista que se llamaba *Alarma*. Siempre en la portada venían asesinatos descuartizados. Basada en esa revista después hicieron una con artistas, como una fotonovela. Los gays siempre eran carne de cañón para esas editoriales. De un caso muy sonado hacían esas fotonovelas. Las artistas de ese año eran las vedettes, pues yo también las leía. No discriminaba, hasta la hojita parroquial. Por eso mi

mamá se enojaba, porque leía ese tipo de revistas que no eran propias para mi edad. Me lo prohibía, pero sí fui muy adicta a la lectura y nunca estuve siguiendo esos ejemplos, porque mi mamá decía que esas novelas eran puros malos ejemplos.



A black and white photograph of a coastal scene. In the foreground, there is a body of water with a concrete pier or breakwater. In the middle ground, a large, ornate building with a central dome and multiple arches stands prominently. To the right, a large fountain is visible, with water spraying upwards. The sky is clear and bright. The text "PARTE 3" is centered over the building, and "Mi colonia, mi barrio, mi delegación" is written below it in a larger, stylized font.

PARTE 3
*Mi colonia, mi barrio,
mi delegación*

► PÁGINA ANTERIOR

Plaza de la Basílica de Zapopan

(Serie Esculturas)

Bibliotecas de El Colegio de Jalisco

Fondo Fotográfico Colección Fernando Martínez Reding

ATEMAJAC DEL VALLE SOY YO Y YO SOY ATEMAJAC DEL VALLE*

Oscar Ramón López Carillo

Lamento decepcionar al lector. En este relato no hablaré del origen del barrio de Atemajac del Valle. Tampoco hablaré específicamente de algún edificio o de algún personaje en particular como lo indica la convocatoria. En este relato describiré lo que este barrio significa para mí. Describiré los sentimientos que sus calles y vecinos evocan en mi persona y la importancia de haber nacido y crecido en estas calles. Atemajac del Valle soy yo y yo soy Atemajac del Valle.

A-t-e-m-a-j-a-c es una palabra que cabe en mis nudillos y debo de aceptar que he sido timorato en cuanto a tatuármelo. El #45190 ha sido el código postal que ha definido mi vida. Mis primeras fotografías son jugando en el callejón de Privada México, sentado con mis juguetes a un lado de mis primos. Mis primeros pasos los di en la casa de Emiliano Zapata #354. Ese fue mi hogar por más de 15 años, hasta que posteriormente nos mudamos a Reforma #409, a un par de cuadras. Ahora, a mis 38 años, vivo en un pequeño departamento en la Privada México. Regresé al callejón en el que solía jugar de niño.

El hoy inexistente kinder Pinocho me albergó durante mi infancia temprana. Las maestras, quienes por cierto eran vecinas de la colonia, fueron muy cálidas y maternas. Recuerdo que los bailables que se hacían para el festival de la primavera y para el día de la madre se llevaban a cabo en casinos y salones de fiesta que hoy tampoco existen. Nombres como el *Danubio* o el *Salón de Lucas* sólo existen en la memoria de quien se fuerza a recordarlos y en las fotografías que muchos nos negamos a compartir en redes sociales. Pareciera que parte de mi infancia y de la infancia de muchos de los que habitamos este barrio quiere borrarse espacialmente, pero me niego rotundamente a ello.

* Este relato obtuvo el primer lugar en el concurso Zapopan@, cuéntanos tu historia.

Recuerdo que caminar a la primaria no era un suplicio. En realidad me gustaba ir a la escuela. Otros niños iban a escuelas con nombres de personajes históricos como Emiliano Zapata o Francisco Villa; en cambio yo, mis primos, mis amigos y mis vecinos íbamos a la escuela Hilario T. Rocha. Hasta mucho tiempo después supe que el señor Hilario no había sido un revolucionario o un legendario luchador social, sino el vecino que había donado los terrenos donde se construyó la escuela. Aunado a eso, hay una calle que lleva su nombre. Es muy probable que él sea el oriundo de Atemajac del Valle más célebre hasta el momento. Esa historia pocas veces se cuenta. De hecho, es prácticamente imposible encontrar en Google rastros de esto que estoy contando. Este dato, este hecho, será algo que se perderá con el paso del tiempo si no lo reproducimos, y para eso estamos nosotros y la historia oral.

Dentro de los márgenes espaciales, Atemajac del Valle cuenta solamente con una secundaria. A finales de los noventa, la Secundaria Técnica #13 contaba con una mala fama, la cual se fue disminuyendo con el paso del tiempo. Mi madre me inscribió a la Secundaria Mixta #21 Lic. Benito Juárez y durante tres años me convertí en un migrante que todos los días atravesaba Atemajac del Valle rumbo a la colonia Constitución, la Costi. Mi novia, mis amigos y mi *crew* de grafiteros se encontraban fuera de la colonia. Iba y venía todos los días en bicicleta, y curiosamente la ruta más segura era la más desolada: atravesar las calles aledañas al Panteón de Atemajac. Pese a que había largos segmentos con poca luz, casi siempre me encontraba con alguien que me reconocía... el hijo de Toña, el nieto de don Juan, el sobrino del Cape, el Bola, y eso me sigue brindando cierta seguridad, seguridad que hasta la fecha puedo gozar.

Atemajac del Valle cuenta con dos panteones: uno al que nunca me he metido y que solamente me ha tocado verlo detrás de las rejas, el Panteón Israelita, y otro que alberga a mis parientes, mi abuela María, mi abuelo Juan, mi primo Jorge y muchos otros de mis primos reposan en el Panteón de Atemajac del Valle. La verdad es que no soy un gran católico y pocas veces suelo asistir a visitar las tumbas de mis parientes. Tampoco soy un gran creyente de las energías y lo holístico, pero cada vez que voy a un entierro regreso cansado. A diferencia de otros

panteones que he visitado, no recuerdo tumbas como mausoleos, pero sí recuerdo tumbas muy humildes, montones de tierra con cruces de madera y listones con los nombres y apellidos de los enterrados apenas legibles. ¿Qué pasará con ellos una vez que esos listones sean arrastrados por el viento? ¿Quién hará un esfuerzo por recordarlos?

Al momento de escribir esto tengo 38 años, aunque por pequeñas temporadas he estado lejos del barrio de Atemajac del Valle, el barrio nunca ha estado lejos de mí. Por cuestiones laborales y académicas, he tenido el privilegio de visitar muchas ciudades en el mundo. Atemajac del Valle me ha acompañado a cada paso que doy, cuando los indígenas aymaras cerraban las calles de El Alto, cuando recorrí Vallecas, La Latina y los barrios populares de Madrid, cuando fui asaltado en Bogotá, cuando intercambiamos una salsa Valentina por un kilo de ceviche en Costa Rica o cuando tomé ron en La Habana. Ahí fui Atemajac del Valle y yo fui Atemajac del Valle: el barrio estuvo conmigo a todo momento y por más domesticación e instrucción académica que he recibido, es imposible “negar la cruz de mi parroquia”, como se dice coloquialmente.

¿Por qué nunca nos fuimos de Atemajac del Valle? Recuerdo que en algún momento eso fue gran conflicto familiar: mi madre, comerciante de toda la vida, pasó del comercio informal y de trabajar cinco veces a la semana en los tianguis junto a mi padre, a poner una tienda de abarrotes. Con el paso del tiempo el negocio creció y nuestro estilo de vida había mejorado en términos económicos, de consumo y de accesibilidad. Algunos teóricos de la sociedad suelen llamarle a esto *movilidad social*. Con mucho esfuerzo, mi madre compró un terreno en un coto privado a menos de kilómetro y medio de donde vivimos, pero nunca nos fuimos. Cuando éramos pequeños, mi hermano Ramsés y yo no comprendíamos por qué nunca habitamos ese nuevo hogar, con portón eléctrico, seguridad privada, salón para eventos y alberca comunal. Alguna vez llegué a preguntarle a mi madre y ella me contestó lo siguiente: “Yo nací aquí. Aquí tengo todo: mi familia, mi negocio, mi barrio”. Hasta ese momento comprendí todo.

Vivir en Atemajac del Valle es vivir en una frontera simbólica. Entiendo que no es El Paso, mucho menos Tijuana, pero vivir en este barrio es vivir en la frontera entre Zapopan y Guadalajara, y eso para

nada es una discusión menor. El río de Atemajac naturalmente divide a los dos municipios. La frontera cívica es mucho más difícil de dilucidar. Hay quien dice que la calle Veracruz es el límite con El Batán. Hay quien afirma que es la avenida Alcalde, convertida en Carretera a Saltillo, la que divide ambas colonias. No son pocas las veces en las que he tenido que corregir un documento oficial. No vamos muy lejos. Hace unos meses tramité mi pasaporte y tuvieron que corregirlo porque la señorita funcionaria se aferraba a decirme que yo había nacido en Guadalajara. Preferí no discutir con ella, así como no soy guadalajareño, descubrí que tampoco soy zapopano. Claro que nací en Zapopan. Eso dicen mis actas y documentos oficiales, pero eso evoca poco o nada para mí. No fue tan doloroso reconocer que mi territorio de crecimiento es el barrio de Atemajac del Valle. En los propios términos de Benedict Anderson, es algo más que una *comunidad imaginada*; es una comunidad vivida; es mi barrio.

El barrio de Atemajac del Valle es reconocido por su mercado, pero es mucho más que ello. Es mucho más que las cuarenta carnicerías que lo rodean como si fuese una fortaleza. Es mucho más que ese indescriptible olor que te indica perfectamente que te estás acercando a la zona. El mercado tiene muchas cremerías, bastantes verdulerías, demasiadas fruterías, pero curiosamente solo tiene una churrería, a la cual sigo yendo cuando salgo temprano del trabajo. Antes había dos puestos de periódicos y era el libre mercado quien dejaba a consideración en dónde se comprarían los comics y la revista mensual de *Club Nintendo*. Ahora sólo existe un puesto que parece que está resistiendo los embates de globalización. ¿Quién sigue comprando revistas y periódicos en plena era de la información? Solo los que resisten de manera consciente o inconsciente la lucha contra las nuevas tecnologías de la información.

Culinariamente, en el barrio de Atemajac del Valle nunca faltará algo que degustar. Hay un gran número de menuderías que están esparcidas por toda la colonia, y cada una de esas menuderías, aunque en términos concretos ofrece el mismo platillo, el sabor y la experiencia es diferente en cada una de ellas. También hay una gran variedad de taquerías, donde se convierte casi en una regla visitar a Güicho y a su hermano en su puesto de tacos de vapor, los que han existido

prácticamente desde que tengo memoria, o hacer una eterna fila con los Rules como si se fuese a recoger la leche de la Liconsa. Podríamos atravesar Atemajac del Valle y encontrar cada dos calles un puesto de tortas ahogadas. Algunos son puestos efímeros que se instalan previo a las vacaciones y al periodo navideño, y otros son negocios consolidados, incluso muchos de ellos reconocidos o que ya son franquicias.

No quiero que el lector piense que es mi intención romantizar mi barrio. Lo he caminado tantas veces que puedo reconocer qué tanto se ha transformado, y soy lo suficientemente crítico para saber qué es lo que no está tan bien en él: desde la pérdida de espacios que se entendían como públicos y el crecimiento irregular en cuanto a la vivienda hasta la inseguridad que nos atraviesa, que nos afecta y que se ha vuelto cotidiana. Mi fotografía de los compañeros del kínder, primaria y secundaria cada año se ve mucho más reducida. La desigualdad nos atravesó a todos los que habitamos este barrio. Algunos tuvimos la oportunidad de tener acceso a ciertos capitales sociales, culturales y académicos. Para otros, lamentablemente, la vida no les tenía preparado el mismo camino.

¿Me he llegado a sentir inseguro en mi propio barrio? No, pese a que alguna vez me asaltaron a un par de cuerdas de mi domicilio, pero no podría hablar por todas las personas. No podría decir que no se sienten inseguros los que alguna vez han tenido que atravesar las calles del barrio de Atemajac del Valle con cierto temor a ser asaltados, o de todas las estudiantes o trabajadoras que al bajarse de la estación del tren ligero tienen que atravesar el larguísimo pasillo del mercado casi en la oscuridad. Mi primo Jorge, que en paz descanse, y mi tío Mariano, privado de su libertad, me llegaron a contar que entre finales de los ochenta y principios de los noventa una parte de la colonia era conocida como “la pasadita”, cariñoso sobrenombre para un par de cuerdas en las que prácticamente tendrías que pasar corriendo si no querías sufrir las inclemencias del barrio de Atemajac.

Crecí viendo cholos en la esquina. En los tempranos años noventa, la esquina de mi casa podía verse adornada por sujetos que la gran mayoría de la población podría tildar de delincuentes. Curiosamente, pese al debate sobre lo estético, el barrio nunca fue más seguro. Era obvio que no eran el Black Panther Party, pero no recuerdo algún asalto

en aquella época. Recuerdo majestuosas peleas contra integrantes de otros barrios o clicas, corretizas y violentos sometimientos por parte de la policía municipal, pero no recuerdo haberlos visto ofender a alguien de la colonia. Era común ver personajes como el Pipis, el Chiquis, el Abuelo, el Gus, entre otros tantos, parados junto a esas paredes pintadas con murales de la Virgen de Guadalupe, payasos y la famosísima imagen de la máscara que evoca felicidad y tristeza. Si hiciéramos un trabajo de arqueología urbana, estoy casi seguro de que muchas de las paredes del barrio aún tendrían tatuadas en ellas la sigla RC (Ramón Corona, una calle más arriba de la que yo vivo).

Atemajac del Valle, como la gran mayoría de las colonias y barrios del municipio, es sumamente desigual. Casas opulentas pueden verse vecinas de modestos hogares que son terminados con materiales desechables. La geografía urbana de Atemajac del Valle se ha modificado demasiado con el paso del tiempo. El llano que antes se encontraba a un lado del campo de fútbol, hogar del Club Deportivo Atemajac, ya no existe más. Por ende, ya no llegan los circos, los espectáculos pedestres y algunas dinámicas de las tradicionales fiestas de agosto, como el brinco por la argolla, se tuvieron que modificar. Ahora se encuentra repleto de casas dúplex. Decenas de nuevos vecinos han llegado al barrio. Los baldíos que antes adornaban el panteón de Atemajac ahora son ostentosos cotos privados y residenciales para las clases medias. Las calles que antes eran pedregosas y llenas de polvo, ahora están pavimentadas. El quiosco que era un signo y, por ende, un símbolo para los pobladores “del pueblito”, ya no existe más. La remodelada plaza de Atemajac cuenta con un nuevo quiosco, pero aunque mucho más estético, ese nuevo quiosco NO ES el otro quiosco. ¿Le podemos llamar *progreso* al proceso de destrucción de identidad colectiva? ¿Le podemos llamar *modernidad* solamente al ciego avance de lo urbanístico sobre lo cultural? No sé. Habría que preguntarles a los gobiernos en turno que han decidido en pos de la gentrificación arrasar con la historia de un barrio entero.

Admito que, aunque a la fecha estoy distanciado de los factores religiosos y que no podría ganar el premio a creyente del año, me crié en el mundo católico con sus reglas, costumbres, hábitos y limitaciones. Como mi madre trabajaba demasiado, las encargadas de moderar mis

valores religiosos fueron mis dos madrinas: mi tía Chuy, quien durante mucho tiempo me llevó a misa, y Chabela, quien me acompañaba al proceso de realizar mi primera comunión. Curiosamente esos rituales no se dieron en Atemajac del Valle, sino en la iglesia del Batán y en la Guadalupana. En la colonia hay dos iglesias: la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Atemajac, la cual se ubica en la plaza cívica, o lo que puede llamarse el Jardín, que es la más grande y a la que más asisten, y la Parroquia Madre de Gracia, ubicada más a los límites de la colonia, mucho más pequeña, pero que cuenta con un gran número de feligreses que la tienen como su primera opción para la reproducción de sus hábitos religiosos.

Es imposible hablar del barrio de Atemajac del Valle sin hablar de sus fiestas. Estas festividades se celebran durante la segunda semana de agosto, y por lo menos cuando yo iba, era un evento con una gran convocatoria que aglutinaba a cientos de personas. Era interesante ver cómo varios mundos podían mezclarse en esa dinámica. Por un lado, puedo recordar a los jóvenes bien vestidos, incluso algunos de sombrero y bota, y por el otro, a los jóvenes *skaters* o cholos, con sus pantalones flojos y sus tenis Vans. Los juegos mecánicos se apropiaban del espacio público, y debo de admitir que era lindo ver la plaza pletórica de juegos, algunos de dudosa seguridad y otros que marcaron a generaciones enteras como el Tagadá (juego que después de mucho tiempo se haría mundialmente famoso, gracias a la viralidad de las redes sociales, debido a que una persona vestida de monja hacía suertes y saltos al ritmo de una mezcla entre el corrido nortero y el tecno). Entre los juegos podíamos escuchar el micrófono mal ecualizado de un señor que se encontraba dictando la lotería, los puestos de *quekis* y salchipapas, decenas de carteles ofreciendo hot-dogs a precios ridículos, los tradicionales futbolitos y las camionetas modificadas para ser pequeños campos de tiro. Podría decir que el momento más esperado de la noche eran los juegos pirotécnicos conocidos como el Castillo; sobre todo destacaba el Torito, espectáculo que arrojaba un sinfín de buscapies y petardos, el cual sólo servía de pretexto para las campales y peleas colectivas entre los distintos barrios. Se acababa el Torito y muchas de las veces también la rivalidad. Eran otros tiempos. Las modernas leyes antiruido algunas veces alcanzaron a frenar la ejecución de los juegos

pirotécnicos, lo cual no estuvo exento de un momento histórico-político, dado que algunos vecinos en protesta por el hecho pararon por algunos minutos el flujo del tren ligero, lo que obligó a las autoridades a dialogar con ellos.

Mucho de lo que he contado en el párrafo anterior ya no existe. No sólo porque los gustos van cambiando, sino porque la plaza de Atemajac es prácticamente otra plaza. Ahora es más nueva, más moderna, hecha al clásico estilo urbanístico que promueve el partido político que ha gobernado en Zapopan en los últimos nueve años. Este hecho no pasó por alto en la dinámica del barrio, y este dilema de modernidad *versus* tradición llegó a revolucionar a una parte de la colonia que estaba en contra de esas modificaciones. La democracia funciona en medida de que todos los participantes en ella pueden estar enterados de que se va a tomar una decisión. La gran mayoría de la población de la colonia no fue notificada de que el Jardín tendría cambios sustanciales, y durante meses hubo una interesante disputa política que rasgó y fracturó algunas relaciones de amistad y vecindad. Hoy existe la plaza que el ayuntamiento de Zapopan quiere que exista, posiblemente más moderna y estéticamente mejor configurada, pero sin el valor histórico de la otra plaza que se estaba cuarteando.

Así y ya casi para cerrar. Pese a todo, Atemajac del Valle es un pueblo de contrastes, y aunque tiene muchos puntos de mejora, también es un pueblo donde brota la esperanza. En 2012 tuve la oportunidad de estar en territorio zapatista; hace doce años, yo más joven y mucho más idealizado, llegué del sur del país creyendo que mucho de lo que se hacía en territorio rebelde se podía hacer en el callejón de mi colonia. “Para todos todo”. Para 2018, algunos colegas estudiantes del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara y un servidor planeamos la ejecución de un curso de lectura que se llevaría a cabo en la colonia, específicamente en el callejón de Reforma, afuera de la casa de mi madre. Este partía de la idea de que los cursos de lectura que se ofertan por instituciones particulares eran inaccesibles para las y los niños y niñas del barrio. Nos llevamos una grata sorpresa cuando nos dimos cuenta de que se había corrido la voz de nuestro curso de lectura e incluso llegaron niñas y niños de otras colonias. El curso se llevó a cabo durante tres años seguidos y solo nos vimos detenidos por las

inclemencias de la pandemia por Covid-19. Sigo estando en deuda con mi barrio. El curso no ha regresado y no puedo seguir echándole la culpa al coronavirus.

Como pudieron leer, esta narrativa no versa sobre Atemajac del Valle y su proceso formalmente histórico ni tiene como médula la descripción de sus edificios o personajes. Esta crónica está escrita desde una perspectiva individual, casi biográfica o autoetnográfica, y la intención es que dé cuenta de las emociones y los sentimientos que me evocan cuando hablo de nuestro barrio. Es simplemente una muestra de cómo todo lo que soy es culpa del contexto en el que me he formado, y haciendo un ejercicio retórico al título de una obra de Isabel Allende, *Mi país inventado*, Atemajac del Valle es “mi barrio no inventado”. Atemajac del Valle soy yo y yo soy Atemajac del Valle.

UN HITO A LA ORILLA DEL PERIFÉRICO

Hugo Alejandro Ramírez Graciano

Al circular por el anillo periférico de la Zona Metropolitana de Guadalajara, a la altura de la zona de Belenes, no pasa desapercibido de la vista de cualquier persona aquel bloque rojo que bordea dicha vialidad y la otrora avenida de los Laureles. Durante más de 45 años, este edificio de la Unidad Habitacional Estatuto Jurídico, mejor conocida como el Fovissste Zapopan o simplemente la Muralla Roja, ha sido un referente icónico en esta parte de la ciudad.

Mis primeros recuerdos de este punto se remontan a hace más de treinta años cuando, al acudir a los Belenes a realizar mis trámites de ingreso a la preparatoria de la Universidad de Guadalajara, quedé sorprendido por un conjunto de torres que simulaban el reptar de una serpiente a lo largo del periférico. En algunos puntos se abrían pequeñas y grandes puertas revelando plazas y jardines donde los vecinos de dicho lugar compartían su vida. En aquel momento era solo la sorpresa de ver un edificio así de impresionante a las orillas de la ciudad, pero no sabía más que era un punto donde la gente vivía y que se encontraba a gran distancia del lugar donde vivía.

Con el paso de los años este conjunto habitacional siguió apareciendo en mi vida de manera sutil. Amigos y conocidos lo señalaban para indicarme ciertas ubicaciones:

—Para llegar a Jardín Real, vas a tomar el 680; vas a pasar los Belenes; después, a unos minutos verás de lado izquierdo unos edificios que parecen una Muralla Roja, y más adelante te bajas en el puente vehicular que es Santa Margarita, y de ahí tomas el camión que va para el Tec [Tecnológico de Monterrey].

—¡Ah! ¡El Gigante Belenes! ¡No! Este es el Gigante San Isidro. Sigue por periférico y más adelante, donde veas unos departamentos de ladrillo rojo, enfrente estará la tienda que buscas.

Así, estas referencias se convirtieron en parte de mi vida. Siempre, al cruce de periférico y avenida Laureles, señalaban esa gran muralla de ladrillo para de ahí redirigirme a diversos lugares como Tesistán, Mercado del Mar, los Belenes o, incluso, Zapopan centro. ¿Quién imaginaría que posteriormente llegaría a formar parte de la comunidad que habita ese hito de periférico?, el cual sigue sirviendo como punto de referencia para llegar a diversos puntos del norte de Zapopan.

¿Cómo llegué aquí? Diría que fue por un golpe de suerte, desanimado porque no se había concretado mi crédito para comprar un departamento cerca del parque González Gallo; no negaré que me gustaba, pues desde su piso 7 tenía una hermosa vista de la copa de los árboles del parque, pero en fin, se me había negado seguir con el sueño de habitar esos sesenta metros cuadrados bien distribuidos, por lo cual ingresé a una página de venta de vivienda y donde veía las posibilidades de otra vivienda que me llenara el ojo. No es por menospreciar, pero no deseaba comprar un departamento cuyo prototipo hiciera popular el Infonavit durante los años ochenta. Creía que podría haber algo más en la ciudad. No lo niego: era buscar una aguja en un pajar, pero con paciencia encontré un garbanzo de a libra, y en una publicación vi que se ofertaba un departamento por la zona de Belenes que me llenó el ojo. Tras consultarlo con mi madre, solicité que se me mostrara el departamento. La sorpresa no acababa cuando noté que un amigo era el vendedor del mismo, y eso fue aplanando el camino para optar la compra del mismo, que si bien el proceso fue lento, en junio de 2014 firmaba escrituras y así me convertía en un habitante más de esta muralla roja.

Al principio lo que me encantó del departamento era su distribución, la cual es generosa y que a pesar de estar a un costado de una vía tan transitada como el anillo periférico, los jardines logran mitigar el gran ruido y la contaminación que produce. Vivir en la Muralla Roja ha sido una experiencia única y llena de contrastes. Permíteme compartir contigo algunos aspectos de mi vida en este conjunto habitacional.

Además de lo generoso del departamento y de sus hermosas vistas al verdor desde las ventanas, mi sorpresa fue *in crescendo*, cuando en una plática cotidiana con un amigo arquitecto salió el tema de mi nuevo departamento y el soltó una noticia que me hizo valorar más el lugar que recién había adquirido.

—¡Oh! ¿Compraste un departamento en la muralla roja? No manches cuando estaba estudiando la carrera, me tocó estudiarlos. ¿Sabes que los diseñó Alejandro Zhon?

—¿Quién?

—¡Alejandro Zhon!, el mismo arquitecto que hizo el Mercado de San Juan de Dios. Fíjate cómo el estilo y la fachada entre el mercado y las torres son muy similares...

Tomé la noticia con agrado pues quién no deseaba que su hogar fuese diseñado por un arquitecto de renombre y poderlo presumir en las reuniones con sus amigos, pero aunque lo creí de manera inmediata, debía investigar la veracidad de lo dicho por mi amigo. Tal vez fuese una jugarreta para hacerme pasar por tonto, por lo que comencé a realizar una pequeña investigación del arquitecto Zhon, y bueno, pues qué les puedo decir de este hijo prodigo que nos regaló Austria y que encontraría en la ciudad un gran lienzo donde construiría cosas así de impresionantes, con un material poco común en aquel entonces: el concreto.

¿Quién que se hace llamar tapatío no ha ido a comprar unos jeans en el Saint Jhony, bueno el Mercado San Juan de Dios, o se ha estacionado en el Mulbar cuando anda por la zona del centro, o ha ido a solicitar una escritura al edificio del Registro Público de la Propiedad, o escuchar al Tri en la Concha Acústica del Agua Azul? Pues esas son algunas de sus obras. Entonces, imagínense pensar que él fue quien hiciera el proyecto de esta unidad habitacional, ¡nombre! La emoción era muy grande, pero seguía revisando las monografías del arquitecto y no mencionaban dentro de su catálogo la Unidad Habitacional Fovissste Zapopan. Se pensaría que, por ser un edificio para vivienda social, pasaría desapercibida para los investigadores, pero no era así, ya que mencionaban en sus obras la Unidad CTM Atemajac y el conjunto habitacional de autoconstrucción Ricardo Flores Magón. Entonces, si no fue este arquitecto, ¿quién habría diseñado este prodigioso lugar?

No tardaría mucho en saber quién fue el arquitecto que habría diseñado este sitio que ha maravillado a tanta gente en su paso por periférico. Al poco tiempo de habitar la colonia, a un costado de la tienda, se lanza la invitación para la creación de un documental con micro historias del barrio, lo cual me llamó la atención, así que acudí

al siguiente sábado para ver qué se requería para participar en este proyecto. El buen Adrián, vecino de unas cuantas torres de donde yo vivo, encabezaba este proyecto, y la finalidad era crear un documental que mostrara lo que ha sido vivir en el Fovissste Zapopan. Me tocó, entonces, investigar cómo se había fundado esta colonia y darle un valor patrimonial a su primer hito, es decir, la Muralla Roja. Dentro de este proyecto me tocó entrevistar a un arquitecto, el cual nos dio una cátedra de las bondades tanto urbanísticas como arquitectónicas que tenía nuestra colonia en comparación con otros cruces del periférico, como lo es avenida Acueducto. Esta macromanzana, sobre la cual se trazó la unidad habitacional, muy utilizada durante la década de los setenta, permitía al habitante transitar de los espacios públicos a áreas tranquilizadas y, posteriormente, llegar a su vivienda sin tener que estar pegada su casa o departamento al ajetrear de las calles contiguas. También, el estilo utilizado para la construcción de las torres era brutalista, el cual se caracteriza por dejar al descubierto los materiales naturales de la construcción, lo que daría como ventaja la disminución del costo de mantenimiento del edificio. Dicha información daba mayor interés de valorar el lugar que habito. Es un sitio con un gran valor urbanístico y arquitectónico, pero quién lo diseñó entonces. Esa respuesta me fue dada al final de la entrevista: el arquitecto que le da forma a este proyecto del Fovissste fue Eduardo Bross Tatz.

Así, se despejaba mi duda de quién había concebido tan genial lugar. El arquitecto Eduardo Bross Tatz fue otro hijo prodigo de la ciudad que lo recibió con su familia, que venía escapando de la Segunda Guerra Mundial; él se formaría aquí y crearía buenos espacios para la educación y la vivienda social, como lo demuestra su trabajo en la construcción de la Escuela Preparatoria número 5 de la Universidad de Guadalajara y el Conjunto Habitacional Estatuto Jurídico (mejor conocido como Fovissste Zapopan) para el Fondo de la Vivienda del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (Fovissste).

Siguiendo con el trabajo de investigación de conocer más del pasado de mi colonia —día a día iba creciendo mi interés de saber más cosas sobre su proceso de construcción—, mi siguiente paso fue acudir al Archivo Municipal de Zapopan. Si bien me costó trabajo acceder a la

información que ahí se poseé, gracias a las solicitudes de Transparencia fui poco a poco armando una parte de este rompecabezas.

La Unidad Habitacional Estatuto Jurídico está conformada por 164 departamentos y 404 casas, además de 11 locales comerciales, una casa del trabajador, un kínder, una primaria, canchas deportivas, tres plazuelas, una gran cantidad de áreas verdes, todos interconectados por andadores, y los vehículos se dejan en las tantas islas de estacionamiento con las que se cuenta, por lo que este conjunto toma la herencia de lo que en la mitad del siglo veinte, en el entonces Distrito Federal, el arquitecto Mario Panni promulgaba de ofrecer en sus macromanizanas espacio para una cantidad densa de población, pero en la cual tuviesen a corta distancia los servicios básicos, como lo son el Conjunto Urbano Presidente Alemán o el Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, lógicamente ajustado a una ciudad que para esos entonces rebasaba el millón de habitantes. Aunque actualmente las vialidades que delimitan la Unidad Habitacional son el Anillo Periférico Manuel Gómez Morín, avenida Juan Pablo Segundo (antes Laureles), Lázaro Cárdenas y Arroyo, estas no fueron sus fronteras originales. Como les platiqué, su primer hito, la Muralla Roja, es vista como una barrera que repta las vialidades colindantes más transitadas, lo que da la sensación de ser un viejo vestigio de fortaleza que sigue protegiendo a sus habitantes de los ajetreos de la vida cotidiana que ocurren fuera de sus muros, pero solo es una parte del proyecto primigenio que el arquitecto Bross Tatz había concebido para esta unidad.

En los planos que guarda con gran recelo el Archivo Municipal de Zapopan, se pudo observar que los terrenos que forman actualmente el centro comercial Terraza Belenes, pertenecían al proyecto que el Fovissste tenía contemplado para el conjunto habitacional. En ese espacio el arquitecto Bross había predispuesto que el muro reptante continuase y terminase a la altura de lo que hoy es la vialidad de Fernando de Aranguren, de igual manera, rodeado de grandes jardines que servirían como un amortiguador del ruido y la contaminación generada por el Periférico.

Imagínense si se hubiese terminado este proyecto como tenía contemplado durante muchos años esta unidad habitacional; efectivamente, se hubiese parecido a esos muros medievales que

protegían las villas del exterior, la colonia hubiese sido vista como la puerta de ingreso a la villa maicera de la gente que provenía de Tesistán y de la región de San Cristóbal de la Barranca, así también, una gran imagen de esos muros que atrás trataban de frenar el crecimiento de la mancha urbana conteniéndola y, frente a ellos, los bastos campos productores de maíz que por muchos años han dado fama al municipio. De verdad hubiese sido digno de una gran postal.

Sin embargo, como todo proyecto, en un punto existen los cambios, y así es como esa gran puerta a los campos de maíz solo quedaría en nuestra imaginación, aunque lo que sigue tangible para nosotros es el muro reptante que sigue dando protección a la vivienda. Dando continuidad a los hechos históricos y como no puede faltar en la inauguración de las obras realizadas por los gobiernos federales, aún más que unos años atrás en 1972, durante el gobierno del presidente Luis Echeverría se había creado el Fovissste, cuya finalidad era brindar a los trabajadores al servicio del estado una vivienda digna y con los servicios de primera necesidad. A pesar de esos años de gran revuelta, el ideal de la vivienda destinada a eminentes arquitectos llegó a buen puerto, y así fue como en 1977 (el 16 de julio de 1977, publicado al día siguiente), los reporteros del periódico *El Informador* narraban a sus lectores que en la visita realizada a la entidad por el presidente José López Portillo y después de salir del Centro de la Amistad Internacional en un helicóptero, aterrizó en un costado de la avenida Laureles en los terrenos de lo que en un futuro sería Terraza Belenes; cruzó la vialidad y en la plaza de Los Naranjos, ante funcionarios públicos del Fovissste, del estado de Jalisco y del municipio de Zapopan, así como servidores públicos derechohabientes del Fovissste, develó la placa que dio por inaugurada la Unidad Habitacional Estatuto Jurídico. Esta placa desafortunadamente no sobrevivió al paso del tiempo. En algún momento desapareció, quedando solo la nota en el periódico para la memoria de la comunidad. Una anécdota curiosa fue que en la ceremonia el doctor Luis Ernesto Uribe Casillas le dijo al presidente López Portillo que le llevará un cordial saludo a su señora esposa Carmen Romero de López Portillo, ya que era día de su santo. El evento duró alrededor de 15 minutos; posteriormente, el presidente tomó de nueva cuenta el helicóptero para visitar las áreas agrícolas de la entidad.

Así fue el nacimiento de esta comunidad, que en aquellos ayer y como toda colonia recién fundada, formaba parte de la periferia de la mancha urbana, en donde los servicios, al menos el transporte público, serían el penar de sus habitantes, los cuales estaban conformados principalmente por el magisterio. Fueron formando la primigenia comunidad, donde las celebraciones del 16 de septiembre y las posadas crearon el tejido social de la unidad habitacional, dando vida a esos espacios creados de manera majestuosa por el arquitecto Bross Tatz.

—Cómo olvidar cuando estudiabas en la Primaria María Enriqueta Camarillo Roa y antes de iniciar las clases, por medio de los altavoces hacían sonar el Huapango de Moncayo. Con eso nos avisaban que ya íbamos tarde a la escuela —comenta una vecina que recuerda cómo fue su infancia en el Fovis, como lo llama cariñosamente.

—Existía un grupo de *boys scouts*, organizado por un vecino de por la manzana 20 —recuerda otro de manera somera.

Esa era la información que otra compañera recababa para el proyecto de microhistorias. Poco a poco se iba conformando con los documentos históricos, del conocimiento de los expertos y, ahora, del alma de la colonia: su gente.

Festividades, historias del día a día, de cómo se organizó la colonia después de que el Fovissste dejó la administración de la unidad habitacional, tal y como sucedió en todo el país. Las unidades habitacionales para los trabajadores al servicio del Estado, en un inicio tenían un plus además de los ya mencionados, y era que con el pago que realizaban de su crédito hipotecario, una parte de dicho pago se daba para el mantenimiento de las áreas generales de la colonia, por lo que en un inicio la colonia contaba con personal que daba mantenimiento general a las áreas comunes, manteniendo un estado sin igual, comparable actualmente a lo que tienen los condominios cerrados cercanos. Pero ¿qué pasó?, pues con las modificaciones estructurales que tuvo el Fovissste, durante los ochenta, las administraciones de las unidades habitacionales desaparecieron, cediendo los mantenimientos de áreas verdes, vialidades y alumbrado al municipio de Zapopan, al Sistema de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA) y el resto a una asociación civil conformada por los vecinos.

Así, durante los siguientes años, el cuidado de las áreas generales, en especial de la Casa del Trabajador, inmueble relevante de la unidad

habitacional, fue en detrimento. Estas casas, que formaban parte de la infraestructura con que se dotaban a las unidades habitacionales, servían para otorgar cursos de diversas índoles a los habitantes del conjunto, clases como corte y confección, estilismo, electricidad, repujado, música o danza se brindaban en el edificio, generando buena aceptación por la población, pero por los hechos antes señalados esta casa fue deteriorándose a tal punto que quedó en completo abandono, convirtiéndose en una zona de mal vivientes. Pasaron varios años en que este inmueble no tuviera uso y sin que pudiera ser rescatado por los vecinos, quienes sabían el alto costo económico que sería su rescate. A fines de la primera década de los años dos mil, la presidenta de vecinos, la señora Xóchitl, en conjunto con el municipio de Zapopan, lograron rehabilitar el inmueble, siendo de nuevo un motivo de orgullo de la unidad donde actualmente sirve para clases de ballet, jazz, clases de inglés y demás actividades.

Imagínense que su colonia sea concebida para que, de un pozo de agua, se suministrara el vital líquido a todos los habitantes y sin la necesidad de contar con un tinaco que almacenara, llegando con suficiente presión hasta el último piso de las torres. Esa fue la idea original, pero como comento, uno no sabe lo que el futuro tiene deparado para tu colonia, y pues, al ceder al SIAPA el pozo que surtía de agua a los habitantes, el cual, haciendo un paréntesis, posee una cisterna elevada de concreto, la cual es visible a gran distancia de la colonia, pues ya con la administración del pozo en manos de este instituto y ante la necesidad de alimentar a las colonias aledañas, se conectó a la red general, lo cual causaría que el aforo del pozo disminuyera y que se clausurara por un tiempo indeterminado, dejando aquella cisterna de concreto solo como una seña de que en el pasado se poseía un pozo propio, la cual será el tercer hito de nuestra colonia.

Iniciando la década de 2010, entre los jóvenes artistas de la comunidad zapopana se fomentó la idea de revivir el muralismo y llevar el arte a los espacios públicos del municipio, por los que es con esta premisa que un joven de nombre Jean Freudenberg solicitó intervenir aquella chimenea de concreto, que como digo es más bien una cisterna de agua, y dio a la colonia una obra de arte que ha sobrevivido al paso del tiempo. La Marina, aquella mujer cuya silueta es conformada por

ondas de agua y que con dos rostros parece vigilar a la colonia, cual vigía se postra tras la muralla dando una sensación de protección a los habitantes.

Toda esa información antes relatada fue estructurada para hacer un video que fue presentado a los vecinos de la comunidad en 2016, y sí, fue en la Casa del Trabajador mejor conocida como la CATRA. Esta actividad me sirvió para aprender y valorar a mi colonia, así como saber que muchos vecinos han luchado para que este espacio siga siendo un lugar excelente para vivir. Hoy en día ya no somos la orilla de la ciudad, sino que formamos un punto de interconexión del centro de Zapopan hacia las nuevas colonias que se han ido formando rumbo a Tesistán, como lo es La Cima, Valle Imperial o los Molinos. Ya no sufrimos por el transporte público, pues en minutos la Línea 3 del Tren Eléctrico nos lleva a los centros de Zapopan, Guadalajara y Tlaquepaque o a los centros universitarios de la Normal y CUCEI [Centro Universitario de Ciencias Exactas e Ingenierías], el Macro Periférico, que sustituyó la vieja ruta de camión 380, nos conecta con el CUCEA [Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas] y el CCU [Centro Cultural Universitario], el Zoológico y más sitios de interés. Se podría decir que somos un ombligo del centro de Zapopan y que ese Muro Rojo con su Mujer de Agua se han convertido en punto referente de los andantes de Zapopan.

LA INDÍGENA DE MEZQUITÁN

Elisa Maldonado Rodríguez

Mi nombre es Elisa, tengo 69 años y, aproximadamente, llegué en los 80 a vivir en la colonia Indígena de Mezquitán. Tengo 39 años de vivir aquí. ¡Qué te puedo contar! Fíjate, cuando nosotros veníamos a trabajar en nuestro terreno los camiones no llegaban a la colonia. Nos dejaban en el periférico y ya de ahí teníamos que caminar para acá. Fueron años muy difíciles, pero como nosotros rentábamos, pues, ya queríamos tener nuestra propia casa. Yo recuerdo que acá en la parte de arriba sí había más gente, pero abajo casi no había casas y la verdad eran más que nada tejabanés. Tampoco había nada de servicios. Nosotros, para poder trabajar, traíamos agua de una noria que siempre ha existido y que a nosotros nos quedaba como a dos cuadras, pero era de subida, entonces sí era pesado. Logramos construir un cuarto. Así nos venimos porque nos estaban robando el material. Solo teníamos un vecino. Era un señor que siempre bajaba a la barranca. Decían que tenía unas tierras y árboles de frutas y nopales, que nos vendía a los vecinos. Era un buen señor. Él fue de los primeros que llegó acá abajo y, pues, a él le tocó hacer caminos en la vereda para poder pasar. No se puede decir que eran calles; eran veredas.

Como no había calles, tampoco podíamos aspirar a tener los servicios básicos. De recién que nos cambiamos nos aluzábamos con velas. Ya pasados como dos años empezamos a traer la luz de los cables de los vecinos de arriba. Así, nosotros compramos nuestros cables y “nos colgamos”. Seguido no teníamos luz, porque los vagos la desconectaban. También con el agua potable fue algo similar. El ayuntamiento colocó un tanque en una de las calles que estaba arriba y todos compramos nuestras mangueras y la colocamos hasta nuestras casas, pero la verdad es que a cada rato no teníamos porque nos cerraban la toma y hasta que alguien se daba cuenta iba y la abría. Ya pasados unos años pusieron agua, pero no en toda la colonia. Nos habían dado permiso de conectarnos de las

tomas de los vecinos, así que compramos tubos. Se puede decir que era más regular y ya no acarreábamos de la noria.

Con el drenaje pasó igual, pues no había y la gente tuvo que hacer fosas para poder hacer del baño; sin embargo, cuando llovía en repetidas ocasiones se llegaron a desbordar y caer, lo que era un problema grave porque los desechos andaban por las calles, que estaban todas feas; eran puro lodo la verdad. Ese era uno de los motivos por los que el gas y el agua no bajaban. Las mujeres teníamos que ir a la parte de arriba a traer tanto el gas como los garrafones de agua. ¡Ah, pero espérate! Antes de que fuéramos por el agua potable íbamos a un pozo en donde nacía y de ahí tomábamos. Solo la poníamos a hervir y listo. De milagro no nos enfermamos.

En 1991, aproximadamente, hicieron un abridero de calles y ya regularizaron el drenaje. Pusieron las tomas del agua y pusieron las mufas para la luz. En esa época los chiquillos cómo se daban vuelo de andar adentro de las zanjas, pero fue hasta como en el 2000 que empezamos a pagar servicios. Anteriormente no nos llegaban recibos de nada, y pues, ya cuando nos llegaron tuvimos que hacer un convenio porque nos cobraban mucho dinero. En cuanto a las calles, recuerdo que como en el 98 fue cuando, entre todos los hombres, o bueno, la mayoría, se pusieron con pico y pala y empezaron a hacer un poco la traza de las calles, a emparejar las calles que estaban más paradas, y fue entonces cuando ya empezaron a bajar los camiones del gas y del agua. La verdad las ambulancias y patrullas siempre han brillado por su ausencia. Estén las calles como estén, nunca llegan. En una ocasión una vecina tuvo a su bebé en la calle porque la ambulancia no llegó a tiempo, y para colmo de males era tiempo de lluvia, así que los vecinos salimos y como pudimos con lonas la tapamos para que ella y el bebé no se fueran a mojar y llenar de lodo y, pues, los muchachos anduvieron buscando a la ambulancia para llevarla a donde estaban los que la necesitaban.

En el 2010 aproximadamente fue cuando pavimentaron las calles principales de la parte de arriba que viene siendo en donde pasa el camión, y acá abajo algunas sí están empedradas, pero todavía faltan muchas por terminar, aunque ya no es tanto problema para subir, pues pusieron unas combis que nos llevan hasta donde pasan los camiones, y como uno que ya está grande, pues ya no puede andar tanto. Nos cansamos, así que esa es buena ayuda.

MI HISTORIA VIVIDA COMO ZAPOPANO*

David Aréchiga Landeros

A continuación, contaré mi historia, de muy feliz memoria, de mi estancia aquí en Zapopan. Es una gran aventura, muy feliz sin amargura, y ahora, ya un anciano, buenos recuerdos perduran, en estos días calurosos que agobian y nos abruman, pero tenemos la esperanza de que tiempos mejores vendrán para este Zapopan querido y que todo terminará en una feliz aventura.

Los primeros recuerdos

Nací el 5 de agosto de 1939 producto de un parto difícil que se prolongó por tres días, atendida mi señora madre por una partera, debido a que yo no quería salir del vientre materno porque me sentía muy a gusto adentro, y a esa tierna edad pensaba en forma muy acomodada que ese lugar iba a ser mi habitación por todo el transcurso de mi vida. Pero al final de todo, no salí. Me sacaron a fuerzas del vientre de mi señora madre, y de mis ya fuertes pulmones salió un grito de protesta, porque no estaba en mis planes, un grito poderoso que retumbó hasta distantes lugares.

Años después, mi señora madre me contó que ese día de mi nacimiento se sintió tan mal que prometió una manda a la Santa Virgen de Zapopan y que a los tres meses de nacido me llevó al templo de la virgen milagrosa, en Zapopan, Jalisco, y ese fue mi primer contacto con la iglesia católica, apostólica y romana, templo que sigo frecuentando hasta ahora, ya ochentón, viviendo en esta ciudad de Zapopan, lugar de gran tradición.

Desde niño he participado en muchas peregrinaciones de la Catedral de Guadalajara hasta el Templo de la Virgen de Zapopan, en esa fecha

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

simbólica del 12 de octubre de cada año, y así fue como me enteré de las famosas *mandas*, que algunos católicos ofrecen para curar sus males de salud, ofrecimientos para dejar el vicio del alcoholismo, para conquistar alguna dama muy querida o simplemente para que la virgen les dé suerte para sacarse un premio de la lotería.

De Guadalajara a Zapopan

Mi primer domicilio en Jalisco se ubicaba la ciudad de Guadalajara, en el barrio de Santa Tere, y en 1975 cambiamos de lugar a Zapopan, Jalisco, en el Fraccionamiento Lomas de Atemajac, recién estrenado, donde actualmente vivimos, rodeados de varios lugares históricos con los que convivimos, como es el caso del Valle de Atemajac, donde se asentaron los primeros españoles durante la conquista de México y Jalisco, con la antigua iglesia de El Refugio, teniendo como vecino el famoso Pozo de Agua, que todavía se surte del Bosque de La Primavera, pasando por Los Colomos, donde aún toman agua pura algunos colonos y mucho líquido se desperdicia al desahogar en el canal de Atemajac, y de ahí el preciado líquido se derrama en la Barranca de Huentitán. Hoy disfrutamos de los recuerdos del gran Mercado de Atemajac, famoso en la Zona Metropolitana, el Mercado Bola, ahora convertido en centro cultural y la famosísima colonia Constitución, ahora de moderna construcción, con cotos muy reservados y altos edificios con oficinas y habitación.

Una buena parte del Bosque La Primavera se ubica dentro del municipio de Zapopan, con una gran tradición, con muchos fraccionamientos que han consumido grandes espacios del bosque, provocando erosión y grave contaminación. Hemos sido testigos también de la desaparición de extensas siembras de maíz que existían en esta jurisdicción, hoy pobladas de fraccionamientos, altísimos edificios que complican la visión de aquellos espacios verdes que aún recordamos libres de contaminación. Otras circunstancias que se observan es el cambio de clima y la grave contaminación, el exceso de automóviles, aumento de población, así como la inseguridad, con incremento de delitos, que causan mucha tensión, y ha llegado el momento de ofrecer mandas a nuestra querida Virgen de Zapopan para

que nos proteja de esta modernidad con incidencia de delitos que atentan contra la humanidad, con la cooperación de todos que deseamos vivir en paz.

Bosque La Primavera

Parte del Bosque La Primavera se encuentra ubicado en Zapopan, Jalisco. Mis primeras experiencias ahí consistieron en caminar por el hermoso bosque, allá por los años sesenta del siglo pasado, cuando todavía no se habían construido los nuevos fraccionamientos que tantos problemas nos han causado, antes de la pérdida de árboles que ha hecho que el clima de la región haya cambiado y antes de la provocación de incendios que con muchas hectáreas de vegetación ha arrasado.

En mi trabajo realizado en el Gobierno del Estado de Jalisco, por los años noventa del siglo pasado, apoyaba jurídicamente a una cuadrilla de prevención de incendios que recorría el territorio de Zapopan, y tuve la oportunidad de recorrer todo el bosque zapopano, así como también logramos consignar a algunos incendiarios que fueron localizados *in fraganti* y estuvieron en la cárcel varios años.

También hemos sido testigos de la invasión de este hermoso bosque por fraccionamientos indebidamente autorizados que dieron lugar a las tristemente famosas Villas Panamericanas, que siguen ahí impidiendo el flujo natural del agua de La Primavera a Guadalajara y Zapopan, que reciben la agua sucia que va a parar a la Barranca de Huentitán. Además, todavía en este momento vemos la construcción de altos edificios para negocios y casas habitación cerca de Andares, mientras experimentamos el cambio de clima en la región con un extremo calor.

Yo me quedo con los recuerdos de los años sesenta del siglo pasado, con aquel clima perfecto y aquel oloroso y verdísimo bosque zapopano que gratamente recuerdo. Todo esto forma parte de mi historia vivida en el municipio de Zapopan, que me cubre y me provoca una serie de recuerdos, una historia de ilusión que se encuentran bien grabados en este viejo corazón.

Tesistán

Conocí este bello pueblo, muy cercano a la cabecera municipal de Zapopan, allá por los años setenta del siglo pasado, habiendo sido invitado a su bonita Plaza de Toros, para celebrar nuestro aniversario de la Generación de Abogados (1966-1971), maestro Lic. Carlos González Durán, de nuestra querida Universidad de Guadalajara, donde se celebró una corrida de toros que nunca hemos podido olvidar, pues aunque los toros eran tan pequeñitos que apenas llegaban a becerritos, resultaron bastante bravitos, y algunos de nuestros compañeros, muy aficionados a los toros, ya con algunas copitas, se sintieron muy giritos y se aventaron al ruedo, siendo algunos arrastrados y humillados por los toritos bravitos, y aunque tramitaron amparos, resultaron muy rasguñaditos y lastimaditos, y nosotros, sus compañeritos, que cómodamente sentados en las gradas mucho les aplaudimos y muchas porras les ofrecimos, los tuvimos que llevar a la Cruz Roja cercana, donde fueron atendidos, y en un par de horas salieron muy avergonzaditos y hasta se les quitó el hipo.

Ese es el recuerdo que guardamos y hasta hoy recordamos de la Plaza de Toros de Tesistán en Zapopan, Jalisco, donde la virgencita nos hizo el milagro de salvar a nuestros amigos taurinos, incluyendo a una linda y recordada dama, compañera muy querida, que aún conserva en su memoria esa chispita de nuestra generación querida, que nos hace conservar la memoria de esta nuestra generación que se conserva muy unida, con algunos compañeros y compañeras que se nos han adelantado, pero que no se nos olvidan. Esos son nuestros recuerdos de la Plaza de Toros de Tesistán, donde ocurrió ese incidente que siempre, con mucho cariño, vamos a recordar.

El Colegio de Jalisco

Una de las instituciones más importantes en Zapopan es el Colegio de Jalisco. Don Agustín Yáñez, después de gobernar el estado de Jalisco y siendo secretario de Educación Pública, en 1965, propuso la fundación de El Colegio de Jalisco, que fue construido en 1982 para realizar investigaciones académicas y programas de docencia a nivel superior en materia de ciencias sociales y que hoy sigue en función.

El Colegio de Jalisco se identifica con toda la población jalisciense, y su característica principal es su cercanía con la gente, que perdura en contacto siempre con las problemáticas y realidades de la sociedad de Jalisco, en relación con la cultura. En lo personal, he tenido la grata experiencia de disfrutar lecturas de los libros de su biblioteca y he asistido a diversos actos culturales en su recinto, siempre ordenado y limpio.

Sus presidentes han sido Alfonso de Alba Martín (1982-1991), José María Muriá (1991-2005), Dr. José Luis Leal Sanabria (2005-2016), el Dr. Javier Hurtado (2016.2021), y su actual presidente, Dr. Roberto Arias de la Mora, quienes han coadyuvado en conservarlo hasta ahora.

Ángel Romero Llamas (Zapopan Romero)

Fue un gran ciclista mexicano, que aunque no nació en Zapopan, Jalisco, llegó a los tres años de su natal Zacatecas y se arraigó en Zapopan, volviéndose una figura emblemática de Jalisco. Es reconocido como uno de los más grandes ciclistas de todos los tiempos; destacó también como político, presidente municipal de Zapopan en dos ocasiones, y llegó a ser diputado federal y a despuntar también en el ámbito empresarial. Falleció de una afección cancerosa el 21 de septiembre de 2007, pero le sobrevivieron sus nueve hijos. Fue un deportista que dio a Zapopan un gran prestigio.

Tuve la oportunidad de convivir con él personalmente, en las instalaciones del periódico *El Occidental*, en la Calzada Independencia de Guadalajara, y aunque lo vi un poco demacrado, en esa ocasión tuvimos una plática amplia y amena sobre sus recuerdos personales como deportista muy leal, habiéndonos contado algunas de sus experiencias deportivas, incluyendo su participación en dicho periódico.

Ángel Romero Llamas (Zapopan Romero), un deportista muy competente.... ¡Presente!

Escuela Secundaria Técnica No. 13

Cerca de mi casa se encuentra la escuela Secundaria Técnica No. 13, que está ubicada en Atemajac del Valle. Los orígenes de este tipo de instituciones educativas fueron las escuelas de artes y oficios establecidas

en los años 30 del siglo pasado, pero fue en el gobierno del presidente Adolfo López Mateos cuando se inauguraron las primeras escuelas secundarias técnicas creadas con el objetivo de formar alumnos que además de recibir una educación básica a nivel secundaria egresarán con una formación técnica industrial. Este tipo de escuelas está en constante actualización para adaptarse a las exigencias de la sociedad y su juventud en formación.

Uno de los pilares fundamentales del nacimiento de la Escuela Secundaria Técnica No. 13 es el señor Pedro Urbina Parrilla, quien fue el que donó el terreno para la construcción de esta institución; nació el 23 de octubre de 1911 en la colonia de Atemajac del Valle, en el municipio de Zapopan. Cursó sus estudios de secundaria a los 19 años y el bachillerato en una preparatoria para trabajadores. Su carrera de ingeniería civil quedó truncada por falta de recursos económicos. Este personaje, siempre inquieto por aprender, estudió de manera autodidacta filosofía, economía política, literatura y sociología, mismas que le permitieron participar en actividades políticas de su región tomando como estandarte los principios progresistas de la revolución mexicana. Caracterizado por ser un hombre desinteresado, luchador de causas sociales, bajo su lema “Asegurando el estudio y la educación de los niños y jóvenes mexicanos, nuestro país se salvará...”, decidió apoyar a la educación laica y gratuita donando al pueblo de Zapopan varios terrenos para que se edificaran escuelas que pudieran contribuir a la formación de mexicanos libres y pensadores y así mejorar la calidad de vida de los zapopanos. Precisamente, en uno de esos terrenos está construida la Escuela Secundaria Técnica No. 13.

Según cuenta mi hija Anita, maestra en dicha escuela, por el curso de varias generaciones y hasta el día de hoy, esta escuela alberga en sus aulas a algunos descendientes de don Pedro, siempre orgullosos de ser portadores del apellido Urbina, quienes lo describen como un benefactor desinteresado, siempre preocupado y ocupado por el bienestar de los jóvenes. El 9 de septiembre de 1997 don Pedro Urbina dejó este mundo, pero su legado perdurará por cada generación de egresados de la Escuela Secundaria Técnica No. 13.

A un costado de dicha institución se encuentra la calle Manzano, en los límites de la colonia llamada Constitución, o la Consti como

comúnmente la llaman, esto en honor a José Inocencio Edelmiro Manzano Briseño, un coronel de la revolución mexicana que fue político, militar y médico homeópata. Nació en Ciudad Guzmán el 28 de enero de 1885. En 1914 conformó un grupo de ataque con sus peones peleando con el general Manuel M. Diéguez. Ya con el grado de coronel fue nombrado Jefe de Estado Mayor de esas tropas. En 1917 fue elegido diputado por el estado de Querétaro; trabajó con Venustiano Carranza y el lugar que eligió para su retiro fue nada menos que Zapopan, en la colonia que hoy lleva el nombre de Constitución. La calle de su casa, antes una hacienda, lleva su apellido, y las demás calles, el nombre de sus compañeros de Congreso. El coronel Manzano falleció en noviembre de 1972, el mismo año que empezó la construcción de lo que hoy es la escuela Secundaria Técnica No. 13. Algunos descendientes de su familia estudiaron y trabajaron en esta secundaria.

La Escuela Secundaria Técnica No. 13 nació como Escuela Técnica Industrial No. 158 (ETI No.158). Fue fundada en septiembre de 1972 bajo la dirección del Ing. Pedro Fonseca Escobar, e inició con el turno matutino conformado con seis grupos por grado (1.º, 2.º y 3.º) ofertándose los talleres de electrónica, electricidad, dibujo industrial, mecánica, secretariado y contabilidad. Una característica de esta escuela es que les brindó en su primera generación la oportunidad a los jóvenes con más de 15 años pero menos de 18 de cursar la secundaria pudiendo, al concluir sus estudios, egresar con una carrera técnica avalada con un certificado que les abriría las puertas al mundo laboral. Los talleres, salones y laboratorios contaban con todo el equipo tecnológico de vanguardia para la época, además de la integración de un equipo directivo, docente y administrativo comprometido con la educación técnica industrial. Por tal motivo y debido a la demanda de jóvenes que requería un lugar en la ETI No. 158 fue que, en 1975, se implementó el turno vespertino. En de 1978 toma la estafeta de la dirección de esta escuela el Ing. Francisco Fernando Lozano Pérez, y en ese tiempo y debido a los cambios de la política educativa nacional, la Escuela Técnica Industrial No. 158 cambia el nombre y su conformación, mas no su esencia, a Escuela Secundaria Técnica No. 13, y fue tanta la demanda de jóvenes egresados de las primarias que buscaban un lugar en esta escuela, que se incrementaron cuatro grupos más por grado y

por turno, de tal manera que se tenían 10 grupos de primero, segundo y tercero de secundaria para el turno matutino más otro tanto para el turno vespertino, en total 60 grupos de 60 alumnos cada uno, lo que nos da un total de 3,600 alumnos por ciclo escolar en ambos turnos, ganándose el reconocimiento de ser la Escuela Secundaria Técnica con más matrícula a nivel nacional.

Esta escuela es muy significativa para mí, dentro de mi historia de vida en Zapopan, Jalisco, porque una de mis hijas, Anita, se ha formado laboralmente en ella. Las vivencias convertidas en experiencias de vida que mi hija comparte con nosotros su familia me convierten en testigo de cómo se ha ido transformado la escuela adaptándose a las nuevas generaciones y a las necesidades que la sociedad demanda. Prueba de ello es que en 1993, en el periodo del presidente Carlos Salinas de Gortari, como parte de su reforma educativa, las escuelas secundarias técnicas se descentralizaron pasando a formar parte del sistema de educación básica, buscando la formación integral del estudiantado y promoviendo la continuidad de sus estudios a nivel medio superior. Por lo tanto, ya no se requería un certificado técnico para entrar al mundo laboral a tan temprana edad. Aunado a este enfoque educativo, al índice demográfico, de movilidad, a la construcción de escuelas secundarias estatales y federalizadas por la zona y a la implementación de un sistema computarizado estatal, para la distribución de alumnos en las diversas opciones educativas, para descargar la sobrepoblación estudiantil en algunas otras escuelas, la matrícula de alumnos de la Escuela Secundaria Técnica No. 13 fue bajando paulatinamente hasta quedar en un solo turno y con seis grupos por grado, en plena actualización. Después del fallecimiento del Ing. Lozano en 2008, directores van y directores vienen, contribuyendo en alguna medida para seguir fortaleciendo nuestra querida Técnica No. 13 y por sus aulas han pasado tantas generaciones de alumnos que ahora llegan a recoger a sus nietos(as) o hijos(as) siempre con un dejo de orgullo y añoranza al pisar de nuevo su escuela. Es injusto no poder mencionar a todos los profesionistas y técnicos, deportistas, artistas plásticos, políticos, servidores públicos, excelentes padres y madres de familia, que se formaron en esta escuela que son hombres y mujeres exitosos y de bien, protagonistas de la vida política como alguno de los Urbina, el

comediante “Rafa” conductor de canal 4, destacados deportistas corredores en los panamericanos, y Omar Arellano en el mundo del fútbol, por mencionar algunos con mucho orgullo.

En la actualidad, esta escuela cuenta con un solo turno con seis grupos por grado, con una población de más de 700 alumnos. Sus talleres han evolucionado también. Ahora se imparten las tecnologías de informática, ofimática, administración contable y circuitos eléctricos. Sus instalaciones, después de 52 años, están siendo remodeladas, y se cuenta con servicio de internet, proyectores, pizarrones inteligentes, pantallas Smart tv, laboratorios de cómputo, canchas multideportivas, toldo en patio cívico, aunque todavía tiene uno que otro mueble de oficina de aquella época, como escritorios de fierro con un compartimento en la mesa que al levantarlo sale en su lugar una máquina de escribir mecánica de fierro puro que pesa unos 20 kilos, pero que en su tiempo era lo más moderno en tecnología y espacio. (Ahora no sé qué convendría más si pedir autorización para donarla a un museo, subastarla o venderla al *kilo*). Esta escuela está muy conectada con ciudad Zapopan, y cada ciclo escolar nuestros alumnos visten, calzan, cuentan con mochilas y útiles escolares por parte de programas de Zapopan, y así como equipan a nuestros jóvenes, también proporcionan apoyo en diferentes proyectos, pintura, impermeabilizante e internet, para las instalaciones físicas de la escuela; además, esta escuela forma parte de un programa llamado Escuela Segura, en donde se está en contacto permanente con la policía de Zapopan, que además de cubrir las emergencias de manera rápida y eficaz, ofrecen tanto a los alumnos como al personal educativo cursos de prevención, siendo estas aportaciones de gran ayuda para la comunidad escolar.

La escuela Secundaria Técnica No. 13 está presente. Siempre participan en los diversos eventos de su comunidad, ya sea con la escolta en la plaza cívica de Atemajac o en desfiles en la cabecera municipal de Zapopan, lo que llena de orgullo a toda la comunidad escolar, al llevar la representación de la escuela en actos cívicos tan importantes, y no se diga de su banda de guerra, conformada por alumnos de los tres grados que son instruidos por el profesor David que viene por parte del ayuntamiento de Zapopan. Él los hace ensayar un día por semana a las 7:00 de la mañana, con perdón de los vecinos

de los departamentos aledaños al patio y agradeciendo que no se han quejado. Solo algunos perros que aúllan y hacen rabieta al son del tambor y las trompetas.

Mi hija me platica que sus alumnos son artistas, deportistas y científicos gracias a las casas de la cultura del Mercado Bola, de Tabachines, o la de la cabecera municipal de Zapopan, a la que algunos de los estudiantes asisten desarrollando en ellas sus dotes artísticos que comparten en los festivales y concursos de zona. Gracias a los jóvenes deportistas que entrenan en las distintas unidades deportivas de Zapopan, gracias a los alumnos dedicados a las ciencias y asesorados por sus maestros es como la escuela Secundaria Técnica No.13 destaca en los encuentros deportivos y académicos de nuestra entidad, encauzados actualmente por la directora Rosa María Silva Patrón.

En el transcurso de tres años se va arraigando en cada uno de los estudiantes el sentido de pertenencia a su escuela y a la comunidad zapopana. De tal manera, comenta mi hija, que no se puede evitar los sentimientos encontrados ni que la piel se ponga chinita cuando en el acto académico de fin de curso, los alumnos de 3ro. de secundaria cantaron por última vez y a todo pulmón su querido himno “Escuela secundaria técnica” de la autora María del Carmen Molina y Rivero, que dice así:

“Escuelas Secundarias Técnicas,
juventud entusiasta y febril;
el deporte, el estudio y el trabajo
son la meta que hemos de seguir.

Escuelas Secundarias Técnicas,
semilleros del porvenir,
en tus aulas forjas los técnicos,
que engrandecen a nuestro país.

El deporte en nuestra vida,
es salud y bienestar,
en competencias la alegría,
es paz, amor y hermandad.

Marchemos Secundarias Técnicas,
estudiando con dedicación,
en el trabajo está el progreso,
en el deporte la salud.

¡Escuelas Secundarias Técnicas!
¡Para la superación de México!
¡México, México!”

La Basílica de Zapopan, Jalisco

Es un símbolo importante en nuestra historia de vida, ubicada en el mero centro de Zapopan, casa de nuestra venerada virgen, que incluye el Convento de Nuestra Señora de la Expectación de Zapopan, en un santuario franciscano, ubicado en el corazón del municipio en el estado de Jalisco, México, y es el segundo recinto mariano más visitado del estado, seguido solo por la Catedral Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, Jalisco.

Nuestra Basílica de Zapopan se inauguró el 17 de marzo de 1866, con estilo barroco, con veinte campanas, dos torres, material de cantera, siendo un símbolo y referencia del municipio de Zapopan, donde cada 12 de octubre se celebra el regreso de su virgen, que llega de la Catedral de Guadalajara, con millones de peregrinos que recibe cada año y sus constantes milagros que simbolizan la esperanza de propios y extraños, afianzando su fe en su acogedor regazo.

Fraccionamiento Lomas de Atemajac, Zapopan

En la historia de nuestra vida en Jalisco y Zapopan los grandes momentos de nuestra existencia disfrutados en el Fraccionamiento Lomas de Atemajac eran especiales, un lugar con mucha agua en el fondo de su tierra, como tesoro esencial, y la presencia de árboles, que en este fraccionamiento bien cuidados están algunos de ellos: centenarios, gigantescos, llenos de pájaros y trinos, con un lindo despertar.

Tenemos varias iglesias que hacen sonar las campanas, y la vida de su gente transcurre en un ambiente de compañía y amistad. La Asociación de Colonos que nos une en sociedad, siempre activa y cuidadora de nuestro hermoso parque central, donde hacemos ejercicio para calorías quemar, y gestionar ante autoridades para servicios mejorar. Su actual presidenta, Fabiola Piña, con su muy buen desempeño, nos ha dado seguridad, algo que mucho AGRADECEMOS. Aquí estudiaron nuestros hijos, y ya con propias familias viven cerca del lugar, siempre en Zapopan, por supuesto, para no variar.

Tenemos dentro de nuestro fraccionamiento una plaza comercial, con carnicería, venta de pollos estilo Sinaloa, un restaurante de

mariscos, cervezas bien heladas y papas rellenas con carne para los dedos chupar, y un gran gimnasio para calorías quemar y la buena salud conservar, y también salas de belleza para el cabello y las uñas hermosear, y una elegante boutique, sin faltar la gran tienda de abarrotes BARGU, de Pedro y su amable familia, donde todo se puede encontrar, incluyendo chistes buenos que Pedro nos suele contar, y tampoco podía faltar nuestro gran maestro electricista Miguel, que le va al Atlas, cuyas baterías no saben fallar.

Este es nuestro fraccionamiento Lomas de Atemajac, lugar donde primero llegaron los conquistadores españoles para nuestro Estado de Jalisco fundar, con base en los yacimientos de agua que aquí pudieron encontrar, origen del municipio de Zapopan y su gran virgen milagrosa, que siempre vamos a adorar.

Acróstico a Zapopan

Sumo esencia y amor por esta tierra,
Alegría que se expande en su gente,
Paraíso, ese bosque oxigena,
Orgullo jalisciense que se siente,
Purísima la virgen que venera,
Alma buena, que siempre está presente,
Nítido el amor que nos ofrenda.
Así sentimos a este municipio de Jalisco,
enorme extensión de bosque y tierra,
el agua del subsuelo, paraíso,
pronostica un círculo virtuoso que se cierra,
con su gente sencilla, con buen juicio,
que aprecia la belleza de su tierra,
con el círculo virtuoso de su virgen,
a quien ama, respeta y la venera.
Esa es la historia personal que yo siento,
como admirador de esta tierra, con su gente,
expresando cabal mi sentimiento,
y con mi agradecimiento, permanente.

Esta es mi historia vivida como zapopano, y siento que el futuro de Zapopan es muy prometedor, con un expresidente que será el próximo gobernador y su presidente actual que sigue el mismo camino y tendrá un buen destino, y además, con nuestra querida y venerada virgen de Zapopan junto a ellos, nuestro futuro es bello.

LA LEJANA INDÍGENA DE MEZQUITÁN

Elizabeth Ruiz Maldonado

A mí me gustaría hablar sobre las vivencias que he tenido desde que llegamos a vivir a esta colonia, la Indígena de Mezquitán. Mi familia llegó alrededor de los 80. La verdad yo de esa época no recuerdo mucho, ya que yo era chiquita; sin embargo, siempre he escuchado las pláticas de mis padres y familiares. Regularmente siempre hablan de lo fea que era la colonia cuando llegaron a vivir aquí, ya que estaba despoblada, con pocos habitantes y con muchos terrenos baldíos. La colonia se divide en dos secciones: la primera se encuentra ubicada en una parte plana, y la segunda, en la parte de abajo, está en desnivel. Yo vivo en la parte de abajo y desde que recuerdo las calles no tiene un trazo bien establecido y también se carecía de los servicios básicos como la luz, drenaje y agua potable.

Se preguntarán que si no había agua cómo era que las personas sobrevivían. Pues había un pozo donde nace agua y toda la gente iba a ese lugar para traer agua a sus casas y llenar sus tambos para poder bañarse, lavar los trastes, la ropa y en general realizar las actividades diarias del hogar. No había tiendas de abarrotes. No bajaba el gas ni el agua para tomar. Las personas tenían que ir a la parte de arriba a traer sus cosas; era complicado para los adultos. Cuando uno es niño no se percata de esos esfuerzos que sus padres hacen, yo recuerdo que cuando tenía como 6 u 8 años mi mamá se traía el tanque de gas desde allá arriba con ayuda de mi hermano mayor. Lo transportaban en una carretilla y pues para uno todo era un juego y diversión. Supongo que los camiones tanto del gas como del agua no bajaban por lo irregulares que eran las calles, además de que la colonia tenía mala fama y pues los vendedores no se querían arriesgar.

Yo recuerdo con mucho gusto los tiempos de lluvias, ya que como mencioné, las calles eran irregulares y bajaba mucha agua, lo cual ocasionaba arroyos en las calles, y pues, nosotros como niños traviesos salíamos a jugar en el agua y según a atrapar pescado, que en realidad eran ajolotes. También, por lo mismo de que no había empedrado se hacía un

lodacero y nosotros contentos utilizábamos el barro para realizar figuras. Otra actividad que realizábamos era atrapar luciérnagas. Como había muchos lotes baldíos, en la hierba se juntaban muchísimas. En ocasiones nos juntábamos entre varios chiquillos y lográbamos atrapar muchos de estos animalitos en un bote transparente y parecía que trajéramos una lámpara, y así muchas anécdotas como esas. En ese momento no pensábamos más que en divertirnos como buenos niños. Al paso del tiempo y conforme íbamos creciendo, esto de las lluvias nos gustaba menos, pues ya el lodo no era divertido, ya que teníamos que ir a la escuela y, pues, no era nada fácil poder llegar limpio a las aulas.

En cuanto a la escuela, yo recuerdo que no había o no sé si a mí no me lograron inscribir en la que está en la colonia, pero recuerdo que yo iba a una que estaba como a una colonia de distancia y que mi hermano mayor era el que me llevaba en una bicicleta. Recuerdo que también en esa escuela o kínder, no sé bien, también iba un primo mío, pero el sí vivía en la colonia en donde se encontraba la escuela, en la colonia Benito Juárez. Mi hermano me llevaba y como que no sabía andar bien en bici, porque seguido nos caíamos y yo llegaba toda mugrosa a la escuela. Después me cambiaron a la escuela de mi colonia que es la Indígena de Mezquitán, a la escuela Manuel Doblado, que fue donde concluí mis estudios de primaria. Cursé la secundaria en la secundaria técnica número 13, y la preparatoria la hice en el módulo La Experiencia que está a una colonia de distancia. Fui de la segunda generación después de su inauguración.

Fue aproximadamente en 2000 cuando comenzamos a contar con los servicios de los cuales se carecía. Ya existen algunas calles empedradas y ya hay alumbrado público, teléfono, internet, televisión por cable; existe una combi que brinda el servicio de transporte público y ayuda a los pobladores para acercarse a las rutas de camión que nos transportan al centro de la ciudad de Guadalajara y otra que nos lleva al centro de Zapopan. En general la colonia tiene muchos habitantes y ha crecido su infraestructura.

En la parte denominada primera sección existe un campo de fútbol que es el único lugar de recreación con el que cuenta la colonia, y cabe destacar que es de tierra. Actualmente se sigue careciendo de áreas verdes y espacios de esparcimiento para los habitantes. Aunque hemos avanzado en algunas áreas, seguimos contando con carencias culturales y recreativas.

ZAPOPAN Y UNA DE SUS ENCANTADORAS DELEGACIONES: SAN ESTEBAN

Orlando Osmar Vázquez

El poblado de San Esteban es una de las once delegaciones de Zapopan, situada en la zona norte y en la barranca del municipio, a 9 km del centro de Zapopan. Este hermoso pueblo del que hoy quiero escribir es el lugar en donde crecí, pasé toda mi infancia, adolescencia y en donde actualmente vivo, por lo cual me gustaría dedicarle unas palabras y escribir algunos buenos recuerdos de una de las comunidades más tradicionales, bonitas y hospitalarias de la villa maicera Zapopan.

El bello, autentico y cálido paisaje de la zona es incomparable. Desde que tengo memoria y hasta la actualidad posee un olor hermoso a bosque y naturaleza. Comenzaré a describir sus paisajes, arquitectura, naturaleza y comunidad en el pasado y presente. Partiendo del “corazón” del pueblo, hablo de la plaza principal de San Esteban. Este lugar siempre ha tenido una arquitectura antigua, humilde y muy linda. Se encuentra en el centro del poblado, con un kiosco tradicional. Recuerdo haberlo visto de color azul, a veces rojo, en otras ocasiones blanco, muy pintoresco, siempre sirviendo de punto de reunión para las personas de la comunidad, ya sean adultos, ancianos, jóvenes o niños. Recuerdo que antes había pocos lugares donde sentarse. Poco a poco se le fue dando más importancia a este lugar. Estrenar algunas bancas y la asta de la bandera fueron sensaciones únicas que viví de niño.

No podía faltar mencionar las calles y casas principales que le dan un toque especial al centro de San Esteban. Recuerdo cuando era niño, aún podrían notarse que la mayoría de casas eran de adobe, donde nuestros antepasados indígenas de la comunidad vivían y tenían sus actividades día a día; fogones de leña, donde se cocinaban unos ricos tamales, birria, pozole o cualquier otra comida tradicional mexicana, olor que podías percibir a metros de distancia; grandes familias sentadas en la mesa principal dispuestas a compartir el alimento con cualquier persona de la delegación. Era un tiempo donde la comunidad se veía fortalecida por

estos espacios comunitarios, donde se platicaban las principales problemáticas o sucesos de la comunidad. Eran lugares de encuentro entre pobladores, donde la mayoría de personas se conocían o, incluso, eran familiares, todos compartiendo tiempo, charlas, historias y pasando un buen momento juntos en colectividad. En San Esteban se siente el cariño y recibimiento de la gente aunque no vivas en este lugar.

Al fondo de la comunidad puedes apreciar la zona natural protegida de nombre Nixticuil, principal aportador de buena calidad de aire para la delegación. Esta reserva ecológica presenta en su mayoría roble, encino y plantaciones de pino en cuestión de árboles, y en animales puedes encontrar zorro gris, halcón de cola roja, ardilla gris mexicana, conejo de monte, carpintero mexicano, tlacuache, gavián palomero. Es tan importante esta área para los pobladores de San Esteban que los antiguos indígenas de la comunidad de San Esteban se enfrascaron por años en tratar de recuperar lo que para ellos era su territorio ancestral. El cerro del Nixticuil se conservó intocado y se apreciaba como un tesoro de reserva, donde la parte más cercana del cerro lleva el mismo nombre de la comunidad: el Cerro de San Esteban. En la punta de este cerro se encuentra la ya conocida Cruz de San Esteban, que puede apreciarse desde cualquier parte del pueblo. Si miras fijamente a la reserva natural, es un símbolo de fe y de tradición para los pobladores, donde estos mismos hacen senderismo durante más de una hora para poder llegar a este lugar, ya sea por cuestiones religiosas y de petición, por deporte, turismo o simplemente por querer disfrutar una vista impecable de lo bello que es la naturaleza en Zapopan.

Creo que no hay una mejor manera de pasar nuestra infancia que vivir a un lado del bosque, de una zona natural protegida: ese oxígeno puro corriendo por los pulmones, escuchar el cantar de las aves, bañarse en los arroyos que se forman en temporal de lluvia, correr libremente en el monte lejos de las grandes avenidas o autos, ver nacer o crecer diferentes plantas o animales, el aroma de los árboles frutales y recoger sus frutos. Así es la vida rural en las delegaciones, y me siento muy feliz, ya que somos afortunados de vivir en un lugar como este. Por si fuera poco, tenemos la fortuna en San Esteban de estar rodeados también por el bosque del Nixticuil a menos de cinco kilómetros, así mismo, pertenecer a la zona de la barranca de Zapopan, ambos lugares también

con una riqueza natural increíble, lugares con varios nacimientos de agua, arroyos, géiseres. Es increíble todo lo que se puede encontrar en este punto del municipio, como cientos de árboles frutales. Todos los niños de esa época esperábamos a que por fin llegara el tiempo de cosecha: mangos, ciruelas, guamúchiles y muchas frutas más que disfrutábamos en los tiempos libres de la niñez.

Para darle una panorámica mejor al centro de la comunidad, en frente de la plaza principal se encontraba el templo más antiguo del municipio: la iglesia principal de San Esteban. La fecha de construcción del templo se remonta a 1580, según una placa que dicta la fecha dentro de la iglesia. La iniciativa para su edificación se debe a fray Antonio de Segovia, y se considera de estilo similar a la basílica de Zapopan. Las gruesas bardas son de adobe, y rápidamente puedes notar el olor a “antigüedad” una vez que ingresas a este recinto religioso. En su interior se pueden apreciar varias pinturas con motivos y colores de estilo indígena, muralismo religioso, bancas de madera tradicionales. Recuerdo también con mucho cariño la Danza de San Esteban, integrada por su mayoría de miembros de la familia de apellido Santos, a quienes les tengo un gran respeto como seres de la comunidad. La danza de sonajeros es especial en este lugar y fue fundada alrededor de la década de 1950, y se sigue practicando hasta la fecha en 2024, cuando se escribe este texto. Los miembros bailan en distintas fechas del año, por ejemplo, en septiembre durante las fiestas patrias, en octubre con la Romería y en diciembre van en peregrinación a la Colegiata de Guadalupe, en la ciudad de México.

Miles de fiestas familiares se celebran en este lugar: bautizos, bodas, primeras comuniones, hasta misa para graduados de las escuelas. Es un lugar ya histórico dentro de la comunidad y uno de los más antiguos en el municipio de Zapopan. Por mencionar las fiestas religiosas en la comunidad, primero hablaremos de la festividad El Señor de las Aguas, festividad que se celebra el 25 de julio. La razón de la festividad es pedirle a la divinidad que el año en curso cuente con una buena temporada de lluvia, esto con el fin de que ayude a la riega de la cosecha de la gente de la comunidad, que la mayoría vive de sus propios cultivos. En agosto, cuando hace calma el temporal, se pide sacar al Santo Señor de las Aguas para ofrecer una misa en el ejido de San Esteban,

acompañado este día por otras actividades como misas parroquiales, un mercado público con venta de comida tradicional mexicana, el tradicional juego del torito, que consiste en una persona que disimula ser un toro (animal), con una estructura metálica y que en esta misma lleva pirotecnia. Este sujeto va persiguiendo a los pobladores con el fin de perseguirlos y que tengan que huir del torito, como una especie de juego infantil llamado encantados. Otra actividad que se realizaba ese día era la del puerquito encebado, que consistía en atrapar a un cerdo de seis meses de edad bañado de cebo (una sustancia grasosa), por lo cual era más difícil. El que finalmente lo conseguía ganaba dinero o se quedaba el puerquito. Esta actividad también se realizaba en la plaza principal de San Esteban.

Recuerdo que antes, el 18 de octubre, pobladores de San Esteban, San Miguel Tateposco y San Isidro caminaban hacia la urbe zapopana para visitar a la Virgen en la Basílica de Zapopan. Emprenden camino a diversas horas de la mañana y de la tarde, principalmente por el cerro que conecta a San Esteban con Río Blanco de la delegación vecina, para caminar 9 km por la ciudad hasta la Basílica de Zapopan. Al final del recorrido el padre cura de San Esteban oficiaba misa a las 11 de la mañana en la Basílica. La parte que más adoro haber vivido en esta comunidad fue la niñez, sobre todo con la formación de mi educación a nivel básico y gracias a las escuelas rurales del municipio. La educación en la zona rural siempre me ha traído buenos recuerdos. La primaria Margarita Maza de Juárez, ubicada a unos 500 metros de la plaza principal, era la escuela principal de los tres poblados y a la cual yo asistí. Era muy grande, hospitalaria y cómoda. Recuerdo unos salones grandes, coloridos, unas áreas para jugar amplias y agradables, una cancha de fútbol y básquet donde practicábamos deporte en comunidad. Los maestros eran dedicados a su labor educativa y profesional. A pesar de las dificultades y la distancia de la zona, asistían con mucho amor y pasión a dar su clase todos los días de la semana, con mucho ánimo y cariño por la educación y por instruirnos a todos mis compañeros y a mí. Recuerdo que las personas de la tiendita o cooperativa eran señoras de la comunidad de San Esteban, mamás de mis compañeros. Siempre me sentí seguro, en confianza, en comunidad y con una buena educación en la primaria.

Después pasé a la telesecundaria Mariano Azuela (gran personaje jalisciense y de mucha inspiración para mí y muchos zapopanos). Jamás en mi corta vida había escuchado que había secundarias con televisión, ni de un programa educativo de esta dimensión, pero así fue. Así es como me tocó cursar y estudiar en la delegación. Al ser la única institución académica de este nivel, todos los adolescentes de los tres pueblos asistíamos a esta secundaria. Fue ahí donde conocí a muchas personas del pueblo, y agradezco que pude establecer bellas y muy grandes amistades que aún conservo hasta el día de hoy. Fueron momentos muy lindos y especiales, en una telesecundaria muy grande, con muchas áreas verdes, muy bonita estéticamente, de muchas aulas. Recuerdo que en ese preciso momento que me tocó cursar 1.^{er} grado estaban llegando las primeras computadoras a la telesecundaria y a la comunidad. Éramos pocos los que podíamos acceder a ellas, pues en esos momentos era muy novedoso para todos, incluso para maestros y directores. Estos últimos mencionados siempre me parecieron muy profesionales y apasionados por impartir clases. Profesores que no específicamente habían estudiado para ser docentes ejercían esta vocación. Muchos de ellos, veterinarios, agrónomos, economistas o de cualquier otra carrera ejercían su papel como maestros muy en serio en la telesecundaria Mariano Azuela. Grandes consejos pude recibir de los maestros. Hoy en día, ya siendo parte de la universidad, me siguen ayudando esas palabras para seguir adelante, de no olvidar de dónde vengo y dónde estudié, de lo cual me siento muy orgulloso.

Recuerdo los grandes concursos que hacíamos antes de verano en la institución: de canto, de baile, de declamación, de debate, de teatro, estos concursos que en realidad nos sirvieron de inspiración a muchos. Mi amigo Guillermo Ruiz Hernández, que ganó el concurso de debate en la secundaria, ahora es el encargado de la sociedad argumentativa de CUCEA [Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas], personas como él me llenan de orgullo, y más saber que gracias a una actividad de la telesecundaria Mariano Azuela él pudo encontrar su vocación unos años más tarde. Recuerdo también cuando escribí mi primera obra de teatro en un concurso así. Sentí mucho orgullo de escribir algo que los demás disfrutaran, que a otras personas les interesaba para actuar. En cierto modo, esta actividad de la educación

rural me ayudó a encontrar algo que me gusta mucho actualmente y que gracias a esto sigo desarrollando: la escritura creativa.

Cuando terminé la telesecundaria comencé a sentir más curiosidad por cómo era vivir en sociedad y comunidad en un pueblo tan pequeño como San Esteban. Recuerdo que comencé a interesarme por la mayor producción agraria de la comunidad: el nopal. Este producto tradicional mexicano, jalisciense y zapopano se trabaja en su máxima expresión en San Esteban. Recuerdo ir a la nopalera del abuelo de Mateo, un amigo de mi infancia que recuerdo con mucho cariño. Eran surcos súper largos, donde los mayores de la comunidad regaban, abonaban y trabajaban la planta y fruta del nopal.

Cuando era temporada de cosechas, recuerdo que subíamos con muchas cajas de plástico a cortar el nopal. Yo llenaba tres cajas mientras mi amigo y su abuelo llenaban hasta 10 por cada uno, pues yo era un novato para cortar el nopal, pero lo importante es que tenía mucho ánimo por aprender. Después de cortarlo, las señoras de la comunidad lo limpiaban. Enseguida otros jóvenes de la comunidad llevaban el nopal a lavar en grandes pilas con agua. Finalmente, la familia de mi amigo me llevaba al mercado de Atemajac a venderlo. Hasta este momento me parecía increíble cómo la mayoría de la comunidad se relacionaba de una manera u otra con este trabajo y que esta actividad productiva ayudaba económicamente a varias familias. Me parecía genial saber que existía un apoyo mutuo en la comunidad para lograr un mismo objetivo. Siempre me he sentido muy orgulloso de la gente de mi delegación y su aporte a la sociedad.

Este nopal cultivado y trabajado en San Esteban llegaba a muchos hogares, a las cárceles, otros estados e, incluso, a Estados Unidos. Es un orgullo para mi poder escribir esto. Y vaya sorpresa que este fruto se dio como una manera de identificar al pueblo. Recuerdo que allá por 2008 el gobierno de Zapopan creó la ahora ya famosa Feria del nopal, que se pensó para darle realce al nopal que se cultiva en la zona de la delegación de San Esteban. Toda la gente de la comunidad nos sentimos muy orgullosos de mostrar a la sociedad lo que se produce con mucho cariño. La primera feria del nopal fue de muchas emociones, las primeras actividades, los primeros bailes comunitarios, la visita de personas de otras delegaciones o agencias municipales, ver cómo estas

personas disfrutaban del cariño y calor de San Esteban nos hacían estar muy satisfechos con nuestra tierra y lo que el pueblo había creado en ese momento. Aun no puedo creer que ya vamos para la XV feria este próximo 2025, en los meses de mayo o junio, y como ya es tradición, habrá juegos mecánicos, baile folclórico, certamen de embajadoras de cultura, concursos, música en vivo, además del famoso concurso de desespinado de nopal, en donde la limpiadora más rápida se llevará el primer lugar.

Dentro de las actividades culturales se realizará cine al aire libre, taller de manualidades, exposición de fotografías de la historia de San Esteban, entre otras más. Se invierte en esta feria alrededor de un millón quinientos mil pesos. Poco a poco, a través de estos años he visto cambiar a mi comunidad, cada vez más integrada a la urbe de Zapopan, pero manteniendo muchas tradiciones; esto, pienso, identifica mucho a nuestro municipio, el hecho de tratar de conservar, compartir y defender eso que nos identifica como zapopanos. Muchas veces se creen que se acabó la Villa Maicera de Zapopan. Los invito a dar una visita por esta delegación y las agencias municipales de alrededor. Te sorprenderás al saber que en Zapopan se sigue cultivando mucho alimento que llega hasta el plato de tu casa: nopales, maíz, calabaza, frijol, papa, etcétera. Te sorprenderás al saber que aún hay pueblos tradicionales que, en su pasado, fueron habitados mayormente por indígenas de la comunidad de Ixcatán o de la comunidad de San Esteban, que en la actualidad existen y que están organizados para preservar y disfrutar sus tierras legítimas que les han pertenecido muchos años. Quedarás asombrado al descubrir que Zapopan es uno de los municipios con mayores ecosistemas variados del estado. Ubicada en una cañada, la delegación de San Esteban te hará disfrutar de muchos climas, paisajes, arroyos, naturaleza y paz, donde puedes recordar y reconocer ese olor en tu niñez cuando ibas al cerro de la Primavera o al cerro del Colli, a tan solo menos de 10 km de la Basílica Zapopan, mismos espacios que debemos hoy en día cuidar, respetar y tratar de preservar como zapopanos, ya que siempre ha sido algo que identifica a nuestro municipio, la gente con valores, amantes de la naturaleza, una sociedad respetuosa. No perdamos esos tesoros naturales que tenemos aún. Claro que todos quisiéramos que nuestros hijos o futuras

generaciones también disfrutaran esos olores que nosotros percibimos a su edad, que su niñez también tenga muchas áreas verdes y grandes bosques para explorar, correr, disfrutar conocer como muchos de nosotros lo hicimos, que sientan esa libertad de saber y reconocer que en su municipio aún se cultiva y se trabaja mucha fruta y verdura tradicional mexicana y de América Latina.

Zapopan y San Esteban tienen mucho camino por recorrer para seguir vinculados y trabajar juntos para seguir creciendo. Es necesario darle la importancia y atención a esas delegaciones tan bonitas que se encuentran en este municipio y que tienen muchas cosas que aportar a la sociedad jalisciense en cultura, saberes, preservación del ambiente y trabajo comunitario. Yo estoy muy feliz y agradecido. Con decir que soy y vivo en la delegación de San Esteban, también quisiera que todos sintamos orgullo de decir “soy Zapopan y esta es mi tierra desde hace 483 años”. Gracias a El Colegio de Jalisco por permitirse abrir espacios como este, para que jóvenes como yo o de otras delegaciones o agencias municipales puedan escribir algo con mucho orgullo sobre el poblado donde nacieron.

RECUERDOS DE LA COLONIA SANTA FE EN ZAPOPAN, JALISCO*

Inosencio Venegas Reynoso

Mis padres llegaron a la colonia Santa Fe en 1955 o 1956. Soy el último de sus hijos, ya que fuimos nueve de familia. El pueblo del cual provenimos es un lugar de campesinos dedicados a la siembra de maíz, frijol, garbanzo, caña de azúcar, camote y legumbres. Se llama Santa Fe y pertenece al municipio de Zapotlanejo, Jalisco.

El lugar donde me tocó ver por primera vez la luz fue una granjita al lado oeste del pueblo, llamado el Ojo de Agua, donde mis padres vivían en una casita de teja y adobe. El terreno era de siete hectáreas y tenía nacimientos de agua, de donde mis padres regaban sus tierras y daban de beber a los animales. En la granja había chivos, vacas, marranos y gallinas. Del nacimiento de agua salía un promedio de 3 a 4 pulgadas, así se podría decir que era casi un río. Con el tiempo lo entubaron para beneficio del pueblo, ya que no contaba con agua potable: cada casa tenía su propio pozo y sacaban el líquido con un carrete o carrillo, sogas y balde.

Crecí como el *chiqueado* de la familia, ya que fui el último de sus hijos. Me bautizaron y confirmaron en el antiguo templo del pueblo (el actual de esa comunidad se construyó muchos años después). Cuando cumplí tres o cuatro años, mis padres vendieron la granja y migramos a Zapopan, a esta colonia llamada también Santa Fe, en honor a nuestro pueblo. Junto con nosotros salieron varias familias a buscar nuevos horizontes. Según recuerdo, en esos días el metro de terreno en el lugar donde llegamos valía 50 centavos, y nadie quería comprar, pues eran casi puros barrancos.

Un señor llamado Santos Barrios nos dio asilo por una semana, mientras mi familia encontraba una casa de renta. Mi padre la encontró

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

finalmente en la calle Matamoros. Tiempo después compró una casita por la calle Herrera y Cairo. Era pequeña pero ya no pagaban renta. Posteriormente la vendieron y compraron otra casa en la calle Guadalupe Victoria. Ésta era de adobe y teja, pero se reconstruyó para vivir un poco más cómodos. Recuerdo el precio que le dieron a mi padre: 4 mil pesos; eso fue en 1961.

Dos años después de nuestra llegada, se inauguró la Escuela Rural Federal Niño Artillero, cuando era presidente el señor Ángel Romero Llamas, conocido como Zapopan Romero, quien fue campeón de ciclismo. Antes de la inauguración de dicha escuela, nos daban clases en una casa que le decían De las puertas coloradas. La maestra se llamaba Amalia. En la placa de inauguración de la escuela quedaron destacados los nombres de varios vecinos, por su amor y contribución a la colonia, como el señor Manuel Nieves, Pablo García y don Fidel Mejía. Otra maestra que me dio clases se llamaba Consuelo Ziordia. Con ella terminé el tercer año de primaria. Otros maestros muy dedicados a la enseñanza fueron Salvador Morales y Héctor Flores. Ellos ayudaron a formar la primera mesa directiva de Santa Fe y son pioneros de la enseñanza en esta colonia.

Con el tiempo, los vecinos se convirtieron en grandes amigos, en una familia, ya que todos los adultos nos cuidaban como si fuéramos sus hijos o sobrinos. Si alguno de nosotros hacía alguna travesura, nos acusaban con nuestros padres. Crecimos con un gran aprendizaje de la vida, ya que ellos ponían todo su empeño en que nos superáramos, pues la mayoría éramos gente sencilla, de campo, sin preparación. Nuestra colonia, muy humilde, se componía de albañiles, empleadas domésticas o comerciantes. Pocos eran los que trabajaban en alguna empresa o tenían algún taller de herrería, carpintería, reparación de calzado, etcétera.

Un lugar muy frecuentado por los vecinos fue Valle Verde: un famoso balneario. El encargado era el señor Ramón Hernández, al que le decíamos el Colorado, oriundo de Tampico, Tamaulipas. El balneario se componía de siete albercas. Si alguien nos preguntaba “¿dónde vives?”, le contestábamos “en la colonia Santa Fe”. “¿Y dónde queda esa colonia”, “Junto al Valle Verde”. El éxito del lugar se debía a que los fines de semana había música en vivo: una orquesta, un grupo nortño

o un conjunto para bailar. Los adultos se divertían ahí, iban a tomar cervezas y tequilas y a bailar con las damas. Cuando llegaba el mesero le pedían “uno y dos”, que significaba una de Tequileño y dos Pepsi.

El 12 de octubre que en ese tiempo como ahora se celebra la llegada de la Virgen de Zapopan, se llenaba de gente; en una ocasión conté más de 100 mesas, todas ocupadas. Algunos se sentaban en el pasto, junto a la alberca. El local era de teja y vigas de madera. Tenía pisos de cemento y una radiola a la que le ponían 20 centavos para escuchar música. En el lugar había seis árboles sauce llorón y un bolitario, un árbol de joboba, del cual nosotros hacíamos jabón con sus semillas. Todas las albercas se surtían de un ojo de agua que estaba como a 80 o 100 m de distancia. En esas albercas aprendimos a nadar.

Cuando las tejas estaban llenas de hojas de los árboles, don Ramón me llamaba para que las limpiara, ya que era una tarea fácil para mí, pues siempre he sido chaparrito y flaquito. Me pagaba 50 centavos y me dejaba bañar en sus albercas. Del ojo de agua se hacía un pequeño charco, en donde ocasionalmente nos bañábamos. El agua era muy fresca. Cerca de ahí, en la temporada entre septiembre y octubre sacábamos jícamas de una labor que sembraba el señor José María, apodado don Chema. Robábamos las jícamas y nos íbamos al charquito a lavarlas; las comíamos con sal y limón: una delicia. Así disfrutábamos esos momentos, como los niños que éramos.

El venero que surtía a las albercas tenía un túnel formado por la naturaleza y el tiempo; venía de la zona donde hoy se encuentra la colonia Lindavista. Tenía respiraderos y nos metíamos a explorar. Los respiraderos daban un poco de luz y ventilación. El túnel se terminaba en un barranco que medía aproximadamente 25 metros de altura. De la parte alta del barranco, tres o cuatro metros hacia abajo, se podía ver la entrada de la cueva, pero nosotros nos metíamos por una claraboya que estaba en la parte superior del túnel. Ese sitio tenía aproximadamente 1.5 m de altura. Quince metros más adelante se cerraba y ya no podíamos entrar. Al lado derecho, viendo rumbo a Lindavista, se encontraba otra cueva, más grande, tapada con piedras. Nosotros, por traviesos, la abríamos por un lado quitando las piedras y nos adentrábamos a explorar con temor, pues había arañas, alacranes, murciélagos y víboras. La recorriamos de 4 a 5 metros, nada más y,

como estaba muy oscuro, salíamos rápido. Nos platicaban los adultos que esa cueva se dirigía a la Basílica de Zapopan y que, en los tiempos de los cristeros había sido una vía de escape, bien fuera porque perseguían a los sacerdotes para matarlos o porque la usaban para escapar cuando los soldados los perseguían para atraparlos. Esa época fue muy difícil y peligrosa para la gente, ya que les robaban lo que tenían para comer.

Más adelante, en esa zona del barranco salía agua de un paredón grande, de manera que ese goteo constante horadó la superficie y se formó una cueva que salía hasta el otro lado del paredón. Cerca de esa salida había un pino, el único árbol; cuando nos sentíamos cansados mis amigos y yo nos sentábamos a su sombra a disfrutar y comer las frutas que habíamos recolectado de las siembras y huertas cercanas. Estas fueron algunas de las hermosas experiencias de nuestra niñez.

Por mis andanzas infantiles, muchos recuerdos tengo también de Los Colomos. Para la recopilación de los siguientes datos, me prestaron ayuda dos personas que nacieron en ese lugar: la señora Luz María Zaragoza y el señor Juan José López, que aún son vecinos de la colonia Santa Fe. En ese tiempo el bosque tenía ojos de agua, plantas medicinales, gran variedad de fauna y flora que en estos días ya no existe en la zona, además de cuevas y pequeños ríos. En Los Colomos hay un castillo que según la historia data de 1898, año cuando comenzó su construcción. El encargado de la obra fue el ingeniero Agustín Pascal. Fue terminada en 1902 y ese mismo año se inauguró.

Un personaje de esa época fue el señor Pepe Guízar, compositor de la famosa canción “Guadalajara Guadalajara”. Él vivió en ese castillo durante un tiempo. Desconozco cuánto, pero se dice que ahí en Los Colomos compuso esa canción. El señor Guízar nació en febrero de 1906 y falleció en 1980. Al lado del castillo había unas casas donde vivían las familias de algunos trabajadores del SIAPA [Sistema Integral de Agua Potable y Alcantarillado]. Nuestra vecina y amiga, la señora María Zaragoza, nació ahí en una de esas casas; su abuelo fue administrador por muchos años y era el encargado de dar mantenimiento a las bombas que potabilizaban y surtían el agua a la colonia Santa Teresita.

Cuando el señor Zaragoza falleció, su hijo Miguel Zaragoza, de tan sólo 14 años, empezó a trabajar en los depósitos de agua, y cuando tuvo

la edad suficiente, tomó el cargo que su padre había desempeñado por años. Su mamá, la señora Jesús, tuvo un puesto de refrescos, fruta, lonches, pan y aguas frescas junto a la entrada del área de trabajo.

El señor Miguel se casó con la señora Guillermina y tuvieron una única hija llamada María de la Luz. Con el tiempo hubo más administradores y encargados, como, por ejemplo, el señor Refugio, quien tenía esposa y tres hijos: Dolores, Aurora y Mario. Éste último también trabajó varios años allí. El señor Martín Díaz, un señor alto y de gran personalidad, desempeñó su trabajo por varios años hasta su jubilación. Posteriormente, se mudó a la colonia Santa Fe, a una casa que compró en la calle Guadalupe Victoria. Llevó con él a su familia. El señor Martín Díaz falleció en 1999, dejándonos gratos recuerdos a todos los que tuvimos el gusto de conocerlo. Como dato curioso, recuerdo que el señor Díaz era dueño de un tocadiscos que alquilaba para fiestas y convivios. El aparato era muy antiguo. Los discos que tocaba eran de acetato de 78 revoluciones. Cada cuatro o cinco canciones le cambiaba la aguja. Recuerdo que llevaba una cajita que contenía unas 50 agujas para estar prevenido y que la música no parara.

Un día, mientras caminábamos por Los Colomos, el señor Juan José López me platicó de sus recuerdos y vivencias en ese lugar. Con nostalgia me contó lo diferente que era en aquella época y cómo el paso del tiempo iba dejando su huella; me comentó sobre algunos árboles que ya existían cuando sus papás habían llegado a vivir aquí. Ellos venían de una colonia llamada Santa Teresita, en 1957; él había llegado aquí a los 5 años.

Colomos ha sido y seguirá siendo famoso por su historia. Cada 12 de octubre se celebra la llegada de la Virgen de Zapopan a su Basílica. Ese día el parque Los Colomos se llena de gente que descansa bajo la sombra de sus árboles. Familias enteras disfrutan de un día de campo. Recuerdo una ocasión, un 12 de octubre, en que llegó a la entrada del parque el señor Vicente Fernández en un caballo blanco, vestido de charro. Cantó algunas canciones y repartió unos 50 autógrafos. En ese tiempo no era tan popular, aunque ya tenía público que lo seguía. Me admiró su gran sencillez y amabilidad con la gente que se acercaba a saludarlo.

Años después construyeron el lienzo charro que está dentro de Colomos 1 y, más tarde, el observatorio meteorológico. En el bosque

había animales y plantas de la región que aprovechábamos para remedios o alimentos. Ahí vivían conejos y ardillas que a veces cazábamos para comer. Los conejos eran más difíciles de cazar que las ardillas. Para tal propósito usábamos resorteras, piedras u hondas, y a las ardillas les tapábamos las entradas o salidas de las madrigueras. Con agua las obligábamos a salir. Después hacíamos una fogata con madera o rajas (excremento de las vacas ya seco, excelente para hacer lumbre) y asábamos la carne para después consumirla. De vez en cuando también cazábamos algunas aves, como tordos, que volaban en parvadas y, casi siempre, le atinábamos a alguno con las resorteras. Esas aves forman parvadas de cientos o miles, y era todo un espectáculo verlos oscurecer el cielo con sus tonos de plumas negras. También había conguitas o torcacitas y palomas. Otros animales de la zona eran los tlacuaches, que aún en la actualidad se dejan ver de vez en cuando por el parque. Esos los cazábamos de noche: siempre los encontrábamos en los árboles y los encandilábamos con la luz de una linterna.

No éramos sanguinarios, simplemente eran un tiempo y una vida diferentes: crecíamos aprovechando el entorno y haciendo uso de lo que la naturaleza nos brindaba, aprendíamos a sobrevivir. Ese tiempo nos tocó vivir, lleno de experiencias, más apegados a la naturaleza. También aprovechamos la vegetación del bosque. Había hongos que teníamos que recolectar antes de salir el sol. Esos se daban en épocas de lluvias, en las primeras tormentas. Debíamos reconocer cuáles eran comestibles y cuales tóxicas para no enfermar. Había una gran variedad tanto de formas como de colores y tamaños. Recuerdo que los comestibles los podíamos encontrar cerca de los hormigueros y entre las hojas secas que caían de los árboles.

Algunos hongos crecían en las cortezas de los árboles y otros cerca de los ríos, pero esos no eran comestibles. Cuando llegábamos a casa con nuestra cosecha de hongos silvestres los limpiábamos, los cortábamos, picábamos cebolla, jitomate y chile serrano. Todo eso lo poníamos dentro de una tortilla de masa cruda y hacíamos quesadillas que se cocían en el comal. Comíamos hasta hartarnos ¡y eran deliciosas!

Entre la gran variedad de vegetación que podíamos comer también estaban las verdolagas, las jicamitas, las moras silvestres de color morado azulado, las flores de San Juan (esas se daban solamente en los barrancos

y a veces llegaba a ser peligroso alcanzarlas): flores blancas, aromáticas, que nuestras madres le ponían al arroz con leche o en té también se podían consumir; pepinitos de 3 a 5 cm de longitud que se daban en una guía extendida por el suelo del bosque como una alfombra de hojas verde grisáceo y flores amarillas. Entre esa vegetación, esos pepinitos parecían sandías en miniatura. También había una especie de jitomates muy pequeños a los que llamábamos jaltomates. Crecían en una planta pequeña como de unos 40 cm de alto, de hojas ásperas. Tenían un sabor dulce y a la vez fuerte a jitomate. También había quelites. Cortábamos las hojas tiernas y las cocinaban con carne de puerco o en caldillo. Debían cortarse tiernas, porque la planta tenía espinas que se volvían más duras cuando la planta crecía más.

Disponíamos de maíz, frijol, garbanzo, nopales y claro que de algunas plantas medicinales como el gordolobo, cuya flor usábamos para curar la tos en té con miel. También se hacía té de limón, que era relajante. El árnica, una planta color grisáceo de flores amarillas se usaba (y aún se utiliza) para curar heridas internas, golpes o úlceras, tomado en té o para golpes externos en fomentos calientes. Había una planta llamada tepopote, amargosa, que servía para dolores de estómago, y nos la daban con sal y limón. El huchichile era otra planta medicinal de color verde intenso; se le podía encontrar en los paredones y en los llanos, donde hubiera humedad. Cortábamos las hojas tiernas y sus flores, se ponían en agua, se tallaban con las manos hasta obtener su savia y la tomábamos como agua fresca con sal y limón; eso nos ayudaba a limpiar los intestinos y como desparasitante; provocaba que nos diera hambre. La sosa vegetal y la planta llamada prodigiosa eran utilizadas para calmar la bilis y los nervios: cocíamos las dos plantas juntas y hacíamos un té. Era muy amargo; además, usábamos una gota por litro de agua cuando queríamos purificarla para beber.

También consumíamos frutas de los árboles como guayabas, manzanas, mandarinas, peras, etcétera. Siempre bebíamos agua nacida directamente de los veneros que brotaban de entre las piedras o de los paredones: era agua fresca y zarca que recolectábamos en hojas grandes para hacerla llegar a nuestra boca, algo así como un vaso improvisado. Algunos veneros formaban pequeños ríos que corrían, y en ellos había peces y tortugas.

Tuve la fortuna y el privilegio de haber nacido en una familia unida y trabajadora que me enseñó el valor de la vida y la honestidad, donde cada uno de mis hermanos y hermanas aportó enseñanzas a mi vida. Tuve unos padres maravillosos y sabios que en base a consejos y ejemplos nos enseñaban y educaban. Mi madre se llamaba Lidia Reynoso Coronado, y mi padre, Juan Venegas Sánchez. Ellos tuvieron una familia conformada por nueve hijos: María, José, Jesús, Guadalupe, Ramón, Refugio, José Trinidad, Petra y yo, Inosencio, el menor.

En casa se quedaba mi madre a hacer las labores del hogar, mientras mi padre salía a trabajar; ella no sabía leer ni escribir y, aun así, sabía cómo aliviar dolores musculares (era sobadora): levantaba molleras a los niños, ayudaba en los partos de las mujeres, también era partera. Tenía mucho conocimiento sobre plantas curativas, y su labor en la colonia era de mucha importancia, ya que no había servicios médicos como los hay hoy en día. Básicamente, ella fungía como enfermera sin título, siempre entregada al servicio de quien lo necesitara. Yo siempre la admiré y me sentía muy orgulloso de que esa mujer fuera mi madre.

Mi padre era igualmente sabio: un hombre sencillo y entregado a su trabajo. Él también enseñaba con el ejemplo. Era muy claro al decir las cosas. Sus “regaños” siempre eran a manera de consejo. Platicaba con sus hijos. Se daba el tiempo para guiarnos. Uno de sus consejos fue que debíamos ser unidos y apoyar a la comunidad. Él señalaba la importancia que tenía la sana convivencia entre los vecinos y amigos que, de alguna manera, y con el tiempo, por las vivencias, se convertían en familia. “Siempre apoya a quien lo necesite. No lo olvides”, me decía, “Eso te hará sentir satisfecho con la vida y habrá un equilibrio. No tengas envidias cuando veas que la vida le dio más a alguien y a otros menos. Cada quien hace su vida, y su lucha es personal. Siempre habrá quien tenga más y quien tenga menos. Tú sé humilde y cumple las metas que te traces. Cuando tengas la posibilidad de aportar a la vida de alguien, hazlo de corazón. Busca la felicidad, que la vida es para vivirla y ser uno mismo; encontrarse a uno mismo y descubrir quiénes somos es la misión de la vida”.

Mi padre fue humilde y, para mí, el hombre más sabio que he conocido. Estos valores inculcados por mi padre me llevaron a participar en la construcción de la capilla y templo de la comunidad. La

construcción de la capilla de Santa Fe (la excavación de zapatas y cimientos), empezó en 1972 o 1973. El párroco de ese tiempo era el Sr. Salvador López Hernández, quien estuvo a cargo de iniciar la supervisión de la construcción. Los feligreses apoyamos con la mano de obra. El sacerdote era muy práctico. Nos decía: “Con un ladrillo que done cada quien, se puede iniciar la edificación del templo”, y así se empezaron a reunir materiales que comenzaron a dar forma a nuestra capilla. Nos organizó y formó el primer grupo de jóvenes del templo.

El grupo, del que yo formé parte, hacía rifas, *kermesses* o pedía cooperación casa por casa para recolectar fondos y ayudar a la construcción. Casi todos los vecinos aportaban con mucho gusto, pues deseábamos tener nuestro propio templo. El sacerdote nos estimaba mucho y sabía lo que nos esforzábamos para lograr la meta. La *kermesse* más grande que logramos organizar constaba de 50 puestos, y la gente emocionada y participativa hizo que fuera todo un éxito, ya que se terminó todo lo que vendimos. El lugar en el cual se hacían las *kermesses* era un terreno baldío ubicado entre Av. Eva Briseño y calle General Arteaga, en lo que hoy es un pequeño centro comercial de la colonia Santa Fe. Cuando se terminaron de levantar los muros y llegó el tiempo de hacer la bóveda, un vecino llamado Javier Santillán (él era maestro de obras), trajo a algunos de sus trabajadores y terminaron pronto de tapar la capilla. Así, el párroco y la comunidad ya teníamos nuestro templo terminado.

En una pared cerca a la capilla se proyectaban películas a modo de cine al aire libre, usando un proyector que manejaba mi hermano José Trinidad. El dinero recaudado también fue para la ayuda del templo. Antes de que la construcción de la capilla terminara, había una pequeña capillita dedicada a San Martín de Porres, que levantó el señor Ramón Hernández en la entrada del balneario Valle Verde, y cuando vendieron esos terrenos, la derribaron.

Como dato curioso, el señor Ramón Hernández ganó la lotería en dos ocasiones! De hecho, hasta le cambió el nombre al balneario por San Martín, pero nosotros le seguíamos diciendo el Valle verde. Fue él quien donó el terreno para la construcción del templo y de la capilla; entregó las escrituras al sacerdote Amador Martínez, quien fue el sucesor del sacerdote Salvador López y a quien le tocó terminar la

construcción del templo mayor al lado de la capilla. El señor Amador Martínez era originario de un pueblo llamado Chiquilistlán, cerca de Tapalpa, un hombre no tan joven pero con mucha sabiduría. Conservo muy buenos recuerdos de nuestros sacerdotes, ambos muy trabajadores y entregados a su vocación. El sacerdote Salvador López venía de Ciudad Guzmán y estuvo con nosotros varios años. Fue un honor haber conocido a ese gran hombre, tan dedicado al servicio y entregado a su vocación. Tuve la suerte de que él, con todo el gusto del mundo, nos casara a mi esposa y a mí, y fui afortunado de considerarlo un gran amigo. Grande el señor Salvador López Hernández.

La construcción del templo duró varios años, ya que nuestra colonia era humilde y los recursos para aportar, limitados; inclusive, recuerdo que nosotros mismos hicimos bancas cuando en la capilla no había. Elaboramos algunas para no comprarlas. ¡Qué bonitas nos quedaron! Conforme fueron pasando los años y la construcción del templo avanzaba, un día hubo un accidente: el techo del templo colapsó y murieron uno o dos trabajadores. Fue lamentable.

Cuando la construcción terminó se formaron varios grupos: coros, liturgia y catequesis. Propusimos unir a todos los grupos y, como primer proyecto, hicimos un censo para saber cuántos adultos mayores había en la comunidad, con la finalidad de proporcionar apoyo a ese sector. Así nació la Pequeña Comunidad de Santa Fe, que se mantuvo con entusiasmo durante algunos años, hasta que ya no pudimos continuar con esta labor, pero siempre la llevaremos en nuestros recuerdos y cada sonrisa que pusimos en esos adultos mayores, y cada momento de felicidad fue parte de una gran enseñanza de la vida. Siempre llevaré en el corazón esa hermosa parte de la historia de mi comunidad.

Algún tiempo después realizamos un viacrucis viviente en la colonia. También fue una labor ardua, ya que preparamos vestuario, decoración de las estaciones, participantes, y hasta nos prestaron caballos que unos vecinos tenían de renta en Los Colomos. Mucha gente de la colonia cooperaba también con telas, decoración y, lo más valioso, con su tiempo y dedicación. Con los años fueron cambiando los coordinadores y también el sistema de la realización. Aun en la actualidad se realiza el viacrucis, pero ya es diferente a aquella época.

Cada recuerdo que llevo en mi memoria, cada hazaña y cada logro que me ha dejado experiencias, las atesoro y las llevo en mi libro de la vida, junto con cada rostro de cada amigo y vecino de esta gran comunidad que siempre ha sabido salir adelante, que siempre se apoyó hombro con hombro y dándose la mano unos a otros para llegar a formar este lugar donde vivimos. Nuestros padres lograron establecerse aquí y nosotros, la siguiente generación, logramos hacer de su esfuerzo una gran comunidad y una colonia unida. Ahora la actualidad y modernidad nos alcanzó: veo cómo las casas se están vendiendo y derrumbando para convertirse en edificios; cómo los caminos de tierra donde corríamos de niños, ahora son avenidas donde circulan autos a gran velocidad; he visto irse a la generación de mis padres y a mis vecinos mayores; he visto partir a buenos amigos de mi generación también. Ya no quedamos tantos y sabemos que dejaremos nuestra comunidad en las manos de nuestros hijos, que el mundo actual está cambiando muy rápido, más rápido de lo que nosotros podemos ir y sentimos que ya no lo alcanzamos, pero en nuestra historia está escrito todo lo que unidos hicimos para realizar una vida plena y feliz, la cual no cambiaríamos por nada, y si existiera el término *santafesanos*, seguro estoy que seríamos los más orgullosos de portar ese título, ya que va impreso en nuestros corazones.

LA COLONIA FANTASMA. AUNQUE USTED NO LO CREA, DE QUE LAS HAY, ¡LAS HAY! EL ORIGEN DE LA COLONIA COLEGIO DEL AIRE, SECCIÓN SUR*

Alma Francisca Martínez Orozco

La joven motivada

En la cabecera municipal de Zapopan, a finales de la década de los noventa del siglo pasado, una joven nayarita inmigrante en este municipio, que vivía con su familia y trabajaba, buscaba afanosamente la forma de comprar un lugar donde vivir y dejar de pagar renta. Esto era muy complicado porque su salario apenas le alcanzaba para la renta, manutención y otros gastos familiares; su esperanza era comprar un lote a precio accesible y construir su casa poco a poco. ¡Ah! eso sí, quería un poco de espacio para que su papá tuviera hortaliza y plantas, que eran su deleite, y su mamá disfrutara de una casita con ventanales grandes por donde entrara mucha luz y aire, aunque, por supuesto, también entraría polvo, que no sería bien recibido. En aquel tiempo, una persona le dijo a la joven que había adquirido un lote en el lugar llamado El potrero del triángulo de la familia Landeros, específicamente a don Emilio. Éste era su conocido y si ella lo deseaba, la pondría en contacto con él para ver si aún tenía un lote que pudiera venderle. La joven, ilusionada y entusiasmada, pronto dijo que quería conocer el lugar y a este señor.

De los dueños

El predio El potrero del triángulo del ejido de Zapopan era de la señora María López Morales, registrada en el ejido sólo como María Morales bajo el certificado de derecho agrario 1050140. En la parcela vivían ella, sus hijos e hijas, en casitas construidas en un espacio para

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

siembra y vivienda. Aquí entra un segundo e importante personaje: José Landeros, a quien por el testamento que su madre dictó antes de morir –ante la maestra Ruth Noemí Gutiérrez Alatorre– le heredó los derechos ejidales sobre dicho predio y fue registrado como sucesor preferente en 1983. La disposición de la señora era que cediera la mitad del predio a su hermano mayor, Emilio.

Los hermanos José y Emilio Landeros López decidieron presentarse ante la asamblea general de ejidatarios de Zapopan el 28 de febrero de 1993 para establecer un convenio entre ellos con el aval de dicha asamblea, de lo cual se derivó un acta que hace constar que se aprueba la decisión de dividir los derechos parcelarios y comunes de dicho terreno. La joven interesada en tener un pequeño lote en este predio posee una copia del acta, avalada por el notario público titular número 7, en que se ratifica el contenido del convenio, con fecha 11 de marzo de 1993. En el acta se menciona que existe un litigio por el predio entre ambos hermanos, lo cual queda asentado en ella y dice que los dos acatarían el fallo del tribunal que determinaría quién tendría mayor derecho sobre la parcela y sería el titular de los derechos agrarios de la madre fallecida. Al parecer la sentencia del litigio otorgó a don José Landeros López tales derechos, pues recibió el certificado parcelario núm. 000000000086 del Registro Agrario Nacional [RAN] con fecha 13 de octubre de 1994, precisamente a su nombre y expedido por el Delegado del RAN, Lic. Pablo J. García Zavala e inscrito en el Registro Público de la Propiedad el 14 de octubre de 1994.

Durante la presidencia de Carlos Salinas de Gortari, en 1992, se reformó la Ley Agraria y se establecieron criterios para regularizar el mercado del suelo en núcleos agrarios, con el fin de dar certidumbre en la tenencia de la tierra. Se buscaba con esto que los predios antes propiedad de la nación y cedidos al ejido pasaran a ser propiedad privada. Debido a ello, esta parcela de El potrero del triángulo, a la muerte de la señora Landeros fue heredada y desde entonces, previa gestión del certificado parcelario, que no es lo mismo que título de propiedad, ante el ejido y el RAN, se podría vender a particulares.

Del lugar

En 1996, la joven ilusionada en comprar un terreno para vivienda hizo su primera visita a la colonia. Era una tarde de los primeros días de agosto, mes en que llueve mucho; había en el cielo unas nubes muy oscuras, cargadas de agua; estaba a punto de llover y corría un viento húmedo. Caminaba por una calle de tierra disfrutando el paisaje y la frescura. En dicho año, en el lado norte del predio había milpas abundantes que se mecían al compás del viento; las cañas chocaban unas con otras produciendo un zumbido agradable; medían unos dos metros y lucían verde hermoso; era un paisaje bucólico inolvidable, de fotografía. El predio estaba rodeado de parcelitas sembradas de maíz. Aquella tarde la joven conoció el predio donde se vendían lotes de seis o siete metros de frente por veinte de fondo. El potrero del triángulo está cerca de la base aérea militar de Zapopan, al lado del libramiento construido para que los civiles dejaran de cruzarla. Entonces sólo tenía un carril de ida y otro de vuelta en dirección norte-sur. Hoy es la avenida Aviación.

Tuvo buena suerte, pues aunque Emilio Landeros le dijo que ya no había terrenos, le ofreció uno de seis metros de frente por veinte de fondo, que era de su hija y quería venderlo. Pocos días después, cuando ella pudo reunir los recursos, Emilio le dijo que su hija se había arrepentido de venderlo. La joven casi lloró de tristeza, y él, viendo rota la esperanza por la emoción que ella mostró, le dijo que tenía otro terreno, pero más grande y de mayor precio. Ella le pidió que se lo mostrara.

Fueron al lugar y vieron en el llano ya fraccionado un lote con un pozo, su brocal y una especie de cuartito, donde en algún momento – según el señor Landeros– hubo una bomba para sacar agua y regar el pasto cultivado para su venta en rollo. El terreno estaba en esquina, casi al fondo del predio, en el lado oriente. Al lado había otra parcela y ¿saben qué había ahí? Un sembradío de maíz. Por algo se decía que Zapopan era “el granero de México”. Que pena que por falta de planeación no se conservaran estos terrenos como campos de cultivo. Este lote medía diez metros de frente al poniente por treinta de largo al sur. Cuando Emilio Landeros le dijo cuánto le costaría, que era el doble

del precio que tenía el que le ofreció primero, el de su hija, a la joven le volvió la tristeza pues no tenía ni la mitad de tal cantidad. Sin embargo, él mostró una gran sensibilidad y nobleza y le dijo que le diera la mitad como primer pago; ella tomó la gran decisión en segundos y aceptó; después se dio a la tarea de ahorrar, y el resto fueron tres abonos para el pago total, para que luego él le entregara la constancia de posesión de un solar urbano, donde le cedía los derechos a la adquirente, y ella pagó por la certificación con sello del ejido.

De los antecedentes del surgimiento formal

Emilio Landeros tomó decisiones sobre la parte norte de El potrero del triángulo, según informó él mismo. Contrató a un ingeniero que hiciera mediciones, un plano donde se lotificara la parte a la que “tenía derecho”, documento que después entregaría al Ayuntamiento de Zapopan. Ya había pasado sobre aquella parte del predio una máquina que hizo el despalme cuando llegó ahí la joven de esta historia; las calles ya estaban trazadas e incluso tenían nombre, y a la colonia ya se le mencionaba como Luis Donald Colosio Murrieta, por el señor Landeros, y se conoce de transacciones de venta de terrenos desde 1992. Para junio de 1998, Emilio Landeros ya había solicitado por escrito a la COMUR [Comisión Municipal de Regularización] de Zapopan el ingreso de este asentamiento al programa para la Regularización de Fraccionamientos o Asentamientos Irregulares en predios de Propiedad Privada. La joven le preguntó por qué les puso nombres de municipios alteños a las calles y por qué el nombre de la colonia, a lo que él respondió que le gustaban los Altos de Jalisco, y llamó así a la colonia por el político asesinado hacía poco tiempo. Emilio hacía ventas de “su” parte del terreno sin contratos de compra-venta porque no tenía un título de propiedad conforme a las reformas al artículo 27 constitucional, y tampoco cumplió la obligación de dejar “su” porcentaje de área de cesión para usos y destinos que, según el Reglamento de Desarrollo Urbano y Ordenamiento del Territorio de Zapopan, debía entregar al municipio como fraccionador. Para formalizar la compra-venta sólo otorgaba a quienes compraban un documento de cesión de derechos con su firma y el sello del ejido.

Mientras este señor vendía los terrenos señalados, el otro 50 % del área del predio, la de José Landeros, su hermano, se sembraba de maíz y había un espacio donde los jóvenes que ya vivían en el área jugaban fútbol llanero.

Una vez que José obtuvo el documento que acreditaba la propiedad y la escritura pública del predio completo, pudo vender su parte de terreno haciendo contratos de compra-venta a un precio diferente de lo vendido por Emilio. Los terrenos fueron aumentando su valor con el paso del tiempo; esto se explica porque pasaron varios años entre la venta de la mayor parte de los terrenos de Emilio y lo vendido por José. Las nuevas circunstancias del desarrollo urbano incrementaron el precio de los terrenos debido a la rápida urbanización de la zona que circundaba el predio. Todas las transacciones de José Landeros fueron a través de su apoderado, el licenciado José Luis Merchant Ovando, quien siempre se mostró firme en sus decisiones, incluso a veces hasta se sentía intimidante.

La joven compradora finalmente adquirió los derechos ejidales del predio mencionado. Para 1999, se propuso y logró construir en su terreno una barda perimetral, trabajo realizado por un albañil que tenía sólo una mano; la otra era mecánica, de madera; sí, de madera. Se lo imaginaron, ¿verdad? Pese a su limitación, hizo un bonito muro de ladrillo aparente. Esto fue algo realmente aleccionador para la joven: le enseñó que cuando alguien se propone algo lo logra. En aquel tiempo el señor padre de ella visitaba todas las tardes el predio, sacaba agua del pozo con un balde, una carrucha –términos ya casi desconocidos– y una soga. Sembró plantas e hizo amistad con muchos vecinos. Plantó vástagos de plátano que trajo de un viaje por Veracruz; sembró frijoles y cosechó unos ejotes fuera de lo común de tan largos y cuya enredadera se pegaba a la barda y al alambrado superior. Algunos vecinos visitantes aún recuerdan aquellas vainas. En el área de la banquetta perimetral del terreno también plantó un nogal, dos mangos, un arrayán, dos aguacates, un *nanchi*, un granado y una pomarrosa. La joven lo dejaba hacer lo que quisiera porque él disfrutaba aquello y lo hacía feliz, y si él era feliz, ella también lo era.

En el año 2000 aquella joven se casó con alguien que también adquirió un terreno en la colonia y un poco antes, en 1999, construyó

la casa que ha sido su hogar desde entonces. Se mudaron a ella sin tener agua entubada ni red de energía eléctrica; la luz había sido introducida por particulares que llegaron primero a la colonia y compraron un transformador; uno de estos vecinos les pasaba corriente, por la que le pagaban una cantidad mensual que aquel entonces era onerosa. La necesidad les hizo aceptar este pago. También compraron durante diez años agua a un pipero que llenaba su aljibe cada mes, lo que en los últimos años les costaba 300 pesos. Ella usaba el agua de la lavadora para lavar el trapeador, regar plantas —no usaba químicos, sólo jabón en polvo—, lavar la cochera y regar la calle para aplacar el polvo.

A mediados de dicho año, se citó a una reunión informal a los vecinos de la colonia en el patio de la casa de José Landeros. En ella estuvieron presentes el licenciado Merchant, la esposa de éste y el anfitrión, y se informó que para escriturar los lotes tendría que haber un contrato de compra-venta con dicho señor, lo cual costaría en aquel primer momento 2,500 pesos por terreno; esto era indispensable para gestionar las escrituras. Por lo expuesto, la mayoría de los asistentes, que no le habían comprado a José sino a Emilio, pensaban que no tenían por qué pagar esto, y el tono en que se les pidió el pago les pareció amenazante, no conciliador. El propietario no se manifestó al respecto, sino que dejó que lo hiciera en su lugar el abogado. Posteriormente, en una fecha que la joven del relato no puede precisar, hubo otra reunión similar. A raíz de esta situación, los vecinos decidieron organizarse en su primera asociación vecinal el 14 de agosto de 2000, para buscar la regularización de la colonia ante el Ayuntamiento de Zapopan, al que enviaron escritos y solicitaron su intervención con este fin y que se le dotara de servicios básicos, como alumbrado público, agua potable, red eléctrica y, de ser posible, empedrado o pavimentación de las calles. En la asamblea vecinal del 2 de octubre de 2000 se aprobó por mayoría que la colonia se llamara Colegio del Aire y no Luis Donaldo Colosio. Posteriormente, en 2001, la Dirección de Participación Ciudadana informó a los vecinos que el Cabildo de Zapopan había autorizado el cambio de nombre.

También a finales de 2000, el joven matrimonio que recientemente se había mudado a la colonia decidió construir la casa de los padres de ella en la esquina de Acatic y Atequiza, construcción que con muchos

esfuerzos terminaron en 2002; en agosto de este año sus padres se cambiaron a la casa aún sin vidrios en las ventanas y con un baño de lo más económico. Sin embargo, ya tenían casa “propia”. ¿Por qué entre comillas?, pues precisamente aquí viene la historia increíble, que 22 años después, en 2024, aún no la ha podido tener en verdadera “propiedad”; es decir, carece de la certeza legal que otorga el estado de derecho.

Del nacimiento legal

Todo parecía ir bien, pues se hacían gestiones y trámites para que la colonia se entregara al municipio de Zapopan y éste la dotara de los servicios públicos que normalmente ofrece. Los vecinos gestionaron que pasara el carretón de la basura, que la colonia tuviera un código y una valija postal, entre otros servicios. También preguntaban al ayuntamiento si los propietarios de los terrenos ya habían cumplido con la entrega del área de donación para infraestructura y equipamiento denominada “cesión para usos y destinos”, que deben hacer todos los fraccionadores, precisamente porque querían que se cumpliera debidamente para poder dar seguimiento con la formalización de la colonia.

Después de que miembros de la asociación vecinal hicieron varias visitas a diferentes oficinas del Ayuntamiento –Desarrollo Social, Participación Ciudadana, Obras Públicas, Sindicatura, con regidores, etcétera– y de preguntar por escrito, el 28 de febrero de 2001, ¿cuál era la situación real que prevalecía en cuanto a la regularización de la colonia? El Ayuntamiento de Zapopan, en la persona del arquitecto José Luis de la Paz, informó que se presentó un proyecto de convenio para ello entre el promotor y el municipio. La respuesta del Ayuntamiento, mediante oficio núm. 15041/COMUR/2001/2-056 de Obras Públicas, fue que “este fraccionamiento en cuestión se encuentra en proceso de regularización al amparo del Decreto 16664 emitido por el Congreso del Estado de Jalisco”, esto porque hay fraccionamientos que se ejecutan al margen de leyes aplicables en su materia y no reúnen los requisitos indicados, por lo que este decreto otorga algunas dispensas al cumplimiento de la Ley Estatal de Fraccionamientos.

Con la escritura pública del predio completo, en 1998, José Landeros López solicitó al Ayuntamiento de Zapopan la regularización del predio y su fraccionamiento en lotes. El municipio atendió la solicitud y el 6 de julio de 2000 la Procuraduría de Desarrollo Urbano (PRODEUR) emitió dictamen de procedencia de dicha acción para el fraccionamiento; el 23 de noviembre de 2001 la Comisión Municipal de Regularización (COMUR) de Zapopan aprobó su propio dictamen de procedencia de la misma.

De esta manera, se regularizó la colonia, y el 30 de septiembre de 2002 el Ayuntamiento de Zapopan estableció el convenio para ello y para realizar las obras de urbanización faltantes del fraccionamiento llamado antes Luis Donaldo Colosio Murrieta y ahora Colegio del Aire Sección Sur, convertido en Acción Urbanística por Objetivo Social. Era presidente municipal el doctor Macedonio Salomón Tamez Guajardo, quien firmó el documento que así avala a la colonia. Por la otra parte comparecieron José Landeros López, quien era el titular del predio donde se asienta el fraccionamiento, y Miguel Ayala Córdova, presidente de la asociación vecinal. Dicho convenio era para regularizar el predio ubicado en prolongación de la calle Atotonilco, 800 metros al sur del antiguo camino a Tesistán, 200 metros al oriente de la avenida Aviación y con una superficie de 120,882.58 metros cuadrados.

De su enfermedad

En 2002, durante una reunión de asamblea, después de la firma del convenio entre el municipio, el fraccionador y los vecinos, se suscitaron problemas porque el licenciado Merchant dijo ser el representante también de la notaría número 79, cuyo responsable era el licenciado José Guillermo Vallarta Plata. Expresó que los vecinos debían escriturar en ella una vez pagado el 2 % del valor comercial de cada terreno a José Landeros, como condición para que firmara la escritura. El argumento era que éste debió haber pagado los gastos inherentes al proceso de regularización. Aunque esto era cierto, nunca dijo a los asistentes de manera clara en qué consistieron tales gastos, que por cierto, se describen claramente en el convenio de regularización. Además, en uno de sus contratos de compra-venta a la letra dice: “Comprometiéndose

únicamente a dar la firma en definitiva para la escrituración, ante la notaría que el comprador elija”, por lo que el dicho del abogado contravenía al contrato de compra-venta que él respaldaba. En asamblea vecinal extraordinaria, efectuada el 28 de febrero de 2004, quedó claro que algunos vecinos no querían pagar el 2 % exigido por Merchant, mientras que otros estaban a favor de negociar una cantidad mínima para resarcir al propietario los gastos en que debió haber incurrido para formalizar el convenio de regularización. La mayoría de los asistentes a dicha asamblea querían escriturar en la notaría de su confianza y no en la indicada por Merchant. Desafortunadamente, en esta reunión se exaltaron los ánimos del abogado y de algunos vecinos y hasta hubo avisos de “alerta roja” por parte de éstos, lo cual alteró mucho al abogado y a José Landeros. El licenciado, al parecer en conversación privada con el presidente de la asociación de la colonia, se mostró firme en su postura de que se debería pagar el 2 % y sin negociación posible en cuanto a escriturar en dicha notaría. Hasta dijo “que se vayan a la demanda los que así lo decidan”.

El 29 de marzo de 2004, los vecinos tenían posturas divididas: un grupo decía que convenía irse por la vía legal y demandar a José Landeros y otro continuaba en su postura por negociar una cantidad básica y mínima por obtener el contrato de compra-venta, independientemente de los gastos de escrituración. En tal reunión ya había una nueva representación de vecinos, que fue ninguneada, y algunos representantes de la asociación anterior sabotearon la reunión tomando la palabra a gritos y sin razonamientos lógicos, mostrando molestia y ánimo de desalentar la postura de negociación, pues consideraban que los nuevos representantes vecinales eran “mandaderos” de José Landeros por haber recibido de él los requerimientos de pago de cada uno de los registros catastrales de los lotes, que aún estaban a nombre del propietario, pues no había escrituras particulares. Decían que no pagarían a Catastro hasta que estuvieran los registros a su nombre. A la fecha algunos aún no pagan impuesto predial. La nueva asociación vecinal estaba a favor de llegar a un acuerdo sobre el costo de dicho contrato y de la notaría que haría las escrituras. Los nuevos representantes vecinales decidieron renunciar al no ver condiciones propicias para continuar.

De la “muerte” de la colonia

Durante 2004, en repetidas ocasiones el licenciado Merchant insistió en que los vecinos de la colonia pagaran el contrato de compra-venta y obtuvieran su escritura en la notaría pública que él indicaba. Algunos decidieron aceptar las condiciones propuestas por el apoderado del dueño, pagaron lo solicitado, escrituraron y regularizaron debidamente sus documentos ante el Registro Público de la Propiedad. Otros expresaron decididamente que no pagarían nada ni aceptaban escriturar donde él decía. Fue entonces cuando empezó el verdadero problema y “enfermó de gravedad” la colonia, pues al darse cuenta de ello Merchant buscó “aplacar” los ánimos rebeldes de dos de los líderes que estaban en su contra y los demandó argumentando que se habían asentado indebidamente a partir de una fecha determinada en terrenos propiedad de José Landeros; se pedía la devolución de los terrenos y que se pagaran gastos por daños y perjuicios. Lo argumentado no era cierto y había pruebas en contra de tal afirmación.

La demanda preocupó sobremanera a la señora y señor demandados, por lo que éstos decidieron defenderse legalmente de estos atropellos. Demandaron, a su vez, a José Landeros (juicio agrario 125/2004) y convencieron a 54 vecinos más de unirse a su demanda por Acción de Nulidad de Actos y Documentos, y en esencia, para declarar la nulidad del Acta de Asamblea General de Ejidatarios de Delimitación, Destino y Asignación de Tierras Ejidales (4/01/1994, antes mencionada) de la parcela 18 ZO P2/19 con superficie 12-08-82.58, dado que los demandantes señalan que tal asignación es nula de pleno derecho, pues lo que se consideró como parcela en realidad, en la fecha que se realizó la citada asamblea ejidal, ya era una superficie desnaturalizada, porque se había perdido la vocación agrícola y era un asentamiento humano al haberse fraccionado y lotificado el terreno cuando se recibió el certificado parcelario. La demanda específica era “que se declarara la nulidad del título de propiedad que se expidió” a José Landeros, quien asumió el dominio pleno de la misma, “así como todos los actos subsecuentes y cancelación de tal documento ante distintas dependencias”. El licenciado Merchant y su representado perdieron la demanda pues se falló a favor de la interpuesta por los ofendidos, ya

que el 29 de marzo de 2010 el Tribunal Unitario Agrario del Distrito Quince declaró en su sentencia (y con ello decretó la “muerte” de la colonia) “que se concede la Acción de Nulidad de Actos y Documentos de la citada Acta de Asamblea General de Ejidatarios de Delimitación, Destino y Asignación de Tierras Ejidales y se declara Nulidad del Título de Propiedad expedido a don José Landeros López” expedido por el RAN. Por lo tanto, se anulaba toda acción anterior y se dictaba que el ejido gestionara ante el RAN el título de propiedad a los demandantes. Las acciones de nulidad afectaban todo lo regularizado en la colonia Colegio del Aire Sección Sur por el municipio de Zapopan, así como lo hecho por la PRODEUR, el Registro Público de la Propiedad, lo relativo al registro de la colonia en el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI), las escrituras hechas, pagadas y registradas, etcétera. Con esto se puede decir que la colonia había *muerto*. Se entregó a varios de los demandantes su título de propiedad, mas aún no lo tienen todos; se desconocen las causas de esto último. No obstante, sólo una persona de quienes obtuvieron su título de inmediato gestionó la venta de su lote e inmueble, y el comprador pudo gestionar un crédito bancario para la compra, obteniendo su escritura debidamente regularizada ante el Registro Público de la Propiedad.

Por otra parte, los vecinos que ganaron la demanda, con su abogado y representantes del ejido Zapopan, convocaron a una reunión a los vecinos que no se habían involucrado en la demanda para informarles de la sentencia y que ellos no eran beneficiados en ella; entonces deberían acercarse al ejido y pagar 18,000 pesos para que la Asamblea General de Ejidatarios de Delimitación, Destino y Asignación de Tierras Ejidales pudiera incluirlos en la propuesta de título de propiedad ante el RAN. Algunas personas, buscando la certeza jurídica de sus posesiones, aceptaron la propuesta, acudieron al ejido y pagaron el monto solicitado, pero después de muchos años aún no se les ha resuelto nada.

Quienes habían comprado al señor Emilio Landeros y pagaron contrato de compra-venta a José Landeros, escrituraron y regularizaron sus escrituras ante el Registro Público de la Propiedad del Estado fueron atropellados por dicha sentencia, a todas luces injusta para estas personas, pues no se consideraron los actos y gastos realizados

legalmente por muchos que actuaron de manera responsable, de buena fe y legalmente, y aun así perdieron la certeza jurídica que la propia ley les había dado y luego les arrebató. No obstante lo anterior, la sentencia revirtió todos los actos debido a anomalías que se dieron desde un principio cuando el ejido gestionó la solicitud de certificado parcelario para don José Landeros aún a sabiendas que ya no era parcela, pues la parcela ya estaba habitada.

De su vida fantasmagórica

La vida *fantasmagórica* de la colonia empezó en esta etapa; está marcada por conflictos y desafíos, pero sobre todo, por la falta de información y certeza para los vecinos sobre lo que pasó a raíz de la sentencia del juicio citado. Luego de iniciadas las gestiones legales por el licenciado Merchant y los vecinos demandados, pasaron diez años en que la mayoría de los residentes no han sabido nada, lo cual provoca una gran molestia y enfado entre los vecinos, e incluso encono de unos contra otros y gran desconfianza ante cualquier acción y otros malestares.

En 2021, durante la pandemia de COVID-19, cuando estuvo trabajando desde su casa, aquella joven ilusionada —que hoy es una mujer madura— pensó que debería hacer algo y solicitó información al Tribunal Unitario Agrario del Distrito Quince, que no obtuvo porque no fue parte en el juicio comentado. Llevó a una persona que sí lo fue y pidió la información, pero le dijeron que ahora el asunto estaba en el Tribunal Administrativo, a donde hizo una cita en línea para que le dieran tal información, y al decir éste que no entiende la explicación que le dan, le sugieren que lleve un abogado que le pueda explicar con “peras y manzanas”, pues ellos no tienen tiempo para darle detalles. Además, ella pidió información en la Unidad de Transparencia del Ayuntamiento de Zapopan, de la que obtuvo una respuesta que no contesta lo que ella preguntó; apeló a la respuesta y procedió su apelación, y ahora intervino el Instituto de Transparencia e Información Pública y Protección de Datos Personales del Estado de Jalisco (ITEI), que fungió como garante de que se le brinde la respuesta solicitada. Finalmente, el 31 de agosto de 2021, el Área Civil y Agraria del Ayuntamiento de Zapopan respondió: “Existe un juicio agrario que

guarda relación con la colonia Colegio del Aire Sección Sur”. Es todo lo que le informó el Ayuntamiento. Por problemas personales y de tiempo ya no solicitó información para saber en qué consistía dicho juicio.

Esta mujer, que cada día se levanta pensando qué hacer para encontrar solución a la falta de certeza jurídica de su propiedad, de su esposo y de otras familias de la colonia, ha buscado hacer contacto directamente con diferentes autoridades del Ayuntamiento, las cuales le dicen que el problema es entre particulares, no con el municipio. Encuentra amabilidad en sus interlocutores, pero no la respuesta que le diera el Área Civil y Agraria de que existía un juicio. Ella y otras personas acudieron al ejido para conocer la situación que guarda para con ellos esta colonia, y también le respondieron que el problema no era con ellos, sino entre particulares porque había amparos posteriores a la fecha en que se emitió la sentencia. Ya en 2024 y continuando con su investigación, esta mujer y un vecino obtuvieron del ejido permiso para fotografiar un amparo “viejo” e imprimirlo, y al estudiarlo se dio cuenta de que había tres ejecutorias de amparo: la 2202/2013; la CA/160/2013 y su revisión AR552/2013, así como la 253/2013 y su revisión AR15/2013, y una revisión del juicio de amparo 2202/2013 con el número 263/2015 del Tercer Tribunal Colegiado en Materia Administrativa del Tercer Circuito. La novedad es que ahora interviene un hijo del licenciado José Luis Merchant, el también abogado Martín Merchant Chávez, quien representa a cuando menos 19 propietarios de la colonia. La mujer que busca esta información hasta la fecha no sabe qué procede jurídicamente con los amparos y busca asesoría para tener la posibilidad de proceder legalmente y tomar una decisión informada y razonada.

Esta persona, que continúa buscando la forma de legalizar su propiedad, ha preguntado aquí y allá con los vecinos cuál es la situación que guarda el predio de ellos y encontró que como resultado de la sentencia que hay diferentes tipos de situaciones legales y administrativas de los propietarios de lotes. Con la información de que disponía elaboró una tipología de casos con los nombres (arbitrarios, por cierto) de las situaciones encontradas: a) “limbo”, pagando predial; b) “limbo” sin pagar predial; c) “afectados por sentencia judicial”; d) “afectados por la

justicia y el ejido”; e) “beneficiados por la justicia” –con subclasificaciones–, y f) “situación mixta”.

De los efectos sociales

Desafortunadamente, la sentencia judicial muchas veces mencionada y la situación subsiguiente provocaron también un problema social: ha habido enfrentamientos entre vecinos, molestias, frustración, desánimo, decepción y desesperanza por falta de certeza jurídica en sus propiedades. Las autoridades municipales y el ejido Zapopan coinciden en que ahora el problema es entre particulares. La joven de este relato y ahora mujer mayor, así como otros propietarios, desconocen el camino legal que se debe transitar para resolver este problema. Resulta difícil llegar a un acuerdo que lo solucione porque se ha invertido tiempo y dinero en amparos y no hay solución fácil a la vista. Seguramente habrá que invertir en abogados y, además, contar con el apoyo de un mediador profesional.

Han pasado casi cinco lustros desde que inició el enfrentamiento legal que dio marcha atrás a todo lo que se había logrado para regularizar la colonia, y aún más tiempo desde que ésta se fundó y llegaron sus primeros pobladores. Algunos de ellos ya fallecieron. Es triste la situación que se vive en ese lugar.

Buscando una nueva esperanza

La mujer de esta historia, aquella joven ilusionada que hace casi treinta años hizo grandes esfuerzos para adquirir su lote, ahora en 2024 sigue buscando con interés y urgencia obtener la propiedad jurídica de su casa. Tiene esperanzas en que habrá una solución. El tiempo pasa y eso preocupa a cualquiera. Así se encuentran la mayoría de las cerca de 350 personas que poseen un lote en alguna de las 20 manzanas de esta colonia, que se encuentran en diferentes situaciones legales, pero todas igualmente inciertas.

Para acabar...la

Como se puede leer en documentos oficiales sobre el ordenamiento territorial nacional, se reconoce que ha habido una falta de atención a

las causas de irregularidad y han faltado esfuerzos para ofrecer suelo para vivienda formal a grupos de personas sobre todo de menores ingresos que represente una alternativa real al suelo informal. De acuerdo con los datos que se reportaron para 2008, había unos 7.5 millones de predios irregulares dentro de las 56 zonas metropolitanas del país. Como se aprecia en el relato, la colonia Colegio del Aire Sección Sur “murió” a raíz de la sentencia de un juez. Sin embargo, sigue existiendo. Por eso el título de este relato se refiere a una colonia “fantasma”, pues ha desaparecido legalmente. Como dicen que los fantasmas no existen y esta colonia persiste como muchas otras de Zapopan y del país, podemos decir, igual que en el caso de los fantasmas, que “de que las hay, las hay”.

YO SOY ZAPOPAN

Naomi Yanette Baltazar Ramírez

Yo soy unos ojos cafés, una piel tostada, cabello oscuro y lacio, unas cejas pobladas. Soy un enorme maizal en Tesistán; soy el rosa mexicano de la cubierta de las pitayas; soy el sabor picoso del *bien mucho* chile que le pones a las tortas ahogadas; soy la frescura de un tejuino con nieve de limón, los frijoles de tu lonche con queso; soy el agua que chispea sobre la ropa que sacaste a tender, el *no manches* que dices cuando te sorprende algo; soy el sonido del mariachi que te hace querer pararte a bailar; soy una falda colorida y un zapateado; soy la fe que le tienes a Dios y la oración que le haces; soy una celebración de cumpleaños; soy la canción de “Las mañanitas”; soy una posada; soy un atardecer en la Basílica; soy una gran sonrisa; soy alegría, convivencia familiar, fiesta, color, belleza y tradición... Soy Zapopan, orgullosamente zapopana.

Soy Naomi, una chica de veinte años que se siente muy orgullosa de sus raíces. Toda mi vida he vivido en Zapopan. Antes pensaba que era normal y muy cotidiano todo lo que vivía, como las tradiciones, fiestas de cumpleaños, las navidades, las fiestas religiosas, disfrutar una exquisita comida, como una torta ahogada, una buena birria y un elote preparado, etcétera, pero con el tiempo he ido dándome cuenta de que en realidad esto es lo que se vive únicamente en mi México, mi región y para ser más específica, en mi ciudad, justamente en mi querido Zapopan. Sin duda, le ha otorgado un mayor valor el hecho de que no cualquier persona puede disfrutar de esto, que me hace la persona que soy, y me encantaría que la tradición se mantuviera. Esto hace que la riqueza cultural no se pierda y que quede sólo en algo del pasado, sino que a nuestras generaciones futuras también les toque conocerlas y disfrutarlas, así como a nosotros. Creo que mantener nuestra cultura es una forma de honrar al Zapopan antiguo y a su gente. Sin más preámbulo, déjame contarte y darte una probadita de todo lo que es Zapopan.

No recuerdo exactamente la primera vez que probé un tejuino, pero sí puedo decir que desde que recuerdo siempre me ha gustado. Su sabor se quedó en mi corazón, y sin duda, es de mis bebidas favoritas, típica de Zapopan. Normalmente mi familia y yo la compramos cuando salimos a pasear por el tianguis. Los martes mi hermana, mi mamá y yo vamos juntas. Vamos caminando y justo en la entrada, en una esquina, se ve el puestito del señor, y mi mamá y él suelen tener una plática como la siguiente:

—¡Hola, buenas tardes! ¿Cómo está?

—Hola Lupita, buenas tardes. Muy bien, gracias a Dios. ¿Cómo están ustedes?

—También bien, gracias a Dios. Soportando el calorón que hace.

—¿Sí, verdad? Con este calor ya se antoja un tejuino, pero bien frío.

—Eso sí, apenas un tejuino.

—¿Sería uno grande como siempre?

—Sí, por favor, y un *diablito*.

—Claro que sí. Ahorita se lo damos.

El tejuino es una bebida a base de maíz y piloncillo que debe fermentarse por unos días y a la que se le añade jugo de limón, hielo y sal al gusto. A mí también me gusta que le pongan nieve de limón y un poco de chilito. Como resultado queda una refrescante bebida con un toque agrídulce delicioso y perfecto para la temporada de calor. Aparte, a veces también suelo pedirme un *diablito*, que es nieve de limón con chamoy y chilito. Sin embargo, eso tan sólo es el comienzo de su deliciosa gastronomía y tradición.

Al pensar en Zapopan, en su tradición y religión, inmediatamente pensamos en la Basílica de Zapopan y en la virgen. Los ciudadanos son muy creyentes en su fe y es que el día 12 de octubre se celebra la Romería, que es una gran tradición en honor a la virgen de Zapopan. Esta consiste en la finalización del ciclo anual en el cual la virgen es llevada a diferentes iglesias cercanas a Guadalajara hasta que vuelve de nuevo a la Basílica. Cuando era niña recuerdo que llegué a ir y me tocó observar cómo es que traían a la virgen, entre varias personas cargándola en sus espaldas, debido a que la llevan en una vitrina y con muchos arreglos de flores. También observaba a muchas personas que iban devotas caminando, conformando una multitud, acompañándola hasta la Basílica. Además, me asombraba

cómo se encontraban varios “danzantes” que se siguen vistiendo cada año con penachos de colores, con huaraches y cascabeles en los pies, que resuenan al caminar y bailan con movimientos muy enérgicos al ritmo de tambores y flautas. De hecho, suelo recordar que días antes veía cerca de mi casa ensayar en la calle a estas personas de varias edades: adolescentes, adultos y adultos mayores.

Mi abuelito siempre ha sido muy creyente de la religión católica, y recuerdo cómo es que él iba cada año sin falta a visitar varios templos desde muy temprano en la mañana. Él acompañaba a la virgen en gran parte de su recorrido y me contaba cómo algunos iban hacia el templo arrodillados y pidiendo favores, lo que me parecía muy impactante, pues es un reflejo de su gran fe hacia sus creencias. Algo que disfrutaba mucho es que mi abuelito Juan siempre llegaba con deliciosos panes de fiesta, que es un tipo de pan muy común aquí en Zapopan. Suelen venderlo afuera de la Basílica o en las ferias; es un pan suave y esponjoso con sabor a natas y vainilla, un poco doradito por arriba, que puede tener forma alargada o circular y llevar trocitos de nuez, ajonjolí y ate de diferentes frutas. Siempre lo *chopeabamos* en leche, y tiene un sabor delicioso. Además, las personas ponían sus puestos y vendían todo tipo de cosas. Por si te lo preguntas, la Romería tuvo sus inicios desde 1734, desde que varios creyentes pedían que la imagen fuera llevada a otros lugares para pedirle milagros, más de dos millones de personas llegaron a venir antes de la pandemia. Y se volvió Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de la UNESCO [Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura].

Cuando pensamos en disfrutar una tarde en Zapopan, es imposible no pensar en los elotes. Una de mis tradiciones favoritas es la Feria del Elote, que se lleva a cabo en Tesistán. Se realiza en agosto y justamente se celebra la cosecha del elote; es visitada por miles de personas de diferentes lugares y se cuentan con bastantes actividades muy variadas. Sin duda te llevas una muy linda experiencia.

Desde que soy niña recuerdo ir si no es cada año, por lo menos muy seguido. Lo que más disfruto de la feria verdaderamente es probar los deliciosos platillos que se hacen a base de elote. Hay más de lo que te puedes imaginar: desde unos ricos elotes preparados, a los que usualmente le pueden poner queso, crema, mayonesa y claro, como no, chile del que

pica y del que no pica, o unos *tostielotes*, así como también se encuentran tamales, panes, flanes, gelatinas, hasta agua y nieves de elote. Sin duda cada persona debería tener la oportunidad de saborearlos alguna vez en la vida. Lo que más disfruto es comer un rico elote asado y bien preparado. El que tenga miedo a enchilarse, que mejor corra.

Como tengo familiares que viven en Tesislán, recuerdo ir a visitar sus puestos de vendimias y comprarles. Aunque en su gran mayoría se venda comida, no es todo lo que encuentras ya que también se venden artesanías, hay bailes folclóricos, conciertos de música popular, presentaciones de banda en la noche, donde se puede ir a disfrutar y bailar, así como también juegos mecánicos. Es bien sabido que en todo México somos ingeniosos y creativos, lo que me hace pensar en algo curioso que me encontré en la feria. Hace unos tres años recuerdo ir con dos de mis primos que viven por allá y encontrarnos con una concha (el pan) en forma de elote, con todo y sus hojas y carita dibujada. Se veía súper bonito y se vendió de volada. Además, también vendían sopa maruchan con elotes preparados y algo que nunca hubiera imaginado: un tamal con un elote preparado, el *tamaelote*, que fue el que la verdad sí que me sacó unas buenas risas, y aunque preferí comprarme mi elote preparado, bien dicen que no juzgues un libro por su portada, pues quién sabe y podría ser un buen descubrimiento gastronómico, como lo que me pasó más adelante.

Algo a lo que no le tenía tanta fe era al agua de elote. Sinceramente no se me antojaba, quizás porque se veía muy amarilla y relaciono al maíz más que nada con comidas principales o saladas (a excepción del tejuino), pero mi prima al platicar conmigo me convenció, así que acepté y al probarla quedé completamente anonadada y encantada de su sabor refrescante, pues sabía a maíz dulce y muy rico... Y cómo dicen por ahí: “probar para creer”. Y he ahí una cosa más por la que estoy enamorada de mi Zapopan: yo creo que mi corazón tiene forma de elote.

Y ya que estoy hablando de comida, quiero compartirme unos recuerdos que casi puedo sentir en mi paladar y puedo saborear aquellos tan deliciosos manjares, que se han combinado con mi cultura familiar. Mi familia, del lado materno, suele reunirse desde que yo estaba muy chiquita los domingos en casa de mi abuelito Juan para visitarlo, y se ponen todos de acuerdo para ver qué comer. Muy seguido se hace lo que más se le

antoja a mi abuelito, y entre sus platillos favoritos están los chicharrones, el pozole, las tortas ahogadas y los tamales. Solemos ir a la iglesia y regresando algunos familiares, mis tías y mi mamá se meten a la cocina a preparar la comida; mis tíos van a la tienda por los acompañamientos que faltan como tortillas, tostadas o refresco, y los niños juegan hasta que la comida está lista y se les avisa. Yo y mi hermana solemos platicar con mi abuelito y jugar también con nuestros primos juegos como Las escondidas y Las traes.

Usualmente si es un día en el que no viene toda la familia y solamente estamos mi mamá, mi abuelito, mi hermana y yo, y no tenemos ganas de cocinar, pedimos unas tortas ahogadas a domicilio. Imagina abrir una bolsa y encontrarte con un birote salado, suave por dentro y doradito y crujiente por fuera, untado con frijoles refritos y lleno de carnitas de cerdo, bañado en una deliciosa salsa de jitomate y un poco de cebolla. He ahí una rica torta ahogada. A mí me encanta ponerle jugo de limón y claro que su salsa picante rojiza, de la que debes tener cuidado o terminarás sintiendo que las orejas te zumban.

A mi mamá le gusta mucho hacer el pozole con leña en el patio. Sale a la calle a buscar algunos troncos y enciende el fuego. Agarra una olla enorme y pone a calentar el agua con la cebolla y el ajo. Cuando el agua comienza a hervir se le agrega el maíz previamente lavado. Después de un buen rato, hasta que el maíz revienta, ahora sí se le agrega la sal y la carne. A mi familia siempre le gustó ponerle la cabeza, las patas y otras partes del puerco; en cambio, yo prefiero la carne más tierna o deshebrada. Normalmente mi mamá hace el pozole rojo, para el que licúa el chile guajillo, uno que es grande y rojo; es el mirasol, pero ya seco; ese es el que le da color rojo al pozole, aunque también el pozole puede ser blanco o verde. Luego de echarle el chile, el pozole se cocina por otro rato y queda listo. Después, al sentarnos en familia, servimos el pozole en platos pozoleros, unos platos hondos y grandes especiales para el pozole. Servimos granos del maíz, carne y caldo. Luego lleva lechuga picadita, cebolla y rábanos. También, jugo de limón y se acompaña de tostadas. Como de costumbre, mi mamá suele hacer su variedad de salsas que no pueden faltar: una verde picosa, con sabor a limón, y una de chile de aceite y cacahuete, ambas muy picosas, pero ricas. Recuerdo que siempre que mi mamá las hace, todos en la casa empezamos a toser, ya que

normalmente tuesta primero los chiles y como que el olor quiere meterse a la garganta.

Zapopan no es Zapopan sin unos ricos tacos de carne guisada de res o chivo que te compras para desayunar. Se preparan sumergiendo las tortillas en el rico caldo sazonado y poniéndolas en un comal caliente, para que esta se impregne del sabor y queden un poco crujientes, obteniendo así unos ricos tacos de birria. Me encanta agregarles limón, cebolla, cilantro, salsas picantes y no tan picantes, así como disfrutarlos acompañados de su rico consomé. Cerca de mi casa solía encontrarse un puesto de elotes en el que muy seguido por las tardes íbamos mi familia y yo a comprarnos un elote preparado. A mi abuelito le gusta mucho el elote asado, con mucho chile del que pica, sal y limón. A mi mamá y mi hermana les gusta el elote con caldito de donde se estaban cociendo los elotes, sal y limón, o también de los elotes que llevan queso y crema, y les ponen mayonesa y chile. A mi mamá le gusta ponerle de un chile que es oscuro y que es como un polvito. Mi elote favorito es el asado, desgranado y combinado con unas papitas como pueden ser Tostitos o Doritos, a los que se les pone mayonesa, crema y queso, también limón y de todas las variedades de chiles.

Mi abuelito siempre ha hablado de cómo mi abuelita le cocinaba los más ricos platillos. Dice que en las posadas y cuando le tocaba a mi abuelita tener a la virgen en su casa, todos iban a rezar y al final mi abuelita les daba *buñuelos de rodilla*, unos buñuelos a los que la forma se les tiene que dar con la mano y quedan planos como una tortilla; además, por encima llevan un jarabe dulce que se hace con piloncillo y canela y créeme que sabe delicioso. Aparte también hacía tamales y café negro o champurrado. Los tamales me hacen pensar en la navidad, porque de niña a veces la pasaba con la familia de mi mamá, donde ella, mi hermana y yo le ayudábamos a hacerlos. Recuerdo estar haciendo la masa, para la cual se necesita mucha fuerza, pues hacíamos mucha. Íbamos a comprar las hojas de los elotes y con una cuchara poníamos masa. Si eran salados llevaban la misma masa, pero le poníamos el mole rojo o verde con la carne de res y luego los envolvíamos y colocábamos verticalmente en la gran olla. Mi abuelita hacía los tamales, y dice mi abuelito que todos los vecinos de la cuadra comenzaban a llegar por el rico olor que se producía y a pedirle que les regalara. A veces también hacíamos tamales de dulce,

que podían ser de piña, de fresa o de elote. Estos sí llevaban el sabor y color en toda la masa. Los de piña eran amarillos, y los de fresa, rosas, con pedacitos de fruta. Tampoco podía faltar el ponche navideño de frutas. Lo que más me gusta de ese son los pedacitos de caña que salen y tienes que masticar o el champurrado.

En Navidad la familia llegaba algo noche, como a las ocho. Nos arreglábamos con ropa elegante e íbamos poniendo toda la comida en la mesa. Si faltaba algo, entre mis tías se ayudaban. Mientras tanto, todos los primos salíamos a jugar a la calle, como Las escondidas, Las traes y Policías y ladrones. También comprábamos luces de bengala. Además, pedíamos posada. Luego nos avisaban cuando la cena estaba lista y comíamos. Al dar las 12:00 a. m. nos deseábamos feliz navidad y luego había que dormirnos rápido porque al otro día llegaría el *Niñito Dios*, quien nos traería muchos regalos si nos habíamos portado bien. Despertábamos temprano. Yo despertaba a mi hermana si es que aún no se había levantado y corríamos a bajar las escaleras para ver bajo el árbol los regalos. Nos sentíamos súper emocionados y felices. Sin pensarlo, rasgábamos el papel y nos encontrábamos con muñecas, peluches, pelotas y todo lo que habíamos pedido. Muy seguido encontrábamos una carta del *Niñito Dios* pidiendo que nos siguiéramos portando bien.

Recuerdo que días antes de Navidad, mi abuelito Juan siempre nos preguntaba por lo que haríamos de cenar:

—¿Qué vamos a hacer para Navidad?

A lo que nosotras (mi mamá, mi hermana y yo) respondíamos:

—¿Qué se te antoja, abuelito?, ¿de qué tienes ganas?

Normalmente él decía:

—Lo que a ustedes se les antoje. No estarían mal unos tamales, un pozole o unas *ahogadas*.

Con mi abuelito suelo tener muchos recuerdos, ya que he pasado viviendo la mayor parte de mi vida con él. Desde que era muy joven, siempre he sido muy cercana a él. Se volvió mi mejor amigo de la infancia, jugaba conmigo, me dejaba pintarle las uñas, me ayudó a aprenderme las tablas de multiplicar, me compraba lo que se me antojaba al ir a la *tiendita de la esquina* y siempre me tuvo mucha paciencia, y claro que me heredó unas buenas tradiciones, cultura, buenos gustos gastronómicos y, sobre todo, buenos valores.

Mi abuelito Juan es conocido en la colonia y siempre fue de tener varios amigos. Entre ellos había un señor al que le decíamos Chito, como un apodo. En temporada de calor vendía raspados, pero no eran cualquiera, sino los favoritos de toda la colonia porque no cobraba caro y los daba bien servidos con mucho jarabe de fruta natural, y en temporada de frío vendía unos muy ricos tamales. A mi abuelito le encantaba la nieve de tamarindo; a mi mamá, la de fresa con coco; a mi hermana, de frutas naturales, y mi preferido es *la monja*: un raspado de *lechera*, un tipo de leche dulce que comúnmente se utiliza en postres, que se corona con chocolate líquido por encima, simplemente delicioso. A veces Chito nos dejaba las cosas más baratas por la amistad que tenía con mi abuelito. Sin falta íbamos a comprarle todos los domingos. Con el paso de los años fue dejando de poner su puesto. Seguramente porque le quedaba algo lejos de su casa dejó de ponerse, pero siempre tendrá un lugar en nuestros recuerdos del paladar.

Mi mamá es de esas personas a las que les gusta mucho cocinar y a la que todos le dicen sobre lo rico que le queda todo, que debería ponerse a vender o que ya se puede casar. No es por presumir, pero yo creo que la cocina y el *toque especial* sí corre por nuestras venas, por las de la familia Ramírez, puesto que desde mi abuelita, que le encantaba cocinar y compartía su don con los vecinos, mi mamá junto, con muchas de mis tías, son muy apasionadas por cocinar, en especial platillos típicos de Jalisco y Zapopan. Esto no se ha quedado así, ya que mi hermana es ahora una gran fanática de cocinar y, a la vez, cocina saludable. Hace unos años cocinar era de mis mayores pasiones, aunque especialmente con los postres. Sin duda se ha ido dejando ese legado, que me hace darme cuenta de que aunque la comida es deliciosa, llevar las recetas y platillos de generación en generación, de abuelos a hijos y nietos, es más que un rico platillo: es cultura y tradición, puesto que originalmente estos platillos se hacen con productos que se encuentran típicamente en la región, con frutas y verduras que son *nuestras*, que hemos aprendido a comer y a disfrutar su exquisito sabor, que son únicos y que no siempre vas a encontrar otro lugar en el que estén presentes, en el que se puedan comer o preparar de la misma forma que en Zapopan, así que ¿por qué no apreciar la belleza que transmiten nuestros alimentos? Que sea algo de lo que nos sintamos orgullosos y no tratemos de esconder.

Zapopan no es un municipio más. Es un hogar que, junto con su gente y simpatía, junto con su cultura y tradición expresan originalidad y un gran disfrute. Muestran el gran cariño que se tiene por México. He descubierto cómo otras personas con culturas diferentes ven algo especial en Zapopan, en la amabilidad y calidez de su gente, en la emoción de su tradición y en sus sabores gastronómicos. Siempre hay algo que destaca y que deberíamos comenzar a valorar más, sobre todo los que sí somos originalmente zapopanos. Valora ese elote, tu pozole preparado por tu mamá, el tejuino que te compraste en el tianguis, las pitayas que te compraste, ese clima templado, esa apreciación hacia las creencias, la fiesta de la Romería, la Feria del Elote, los cumpleaños y navidades, porque todo aquello que has pensado que es “lo de todos los días”, en realidad es una especial tradición que une a las familias y seres queridos, es lo que nos une como a zapopanos. No dejes que el intercambio cultural afecte o haga que se pierda nuestra cultura, sino que todo lo bueno de nuestra tradición permanezca e impacte positivamente cualquier otra cultura, porque siempre habrá cambios, pero no dejemos morir aquello que es nuestro.

¿Cómo ser un zapopano y no mostrar y dar a conocer nuestras tradiciones a otros? Que se comience por la familia, por los más pequeños, porque estas tradiciones buscan unidad, alegría y momentos en los que nuestra identidad se vea firme y única.

Poema “Corazón de elote”

Aquella tierra de zapotes,
 ahora es un pueblo.
 Pueblo de mi alma
 y de mi corazón.
 Tierra donde abundan los elotes
 y la tradición como un gran cielo.
 Zapopan de mi alma
 y de mi corazón,
 quédate aquí siempre por favor.
 Enraízate a mi familia
 en su cultura y tradición.
 Que si te pierdo,
 ¿cómo sabré de dónde vengo?

MI ZAPOPAN, MI PUEBLITO

Mónica Citlali Miramontes Rojas

Zapopan es el municipio que habito desde que nací; es para mí un hogar; es lo más bonito que hay. Conozco sus calles, sus colonias, sus pueblitos, sus plazas, y me hace feliz transitarlas. Mis primeros recuerdos de vida son de Zapopan, específicamente de la Chori, una colonia entre Base Aérea y Tesistán. Estoy muy orgullosa de pertenecer a ella, ya que mi familia paterna llegó prácticamente cuando esta se fundó.

Mi abuela Carmen Ramírez y mi abuelo Ramón Miramontes llegaron en 1973, a principios de agosto, justo cuando acababa de nacer mi papá, Armando. El presidente municipal en esa época era Juan Manuel Ruvalcaba, quien otorgó algunos terrenos de manera gratuita a varias familias para que comenzaran a habitar la zona. Mi abuela me cuenta que se vino con un recién nacido y sus otros cinco hijos a un lugar casi inhóspito, donde no había muchas casas, ni siquiera servicios como agua y electricidad, pero ella y mi abuelo rentaban cerca de la colonia San Isidro, y pagar rentas ya no iba a ser posible, por lo que resultó más viable mudarse a la colonia.

Eran tiempos de lluvias y todo era lodo, con unas láminas y cartones hicieron un cuartito. Todos apiladitos vivían ahí. La zona de casas abarcaba lo que hoy en día es la calle Emiliano Zapata, desde Base Aérea hasta la calle Séptima Poniente, pero solo había casas de un lado, por lo que le comenzaron a llamar la Chori, porque era larga como un chorizo. En la acera de enfrente no había casas. Mi papá me cuenta que era un barranco. Había tlacuaches, lagartijas, zarigüeyas y otros animales curiosos pasando por ahí. También había algunos árboles y un arroyito que, en tiempos de lluvia, salían a disfrutar. A él le gustaba ir a jugar con los vecinos a ese lugar, a correr por ahí. Con su resortera les disparaban a unos pajaritos.

La economía de las familias no era abundante, así que se las ingeniaban, y me cuenta mi papá que llegó a comer tlacuache en alguna

ocasión. Su tía se lo preparó. También se emocionó cuando encontró unas zarigüeyas cargando a sus bebés en la espalda. Encontraban muchas cosas con qué jugar, y también iban al cerro de Copala caminando. Les podía tomar todo un día ir y regresar con algunos animales para la comida o solo por diversión. Los llevaba su tío, quien tenía un amplio conocimiento y habilidades para sobrevivir a la intemperie.

El tío de mi papá sabía algunos trucos, entre ellos reaccionar a algún ataque animal. Por ejemplo, si una tortuga te muerde no te soltará hasta que un burro rebuzne, así que a mi papá le tocó rebuznar para que soltaran a alguno de mis tíos. También sabía cómo encontrar agua para beber en medio de la travesía. Lo hacía con una varita de madera que los guiaba a donde nacía el agua.

Mi papá me cuenta sobre un basurero que hoy se conoce como la Cardona: es la colonia Marcelino García Barragán, y a veces los vecinos iban allí solo a ver si encontraban algo valioso o por mera curiosidad. Mi papá recuerda haber encontrado botes de helado nuevos ahí. Mi padre ha vivido también toda su vida en Zapopan, en la periferia, y es un entusiasmado zapopano que se sorprende ahora de ver tantos cambios. Seguro que no se parece mucho al lugar en donde creció, porque el barranco ya no existe ni el arroyito del que alguna vez me contó y claro que tampoco ha visto tlacuaches por aquí últimamente.

Territorialmente hablando, Jardines de Nuevo México se divide en dos: la Chori y la Huerta. La primera parte es hacia Base Aérea, y de la calle Cuarta Poniente hasta la Décima Poniente es La Huerta, que finaliza donde se encuentra la Virgen Pintada. No me pregunten quién puso estos nombres, pues así se llama desde que tengo memoria, pero supongo que la Huerta adquirió su nombre por una finca con plantaciones frutales en la Cuarta Poniente, y la Virgen Pintada es un mural en una esquina que tiene una Virgen de Guadalupe y da entrada a otra colonia llamada Héroes Nacionales, pero que quienes somos nativos de aquí le decimos Los 3 Gallos, por una terraza que lleva ese nombre.

En la infancia yo disfrutaba mucho ir en mi bicicleta a Los 3 Gallos, porque solo era terracería, no había tráfico, y se podía andar cómodamente por terrenos baldíos de una calle a otra. Eso resultaba

muy divertido para mí, liberador y entretenido. Aprovechaba las tardes para ir con mis amigos, aunque mi mamá me pudiera regañar porque estaba lejos.

Mi familia paterna es de tradiciones zapopanas como los tastuanes, fiesta que se hace en honor a Santo Santiago en dos poblaciones: la colonia indígena San Juan de Ocotán y el pueblo de Nextipac. Tradicionalmente, mi familia decía que en Nextipac se hacen los bailes buenos y es más ambientado, pero siempre íbamos a San Juan, quizá porque éramos muchos niños. Esta fiesta se celebra el 25 de julio. Es verano y es época de vacaciones escolares, por lo que mi mamá nos llevaba a mis hermanos y a mí, y mis tías, a sus hijos acompañados de mi abuelita Carmen. Seguramente éramos más de 15 los que abordamos el camión entusiasmados y llegábamos a San Juan.

Desde la entrada del pueblo había caballos y tastuanes que veíamos corriendo de un lado a otro de la calle, con sus machetes en la mano. El tastuán era un grupo especial de soldados en tiempos antiguos en México, durante el imperio azteca. Eran reclutados entre los pueblos sometidos y se destacaban por su habilidad en la guerra y su lealtad al emperador azteca. Estas tropas eran conocidas por su valentía y por jugar roles importantes en las batallas y en la expansión del imperio. Hoy en día son personas disfrazadas con máscaras de demonios y con cabelleras largas, que se hacen con pelo de cola de caballo, así que el pueblo luce pintoresco y festivo durante tres días.

En el medio de la plaza se hace una representación de cómo Santo Santiago, el patrono, lucha contra los demonios y estos lo matan, pero algo divino llega a darle vida y él logra vencerlos a todos con su espada bendita. Dicha espada, al terminar la representación, es usada con los espectadores que reciben un “espadazo” en alguna parte del cuerpo que deseen sanar, o alguna embarazada puede solicitarlo en su panza, por la salud de su bebé. En mi infancia recibí un espadazo en la espalda, y aunque fue simbólico, recuerdo que me resultó muy doloroso y decidí que no lo volvería a solicitar. Mi mamá, quien tiene un tumor cerebral, lo solicitó en la cabeza, pidiendo salud y mejoras, que a la fe de cada creyente pueden funcionar.

En San Juan, la familia de quien interpreta a Santo Santiago suele ofrecer un banquete para todo el pueblo y a quien vaya de visita. He

comido birria, arroz, frijoles, carnitas, etcétera, en casas de personas desconocidas, que cálidamente te brindan un plato de comida.

Mi familia materna, por su parte, llegó a esta colonia alrededor de 1985. Casualmente antes también vivían en San Isidro, y llegaron a conocer a un tío de mi papá, pero no a él ni a mi abuelita. Mis abuelos Juan y Gloria (QDEP) compraron su terreno aquí. Ya para esa fecha la colonia se poblaba más y los terrenos no los regalaban, aunque mi mamá dice que todavía eran muchas parcelas y tampoco había servicios públicos. El único camión que pasaba era el 13, que iba de Santa Lucía hasta la Colonia Jalisco, y mi mamá y mi tía lo tomaban para ir a la secundaria, ya que no había secundarias en la zona, si no hasta Belenes la Secundaria 77, a donde ellas fueron, y la Mixta en el Vigía, a la cual yo acudí.

Verónica, mi mamá, conoció a mi papá en Zapopan, en el pueblo de Tesistán. Fueron a la fiesta de San Francisco de Asís, en octubre. No recuerdo si me dijeron alguna fecha del año en que se conocieron, pero debió haber sido en 1991, si mis cálculos no se equivocan. Mi mamá era danzante, porque siempre le ha gustado *andar de pata de perro*, dirían mis tías. Mi papá iba a ver a los danzantes, pues sus hermanos danzaban. Además, mis tíos Manuel y Micaela fueron los encargados de los danzantes de nuestra colonia por unos 20 años.

Resulta que al regresar de Tesistán a la Chori, un señor se ofreció a traer a los danzantes en su camioneta. Mi mamá se subió primero, vio a mi papá subir casi al final, con un pie adentro y otro afuera, y además iba cargando una caja de zapatos, por lo que ella se ofreció ayudarlo, y mi padre sonrojado le dijo que no, pero ella insistió y mi papá acabó aceptando. Así fue como se conocieron, en una camioneta regresando de una fiesta tradicional zapopana, como lo es la Romería. Dos años después de eso se casaron en la iglesia, en el templo de San Francisco, donde se conocieron también en octubre, y un octubre más tarde yo nací. Por este motivo, octubre se vuelve muy significativo e importante para mí. Con un clima agradable en Zapopan, hay buenos octubres, que es también el mes en el que se festeja a la virgen de Zapopan.

La Romería de Zapopan es una tradición muy querida en nuestra tierra. Se celebra cada 12 de octubre en honor a la Virgen de Zapopan, patrona de Guadalajara y de Jalisco. Miles de personas se reúnen para

acompañar a la virgencita en una procesión que va desde la Catedral Metropolitana hasta su santuario en Zapopan. La Virgen de Zapopan tiene una historia especial. Se dice que fue traída desde España en el siglo XVI y que desde entonces ha sido muy importante para los tapatíos. La gente le tiene mucha devoción porque se le atribuyen muchos milagros y protección, especialmente en tiempos difíciles.

Para mí, la fiesta más grande de mi colonia, en cuanto a reunión de gente es la celebración de San Martín de Porres, que se realiza en el templo de La Huerta cada 4 de noviembre. Cierran la calle Cuarta Poniente y montan juegos mecánicos; solían tener muchos fuegos artificiales, pero hace unos años redujeron eso. Cuando era niña, me encantaba ir con mis primos y pasear. Recuerdo que los juegos tranquilos cobraban \$10 y los más extremos, \$15, a los que, por supuesto, disfrutaba subirme. En la adolescencia, iba con mis amigos de la secundaria al salir de clases, ya que mi cumpleaños caía cerca de esa fecha y lo tomábamos como parte de la celebración. Comprábamos espumas de colores, huevos rellenos con confeti para romperlos en nuestra cabeza, pasábamos corriendo afuera del templo y por las calles del alrededor.

Actualmente llevo a mi hija y me alegra verla emocionada al encontrarse con sus amigos y divertirse en los juegos. Empieza a ubicar a los niños de la colonia y a hacerse de algunos amigos y amigas. Me entusiasma de cierta manera que hoy mi hija tenga una infancia en la Chori, pues podrá recordar como yo o mi papá sus momentos de niñez en esta colonia, aunque sin duda está bastante cambiada.

Hoy en día, alrededor de nuestra colonia, la transformación es notable. Donde antes se extendían extensos campos de cultivo (milpas), ahora se han erigido numerosos fraccionamientos residenciales. Es curioso y hasta gracioso recordar cómo solían ser esos tiempos pasados: las calles de tierra y los terrenos baldíos dominaban el paisaje, sin una piedra de empedrado o pavimento. La vista de los campos era común, con el cielo abierto y la tierra fértil. Recuerdo que cuando volteabas al cielo había unos cableados con una especie de balones de básquetbol. Alguien me dijo alguna vez que eran para guiar a los aviones que pasaran por ahí, pero en verdad no lo sé y no me he dispuesto a investigar. Ahora, en cambio, hay muchas más casas habitadas, con

algunas calles empedradas y las principales calles con pavimento y, por supuesto, todos los servicios básicos. La tranquilidad y el aire rural han dado paso a una comunidad urbana en crecimiento, con más residentes y más dinamismo.

En cuanto a los vecinos, la mayoría de nosotros nos ubicamos bastante bien. Sabemos más o menos dónde vive cada quien y quiénes son nuestros parientes cercanos. Aunque quizás no sepamos sus nombres de pila, siempre podemos decir algo como “el hijo de la señora que vive al lado del templo”, y todos nos entendemos perfectamente. Eso me da una sensación de seguridad, ¿sabes? Es como si formáramos parte de una comunidad grande y unida, donde todos nos conocemos de alguna manera, aunque no sepamos nuestros nombres.

He realizado la mayoría de mis estudios en Zapopan, excepto la licenciatura que fue en Guadalajara. Recuerdo las ubicaciones de todos los lugares donde estudié y cómo llegaba a ellos. El kinder estaba a la vuelta de mi casa. Salía con mi mamá cinco minutos antes y no teníamos problemas en llegar. La primaria estaba en la colonia de enfrente. Mi papá me llevaba a diario en su camioneta y hacíamos también cinco minutos. El tráfico no era como hoy, donde esta distancia te llevaría unos 20 minutos.

La secundaria no hay duda que fue una etapa divertida y un tanto arriesgada desde mi perspectiva actual. Ubicada en la colonia El Vigía, fue la primera secundaria de Zapopan, fundada por el presidente Ávila Camacho a petición de su esposa Soledad Orozco, una mujer zapopana. Mis recorridos eran en autobús para llegar ahí. Asistí en el turno vespertino, por lo que el regreso era en la noche, y para aumentar el riesgo me regresaba pidiendo aventón a los conductores que pasarán por ahí, con lo que confirmo acerca de que fue arriesgada. Por si eso fuera poco, también me llegué a hacer la pinta. Fui con mis amigos al cerro del Diente, por la zona de las Cañadas. Tenía una vista bonita, y para subir ahí tuvimos que atravesar espacios lodosos y de difícil acceso, pero cuando uno va en secundaria eso no importa y la adrenalina es más fuerte.

La preparatoria la cursé en la prepa 7 de la Tuzania, también en el turno vespertino, pero me trasladaba de manera tradicional en autobús y no tuve mayor riesgo. Ahí conocí a mi mejor amiga, Alejandra, quien

vivía en la colonia Constitución, con quien mantengo una bonita amistad que está por celebrar sus xv años. En la preparatoria yo me embarqué de mi hija, por lo que tuve que pausar mis estudios, para retomarlos un par de años después en una preparatoria semiescolarizada a espaldas de la Basílica de Zapopan, a la que asistía solo de manera sabatina, y al salir de ahí, los sábados en la noche cuando caminaba al autobús, veía muchas parejas en modo romántico y me resultaba bonito.

En el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades cursé la licenciatura, siete semestres en la sede La Normal, y el último semestre en Belenes, lo que al fin de cuentas acabó siendo Zapopan. De esta manera, es evidente que el curso de mis días ha sido en Zapopan. Tuve la fortuna de contar con todos los niveles de estudio en el municipio, por lo que pude estudiar aquí. Mis amistades se han forjado aquí, donde hemos salido a recorrer las calles.

Al disfrutar el deporte he corrido por mi municipio, atravesando sus pueblitos, entre sus avenidas o cerros, como el de las mesitas en Santa Lucía, que tiene una vista hermosa al amanecer en el punto más alto.

Zapopan es en realidad un lugar al que amo. Suelo llamarlo “mi pueblito”, porque toda la gente tiene un *pueblito* o un *rancho* de donde es originario y yo no. Soy un poco más citadina, y podría decir que este es mi pueblo, para no quedarme atrás con otras personas y también porque me enorgullece ser de aquí.

Estoy empapada de las tradiciones de Zapopan, conociendo los festejos patronales de cada zona que son destacables para cada comunidad, también recorriendo tianguis dependiendo el día de la semana. Los miércoles es recomendable acudir al de Tesistán, donde venden unas tostadas muy ricas para el desayuno, pero yo visito más el del domingo en la Chori. Tomar un tejuino es gratificante para el alma. Yo creo que es una bebida de dioses jaliscienses. De esa manera se los describo a todos. Las gorditas rellenas de cajeta también son deliciosas, y acostumbro a comprarlas desde que tengo memoria.

Zapopan me ha dado todo. No tengo dudas, y un relato quizá no alcanzaría para describir cada día vivido aquí, pero sí para intentar transmitir lo que este municipio me ha hecho sentir y para agradecerle por todo lo que me ha dado durante estos casi 30 años.

RANAS Y SAPOS MUSICALIZANDO PARQUES DE ZAPOPAN

Jonathan Ernesto Bañuelos Cortés

Nuestra fortaleza estaba en medio de una laguna. Para llegar, caminábamos a través de puentes de madera tendidos sobre montículos de fango, piedras y zacate mojado. Formábamos viejas tablas desde la orilla, una tras otra, hasta llegar al centro, al punto de reunión donde tomábamos, según nosotros, importantes decisiones. La laguna era en realidad un enorme charco, poco profundo y turbio, que surgía cada temporal en un extenso terreno baldío, enrejado, que estaba frente a mi casa. La fortaleza era una tarima de madera que se le escapó a una lavadora de la colonia y que usábamos como “base” los morros de la cuadra, una especie de imaginaria Tenochtitlán que emergía cada año, con las lluvias, y era escenario de aventuras y múltiples juegos.

Al estar casi siempre desocupados, los morros nos apropiábamos del terreno baldío. Durante el estiaje era una canchita polvorienta de fútbol, con piedras colocadas a unos dos pasos entre sí como porterías, y líneas imaginarias que delimitaban las áreas y la mitad de la cancha. Para mis amigos y para mí, el baldío era más divertido durante las lluvias: lo preferíamos pantanoso, con ranas y sapos. El ingreso principal era un portón que estaba por la avenida Tesisán, cinco cuadras abajo de mi casa. Nosotros entrábamos por una abertura que tenía el enrejado del lado de mi calle, Circuito Fresno. Nos reuníamos en un pedazo de tierra alargado que colindaba con el baldío y que primero sirvió para alojar un templecito de madera y láminas, y luego fue un área verde hecha por los vecinos. De ahí nos dirigíamos a la “puerta secreta”. Nos agachábamos para no golpearnos la cabeza, y al estar el terreno baldío a unos dos metros a desnivel, brincábamos a un montículo de tierra por el que luego nos deslizábamos para ir a la canchita o al charco, según la estación del año. El terreno baldío se veía por completo desde mi casa, en una planta alta. A veces era estacionamiento de camiones de volteo y se veía a lo lejos a quienes suponíamos eran los dueños. La mayoría

de las veces entramos y jugamos sin ser molestados. Nos gustaba pasar el rato en ese rectángulo de tierra con maleza que quedó relativamente intacto del desarrollo urbano de la zona en los años noventa. Inventar juegos y adoptar ranas era nuestro pasatiempo favorito en ese espacio que era como un parque.

Fuimos de los primeros inquilinos en el fraccionamiento Parques de Zapopan, aunque no recordamos en mi familia el año exacto en que llegamos. En un legajo de documentos de esa época encuentro, además de mis boletas de calificaciones del jardín de niños y la primaria, el talón de un depósito que hizo mi papá a la constructora Grupo San Carlos, fechada en septiembre de 1996. Relaciono nuestra estancia en esa colonia con mi educación primaria, que comencé en 1998. Por lo tanto, fue más o menos en esos años cuando nos mudamos. Para llegar a Parques de Zapopan se puede tomar la avenida Juan Gil Preciado —a la que antes llamábamos Laureles— en dirección a Tesislán y a la altura de la avenida Dr. Ángel Leaño girar a la izquierda. Cuando era niño, mi punto de referencia era un antiguo restaurante campestre, cuyo nombre no recuerdo y que parecía sacado de una película gringa del viejo oeste. Cuando lo veía sabía que, por fin, luego de un largo trayecto, habíamos llegado al barrio. Ahora sólo se ven los muros perimetrales de las fábricas que llegaron después a esa zona del municipio. En la esquina de Juan Gil Preciado y la avenida Santa Mónica un muro en medio de un jardín nos daba la bienvenida: “Residencial Parques de Zapopan”, decía, acompañado de la ilustración de un campanario. Nuestra casa era una dúplex con sala-comedor, dos habitaciones, una cocinita, un bañito y un patiecito; era una del conjunto de cuatro angostas viviendas, dos puertas abajo y dos puertas arriba, que estaban conectadas por una escalera de cemento. Nuestra calle y el montón de casas que la rodean fueron de las primeras en edificarse. En ese entonces, la mayoría de la colonia eran lotes trazados, algunos ya con castillos y bloques de ladrillos apilados, listos para construir más viviendas. Servían para jugar con mis hermanas y con los primos cuando iban de visita. No sabía andar en bicicleta, pero los demás sí y les gustaba pedalear por esos terrenos. Después los albañiles concluyeron las obras, y las “rampitas”, como le decíamos a esos lotes, desaparecieron. Quedaron sepultadas y viven sólo en nuestros recuerdos. Fueron sustituidas por

un montón de casas como la nuestra. Cruzando la avenida Santa Mónica se construyó otro conjunto de casas, pero a diferencia de la nuestra, eran de un sólo piso en la planta baja. El fraccionamiento Parques de Zapopan entonces era un suburbio lejano, rodeado de campos y sembradíos de maíz.

Nuestra colonia era prácticamente un dormitorio. Llegábamos por la tarde o por la noche a casa. Veíamos la televisión mientras cenábamos; luego nos bañábamos y nos íbamos a dormir. No solía desvelarme viendo caricaturas o jugando “monitos”. El tiempo del sueño era sagrado y no había que desperdiciarlo. Despertábamos antes de las 6 de la madrugada y nos alistábamos lo más pronto posible para salir de casa y caminar cinco cuadas hasta la avenida Laureles, que mantenía su aspecto de carretera. Como nosotros, eran varios los vecinos que tenían esa rutina. Los veíamos caminando rumbo al camión antes de que amaneciera. En secreto, competíamos con una señora y su hijo, que aparentaba mi edad, para ver quiénes eran los primeros en llegar a la parada del camión. Vivían en nuestra cuadra y en modo de broma, quizá para aligerar la desmañanada, los llamábamos Luneta y Pancracio. En avenida Laureles, donde hoy está una tienda de conveniencia, esperábamos que pasara la ruta 633, que venía de la Base Aérea o de La Chori. En la colonia Arcos de Zapopan, kilómetros adelante, subían más personas. Ni las sardinas han estado tan retacadas en una lata como gente en ese camión, una destartada unidad como la mayoría del transporte público en esos años. Cobraba 3.50 pesos y el servicio incluía una experiencia “extrema”. Al estar lleno incluso hasta en la escalera delantera, siempre estaba disponible la trasera para que alguien se hiciera un hueco o se fuera colgado, con las puertas abiertas, asomando espalda, nalgas y piernas. Claro, nadie se olvidaba de pagar el pasaje, y su dinero iba de mano en mano hasta dar con el chofer, quien regresaba un frágil papelito que hacía las veces de seguro de viajero, aunque eran más valiosos si sumando los dígitos del folio la cifra resultaba 21, pues la leyenda urbana señalaba que se podía intercambiar por un beso. La escena cotidiana de las mañanas no pasó en vano. Aprendí a sujetarme con fuerza de tubos, asientos y marcos de ventanas; a recargarme discretamente en otra persona para no caerme si las manos me quedaban abajo y no había manera de sujetarme, y a

escuchar y sentir con claridad los movimientos del camión mientras esquivaba baches y rampeaba topes, para dar brinquitos, mantener el equilibrio y no caerme. Nos bajábamos sobre la avenida Ávila Camacho, a la altura de la avenida De la Presa, por donde estaba el restaurante Tizoc que no hace mucho fue demolido para construir una torre de departamentos. Caminábamos hasta Zoquipan unos 15 minutos, cruzando Jardines del Country, del lado tapatío, y luego de subidita, después de avenida Patria, Lagos del Country, en el lado zapopano. Estudiaba en la primaria Hermenegildo Galeana Urbana 626 y mi papá trabajaba en el Hospital General de Occidente. La casa de Toyita, como le decimos a mi abuela paterna, estaba a una cuadra.

Ella me llevaba lonche a la hora del recreo. Después de clases comía con ella, hacía la tarea, veía televisión y luego jugaba a la choya con mis primos o lotería con mis tías. Mi papá me recogía por la tarde, después del trabajo, y emprendíamos nuestro camino de regreso a casa, un recorrido de más de seis kilómetros (según Google Maps) para repetir la rutina. Después se hizo de un Ford Topaz beige que no era de fiar, porque en cualquier momento se calentaba y se negaba a avanzar, y luego de un Hyundai Atos que resultó ser un guerrero y le duró más de una década. Los trayectos se hicieron más llevaderos. El tráfico vehicular no estaba desquiciado como ahora.

Cuando estábamos en casa, sobre todo los fines de semana, veía televisión por cable y salía a jugar con los morros de la cuadra. No era completamente su amigo porque rara vez me veían –la mayoría del tiempo la pasaba en Zoquipan– pero no me hacían el feo y jugábamos a los tazos, a los monitos de Pokémon (transparentes y de colores); con *hielocos* que producía una refresquera y cartitas de Yu-Gi-oh! Nos gustaba recorrer en grupo la colonia, calle por calle, y con el temporal, jugar en el terreno baldío. Con las lluvias no sólo resurgía nuestra fortaleza: lo hacían también ranas y sapos. A las dos o tres lluvias que caían sobre la ciudad, siempre estruendosas que hacían vibrar nuestras ventanas, comenzaba el nocturno croar del baldío: el coro de ranas y sapos que musicalizaban la colonia.

Nunca vi maldad en nuestro fallido intento, cada año, de adoptar una rana. Se decía que los sapos producían mezquinos si los tocabas y preferíamos dejarlos en paz. Las ranas no corrían con la misma suerte.

A veces no era necesario entrar al terreno baldío para capturarlas, pues salían a la calle y las hallábamos en las escaleras de los módulos de nuestras casas. En una caja de zapatos echábamos tierra, pasto y tapas de garrafones con agua para recrear su hábitat. Para que no escaparan manteníamos la caja cerrada y con un lápiz le hacíamos agujeros para que entrara el aire. Las moscas que zumbaban en las ventanas cerradas, intentando escapar, eran presas fáciles. Con un matamoscas o con un trapo las golpeaba para atarantarlas y dárselas de comer a las ranas, anfibios escurridizos como de un verde grisáceo, con manchas, que cabían en la palma de la mano. Tristemente, terminaban muriendo: se secaban. Con el tiempo aprendí que lo mejor era que estuvieran libres. Las capturaba para observarlas; quizá jugaba con ellas, y luego las soltaba cerca del terreno baldío.

No todo era miel sobre hojuelas con las lluvias. Nunca supe con exactitud dónde estaba, pero mi papá suponía que del otro lado de un alto muro al final de nuestra calle había una granja de puercos. Nunca los vi ni los escuché, pero sí olía como supongo que huelen sus heces. La lluvia y su vapor despertaban fétidos aromas. A un costado del terreno baldío estaba una cementera, también de muros altos. La punta de su estructura la alcanzaba a ver desde mi ventana. Ahora me pregunto qué tan nocivo pudo haber sido el estar respirando los polvos que producía.

En la colonia había áreas verdes con juegos infantiles en las esquinas de algunas calles, pero no nos parecían tan divertidas como adentrarnos en el terreno baldío, que era como una expedición a la naturaleza. Donde sí me sentía así, como en un viaje de un explorador en un documental de ciencias naturales, era en el bosque El Nixticuil. Sobre avenida Laureles, entre la colonia Lomas de Zapopan y la avenida Dr. Ángel Leaño, se expandía un campo que conectaba con la ahora área natural protegida. Nos gustaba acampar en esa zona y caminar hasta una loma donde había una enorme cisterna, y a un templo colorado (Inmaculado Corazón de María) situado en un cerrito. Me celebraron algunos cumpleaños en El Nixticuil. Eran días de campo con piñatas colgando de los pinos, caminatas por cañadas que serpenteaban el bosque, subiendo y bajando barranquitas, especulando sobre cómo reaccionaríamos si nos salía un animal salvaje. Esos paseos y los que

también hacíamos con frecuencia al cerro de El Diente eran de mis actividades predilectas durante mi infancia. Ojalá encontrara las palabras precisas para describir las emociones positivas que me producían esos paisajes, y las negativas que siento ahora cada vez que paso por ahí y veo que la mancha urbana se comió campos, cañadas y bosques, y en su lugar, se impusieron locales comerciales y desarrollos inmobiliarios.

No había supermercados ni tiendas de conveniencia. Servicios como el predial y el agua se pagaban en la cabecera municipal. Para pagar la luz, teníamos que ir a las instalaciones de la Comisión Federal de Electricidad que estaban en Tesistán. Una abarrotera en la esquina de nuestra calle, Circuito Fresno, y avenida Santa Mónica era la que nos sacaba de apuros. Todavía sigue ahí. Frente a la tienda se colocaba por las noches un puesto de tacos que ahora consideraría de “muerte lenta”. Ricos no estaban, pero era lo que había. Cuando llovía, también salían por montones las hormigas chicanas y los mayates. Sobrevolaban el puesto de tacos y con el vapor caían a la carne. Preferíamos comprar tacos, cuando había oportunidad, en la colonia Arcos de Zapopan y evitar esos que estaban “sazonados” con insectos. Al mandado, para comprar frutas y verduras, mi papá y mi mamá preferían ir a un tianguis que se instalaba en la colonia la Tuzanía, a unos 20 minutos caminando.

Algunas compras también se hacían en los locales de la avenida Santa Margarita, sobre todo, carne de un famoso obrador que está en la zona. Los comercios en Parques de Zapopan eran escasos. La mayoría estaban en las mismas casas, y eran los vecinos los que vendían algo sencillo, como hielitos de sabores (leche, refresco de cola, mango con chile), sumbananas, dulces, fruta picada. A espaldas de mi casa una señora cortaba el pelo en su sala.

Mi primo Servando –seis años mayor– y yo, también emprendimos un negocito. Revendíamos los dulces que nos regalaba un tío que trabajaba en una dulcería. Colocábamos una mesita en la entrada del templecito de tablas y láminas que se improvisó enfrente de mi casa. Los feligreses que salían de misa eran nuestros clientes, y el dinero que obteníamos lo usábamos para comprar papitas o guzgueras. En el templecito fui alguna temporada a la doctrina. Tenía piso de tierra, algunas alfombras y sillas de diferentes tipos para los asistentes, no

bancas como la mayoría de los templos. Un día se incendió porque, se decía, un cirio se había caído. Las llamas consumieron sillas, tablas, tablones, mesas, manteles, cortinas y cuadros de santitos: el infierno en la casa del Señor. El ave fénix resurgió, pero no ahí, sino en un terreno unas cuadas arriba, sobre la calle Arco Graciano, casi llegando a Prolongación Ángel Leaño.

La parroquia del Sagrado Corazón de Jesús Eucaristía pasó de una irregular construcción de madera, láminas de asbesto y fibra de vidrio a unos toldos que cubrían el improvisado altar y las sillas blancas de plástico que usaban las personas. Ahora ya se ve una construcción de ladrillos y cemento. En cuanto a comercios, ahora, sobre la avenida Santa Mónica ya se instalaron fruterías, lavanderías, estéticas, dulcerías, minisúper, así como puestos de papas fritas, biónicos, tacos y tortas. Además de esos cambios, noto que en el cruce de la calle Arco Graciano y la avenida Santa Mónica falta una jardinera que dividía los carriles. En ella se elevaba un enorme árbol, frondoso. En su lugar quedó una mancha de pavimento. Recorro el barrio y voy desbloqueando recuerdos, apuntando lo que sigue igual, como las calles llenas de baches, y lo que me parece novedoso, un *skatepark* en la esquina de las avenidas Santa Mónica y Tesistán. En el espacio donde estuvo el templecito de tablas y láminas los vecinos sembraron árboles, como guayabos y mangos. El terreno baldío enfrente de la casa donde pasé parte de mi infancia sigue casi indemne. El enrejado fue forrado con un plástico negro que clausuró la “puerta secreta”, y para ver en su interior hay que pararse de puntas. Está despejado, hay más tierra que maleza. Están estacionados camiones de volteo, algunos cargados con material de construcción y otro, en aspecto de abandono, con vigas y castillos de acero. Me pregunto si cuando llueve todavía se encharca y salen ranas y sapos, si su croar sonoriza a la colonia Parques de Zapopan, pero como cambia, todo cambia. En este junio de 2024, uno de los años más calurosos de los que se tengan registro, las lluvias tardaron en llegar, y es difícil de saber.



A black and white photograph of a courtyard. In the foreground, a large, ornate stone column stands on the right, and a large potted plant is on the left. The courtyard is paved with stone tiles. In the background, a two-story building with a series of arches surrounds the space. A fountain with multiple tiers and water spraying upwards is located on the left side of the courtyard. A person is visible standing near the fountain. The text "PARTE 4 Leyendas, tradiciones y personajes" is overlaid in the center of the image.

PARTE 4
Leyendas, tradiciones
y personajes

► PÁGINA ANTERIOR

Palacio Municipal de Zapopan

(Serie Recintos Administrativos)

Bibliotecas de El Colegio de Jalisco

Fondo Fotográfico Colección Fernando Martínez Reding

HISTORIAS DEL SALVAJE OESTE ZAPOPAN RECOGIDAS DE *EL INFORMADOR**

Gustavo Siboldi Estrada Mendoza

El western es uno de los géneros literarios, fílmicos y hasta de videojuegos más atractivos que existen, el leer o ver a vaqueros sin patria ni bandera, sin ley que los gobierne, yendo y viniendo por las llanuras, intriga y genera interés. En México hay una variedad fílmica con películas memorables como *Azul*, *Los vengadores*, *Viva Zapata*, *Carabina 30-30*, *Más allá del Río Grande* y, por qué no, películas cómicas como *Por mis pistolas* o *El siete machos* de Cantinflas. *Ahí viene Martín Corona*, *Pancho Villa* y hasta *El Infierno*.

Sin embargo, verlo como entretenimiento es muy disímil a haberlo vivido en carne propia. Hace más de cien años y no solo en Estados Unidos, las tierras mexicanas estaban colmadas de gavillas y bandidos. La revolución mexicana le dio al país no solo material fílmico para aprovecharlo en el género, sino que en la vida real se anidaron en lo más profundo del territorio mexicano gavillas de bandidos que asaltaban y luchaban en contra de la ley, a veces como parte de alguna revuelta revolucionaria, a veces por el amor al arte.

Les comparto unas cuantas historias del western, pero sucedidas en el hoy municipio de Zapopan, registradas en el periódico *El Informador*, en 1924. Daremos un salto centenario al pasado para conocer las historias del salvaje Zapopan y los paisajes en los que se vivía entonces. Sin más, demos ese salto de cien años al pasado...

De burros perdidos

Los verdaderos amigos, los que han confeccionado una amistad fuerte, que han compilado vivencias juntos a lo largo de sus existencias o que se consideran casi hermanos, no tienen por qué albergar un ápice de

* Este relato obtuvo el segundo lugar en el concurso Zapopan@, cuéntanos tu historia.

duda entre ellos; al contrario, el apoyo debe ser activo y, por qué no, incondicional. De los dos amigos, entre todo el abanico de posibilidades de apoyo mutuo, uno decide, la mayoría de las veces, buscar que su fraterno le otorgue un empréstito personal basado en la amistad que han forjado. La lealtad, la confianza y hasta el afecto que se tienen bilateralmente estos camaradas normalmente se reduce con la aceptación del crédito. Uno le da la cantidad pedida al otro.

Hasta ahí todo bien. Dos amigos, como tal, se abren una línea de crédito basada en la única garantía de que de chiquitos el prestatario defendió al prestamista de un niño abusón o de que ya de jóvenes el prestatario le presentó a la ahora consorte del prestamista que también es su hermana; o sea, la garantía es que se caen bien desde chiquillos solamente. Lo malo viene cuando después de los primeros 38 meses, el dinero del préstamo ya está gastado y no ha sido devuelto. El prestamista ya tiene el hígado a punto del colapso por las excusas de su ahora examigo: que la suegra estaba enferma, que se pagaron los útiles de los niños y que esta vez les pidieron una computadora para las clases, que había que comprarle los uniformes, que hay que pagar el parto de la esposa, que hay que pagar unas vacaciones porque luego la mujer dice que nunca la saco, que hay que bautizar al nuevo bebé para que su alma no se condene, y en fin, el dinero prestado no ha vuelto ni volverá.

En el Zapopan de 1924, Ricardo Mireles y Francisco Medrano, que eran amigos y vecinos del poblado de La Venta del Astillero, tuvieron a bien hacer un convenio amistoso. Fue Francisco Medrano quien pidió no dinero, sino un burro prestado a su camarada Ricardo Mireles para poder ir a Guadalajara a terminar unas diligencias, con la promesa de que al día siguiente le sería devuelto el borrico. Ricardo, de buena ley y creyendo en la palabra de su compañero, le consiguió el burro de un vecino: Salvador Arias.

El burro nunca volvió. Salvador y Ricardo se quedaron esperando que en el horizonte se dibujaran las siluetas de Francisco y el burro, pero pasaron los días y los meses y nada. Salvador, que extrañaba a su burro, interpuso cargos en contra de Ricardo Mireles, que era el fiador de Francisco. Poco después se supo que Medrano llegó a La Venta de regreso sin burro y que se ordenó fuera aprehendido. En su defensa dijo que el burro le fue robado en un llano cerca de la colonia La Perla.

Francisco se esmeró en buscar al responsable y al burro, pero no obtuvo buenos resultados. Lo que terminó no sólo con la amistad de estos dos muchachos sino también con la libertad de Francisco fue que se descubrió que tenía más delitos de semejante ralea pesando en sus espaldas, así que fue metido a la cárcel. Hasta ahí, todos los cabos fueron cerrados, menos el del paradero del burro. No se sabe si fue vendido o de verdad se lo robaron al ahora preso Francisco Medrano o Flores, como también decía que se apellidaba.

El arriero falso

Como ya se dijo, Zapopan y sus alrededores fueron madriguera de muchos ladrones y asaltantes de caminos. Se explicó en el periódico del 10 de mayo de 1924 que un grupo de bandoleros fue eliminado por obra y gracia de la policía. Se contó que desde hacía varios meses, en el crucero de los caminos de Zapopan, San Cristóbal de la Barranca y Tesisán, conocido como El Pedregal, un grupo de bandidos tenía la insana costumbre de despojar de pertenencias y animales de transporte y carga a los arrieros que pasaban por la zona. Tal era el problema que las autoridades se vieron en la necesidad de idear un plan para terminar con los desfalcos.

Lo que se acordó fue que un policía vestido de arriero encubierto, paseara por los caminos con otros arrieros y esperaran que los tunantes hicieran los suyos. Este policía simuló llevar dos burros con mercancías, y camuflado dentro de la partida de arrieros logró ser asaltado por los atracadores. Con el tan usado “manos arriba” fueron maniatados, despojados de las mercancías y llevados a un lugar donde se formaba una barranquilla. Ahí fueron amordazados mientras dos de los malhechores se llevaban a los animales y a las mercancías a un lugar lleno de árboles donde ya tenían más de noventa bestias y una buena cantidad de productos incautados a la fuerza.

Otros cuantos forajidos se quedaron en la custodia de los arrieros y el policía disfrazado. A la señal del falso arriero saltaron las fuerzas del orden a tratar de mitigar a los salteadores con un tiroteo; de los cuatro que se habían quedado a cuidar, solo uno pudo huir a la muerte, ya que los otros tres perecieron en el ataque. Una vez que liberaron a los

arrieros salieron a la búsqueda de los otros dos que se llevaron a los burros, pero no consiguieron encontrarlos. Lo que sí encontraron fue la “guarida” donde los gavilleros tenían a los animales y la mercancía. Poco a poco, los asaltados pudieron recuperar lo robado, y los que venían del camino del norte hacia la ciudad tuvieron seguridad de paso.

Huida fácil

Normalmente, en el western las escapadas de prisión son espectaculares, con mucha dinamita, caballos, balazos y acción. En esta historia, que en realidad es la continuación de la anterior conseja, trae consigo el escape de la prisión del jefe de los malhechores capturados por robar en El Pedregal, que era el cruce de caminos de Tesistán, San Cristóbal de la Barranca y Zapopan.

Entre los sobrevivientes capturados de la treta policiaca, del “arriero falso”, se encontraba el jefe de la gavilla, llamado Cayetano Pérez. Conforme pasaban los días, al jefe preso le cargaban poco a poco los actos ilícitos que su pandilla de malhechores practicaba en El Pedregal. Él, al ser el cabecilla y principal señalado por los arrieros que fueron víctimas de sus tropelías, lo estaba llevando paso a paso a ser encarcelado en la penitenciaría del estado. Por lo mismo, Cayetano se vio en la necesidad de planear su escapada, la cual comenzó rompiendo la puerta de su celda...

Al siguiente día, la Señorita Ana María Riestra, directora de la Escuela Oficial para Niñas, fue con el presidente municipal Salvador de la Mora para avisar que una de las ventanas de la escuela se encontraba abierta, pensando que habían sido objeto de un robo. Tras las averiguaciones se dio cuenta que no hubo robo, pero que las pesquisas más profundas por el edificio escolar, específicamente la azotea, dieron cuenta de que una soga pendía en la pared que conectaba con los corrales de la cárcel pública de Zapopan. Al seguir las huellas se llegó a la celda de Cayetano Pérez, y como supusieron, no encontraron al preso.

Lo único que había en la celda fueron algunos instrumentos con los que el reo concretó el escape. Los agentes de la ley se pusieron en la búsqueda para reaprehender a Cayetano, porque las averiguaciones

apuntaban a que había cometido varios asesinatos en las cercanías de Zacatecas.

El Bandidos no bandidos

Faustino Corona, Matías Cortés, Aurelio García, Higinio Venegas, Juan Vizcarra, Tomás Domínguez, Octavio Medina, Ladislao García, Felipe Páez y Eliseo Cortés venían de San Marcos arreando a un grupo de reses, 153 cabezas de ganado con vacas, toros, bueyes y becerros. Sin levantar sospecha, llegaron a la carretera de la Villa de Zapopan y tenían como destino Guadalajara.

El Teniente Coronel Rubén Álvarez Sainz les tenía una linda sorpresa a los que él consideraba unos vulgares tunantes. Con la noticia de que la caravana de los once arrieros o delincuentes y más de un centenar y medio de reses estaban a punto de llegar a Zapopan, el también inspector de la policía, el Coronel Rubén, les mandó unos cuantos vehículos llenos de agentes de la policía para que arrestara a los presuntos abigeos.

Naturalmente, fueron arrestados y consignados a las autoridades, quienes celebraron el golpe certero a esta banda de viles roba vacas. Se dijo que los “bandidos” se habían hecho de tantas vacas en las rancherías del camino y que tenían pensado venderlas en Guadalajara. La banda de bandidos vacunos, según el “hábil” interrogatorio del inspector Rubén, cayeron en contradicciones y se hicieron de la culpabilidad. Para el 23 de enero de 1924 solo esperaban saber cuántos años pasarían en la sombra de la prisión. No cabe duda que hace cien años la justicia era diestra en sus diligencias. ¿O no?

Mientras pasaban los días, la dura mano de la justicia se fue debilitando. Mientras más pasaba el tiempo el adjetivo de *bandoleros* se desvanecía en los once ganaderos. Las investigaciones corrieron por parte del juez Guillermo Sánchez, y conforme fueron pasando las declaraciones precisas de los once detenidos más las de otras personas, todo fue tomando forma.

El arriero director, ya no el jefe de los bandidos, dijo que él había contratado a los demás detenidos para ayudarles con la empresa de movilizar a las reses que iban a fungir como el pago de un crédito que

el dueño del ganado le debía a un tapatío. Esto fue corroborado por el licenciado Roberto Blanco, que ante el juez declaró que él era el intermediario de José G. Martínez, finado, intestado, dueño de las reses y deudor del ingeniero Carlos Gallardo. Ante estas declaraciones, fueron absueltos de los cargos y liberados los once detenidos, no sin antes haberse llevado siete días de prisión como regalo.

En contra del jefe de la policía

El trabajo del jefe de la policía es un trabajo difícil y más si en la jurisdicción en la que se desempeña existen bandidos y malhechores que desequilibran la paz de la ciudadanía, esto aunado a que si hacen un trabajo honesto, muchos de los rufianes podrían guardar ciertos rencores.

Arturo Campos, que ya tenía algo de tiempo como inspector de la policía de Zapopan, fue blanco de un par de asesinos; fue invitado por el mismo presidente municipal, Salvador de la Mora, a una fiesta en la hacienda de El Vigía. Se iban a herrar un gran número de vaquillas e iban a asistir muchos charros. La fiesta se extendió hasta las 12 de la tarde y todos regresaron a sus respectivos domicilios, excepto Campos, que fue invitado a resolver una riña personal por los primos Loreto Orozco y Salvador Orozco.

Campos y Loreto iban en la delantera platicando, cuando sospechosamente, Salvador se les adelantó. Los tres iban caminando cerca del manicomio cercano al centro de Zapopan, conocido como San Juan de Dios. Salvador, al adelantarse, también se puso de frente de los otros dos y por sorpresa saltó al caballo de Campos. En el suelo y forcejeando se los encontró Loreto que sin ningún tipo de remordimiento, disparó a Campos en la cabeza. Después Loreto huyó, pero Salvador se ensañó con Arturo, le quitó la espalda y le disparó en la espalda.

Al tratar de huir, Salvador fue capturado por policías y militares que habían respondido a los tiros que se escucharon. Loreto pudo huir, aunque Salvador de la Mora había mandado perseguir al asesino. Es un final triste para quien dedica su vida a la justicia y la paz.

Huida fallida

Ya vimos en historias anteriores que las huidas no eran tan difíciles de la cárcel pública de Zapopan. Ahí estaba encarcelado el Salvador Orozco, primo de Loreto Orozco, quienes habían asesinado al jefe de policía Arturo Campos. Loreto logró huir rumbo a Tesistán y, al parecer, buscaba liberar a su primo. Todo iba bien: a Salvador no se le ocurrió huir de la cárcel directamente, pero se le tenía una sorpresa cuando se le buscara trasladar a la Penitenciaría del Estado de la capital, Guadalajara.

A las 5:30 de la mañana se buscó llevar al reo atado y custodiado por un pelotón. Todo iba bien hasta que en el cruce de La Providencia, un grupo de nueve jinetes se interpuso a la guardia de Salvador y comenzaron a detonar sus armas largas. El pelotón, mejor entrenado, repelió el ataque, pero Salvador, en la reyerta y confusión, pudo liberarse y huir. Ante la huida y después de haber disipada la emboscada, los guardias dispararon a Salvador en plena huida y cayó muerto por el buen tino de los integrantes del pelotón. La persecución continuó cuando los sobrevivientes retrocedieron con rumbo a la colonia Seattle donde lograron perderse.

Los guardias declararon que a la voz de “¡Ahora, Guadalupe, sobre ellos!” los “rescatadores” salieron de unos eucaliptos disparando y refiriéndose a un tal Pedro. Se señaló que los ampones eran de Tesistán o San Esteban a donde huyó Loreto Orozco al momento del asesinato de Arturo Campos, el jefe de la policía. Salvador Orozco recibió un sepelio cristiano en la casa número 178 de la Calle Cabañas en Guadalajara.

Ni el Alcalde se salvó, ¿o sí?

El contexto social también exigía que las autoridades fueran firmes ante las vicisitudes que se presentaban día a día. Ya se ha mencionado en algunas historias anteriores al alcalde zapopano, Salvador de la Mora, un edil que además de encargarse de la dirección del municipio, también era activo participante de la búsqueda del orden público, en el extremo de ser casi víctima de asesinato en el marco de las fiestas de Tesistán.

A las fiestas asistió el señor Salvador junto con su secretario y varios hombres armados para conservar la paz y felicidad que el jolgorio merecía. Poco pasó cuando él mismo se dio cuenta que en un lugar cercano a los puestos y cantinas dispuestas en la calle se escuchaban disparos, cosa que suscitó alarma en las familias que atestaban el lugar. Primero, con precaución, mandó a sus acompañantes para que requirieran a los revoltosos que terminaran con los disparos. Estos últimos “obedecieron” temporalmente y volvieron a “echar bala”. El presidente municipal se vio en la obligación de ir personalmente a acallar a los agitadores.

Miguel Reynoso y otros dos paisanos, ante el reclamo del señor Salvador, decidieron que su investidura no era la suficiente para no ganarse unos cuantos balazos. Sin temor a nada, los rijosos dispararon en contra del mandatario y sus acompañantes. El ataque no fue fructífero ni tampoco el intento de arresto de los bragados señores. Después de la problemática, las fiestas siguieron pacíficas. En aquel tiempo ni el alcalde se salvaba de los intentos de asesinato.

El “cuida hermanas”

Hace cien años forjaba el carácter de manera muy distinta a la actual. El hecho de vivir en constantes levantamientos armados, más la crisis que de ella emanaba, más la violencia constante en todas las dimensiones sociales, hacía que tanto mujeres como hombres fueran de carácter firme. Era fácil encontrar que las riñas se terminaran en balazos.

La defensa del honor de la familia también era cotidiana. No podía haber un ápice de falta al honor porque las consecuencias eran fatales. Eso pasó en San Juan de Ocotán, cuando J. Isabel Mora y Hernández agredió a Otilio García. El primero tenía una hermana llamada Domitila Mora y era novia de Otilio. Esta relación de cuñados no se caracterizaba por la amistad y tolerancia, sino que al contrario, Isabel le guardaba cierto recelo al que se podría convertir en el papá de sus sobrinos.

Todo pasó cuando Isabel se encontró a Otilio “echando reja” con su hermana. Felices y contentos se encontraban los enamorados cuando Isabel le pidió a Otilio que lo acompañara para platicar sobre, al parecer,

algún tema de relevancia. Caminando rumbo a un punto llamado San Francisco, Isabel, según la declaración de Otilio, sacó un machete y lo hirió. Después de quedar tendido por horas, fue recogido y auxiliado por las autoridades pertinentes.

Días después fue capturado Isabel, quien declaró que el ataque no se dio con un machete, que fue con un cincho de barril. También justificó su acto porque, según él, sabía que Otilio se disponía a raptar a su hermana. Sea verdad o mentira, Isabel, se iba a pasar ocho meses en la cárcel por la defensa del honor familiar.

Asalto triple

El crecimiento de las gavillas zapopanas tenía muchas ventajas para los bandidos: les daba poder bélico y multiplicaba sus posibilidades de que los atracos fueran exitosos. Esto fue lo que seguramente pensó Bruno Padilla, jefe de una enorme gavilla de la zona, quien planeó un asalto triple. Hay que imaginar el número de hombres con el que contaba para poder repartir sus acciones delincuenciales en tres.

El golpe estaba dirigido a tres haciendas de las afueras del municipio zapopano: los ranchos de Ibarra, La Coronilla y Puentillo. El numeroso grupo se separó para arremeter en contra de los mencionados ranchos. Al anochecer y sin dar tiempo a la defensa, las secciones de la gavilla entraron a las fincas por sorpresa y se llevaron dinero y caballos.

Al terminar el atraco, todos los rufianes emprendieron la huida, y no se logró saber qué rumbo tomaron, hasta que poco después se supo que iban con dirección a Colimilla, donde normalmente cometían también sus fechorías.

Historias rápidas

El 1924 fue un año lleno de problemáticas sociales, desde las más complejas hasta las más directas. Las siguientes cinco historias hablan de rápidas acciones delincuenciales que le sumaron a la ya grande contrariedad del bandolerismo que asolaba a la población, a los arrieros y a cualquiera que pasara por las zonas rojas donde los salteadores cometían sus fechorías.

a) Tío y sobrino

Don Jesús del Río, vecino de Zapopan, sufrió un asalto junto a su sobrino cuando iban en su automóvil rumbo a La Venta. Dijo el señor Jesús que los asaltantes los obligaron a parar tirándoles balazos. Una vez detenido y despojado de las pertenencias se dio cuenta de que su sobrino estaba herido de muerte. El joven falleció y los malhechores fueron buscados por la milicia.

b) Los hermanos Montes

Un grupo de personas llegaron a Zapopan desde Ixtlahuacán del Río con el motivo de acusar a una creciente gavilla comandada por los hermanos Montes, quienes al no tener autoridad que los siguiera, estaban aprovechando para asaltar y robar a diestra y siniestra. Causa también de la falta de autoridad es que cada vez más personas se incluían a los hermanos Montes y los asaltos a los arrieros se elevaban cada vez más. Una escolta de gendarmes y ciudadanos armados pertenecientes a las defensas sociales fueron enviados para terminar con los malhechores.

c) Bandidos de la Seattle

Para no ser excepción, al norte de Zapopan, en la colonia Seattle, estuvo a punto de ser testigo de un planeado robo. Una pandilla de bandoleros con minuciosidad esperó el abrigo de la oscuridad para abalanzarse a robar las pertenencias de una casa. El plan comenzaba con cortar las líneas telefónicas para que no hubiera forma de comunicarse con la policía. Por fortuna, uno de los inquilinos pudo avisar a un empleado de los tranvías que, ni tardo ni perezoso, avisó a la policía de Zapopan.

Una vez llegada la policía y tras un tiroteo, los rufianes pusieron pies en polvorosa y olvidaron el plan de robo. El presidente municipal Salvador de la Mora ordenó la vigilancia en la zona para tratar de evitar futuros asaltos.

d) Reses y cárcel

J. Guadalupe García, J. Natividad Cerda y Rafael López felices iban caminando por la villa de Zapopan con nueve reses el 2 de noviembre. Tranquilos iban hasta que, a las 14:00, en una de las calles fueron aprehendidos. Después de las indagaciones se dieron cuenta de que las reses pertenecían a J. Ventura Parra. De estos tres abigeos se dijo después de las averiguaciones que pertenecían a una banda aún más grande que se dedicaba a robar ganado.

e) Falsa alarma

La gente tenía acceso completo a la oficina del presidente municipal, Salvador de la Mora, desde los arrieros que avisaban de los bandoleros en La Coronilla, cerca de la Barranca, hasta las directoras de escuela que podían avisar de un presunto robo a la escuela. Con un aviso al presidente, llegaron dos carboneros que cuando pasaron por un lugar cercano a la Tuzanía, vieron a un grupo sospechoso de hombres que por su actitud creían que eran una gavilla de bandidos. El presidente municipal, posiblemente por la acostumbrada agitación de la zona, sin más averiguación, mandó a un grupo de policías a detener a los sospechosos.

Cuando llegaron al punto sugerido por los carboneros, se encontraron, de hecho, con los hombres, pero estos no tenían armas y se identificaron como peones de una finca cercana. Por fortuna, todo fue una falsa alarma. El municipio zapopano, por su grandeza territorial y la relativa lejanía con la ciudad, era un buen campo de cultivo para las gavillas. Personajes sin escrúpulos y de moral cuestionable rondaban los caminos, ranchos y hogares de Zapopan.

LOS CHANES

Venur González López

Mi nombre es Venur González López. No tuve la fortuna de nacer en el pueblo como mis ancestros, quienes nacían ahí en sus propias casas y les enterraban sus ombligos en el suelo en el que vivían. Yo nací en la cabecera municipal, en el llamado Hospitalito de Zapopan, pero sí crecí como todos mis abuelos en el pueblo llamado San Juan de Ocotán. De aquí surge mi escrito, con historias que me contó mi abuelo Santiago López y que también sustentaban los vecinos y otros familiares. Por allá de los años noventa dijeron que en dicho pueblo siempre habían existido unos pequeñísimos seres a los que les llamaban chanes. Aquellos seres eran avistados principalmente entre los cerros, zonas ejidales o lugares más alejados del pueblo.

Me contaron que cuando una persona estaba sola entre estos lugares despoblados corría el riesgo de ser interceptado por aquellos seres que a simple vista eran como hombrecillos indefensos, pero si aquella persona que casualmente transitaba por ahí llegaba a cruzar la mirada hacia los chanes, corría el riesgo de ser llevado a un lugar desconocido. Tal situación sucedió hacia el rumbo del Bajío en Zapopan, en dirección hacia el cerro del Colli por los ejidos del pueblo de Ocotán. A mi bisabuelo Filemón, cuando andaba en la recolección de leña que juntaba para llevar a vender a Guadalajara, durante las temporadas de lluvia le tomó por sorpresa una torrencial lluvia, por lo que tuvo que resguardarse en una cueva donde los chanes lo tomaron y lo introdujeron hacia la profundidad de la gruta.

Desorientado por la situación, sólo recordó que estaba recostado en el piso y alrededor estaban los chanes, quienes lo atendieron ofreciéndole tacos de carne y un vaso de vino. Aquello parecía una fiesta donde celebraban la llegada de mi bisabuelo Filemón. Después de beber algo que era como vino (que así se le llamaba al tequila proveniente del vino mezcal desde el periodo colonial), lo hicieron partícipe de un misterioso baile conjugado con pasos de los chanes. Después del fandango, los chanes amablemente le acompañaron a la salida de la cueva, pues para esto, la

lluvia había cesado. Filemón recordó que al salir de ahí se guardó un taco en una talega que prendía de su pantalón de manta para llevarlo a casa y comentarle a su familia lo que había sucedido.

Se llevó una sorpresa cuando al salir de la cueva, metió la mano en la talega y se dio cuenta de que el taco eran sólo hojas repletas de gusanos. Se asombró tanto que su emoción se tornó susto, y al regresar a casa le platicó a su esposa Jobita lo sucedido. Como la gente de Ocotán ya tenía bien sabida la situación de las travesuras de los chanes, lo atendieron de inmediato puesto que es bien sabido que a quien se llevan los chanes, es seguro que les den altas temperaturas corporales que casi llegan a la convulsión. Se sabe que es una enfermedad que causa la llevada de los chanes, y no hay cura alópata que permitiera la salvación de la persona, puesto que si no se actúa de inmediato se puede morir. Por lo tanto, el remedio era ofrendarles a los chanes comida en miniatura; es decir, se mandaban a hacer cazuelitas como de juguete, en las cuales se preparaba el alimento para los chanes. Se hacían mini tortillitas y comida normal pero en reducciones increíbles. En pequeñísimos jarritos se les colocaba agua y atole blanco hecho de masa, y cuando ya estaba lista la comida, se llevaba y se debía colocar a la entrada de la cueva, donde al mismo tiempo de dejar la ofrenda, se les gritaba a los chanes que regresaran el alma de quien se habían llevado, es decir, el alma de mi bisabuelo, y aunque parezca increíble sólo de esta manera recuperó su salud.

En la actualidad se sabe de los chanes, pero no hemos llegado a corroborar una situación similar debido a que las nuevas generaciones ya no tienen acceso a estos lugares rurales, puesto que todo está más urbanizado y han destruido gran parte del ejido y de La Primavera. Lo que sí es verídico con la gente originaria es que cuando van a sus parcelas y llevan a niños menores de tres años, al retirarse se tiene la precaución de gritar el nombre de los niños y decirles “¡Vámonos, no te quedes!”, porque se sigue diciendo a través de los abuelos que los chanes simpatizan mucho con los menores, y esto se nota cuando de repente alguno de los niños tiende a alejarse muy sonriente hacia alguna dirección, sin que aparentemente haya algo o alguien, pero dicen los abuelos que los chanes les sonríen muy graciosamente, tanto que motiva a los niños a ir hacia ellos, y es de esa manera que se llevan sus almas. Entonces, al gritarles por su nombre, los chanes se distraen y no tienen la destreza de alcanzar a llevarse el alma del menor.

DE PANDILLAS Y LA LLORONA EN LA INDÍGENA DE MEZQUITÁN

Dulce María Antonio Hernández

Yo nací el 24 de agosto de 1994. Recuerdo que la gente contaba que cuando era niña el río que pasa cerca de mi casa era de agua limpia, en donde acostumbraban a lavar o meterse al bañar. Ahora, desde que tengo memoria esa agua está contaminada, y aunque pasa el camión de la basura, la gente sigue contaminando el río.

Mi colonia se llama Indígena de Mezquitán y ha tenido mala fama causada por pandillas. Los taxis no nos llevaban hacia nuestras casas por esas razones. Mi mamá siempre nos inculcó la religión católica. Nos mandaba al catecismo a una casa que estaba cerca de la mía, ya que el templo de la colonia era una pequeña parroquia donde todos los sábados asistía a misa. Ahora ya es un templo grande que tiene diferentes servicios favorables para la comunidad, desde homeopatía, psicología y catequesis.

La calle de mi casa no está pavimentada, y en tiempos de lluvia está llena de piedras y tierra, lo que ha provocado varios accidentes. También en estos tiempos, cuando llueve se nos va la luz y de la barranca se desprenden olores feos. Recuerdo que en la colonia que actualmente está enfrente de la mía, que se llama Lomas del Refugio, estaba despoblado y lleno de árboles. Antes acostumbrábamos ir ahí a caminar con mi familia. En ese entonces tendría como 11 años y había un espacio grande donde jugaban fútbol. También arrancábamos huamúchiles y fruta de temporada. Ahora ya está poblada casi en su totalidad.

En general, las cosas han cambiado mucho. Casi todas las calles ahora están empedradas y muy diferentes. Por ejemplo, el kínder y la primaria a las que yo asistí también han tenido un cambio notorio; los salones y el patio son muy diferentes. Cuando era alumna todos los muebles eran viejos. Parecía como si los hubieran traído de alguna otra escuela. El patio estaba todo destapado; hoy en día es techado y los

niños ya no están bajo el sol cuando hacen los honores a la bandera y en los festivales, lo cual me parece muy bien ya que el sol cada día está más fuerte y es más dañino. Otra cosa que también ha cambiado es que me tocó la época en la que vendían los desayunos del gobierno que costaban un peso y consistían en una lechita, una galleta, cereal y fruta.

Por otra parte, en nuestra colonia nunca ha habido secundaria ni preparatoria. Tenemos que ir a la colonia vecina que está como a 15 minutos de distancia caminando. Me han platicado vecinas que anteriormente ellas tenían que ir a estudiar más lejos. Yo agradezco que cuando a mí me tocó asistir ya hubieran construido la prepa. Es un módulo muy pequeño, pero cumplía con su función, ya que a generaciones pasadas les tocó ir a preparatorias más lejos, principalmente a la 7 y 10 de la Universidad de Guadalajara.

Finalmente, me gustaría recordar que cuando éramos niñas solíamos jugar con los vecinitos por las calles. Jugábamos a *la trais*, las escondidas, contábamos historias de terror como la historia de la Llorona, que es una de las leyendas más populares en mi colonia y con mis vecinos. Cabe destacar que muchas personas cuentan que en repetidas ocasiones han escuchado el lamento y es algo que se ha estado pasando de generación en generación. Yo nunca la he escuchado, pero es algo que desde que tengo memoria los adultos me han platicado.

También recuerdo que en mi casa solo había un televisor y teníamos una videocasetera donde veíamos solo tres películas. Era muy común que cuando había partido de fútbol los vecinos sacaban una televisión y se juntaban para verlo, colocaban sillas y se traían varias botanas para compartir. En mi cuadra aún siguen con la costumbre de organizarse para hacer festejos. Por ejemplo, cuando va a pasar la virgen se juntan para emparejar la calle, darle su buena barrida y organizarse con las ofrendas. Lamentablemente en otras calles no es lo mismo y cada día son menos las personas que quieren participar en estos eventos. En general la gente ya no se reúne con sus vecinos como lo hacían antes.

MONTÍCULO AISLADO*

Delia Susana Preciado Hernández

Te sientes especial de nuevo cuando alguien se detiene a verte, te observa de arriba abajo, camina despacio sin dejar de mirarte, rodeándote por delante y preguntando por ti. Dura unos pocos minutos y se va velozmente, pero es muy certera su mirada, tanto que por un momento dudas que sea para ti; incluso crees que tienes algo raro, tal vez una basura especialmente grande o algún animal que se haya instalado a vivir en ti de nuevo. Es posible que su mirada sí fuera para ti. Hay tantas personas rodeándome con sus carpas y sus puestos que toda persona que pasa te ignora, ya que todos vienen con su objetivo de mercadear, ofrecer o comprar. Además, te encuentras tan descuidado, viejo, incompleto, sucio, que prefieres y estás acostumbrado a pasar desapercibido; sin embargo, su mirada no era de morbo o burla. Más bien era de asombro. Hace mucho que no tienes el goce de sentir el halago de que alguien te mire así. Tu corazón se alegra, te sientes muy bien todo el resto del día, tu actitud mejora, tanto que disfrutas toda algarabía de la vendimia. Bueno, ni te molesta la basura que suelen dejar al terminar. Total: ya sabes que la recogen mañana temprano.

Al día siguiente, el lunes para ser más específicos, el hombre vuelve. Te toma totalmente por sorpresa. No pasa por tu mente que vendría de nuevo a verte y menos que traería con él a una mujer y a un niño pequeño. De nuevo te miran. Ahora la mujer te mira con admiración, al igual que el hombre. Ella te rodea completamente. La ves buscando algo, y lee el viejo letrero que traes puesto. Parece que se molesta. Pone su mano sobre ti delicadamente y con mucho respeto. Pide una disculpa. Procede a tomarte fotos como si fueras un modelo o alguna estrella de cine. Ándale, así como celebridad te sentiste. Termina y

* Este relato obtuvo mención honorífica en la convocatoria Zapopan@ cuéntanos tu historia.

continúa a explicarle al niño. Le dice que está frente a un tesoro arqueológico, que eres sumamente importante. El niño, al igual que tú, se queda desconcertado. El niño pequeño procesa la información nueva que tiene y te analiza a ti con la tarea de recordar si eres así de importante.

Pasan varios días de ese suceso, el cual desató en ti recuerdos, recuerdos de los buenos tiempos de cuando eras joven, allá por la época del 650 y 750 d. C. Pasó mucho tiempo en verdad. Fuiste construido con todo un grupo más de edificaciones que ahora llaman los padres. ¿Los recuerdas? Eran buenos tiempos. La civilización del Grillo nos construyó, éramos parte de ellos, fuimos jóvenes, hermosos e importantes, nos brindaban un gran respeto. No estabas asilado, no estabas solo. Te entendías con el resto, tenías una misión en una comunidad, solías sentirte feliz, respaldado y a salvo. Tenías una familia.

Tu grupo sigue aquí, a solo cuatro cuadritas, derecho por la calle Volcán Quinceo. Dirás que no está muy lejos, solo que quedaste separado por la nueva comunidad y sus viviendas. Mi familia solía ser grande, una poligonal de 98.72 hectáreas originalmente con más de 17 edificaciones. Podías ver los juegos de pelota desde aquí. Ya no se pueden distinguir sus rasgos arquitectónicos hermosos de ninguno, pues están mutilados al igual que tú. Ya solo parecemos un montón de tierra y hierbas, animales y bichos, sí, un montón de tierra. De ahí tu nuevo nombre: el montículo, el montículo asilado. Fuimos un montón de ciudades. Quedamos pocas. Muchas fueron enterradas o destruidas. Los grupos más cercanos son el Tizate, Santana y el más próximo a mi familia: la Gran Pirámide del Sol. Su nuevo nombre es el Ixtépete, a tres kilómetros de distancia. Las acompaña un grupo más de edificaciones donde se hacían ceremonias. Una parte de la pirámide no se pudo salvar y la remodelaron. Creo que de todo el grupo El Ixtepetec es el mejor conservado. Es un parque bardeado al que le suelen mandar a la policía para que los cuide. Alcanza a distinguirse su estructura, su forma. Hace algunos años aún se hacían ceremonias. Un grupo de personas solía recibir con las edificaciones los solsticios de cada estación del año. Actualmente, lo más divertido que ha pasado son dos hombres viejos que van a jugar con sus aviones motorizados. Son buena compañía.

Mucha gente pasa todos los días por sus tierras para acortar camino a su destino: mujeres, hombres, jóvenes, viejos, con prisas y cansados,

caminando o en bicicleta, pasan sin ninguna conciencia de su grandeza, de su antigüedad de su valor, pues van absorbidos por sus rutinas. Aunque hay unos cuantos que lo visitan con la conciencia de su valor y la admiran, la recorren, la aprecian, se toman fotos, a algunos otros solo les gusta pasar el rato. Tal vez pueden sentir su energía, que suele brindar a todo aquel que la visite. Todos tenemos esa energía y tenemos el poder de regalarla.

Lo olvidaste, ¿verdad? Olvidaste que posees ese poder de brindar parte de energía y vibración a todo el que te toque o te visite. Aunque la brindas involuntariamente, olvidaste que das ese regalo, pero es cierto, se los doy a los mercaderes que ponen su puesto alrededor mío y cada uno de los compradores que pasan cada domingo, aunque no me vean, solo por estar en tierra sagrada la reciben al igual que mis vecinos. Tengo vecinos que tienen sus viviendas a mi alrededor, viviendas y negocios. Ellos lo reciben todo el tiempo, alguna de cualquier peso con que pase cerca de ti de día, tarde o noche, todos sin distinción, sin exclusión, y lo olvidaste. Olvidaste ese gran aporte que das.

Tal vez la causante de mi amnesia es mi trasfiguración. Actualmente no te reconoces. Nadie más te reconocería o tendría idea de tu edad si no fuera por el letrero que me pusieron encima de unas rejas que colocaron para protegerte, proteger lo que queda. “Los montículos aislados” te nombran, y aunque siempre fuiste una pequeña estructura artificial y un poco apartada del resto, no estabas aislado, bueno, no como ahora. Aunque hay una gran cantidad de personas a tu alrededor todo el tiempo, anhelas sentirte importante, sentir el aprecio, que sepan quién eres, lo que brindas y que te miren más como aquel hombre y su familia, con asombro y admiración.

Por la noche, sientes el tremendo viento que es característico de la zona, mientras diriges la mirada a la cruz, tu querida amiga que se encuentra en el cerro del Colli, que en realidad es un volcán dormido; de hecho, ese viento tremendo es gracias a este señor volcán. Mientras apreciabas la cruz que cada noche se enciende y te hace sentir acompañado llegaste a la conclusión de que el amor tiene un gran impacto, sana tanto, la mirada de ese hombre tuvo tanto impacto en ti. Esa mirada te hizo hermoso, te hizo saberte poderoso de ser trascendental. Sin presumir, pero eres lo más antiguo por aquí, y eso no te hace menos atractivo. Tu

vejez te da el impacto de ser una joya, de edición limitada y de colección, un monumento histórico aferrándose a no morir, aferrándose a la vida, que se ubica entre las urbes de la ciudad.

Bueno, debes disfrutar el efecto. Por tu experiencia milenaria tienes la habilidad de la tranquilidad para poder disfrutar este piropo que acabas de recibir, que dure en tu interior la felicidad de este halago el tiempo que tenga que durar y aceptar el amor que acabo de recibir sin miedo a derrumbarme. Es una de las ventajas de ser tan viejo, que ya uno aprecia, que no se limita con ninguna experiencia. Es de bien saber que tal vez ese hombre ni su familia regresen más. Si bien te va, tal vez vengan una tercera o cuarta vez más.

Hace algunos años vinieron varios más, algunos con buenas intenciones que te llenaron de ilusión. Hablaron de publicar algún libro donde te mencionan, no se sabe si lo lograron, pero espero que sí. Otros vinieron y te colgaron el letrero junto con la maya que te protege. Algunos otros han hecho protestas en tu nombre, publicaciones, artículos. Me han tomado muchas fotos. Todos tenían buenas intenciones, pero al final no se pudo volver a hacer el monumento importante que era. Mis buenos tiempos de glamur y esplendor... Has desahuciado esa esperanza, pero no se preocupen. No es que tenga dolor por ello. Ya no. Ya vivo en aceptación y no con resignación. La aceptación es un estado donde no sufres más, pues aunque no te guste tu presente ya no hay sufrimiento, pero sí lo extrañas. Estás en un deseo pero sin dolor.

No hay que mentir: antes cuando los historiadores o investigadores vinieron te ilusionó la posibilidad de tener alguna regeneración en tu aspecto, volver a verte de nuevo como en mi juventud, que se distinguiera a simple vista tu figura, tu estructura, tu belleza, que al solo mirarte supieran quién eres y cuál fue tu función como parte de la colonia de la cual formas parte. Hubiera estado lindo. Te imaginaste así, con montón de personas formadas solo para mirarte, con un letrero con la historia de tu vida, una definición muy poética, una persona contando tu historia, describiendo cada rasgo de ti, mientras tú existirías viéndote muy guapo.

O por qué no, también sería lindo que alguna fiesta se hiciera en honor a ti, una con música y verbena, así como el tianguis que se hace

a mi alrededor, con mucha comida, mucho ruido, pero con baile, luces artificiales, tendedores de colores con papel picado, así, en una fecha determinada, año tras año, como si fuera mi cumpleaños, o solo celebrando el Día del Montículo Aislado. Tienes fantasías imaginando a veces que vuelve alguna celebración ancestral, donde los participantes son conscientes de recibir mi energía. Entonces se organizan, acuden cientos vestidos de blanco o de azul celeste. Creo que mejor de azul celeste, ya que el blanco está muy usado, pero el punto es que me rodean formando un círculo. Son tantos que se forman varios círculos como un espiral. Entonces logro dar toda mi energía. Todos se van tan contentos. Yo al igual me quedo muy feliz. Es que recuerdo bien lo que siente dar servicio a los demás. Uno se pone contento sin que nada especial o fuera de lo normal pase. Solo alimenta tu espíritu. Eso sería fenomenal ¿verdad?

Viviste un duelo, sin duda; sentiste el dolor, sufriste un poco, claro; cualquiera lo hubiese sentido. No fuiste el único que pasó por este duelo. Eso ayudó muchísimo, puesto que mis compañeros, mi familia, pasaron por lo mismo. Quedaron atrapados en la nueva ciudad, con las nuevas y jóvenes edificaciones del gueto, de las urbes urbanas, abandonados; después se nos descubrió y hubo planes de un rescate que no pasó, aunque si se logró algo, nos delimitaron y paró la destrucción. Gracias a ello no hemos muerto.

Además, es muy entretenido convivir con la nueva civilización. Son interesantes. Siguen siendo muy divertidos. Los vemos reír y sufrir. Les podemos mandar nuestra energía a los que tenemos cerca. Esta energía es ilimitada. Hemos visto cambiar tantas cosas. Algunos aún siguen siendo iguales, pero adaptados. Son listos y fascinantes. Las fiestas siguen existiendo. Aunque ya no sean por ti o por tu familia, las sigues disfrutando.

La edificación de la iglesia que se encuentra a pocas cuerdas de ti, tuvo una fiesta hace pocos días. Hasta acá podía escuchar la música por las noches, y por las mañanas realizaban peregrinaciones. Suelen ser caminatas con bandolón, tubas y más instrumentos, cabalgatas, danzas... Esas danzas son para ti tan familiares. Son una gran representación de tus tiempos. Te llena de júbilo cuando toca que pasen por aquí, pues las realizan por varios días y tienen distintas rutas.

Son dicharacheros. Los vecinos son muy alegres. Estas fiestas son una vez al año, pero son varias fiestas, que además de lo ya mencionado, incluyen también una estructura larga y delgada, con un montón de luces artificiales que al final lanzan su círculo al cielo. Algunas han caído aquí. Al principio me asusto. Una vez me incendié un poco, pero los vecinos me asistieron pronto. No pasó a mayores. Ahora no hay más temor. Al contrario, te encantan.

Cuando eres viejo reconoces que los tiempos cambian, que antes era tu momento y ahora es momento de otros. Antes eras el protagonista; ahora solo te toca ser el espectador. Pero hay ventajas de ser viejo: uno vive con cierta sabiduría y una calma que solo se obtiene con la edad. No es intimidante para nada ver las bellezas de las nuevas edificaciones, de las nuevas generaciones arquitectónicas. Al contrario, las admiras: es un deleite ver la evolución. Lo otro fascinante es ver nacer, ver nacer las nuevas formas de vida, los nuevos techos.

El punto es que hay que disfrutar del interés que puso en ti ese hombre con su familia con la intensidad que te llegue sin represión. Ya llevas mucho tiempo aquí y a veces no tienes ningún goce personal. Tal vez lles por nombre el Montículo aislado, pero para nada te define. En realidad eres aquel que disfruta de la compañía, del calor de la gente, del ruido, de las multitudes, de los mercaderes, de las visitas, de las miradas, de los halagos, del contacto, de los vínculos, de las voces, del amor, de la admiración, las celebraciones y el relajo. Por eso, aunque sea solo un hombre con su pequeña familia lo aprecias con el corazón lleno de gratitud. No es la multitud de cientos de mi ceremonia soñada, pero estos tres personajes te causan el mismo efecto de más de mil, y cuando regresen estás listo.

¡Que emoción! Volvió como lo predije. Vienen juntos toda la linda familia. Qué bueno que no pueden ver qué gritas, qué bueno que no se distingue que te pones nervioso y que tu piel se eriza. Estoy tan feliz. Te preparaste para este momento. Les brindaste toda tu energía en cuanto pisaron a dos metros de distancia. En cuanto te tocaron les diste lo mejor. La carga espiritual que les fue brindada por tu parte les durará por un tiempo largo. El efecto es que todo les parecerá más hermoso. Ese soy. Me trajeron unas velas. El pequeño niño tomó unas piedras de ti. Su madre le hizo regresarlas. Aprecio ese respeto. Asimismo, me fue entregada una carta.

La carta

Me parece fascinante tu existencia. Es un honor vivir juntos en la misma zona. Tenemos poco que nos mudamos. Llegamos aquí para formar nuestra familia. Hemos construido nuestra casa de poco en poco. durante unas semanas vivimos sin ventanas ni puertas, con nuestro hijo recién nacido. Logramos mucho. ahora ya tenemos una casa habitable y decente. No fue fácil. Aún seguimos explorando y acostumbrándonos a nuestro nuevo barrio. Fue espectacular encontrarte. Cuando te vi, no tengo cómo explicarlo, solo quise admirarte, no podría creer que encontré un tesoro.

Sin más, corrí a casa para contarle a mi mujer. ella un poco incrédula pidió venir a verte junto con mi hijo. Nos hace sentir muy especiales vivir junto a ti en este barrio, tú y el pequeño medranito [la Av. el Collí donde están los múltiples comercios] hacen que me encante vivir aquí.

Gracias por existir. Gracias por venir al mundo.

ATT. R. Joel R. P.

Estoy aquí para ti. Cada visita tuya me llena de alegría y goce. Cuando lo requieras puedo darte un poco de mi energía, incluso aunque no estés consciente de ello. ¿Dónde puedes encontrarme? Puedes ubicarme en la calle Volcán Quinceo, cruce con calle Jacarandas, colonia Paraísos del Collí, justo en la línea divisora, antes de que sea ya la colonia Miramar. El resto de comunidad, “los padres”, están en la colonia Colinas de la Primavera. Estamos en Zapopan. Somos un tesoro dentro de la ciudad. Yo me veo como una glorieta. Búscame como el montículo aislado de los padres. Aparezco en Google Maps.

VIVIR ZAPOPAN
Relatos y vivencias de sus pobladores

se terminó de imprimir en noviembre de 2025
en los talleres gráficos de Impresos Copitek s.a. de c.v.
López Mateos Sur No. 2077. Plaza del Ángel
Nivel 3, locales 15 y 16. Col. Chapalita
c.p. 44510, Guadalajara, Jalisco.

Tiraje: 250 ejemplares

VERA MANZANO HÄRDI
Corrección

DÉBORAH MOLOEZNİK PANIAGUA
Diagramación

El presente libro compila relatos que rescatan la historia del municipio de Zapopan y sus delegaciones, localidades y colonias. Dichos relatos fueron escritos por zapopanos o vecinos de este municipio, por lo que son testimonios ricos en experiencias, memoria, vivencias e historia cotidiana, de la que difícilmente encontramos en los archivos. El objetivo de la obra es difundir la historia de Zapopan, sus tradiciones, costumbres, fiestas, personajes. Los relatos son una mezcla de pasado y presente, y denotan un gran interés de los zapopanos por que se conozca la historia del lugar donde nacieron.

El libro se desarrolla en cuatro partes: en la primera se agruparon los testimonios que hacen referencia a las vivencias de la infancia de los autores; la segunda trata sobre las festividades del municipio, como los bailes, la romería y fiestas de las delegaciones; la tercera engloba los testimonios donde se narran las historia de las colonias, barrios y delegaciones; la cuarta y última se centra en las leyendas, tradiciones y personajes destacados del municipio.

Vivir Zapopan. Relatos y vivencias de sus pobladores es un vistazo general al pasado que vivieron estos escritores, una fuente importante para escribir la historia del municipio de Zapopan.

